



DICKENS'S

ADVENTURE  
OF PICKWICK

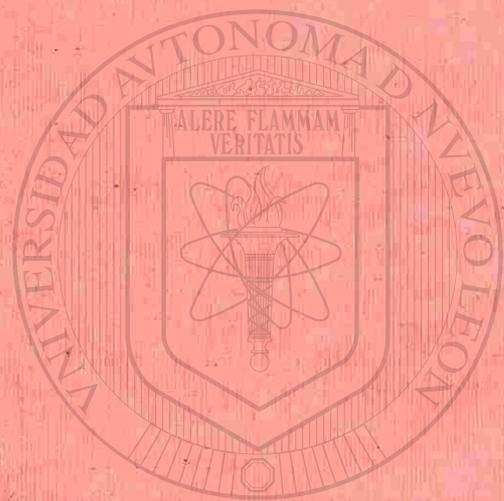
2

PR4569

.A67

V5

v. 2

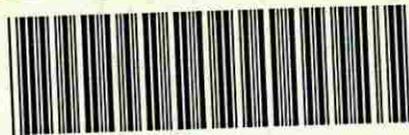


UANL

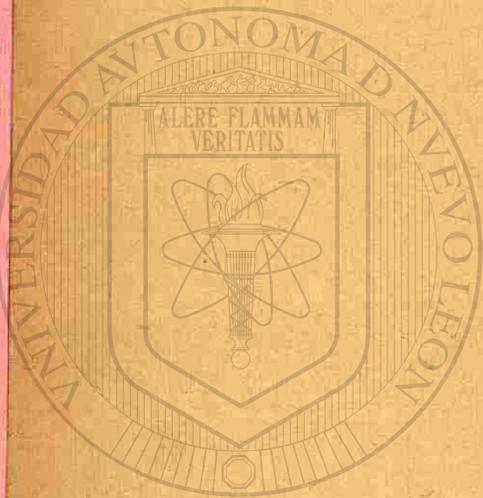
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





1020028691



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO  
RICARDO CARRASQUERA

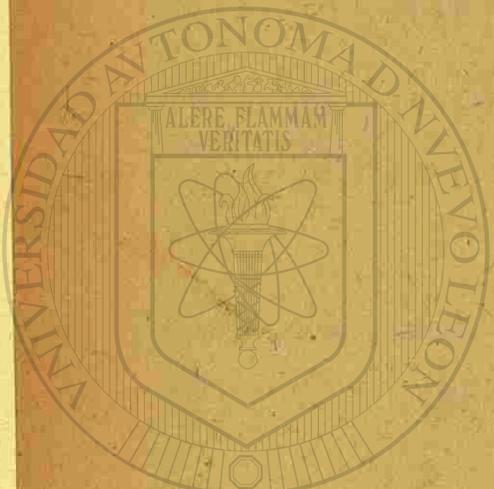
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## AVENTURAS DE PICKWICK

Núm. Clas. <sup>N</sup>  
Núm. Autor D5481a  
Núm. Adq. 29090  
Procedencia -8- ©  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó giz  
Catalogó \_\_\_\_\_

098580

29090



**CARLOS DICKENS**

**Aventuras  
de Pickwick**

*Traducción de "La Vida Literaria"*

**TOMO SEGUNDO**



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE MONTERREY, MÉXICO

BARCELONA

**TORIBIO TABERNER, Editor**

Calle Rosellón, núm. 224

1905

29090

2, 3

PR 4569

A 67

V 5

V. 2



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad del Editor*

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

TOMO SEGUNDO

CAPITULO XX

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

*Donde se verá que Dodson y Fogg eran hombres de negocios; que tuvo lugar una tierna entrevista entre Samuel Weller y su padre, á quien habia perdido hacia mucho tiempo: donde se verán además los ingenios superiores que se reunían en la posada de la Marica.*

En una habitación situada en el piso bajo de una sombría casa del barrio de Cornhill estaban sentados los cuatro parientes de los señores Dodson y Fogg, procuradores de Su Majestad. Los tales pasantes, en el curso de sus trabajos ordinarios, tenían tantas probabilidades de ver la luz como un hombre que viviera en el fondo de un pozo. La habitación donde se hallaban encerrados era obscura y húmeda: un tabique de madera los defendía de las miradas del vulgo, y así los clientes que esperaban un rato desocupado de los señores Dodson y Fogg, no veían por toda distracción más que un par de sillas viejas, un reloj de tic-tac, un almanaque, una pila de pupitres y muchas tablas de papeles numerados y sucios, de cajas de madera y gruesas botellas de tinta. Una puerta vidriera comunicaba con el patio, y en el exterior de esta puerta fué donde se presentó Mr. Pickwick dos días después de los acontecimientos que acabamos de relatar.

—¿No podéis entrar? — dijo una voz chillona, respondiendo al golpe modesto que dió Mr. Pickwick en dicha puerta.

El filósofo entró seguido de Sam.

—¿Están en casa los señores Dodson y Fogg? — preguntó graciosamente Mr. Pickwick, acercándose sombrero en mano á la reja.

—Mr. Dodson no está aquí, y Mr. Fogg está ocupado, — respondió la voz; y al mismo tiempo la cabeza á quien la voz pertenecía se dejó ver, y miró á Mr. Pickwick.

Era una cabeza sucia; sus cabellos rojos, escrupulosamente separados á un lado y á otro, y aplastados con cosmético, guarnecían un rostro chato, adornado con dos ojos pequeños, con un cuello de camisa muy grasiento y una corbata negra muy usada.

—Mr. Dodson no está en casa, y Mr. Fogg está ocu-

pado, — dijo el hombre á quien la cabeza pertenecía.

— ¿Cuándo vendrá Mr. Dodson, caballero?

— No sé.

— ¿Mr. Fogg estará ocupado mucho tiempo?

— No sé.

Al decir esto, el hombre se puso muy tranquilamente á cortar su pluma, mientras otro pasante reía de un modo aprobativo, echando unos polvos de Sedlitz en un vaso de agua.

— Entonces esperaré, — dijo Mr. Pickwick, y se sentó, sin haber sido invitado, escuchando el tic-tac del reloj y el cuchicheo de los pasantes.

— Pues es una historia graciosa, — dijo uno de ellos, para concluir la relación de una aventura nocturna que había contado en voz baja.

— Muy graciosa, muy graciosa, — respondió el hombre de los polvos de Sedlitz.

— Tom Cummins estaba en el sillón, — continuó el primer pasante, que llevaba un traje gris con botones de metal. — Eran las cuatro y media cuando yo llegué á Sones Town, y no pude dar con el agujero de la cerradura, viéndome obligado á llamar á la vieja. Yo quisiera saber lo que diría el viejo Fogg al saber esto. Ha habido una chistosa aventura esta mañana con Fogg, mientras Jack estaba arriba arreglando los papeles, y mientras vosotros fuisteis al correo: Fogg estaba abajo abriendo sus cartas, cuando he aquí que viene el bribón de Comberwell, contra el cual tenemos una demanda. Ya sabéis... ¿cómo se llama?

— Ramsey, — dijo el pasante que había hablado á Mr. Pickwick.

— ¡Ah! Ramsey; ¡he aquí un parroquiano singular! Y bien, caballero, dijo Fogg, mirándole con aire salvaje; ya sabéis sus miradas... — Y bien, caballero, ¿habéis venido á terminar? — Sí señor, dijo Ramsey, poniendo sus manos en los bolsillos y sacando el dinero: la deuda es de dos libras esterlinas y diez shillines, y los gastos ascienden á tres libras y diez shillines; hélos aquí, caballero; y suspiró como un fuelle de fragua al entregar el dinero. El viejo Fogg miró primero el dinero, y después al hombre, luego tosó de un modo, que yo me figuré que iba á pasar alguna cosa. — ¿No sabéis, dijo, que hay una declaración que aumenta notablemente los gastos? — ¿Qué decís? exclamó Ramsey, estremeciéndose; el plazo ha espirado ayer por la noche. — Eso no impide nada, continuó Fogg; mi pasante ha ido precisamente á hacer el registro de esa declaración. — ¡Dios mío! dijo Ramsey, yo me he vuelto loco para reunir ese dinero, y todo para nada. — Para nada, dijo Fogg friamente; así es que hacéis bien en volveros; recoged otro poco y traedlo

aquí. — No podré encontrarlo, ni vendiendo mi alma, exclamó Ramsey, dando un puñetazo encima de la mesa.

— No me amenacéis, caballero, dijo Fogg, montando en cólera. — Yo no he tenido intención de amenazaros, caballero, respondió Ramsey. — Sí señor; salid de aquí, salid de este despacho y no volváis hasta que hayáis aprendido mejor conducta. — Entonces Ramsey ha dicho cuanto ha podido para defenderse; pero como Fogg le cortaba la palabra, se ha visto obligado á meterse el dinero en el bolsillo y á marcharse. Apenas se había cerrado la puerta, cuando el viejo Fogg se volvió á mí con una sonrisa agradable, y sacó la declaración del bolsillo.

— Mr. Wicks, dijo, tomad un coche y marchad al Temple tan pronto como podáis, para poner esto en el registro. Las costas son seguras, porque es un hombre laborioso, con una familia numerosa, y gana veinticinco shillines por semana. Si nos firma una procuración, estoy seguro de que sus amos pagarán; es un acto caritativo, porque teniendo una gran familia y una pequeña renta, esto le servirá de lección para no contraer más deudas; ¿no es cierto? — Es un gran hombre de negocios ese Fogg, — añadió Mr. Wicks, en tono de la más profunda admiración.

Los otros tres pasantes se unieron cordialmente á aquella admiración y parecían haber oído la anécdota con mucho gusto.

— ¡Vaya unos tunantes! — dijo Sam al oído de su amo.

Mr. Pickwick hizo una señal de asentimiento y tosó para llamar la atención de los jóvenes que estaban detrás del tabique. Después de haber refrigerado sus espíritus con aquella conversación, tuvieron la condescendencia de ocuparse del visitante.

— Mr. Fogg debe estar ya desocupado, — dijo Jackson.

— Voy á ver, — dijo Wacks, levantándose con indolencia; — ¿cómo os llamáis?

— Pickwick, — dijo el ilustre héroe de estas aventuras.

Mr. Jackson desapareció por la escalera y volvió pronto á anunciar que Mr. Fogg recibiría á Mr. Pickwick dentro de cinco minutos.

— ¿Qué nombre ha dicho? — preguntó en voz baja Mr. Wicks.

— Pickwick, — replicó Jackson; — es el demandado por mistress Bardell.

Un ligero roce de pies mezclado con algunas risas se oyó tras del tabique; los cuatro pasantes habían asomado la cabeza por encima del tabique y examinaban con hilaridad el aspecto y la fisonomía de Mr. Pickwick, de aquel presunto Lovelace, de aquel gran destructor del

reposito de los corazones femeninos. Al movimiento que hizo, la hilera de cabezas desapareció como por encanto, y se oyó al instante el ruido de cuatro plumas que viajaban por el papel con extraordinaria celeridad.

El sonido de una campana suspendida en la pared del despacho llamó á Mr. Jackson á la estancia de mister Fogg; volvió pronto, y anunció á Mr. Pickwick que su patrono estaba pronto á recibirle; Mr. Pickwick subió la escalera. En el primer piso había un cartel con letras muy grandes que decía: *Mr. Fogg*: tocaron á la puerta y entraron.

—¿Mr. Dodson ha venido? — preguntó Mr. Fogg.

—Hace poco.

—Suplicadle que venga.

—Sí señor.

—Jackson salió.

—Sentáos, caballero, — dijo Mr. Fogg; — mientras llega mi compañero podemos hablar de vuestro asunto.

Mr. Pickwick se sentó y examinó al curial. Era un personaje de cierta edad, cuyo cuerpo estaba empaquetado en un vestido negro, en un pantalón obscuro, en unas polainas sombrías; parecía ser parte esencial de su pupitre y tener tanto ingenio y sensibilidad como él.

Pocos minutos después, llegó Mr. Dodson, hombre gordo, aire severo, de voz estrepitosa; su conversación empezó inmediatamente.

—El señor es Mr. Pickwick, — dijo Mr. Fogg.

—¡Ah! ¿sois el demandado por mistress Bardell?

—Sí señor, — respondió el filósofo.

—Y bien, caballero, ¿qué nos proponéis?

—He venido, señores, — respondió nuestro sabio mirando con bondad á los dos curiales, — he venido aquí á manifestaros la sorpresa que me ha causado vuestra carta del otro día, y á preguntaros que podéis alegar contra mí.

—¿Qué alegamos? — exclamó Mr. Fogg, que fué detenido por Mr. Dodson.

—Mr. Fogg, — dijo éste, — dejadme hablar.

—Perdonadme, Mr. Dodson, — dijo Mr. Fogg.

—En cuanto á lo que hemos de alegar, — continuó Mr. Dodson en tono elevado, — vos consultaréis vuestra conciencia y vuestros sentimientos; nosotros nos guiaremos por los asertos de nuestro cliente; estos asertos pueden ser verdaderos ó pueden ser falsos; pueden ser creíbles ó increíbles; pero si son creíbles, no vacilo en decir, caballero, que nuestro alegato sea invencible; podéis ser un hombre desdichado y podéis ser un hombre astuto; pero si me llaman como juez y bajo juramento me pidieran mi opinión sobre vuestra conducta, os aseguro, caballero, que no vacilaría un momento.

Aquí Mr. Dodson se irguió con el ademán de la virtud ofendida, y miró á Mr. Fogg, que sumergió más profundamente las manos en los bolsillos, y sacudiendo la cabeza, añadió con aire de convicción:

—Sí, cierto.

—Pues bien, señores, — dijo Mr. Pickwick tristemente, — os aseguro que soy muy desdichado en este asunto.

—Podrá ser, — dijo Mr. Dodson, — pero si sois en realidad inocente de lo que se os acusa, sois más afortunado de lo que yo creía; ¿qué decís á esto, Mr. Fogg?

—Digo lo mismo, — respondió Mr. Fogg.

—La asignación que da principio á la acción contra vos, — continuó Mr. Dodson, — ha sido entregada regularmente; Mr. Fogg, ¿dónde está nuestro registro?

—Aquí está, — dijo Mr. Fogg, entregándole al otro un tomo forrado en pergamino.

—Aquí está el registro, — continuó Dodson. — *«La viuda Marta Bardell, versus Samuel Pickwick Daños y perjuicios, 1.500 guineas. Dodson y Fogg por el demandante. Agosto, 28, de 1831.»* Todo está en regla, caballero, perfectamente en regla.

Al pronunciar estas palabras, Mr. Dodson miró á Mr. Fogg. Mr. Fogg, repitió:

—Perfectamente en regla.

—Mr. Pickwick dijo entonces:

—¿Queréis darme á entender que tenéis intención de continuar este juicio?

—¡Dáos á entender! sin duda, — respondió Mr. Dodson, con una cosa semejante á una sonrisa.

—¿Y qué daños y perjuicios suben á 1.500 guineas?

—Podéis añadir que si nuestro cliente hubiera seguido nuestro consejo, hubiera pedido el triple de esta cantidad.

—Creo, sin embargo, — añadió Mr. Fogg, — que mistress Bardell ha declarado positivamente que no aceptará un cuarto menos.

—Es claro, — replicó Mr. Dodson en tono seco; porque el proceso empezaba, y no convenía á los abogados terminarle con una transacción, aunque el mismo mister Pickwick lo hubiera deseado.

—Como no nos habéis hecho proposiciones, — dijo Mr. Fogg, desdoblando un ancho papel y enseñándolo á Mr. Pickwick, — os ofrezco una copia del auto.

—¡Muy bien! ¡muy bien! — dijo levantándose nuestro filósofo, cuya bilis principiaba á ser excitada. — Tendréis noticias más por mi procurador.

—Ya lo deseamos, — dijo Mr. Fogg frotándose las manos.

—Bien, — dijo Mr. Dodson abriendo la puerta.

—Y antes de dejaros, señores, — continuó Mr. Pick-

wick, — permitidme que os diga que todos los ardides vergonzosos y repugnantes...

— Esperad, caballero, esperad, — interrumpió mister Dodson con gran política; — ¡Mr. Jackson, Mr. Wicks!

— ¡Señor! — respondieron los dos pasantes, apareciendo en la escalera.

— Escuchad lo que este caballero va á decir; vamos, caballero, os lo suplico, hablabais, según creo, de ardides vergonzosos y repugnantes, seguid.

— Sí señor, — exclamó Pickwick enteramente excitado — decía que de todos los ardides repugnantes y vergonzosos á que se entregan los bribones, es este el más vergonzoso y repugnante; lo repito, caballero.

— ¿Habéis oído, Mr. Wicks? — exclamó Mr. Dodson.

— No olvidaréis estas expresiones, Mr. Jackson? —

añadió Mr. Fogg.

— Tal vez, caballero, — continuó Dodson, — tal vez se os ocurra llamarnos estafadores: vamos, caballero, si os parece bien, decidlo.

— Sí, — exclamó Pickwick, — sois unos estafadores.

— Muy bien, — observó Dodson; — espero que habréis oído, Mr. Wicks.

— Sí, sí señor.

— Continuad, caballero, continuad; haréis bien en llamarnos ladrones, ó quien sabe si se os ocurrirá maltratarnos; podéis hacerlo si tenéis gusto en ello; no opondremos la menor resistencia, vamos, caballero.

Como Mr. Fogg se colocaba á muy poca distancia del puño cerrado de Mr. Pickwick, es muy probable que nuestro sabio hubiera cedido á sus solicitudes perentorias, si no se lo hubiera impedido Sam, que oyendo la disputa, había subido la escalera y había detenido el brazo de su amo.

— ¡Vamos, señor! — le dijo, — venid por aquí; es divertido repartir un par de pescozones, pero cuando se trata de hombres de ley, es cosa un poco seria; si queréis desahogaros con alguno, pegadme á mí, pero dejad á estos leguleyos.

Sin más ceremonia, Sam hizo bajar á su amo la escalera, atravesó con él el patio, hasta que llegaron á la calle; entonces Sam se puso á andar modestamente detrás de él.

Mr. Pickwick andaba abstraído; atravesó el Cornhill y se dirigió hacia Cheapside; Sam empezaba á maravillarse del camino que su amo tomaba, cuando éste se volvió y le dijo:

— Sam, voy inmediatamente á casa de Mr. Perker.

— Es donde desde el principio debíais haber ido.

— Lo creo, Sam.

— Y estoy seguro de ello.

— Iré en seguida; pero ante todo, como he estado un poco fuera de mí, quisiera tomar un vaso de aguardiente y un poco de agua. ¿Dónde encontraremos?

Sam, que conocía perfectamente á Londres, respondió sin vacilar:

— La segunda calle á mano derecha, la penultima casa á mano derecha.

Mr. Pickwick observó escrupulosamente las indicaciones de su criado, y entró en la taberna que le había indicado. Trajeron el aguardiente y agua caliente; Sam se sentó á alguna distancia en la misma mesa.

El local en que se encontraban era muy sencillo, y parecía ser patrimonio especial de los cocheros de diligencia, porque se veían allí fumando y bebiendo muchos personajes pertenecientes á aquella sabia corporación: entre ellos se encontraba un hombre regordete, que llamó la atención de Mr. Pickwick. El hombre gordo fumaba con gran vehemencia, pero á cada bocanada de humo se quitaba la pipa de la boca, y miraba alternativamente á Mr. Pickwick y á Sam; después daba algunas bocanadas con aire de meditación profunda, y comenzaba á contemplar de nuevo á Mr. Pickwick y á su acólito.

Las evoluciones de aquel hombre no fueron notadas al principio por Sam; pero viendo que los ojos de mister Pickwick se dirigían constantemente á aquel sitio, miró en la misma dirección, después se puso la mano sobre los ojos, como si habiendo reconocido ya parcialmente al objeto de su atención, quisiera cerciorarse por completo de su identidad. Pero sus dudas se disiparon, porque el hombre gordo emitió una voz ronca semejante á un extraño fenómeno de ventriloquismo, y pronunció lentamente estas palabras:

— Sammy, ¿eres tú?

— ¿Qué es eso? — preguntó Mr. Pickwick.

— Señor, ¡quién lo creyera! — respondió Sam admirado; — es el viejo.

— ¿El viejo? — respondió Mr. Pickwick, — ¿qué viejo?

— Mi padre, señor; ¿cómo estáis?

Y con esta tierna ebullición de amor filial, Sam hizo un sitio junto á la mesa al viejo gordo que venía á congratularle, pipa en boca y jarro en mano.

— Pues, hijo Sammy, hace dos años y medio que no te veo.

— Es verdad; ¿cómo va la madrastra?

— Bien; te diré, Sammy, — exclamó Weller el mayor con gran solemnidad; — no he visto una viuda más buena que mi mujer; todo lo que digo es esto; que como era tan buena viuda, no debía haber mudado de condición. Para mujer no sirve, Sammy.

ALFONSO REYES  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al decir esto Mr. Weller, padre, sacó de su bolsillo una caja de estaño, llenó de tabaco la pipa, la encendió con las cenizas de la precedente y empezó á fumar otra vez.

Después de una pausa considerable, se dirigió á mister Pickwick, continuando el mismo asunto.

—Perdonadme, señor, ¿pero no habéis tenido que cargar con una viuda?

—No, — respondió Mr. Pickwick riendo.

Mientras Pickwick reía, Sam informó á su padre de las relaciones que existían entre él y aquel caballero.

—Perdón, señor; pero veo que no tendréis queja ninguna de Sam.

—Ni la más mínima.

He tenido gran trabajo para educarle, caballero; le he dejado andar por las calles desde chiquito, para que aprendiera á manejarse solo. Es el gran método para sacar un joven de malicia.

—Yo creí que era un método peligroso, observó mister Pickwick, sonriendo.

—Pues apesar del método, me han engañado el otro día, — dijo Sam.

—¿Cómo? — exclamó el padre.

El hijo contó brevemente la estratagema de Job Trotter.

Mr. Weller escuchó el relato con profunda atención, y cuando terminó, dijo:

—¿Uno de esos individuos es alto, con cabellos negros y el don de la palabra muy listo?

—Sí, — respondió Mr. Pickwick.

—¿Y el otro, no es un pillete, no tiene un tupé negro, una librea violada, con una cabeza como una bola?

—Sí, sí, — exclamaron vivamente el amo y el criado.

—Entonces les conozco; están en Ipswick, y están buenos.

—¡Imposible! — dijo Mr. Pickwick.

—No lo dudéis, — dijo Mr. Weller, — y os diré cómo lo sé. Yo llevo un coche á Ipswick de tiempo en tiempo; yo he llevado allá á esos dos la noche que vos cogisteis el reumatismo: los cogí en Chelmsford y los dejé en Ipswick, donde el criado, que es el del traje violeta, me dijo que estarían algún tiempo.

—Iremos allá: podremos visitar á Ipswick como otro sitio cualquiera.

—¿Estáis seguro de que son ellos? — dijo Sam.

—Sí, seguro, porque su aparición fué muy singular; además, me chocó ver un caballero tan familiar con su lacayo; después cuando se sentaron en el coche, dijeron que ya habían arreglado al viejo Juan Lanás.

—¿Al viejo qué? — preguntó Mr. Pickwick.

—Al viejo Juan Lanás.

No hay nada positivamente vil ni atroz en la denominación de Juan Lanás; pero, sin embargo, no tiene nada de respetuosa ni agradable. El recuerdo de todos los siniestros que había experimentado por Jingle vino á martirizar la mente de Mr. Pickwick.

—Yo le atraparé, — exclamó el filósofo, dando en la mesa un enfático puñetazo.

—Yo voy pasado mañana á Ipswick; el coche parte de *El Toro*, en White-Chapel; si tenéis realmente ganas de ir allá, haréis bien en ir conmigo.

—Es verdad, — dijo Mr. Pickwick; — puedo escribir á Bury, y decir á los señores que vayan á reunirse conmigo á Ipswick: iremos con vos; pero no os vayáis tan pronto; Mr. Weller, ¿queréis tomar alguna cosa?

—Sois muy bueno, señor: no vendría mal un vasito de aguardiente para beber á la salud y á la buena suerte de Sammey.

Trajeron el aguardiente, y mister Weller lo tragó por su ancho gaznate.

—Mucho cuidado, señor papá; si bebéis mucho vais á enfermar de gota.

—Tengo para eso un remedio soberano, — dijo Weller poniendo el vaso sobre la mesa.

—¿Un remedio soberano para la gota? — dijo mister Pickwick sacando un libro de memorias.

—La gota, señor, es una enfermedad que nace de los muchos cuidados; si algún día os toca la gota, casáos con una viuda que tenga una voz fuerte y mucha facilidad para hacer uso de ella: es un remedio eficaz.

Al concluir de comunicar este importante secreto, mister Weller vació su vaso de nuevo, guiñó el ojo de una manera pretenciosa, suspiró profundamente y se retiró con lentitud.

—Y bien, Sam, ¿qué piensas de lo que ha dicho tu padre? — preguntó Mr. Pickwick, sonriendo.

—¿Qué pienso? pienso que es víctima del matrimonio.

No había réplica posible á esta conclusión; Mr. Pickwick lo comprendió así, pagó el gasto y se dirigió á Grey's-Inn. Cuando llegó allá, eran las ocho de la noche, y la oleada de personas que se precipitaban por todas las salidas, le hizo comprender que los estudios estaban cerrados por la noche.

Después de haber escalado dos pisos, Mr. Pickwick vió realizadas sus previsiones; la puerta de Mr. Perker estaba cerrada, y el silencio que siguió á los toques repetidos de Sam les anunció que los agentes de negocios se habían retirado por las noches.

—¡Qué contrariedad, Sam! No quisiera perder un momento sin verle. Estoy seguro de que no podré pegar

los ojos antes de confiar este asunto á un hombre del oficio.

—Una vieja sube las escaleras — dijo Sam; — ella sabrá tal vez dónde debemos encontrarle.

—¡Eh! vieja, ¿dónde está Mr. Perker?

—Mr. Perker ha salido — dijo la vieja, deteniéndose para tomar aliento, — y yo voy á hacerle el cuarto.

—¿Sois criada de Mr. Perker?

—Soy su lavandera.

—¡Ah! — dijo Mr. Pickwick, — es una circunstancia curiosa que en estas casas llamen á las amas de gobierno lavanderas.

—No comprendo por qué.

—Será porque tienen una aversión mortal á lavar cualquier cosa.

—No me admiraría — respondió Mr. Pickwick, contemplando á la vieja.

Y en efecto, su apariencia, como la del despacho que acababa de abrir, indicaba una antipatía inveterada al uso del agua y del jabón.

—Buena mujer — continuó Mr. Pickwick, — ¿sabéis dónde puedo encontrar á Mr. Perker?

—No, no sé — respondió la vieja con voz agria; — está fuera de la población.

—Y su escribiente ¿dónde está?

—Lo sé, pero él no querrá que os lo diga.

—Tengo asuntos particulares con él.

—Bien; si tenéis algún asunto urgente, os diré dónde está: si vais á *La Marica* y preguntáis en el mostrador por Mr. Lowten, os presentarán al escribiente de Mr. Perker.

Con esta instrucción, y enterándose además del sitio donde estaba *La Marica*, Mr. Pickwick se dirigió á ella.

Aquella taberna favorita, consagrada á las orgías nocturnas de Mr. Lowten y de sus compañeros, era lo que vulgarmente se llama un tugurio. Dos ó tres cartones impresos hacían alusión á la cidra de Dewushire y el aguardiente de Dantzig, y estaban colgados en los vidrios inferiores de la puerta, mientras un ancho cartelón negro con letras blancas anunciaba al público sitio que había quinientos mil barriles de cerveza en los sótanos de la casa, dejando duda en cuanto á la dirección en que debía estar aquella caverna en las entrañas de la tierra. Habremos concluído de describir el edificio cuando añadamos que la vieja muestra ostentaba la figura medio borrada de una marica.

Cuando Mr. Pickwick se presentó en el mostrador, fué recibido por una mujer de cierta edad, que salió de detrás de un bombo.

—¿Mr. Lowten está aquí, señora?

—Sí, señor, está; Charley, llevad este caballero á ver á Mr. Lowten.

—El señor no puede entrar ahora — respondió un joven Ganímedes de cabeza roja; — Mr. Lowten está cantando una canción, y esto le interrumpiría; concluirá pronto, caballero.

Apenas había acabado de hablar el Ganímedes, cuando el choque de los vasos y el ruido de los golpes dados en las mesas anunciaron que la canción había terminado. Mr. Pickwick dejó á Sam para que refrescara y siguió á su introductor.

—Un caballero quiere hablaros — dijo el Ganímedes.

Al oír esto, un joven que estaba sentado en un sillón á la cabecera de la mesa, miró con alguna sorpresa en dirección de la voz, y su sorpresa no disminuyó cuando advirtió que no conocía al individuo que le buscaba.

—Os pido perdón, caballero — dijo Mr. Pickwick, — y siento mucho venir á incomodar á estos señores; pero vengo á un asunto muy urgente. Si queréis tener la bondad de oírme, os lo agradeceré.

El joven se levantó, y sentándose en un rincón de la sala, oyó atentamente el relato de los infortunios de Mr. Pickwick. Cuando éste hubo terminado, dijo:

—¡Ah! ¡Dodson y Fogg, hábiles en la práctica, nombres de negocios, muy listos. Perker no está aquí ni vendrá antes del fin de la semana próxima; pero ¿queréis defensa en la acción entablada contra vos, dejárame esa copia, y yo haré lo que pueda hasta que él venga.

—Precisamente á eso venía — dijo Mr. Pickwick, dándole el documento; — si pasa algo de nuevo, podéis avisarme á Ipswick.

—Muy bien — respondió el pasante de Mr. Perker; y viendo que Mr. Pickwick miraba con tenacidad á la mesa, continuó:

—¿Queréis permanecer con nosotros media hora? Tenemos buena gente esta noche; está Samkin y el primer pasante de Green, y Smilkers, y la cancillería de Price, y Pinkins, y Thomas, que canta admirablemente, y Jack Bauber.

Mr. Pickwick no podía dejar pasar una ocasión tan favorable para estudiar la naturaleza humana. Se acercó á la mesa, fué presentado á la sociedad, tomó asiento junto al presidente, é hizo venir un vaso de su licor favorito.

Un profundo silencio siguió, al contrario de lo que Mr. Pickwick esperaba. Al fin su vecino de la derecha, un caballero que ostentaba botones de mosaico sobre una camisa rayada, le dijo quitándose el cigarro de la boca:

—Espero que esto no os incomodará, caballero.

—De ningún modo — replicó Mr. Pickwick; — me

gusta el olor del tabaco, aunque no fumo.

—Sentiría mucho decir otro tanto, — observó otro caballero del lado opuesto de la mesa; — mi pipa es para mí alimento y habitación.

Mr. Pickwick examinó al que hablaba así, y no pudo menos de pensar que hubiera ganado mucho el tal, si su pipa hubiera sido también para él el lavado de la ropa.

Hubo otra pausa; Mr. Pickwick era un extraño, y su llegada había enfriado naturalmente á los tertulianos.

—Mr. Grundy va á obsequiar á la sociedad con una canción — dijo el presidente.

—No, no la obsequiará — dijo Mr. Grundy.

—¿Por qué? — preguntó el presidente.

—Porque no puedo.

—Decid que no queréis.

—Pues bien, porque no quiero.

Otra pausa siguió á esta negativa de obsequiar á la sociedad.

—¿Por qué no canta el presidente? — dijo un joven de bigotes, bizco y con cuello de camisa vuelto.

—Roque, acabo de cantar — dijo el presidente — la única canción que sé.

Como esto no tenía réplica siguió otra pausa.

—Yo he estado esta tarde, señores — dijo Mr. Pickwick, — deseando suscitar un asunto de interés para todos, — yo he estado esta tarde en un sitio que todos conocéis sin duda, pero donde yo no he puesto en mi vida los pies; hablo de Gray's Inn; esas casas son curiosos escondrijos en una población como Londres.

—¡Por Júpiter! — dijo el presidente, — que habéis nombrado una cosa que hará hablar á alguno de nosotros; vais á sacar de sus casillas al viejo Jack Bamber. Nunca se le ha oído hablar sobre otra cosa que sobre esas casas. Ha vivido solo tanto tiempo que se ha vuelto medio loco.

El individuo de quien hablaba Mr. Lowten era un viejo pequeño, de hombros altos, que tenía la costumbre de inclinarse hacia adelante, cuando estaba silencioso, y que por esta razón no había sido visto antes por mister Pickwick; pero cuando el viejo levantó su rostro amarillo y descarnado y fijó en él sus ojos, llenos de astucia y penetración, nuestro ilustre observador se admiró de que hubiese escapado á su atención una fisonomía tan singular; una sonrisa amarga contraía perpetuamente la cara del viejo; apoyaba su barba sobre una mano flaca, cuyas uñas tenían una longitud extraordinaria; su mirada penetrante y fija brillaba bajo sus cejas apenas; en fin, había en el conjunto de su fisonomía algo

de salvaje, de extraño, de astuto, que le daba un aspecto repulsivo.

Tal era la figura que se apareció de repente, y de cuya boca salió un torrente de palabras vehementes; sin embargo, como este capítulo va siendo ya largo, y como el viejo es un personaje notable, será más respetuoso para él y más cómodo para nosotros dejarle hablar en un nuevo capítulo.

## CAPITULO XXI

*En el cual el viejo se apodera de su tema favorito y cuenta la historia de un cliente singular.*

—¡Ah, ah! — dijo el viejo de quien hemos dado una corta descripción en el anterior capítulo; — ¡Ah! ¿quién habla de las Inn?

—Yo, caballero — respondió Mr. Pickwick; — he notado que son sitios muy singulares.

—Vos — contestó el viejo con tono despreciativo, — ¿qué podéis saber del tiempo en que los jóvenes se encerraban en sus habitaciones solitarias y leían, leían, hora tras hora, noche tras noche, hasta que se trastornaba su razón con estudios nocturnos, hasta que se agotaban las fuerzas de su espíritu, hasta que la luz de la mañana no les traía salud ni alegría, concluyendo por perecer, después de haber consagrado su vigorosa juventud á estudiar en viejísimos librazos? Vos, que habéis venido más tarde, en una época muy diferente, ¿qué podéis saber de aquel desfallecimiento gradual, de aquella lenta consunción, de aquellos rápidos accesos de fiebre, resultado de la miseria, de la disipación? ¿Sabéis cuántos pleiteantes, después de haber vanamente implorado la piedad de los hombres de ley, se han ido con el corazón desgarrado á buscar reposo en el Táme-sis, ó refugio en una prisión? No hay tabique en aquellas casas que no pueda narrar alguna espantosa historia; por prosaicos que esos hoteles parezcan, os digo que están llenos de horribles misterios; y yo prefiero oír durante la noche alguna leyenda adornada con un terrible título, que la verdadera historia de cualquiera de aquellas antiguas habitaciones.

Había una energía tal en las palabras del viejo, que

gusta el olor del tabaco, aunque no fumo.

—Sentiría mucho decir otro tanto, — observó otro caballero del lado opuesto de la mesa; — mi pipa es para mí alimento y habitación.

Mr. Pickwick examinó al que hablaba así, y no pudo menos de pensar que hubiera ganado mucho el tal, si su pipa hubiera sido también para él el lavado de la ropa.

Hubo otra pausa; Mr. Pickwick era un extraño, y su llegada había enfriado naturalmente á los tertulianos.

—Mr. Grundy va á obsequiar á la sociedad con una canción — dijo el presidente.

—No, no la obsequiará — dijo Mr. Grundy.

—¿Por qué? — preguntó el presidente.

—Porque no puedo.

—Decid que no queréis.

—Pues bien, porque no quiero.

Otra pausa siguió á esta negativa de obsequiar á la sociedad.

—¿Por qué no canta el presidente? — dijo un joven de bigotes, bizco y con cuello de camisa vuelto.

—Roque, acabo de cantar — dijo el presidente — la única canción que sé.

Como esto no tenía réplica siguió otra pausa.

—Yo he estado esta tarde, señores — dijo Mr. Pickwick, — deseando suscitar un asunto de interés para todos, — yo he estado esta tarde en un sitio que todos conocéis sin duda, pero donde yo no he puesto en mi vida los pies; hablo de Gray's Inn; esas casas son curiosos escondrijos en una población como Londres.

—¡Por Júpiter! — dijo el presidente, — que habéis nombrado una cosa que hará hablar á alguno de nosotros; vais á sacar de sus casillas al viejo Jack Bamber. Nunca se le ha oído hablar sobre otra cosa que sobre esas casas. Ha vivido solo tanto tiempo que se ha vuelto medio loco.

El individuo de quien hablaba Mr. Lowten era un viejo pequeño, de hombros altos, que tenía la costumbre de inclinarse hacia adelante, cuando estaba silencioso, y que por esta razón no había sido visto antes por mister Pickwick; pero cuando el viejo levantó su rostro amarillo y descarnado y fijó en él sus ojos, llenos de astucia y penetración, nuestro ilustre observador se admiró de que hubiese escapado á su atención una fisonomía tan singular; una sonrisa amarga contraía perpetuamente la cara del viejo; apoyaba su barba sobre una mano flaca, cuyas uñas tenían una longitud extraordinaria; su mirada penetrante y fija brillaba bajo sus cejas apenas; en fin, había en el conjunto de su fisonomía algo

de salvaje, de extraño, de astuto, que le daba un aspecto repulsivo.

Tal era la figura que se apareció de repente, y de cuya boca salió un torrente de palabras vehementes; sin embargo, como este capítulo va siendo ya largo, y como el viejo es un personaje notable, será más respetuoso para él y más cómodo para nosotros dejarle hablar en un nuevo capítulo.

## CAPITULO XXI

*En el cual el viejo se apodera de su tema favorito y cuenta la historia de un cliente singular.*

—¡Ah, ah! — dijo el viejo de quien hemos dado una corta descripción en el anterior capítulo; — ¡Ah! ¿quién habla de las Inn?

—Yo, caballero — respondió Mr. Pickwick; — he notado que son sitios muy singulares.

—Vos — contestó el viejo con tono despreciativo, — ¿qué podéis saber del tiempo en que los jóvenes se encerraban en sus habitaciones solitarias y leían, leían, hora tras hora, noche tras noche, hasta que se trastornaba su razón con estudios nocturnos, hasta que se agotaban las fuerzas de su espíritu, hasta que la luz de la mañana no les traía salud ni alegría, concluyendo por perecer, después de haber consagrado su vigorosa juventud á estudiar en viejísimos librazos? Vos, que habéis venido más tarde, en una época muy diferente, ¿qué podéis saber de aquel desfallecimiento gradual, de aquella lenta consunción, de aquellos rápidos accesos de fiebre, resultado de la miseria, de la disipación? ¿Sabéis cuántos pleiteantes, después de haber vanamente implorado la piedad de los hombres de ley, se han ido con el corazón desgarrado á buscar reposo en el Támesis, ó refugio en una prisión? No hay tabique en aquellas casas que no pueda narrar alguna espantosa historia; por prosaicos que esos hoteles parezcan, os digo que están llenos de horribles misterios; y yo prefiero oír durante la noche alguna leyenda adornada con un terrible título, que la verdadera historia de cualquiera de aquellas antiguas habitaciones.

Había una energía tal en las palabras del viejo, que

Mr. Pickwick no encontró palabras con que responderle; sin embargo, el viejo, reprimiendo su impetuosidad, continuó en estos términos:

—Miradlas bajo otro aspecto menos romántico; ¡qué instrumentos de lenta tortura! Pensad en el infeliz que ha gastado cuanto tenía, que se ha reducido á la mendicidad, que ha empeñado sus amigos, para entrar en una profesión en que no ganará un pedazo de pan; la esperanza, el desaliento, el temor, la pobreza, las ilusiones perdidas, el suicidio tal vez ó la embriaguez harapososa, ¡he aquí lo que se encuentra en aquellas moradas!

El viejo se frotaba las manos sonriendo sarcásticamente, y gozoso de haber tomado su asunto favorito bajo un nuevo punto de vista; Mr. Pickwick le observaba con curiosidad, y el resto de la sociedad sonreía y miraba en silencio.

—Habláis de las universidades alemanas — continuó el viejo. — Se encuentra demasiada poesía aquí ante nuestros propios ojos, sin que nadie lo advierta.

—Efectivamente, yo no advierto nunca la poesía que hay en estos sitios.

—Sin duda no la habéis advertido; es natural; es como un amigo mío que me decía: — ¿Qué hay de particular en esas viejas casas? — Son muy singulares, respondí yo. — No veo la singularidad. — Solitarias, dije. — No lo veo, contestó. — Una mañana, cuando iba á abrir su puerta para salir, cayó atacado de una apoplejía fulminante; allí permaneció por espacio de diez y ocho meses; todos decían que había salido de la población.

—¿Y cómo le encontraron al fin? — preguntó mister Pickwick.

—Como no había pagado su alquiler durante dos años, determinaron entrar. En efecto, forzaron la cerradura, y un cadáver seco, con levita azul, pantalón negro, media de seda, cayó en los brazos del portero, que abrió la puerta; es cosa singular sin duda.

—Sé otra aventura de la misma clase — continuó el viejo: — pasó en Clifford's Inn. Un inquilino de mala reputación se encerró en su alcoba y tomó una dosis de arsénico; el intendente creyó que se había marchado, abrió la puerta de la sala y puso un cartel de alquiler; llegó otro hombre, alquiló la habitación y fué á habitarla; pero no podía dormir; se encontraba agitado, inquieto; es muy particular, dijo. Pondré mi cama en la otra habitación, y este será mi gabinete; hace el cambio, y duerme perfectamente aquella noche; pero repentinamente se encuentra con que no podía leer. Estaba nervioso, muy agitado; y no podía hacer otra cosa que despabilar la luz y mirar en torno suyo. — No puedo

entender esto, dijo una noche que venía del teatro y bebía un vaso de ponche con la espalda apoyada en la pared, para no poderse imaginar que había alguien detrás de él. — No comprendo esto, dijo; y precisamente sus ojos se fijaron en la alcoba que había estado siempre cerrada. Un escalofrío le corrió de pies á cabeza. — Yo he experimentado ya esta extraña sensación, dijo para sí; no puedo menos de pensar que hay algún misterio en esa alcoba. Al mismo tiempo hizo un esfuerzo, evocó todo su valor, rompió la cerradura, abrió la puerta, y descubrió en pie y en una esquina al otro inquilino, que tenía una pequeña botella en la mano, y cuyo rostro mostraba señales de una muerte violenta.

Al decir esto, el viejo empezó á reír sarcásticamente, dirigiendo sus miradas á los rostros estupefactos y atentos de los espectadores.

El viejo continuó:

—Hace cincuenta años conocí yo á otro individuo que alquiló en una de las *Inns* más antiguas, un cuarto viejo, húmedo, que estaba cerrado hacia años y siglos; se contaban mil historias sobre aquella habitación, y en verdad, el cuarto no tenía nada de alegre; pero nuestro inquilino se moría de pobreza, y aunque la casa hubiese sido diez veces peor, por lo barata la hubiera alquilado. Los muebles eran: un viejo armario de papeles con grandes puertas vidrieras, cubiertas por dentro con cortinas verdes, y unas sillas; el primero era un mueble muy útil para él, porque no tenía papeles que poner dentro, y en cuanto á la ropa, la llevaba siempre consigo; las sillas, que eran cuatro, las repartió por la sala, para que aparecieran como una docena. Llegada la noche, se puso á beber junto al fuego el primer vaso de una botella de aguardiente que había comprado á crédito; mientras bebía, se preguntaba si llegaría á pagar el aguardiente, cuando sus ojos se dirigieron á las puertas del armario de libros; entonces pareció que un débil gemido salía del armario; nuestro hombre se asustó al principio, pero reflexionando que el rumor debía haber sido producido por algún vecino que entraría en su casa de buen humor, puso los pies junto al fuego, y se puso á remover los carbones; en aquel momento se oyó el mismo gemido, una de las puertas vidrieras se abrió lentamente, y dejó ver de pie en el armario la figura de un hombre alto, cubierto de vestidos sucios y rotos; su rostro, pálido y flaco, parecía consumido por el pesar, y había en el color de su piel, en sus formas de esqueleto, en todo su aspecto, en fin, alguna cosa que no era de los habitantes de este mundo. — ¿Quién sois? balbuceó el nuevo inquilino, que se había quedado más blanco que su camisa, y balanceaba

en su manos la badila, como queriendo apuntar con ella á la figura sobrenatural; ¿quién sois? — No me lancéis esa badila, replicó el aparecido; aunque acertarais en la puntería, pasaría al través de mi cuerpo sin resistencia, y no chocaría sino en el fondo del armario. Yo soy un espíritu. — ¿Y qué me queréis— preguntó trémulo el inquilino. — En esta habitación, continuó la aparición, se ha consumado mi ruina terrestre. En esta habitación me he visto reducido á la mendicidad juntamente con mis hijos; en este armario se acumularon de año en año los papeles de un largo, de un eterno proceso; en esta habitación, mientras yo moría de pesar y de desesperación, dos infames vampiros se repartieron las riquezas, por las cuales había yo envenenado mi existencia, sin que quedara ni un ochavo á mis pobres hijos. Ahora, por ver el teatro de mis infortunios, vengo todas las noches, únicas horas en que puedo visitar vuestro planeta; esta habitación es mía, dejádmela. — Si insistís en venir á esta habitación, respondió el inquilino, que había tenido tiempo de animarse durante el relato de la sombra, yo os quitaré la posesión del cuarto con mucho gusto; pero si me lo permitís, os haré una pregunta. — Hablad, dijo el espíritu con voz severa. — Pues bien, continuó el inquilino; no quiero aplicaros personalmente mi observación, puesto que es común á todos los espíritus de que he oído hablar; pero me parece un poco... inconsecuente que vengáis siempre á los mismos sitios en que habéis sido desgraciado, cuando tenéis facilidad para visitar los países más bellos de la tierra, pues el espacio y la distancia no son nada para vos. — Tenéis razón, es verdad, replicó el aparecido; nunca me había ocurrido tal cosa. — Ya veis, caballero, dijo el inquilino, que esta habitación es miserable; creo que pudierais encontrar un domicilio más agradable. — Tenéis mucha razón, contestó el espíritu con mucha cortesía; no había pensado en ello; voy á probar inmediatamente el cambio de aires.

Efectivamente, al decir esto empezó á desvanecerse; sus piernas habían desaparecido casi completamente, cuando el inquilino lo llamó. — Caballero, gritó; haríais un gran servicio á la sociedad teniendo la bondad de convencer á los demás señores espíritus visitantes de las casas viejas de que estarían mucho mejor visitando otros lugares. — Así lo haré, contestó el aparecido; sin duda somos muy brutos nosotros los espíritus, por no habérsenos ocurrido eso; ¡no me perdono el haber sido tan estúpido! Al decir estas palabras, la sombra desapareció, y lo que es más raro, — añadió el viejo lanzando una mirada maliciosa á los circunstantes, — no volvió á aparecer más.

—No es malo, si es verdad — dijo el hombre de los botones de mosaico, encendiendo otro cigarro.

—Sí — exclamó el viejo con aire excesivamente desdenoso; — ya veis — continuó dirigiéndose á Lowten, —no me llamaría la atención que dijeran también que la historia de aquel cliente que teníamos cuando yo estaba en casa del abogado, no era verdad tampoco.

—De esa historia no diré yo nada, porque no la he oído — contestó otro.

—Caballero — dijo Mr. Pickwick, — tendría mucho gusto en oírla contar.

—¡Oh! sí — añadió Lowten; — contadla, ninguno de los que estamos aquí la sabe, excepto yo, que la he olvidado un poco.

El viejo se frotó la barba con la mano y comenzó del modo siguiente:

#### *Historia de un cliente singular*

En la calle Grande, que está junto á la iglesia de San Jorge, se encuentra, como todo el mundo sabe, una pequeña prisión de acreedores, llamada Marshalsea; aunque no se parece á la infame cloaca de otros tiempos, sin embargo, ofrece aun poca tentación á los estravagantes, poco consuelo á los que no son previsores. El asesino condenado á muerte, goza en Newgate de un patio más vasto y más ventilado que los de la prisión de Marshalsea, donde vive el deudor insolvente.

No puedo soportar aquella parte de Londres; la calle es ancha, las tiendas espaciosas, el ruido de los transeúntes, de los coches, de las industrias activas, resuena allí desde por la mañana hasta por la noche; pero las calles contiguas son estrechas y sucias, la pobreza y la miseria se muestran por todas partes, el infortunio y la penuria se encierran en la sombría prisión; un aire de tristeza y desolación parece agitarse por aquel sitio, comunicando al edificio un tinte lúgubre y repugnante.

Hace treinta años que una mujer joven se presentaba con su niño todos los días en la puerta de la prisión, desde que el sol aparecía, y con toda regularidad como él. Iba á ver á su marido, preso por deudas; algunas veces, después de una noche inquieta y sin sueño, llegaba á aquella puerta una hora más tarde, y entonces, retrocediendo con aire dulce y resignado, llevaba su hijo al viejo puente, lo ponía sobre el parapeto teniéndolo en sus brazos, y le mostraba para distraerle las aguas del Támesis, que brillaban á los primeros rayos del sol na-

ciente; pero después dejaba el niño en el suelo y se ponía á llorar amargamente, porque ninguna expresión de alegría ó interés venía á animar el semblante pálido y flaco que ella contemplaba con tanto amor. ¡Ay! aquel pobre niño no tenía sino recuerdos de una sola especie; recuerdos que se relacionaban con la pobreza, con las desventuras de sus padres; durante largas horas permanecía sentado sobre las rodillas de su madre, y consideraba con infantil simpatía las lágrimas que corrían por sus mejillas; después se arrastraba hacia un rincón obscuro, donde se dormía llorando; las penosas realidades del mundo, con sus más duras privaciones, el hambre, la sed, el frío, todas las necesidades se albergaban para él en aquella casa, desde los primeros destellos de su inteligencia; y aunque tenía aun las formas de la infancia, no tenía sin embargo, sereno el corazón, alegre el semblante ni risueños los labios.

Su padre y su madre estudiaban la palidez de su rostro, y sus miradas les sugerían pensamientos desesperados que no osaban expresar con palabras. El hombre, vigoroso y sano, que hubiera podido soportar todas las fatigas de una vida activa, se consumía en lenta inacción en la atmósfera insalubre de una prisión. La mujer, delicada y frágil, desfallecía al peso de los males combinados del espíritu y del cuerpo. Llegó el invierno, y con el invierno semanas enteras de días fríos y lluviosos; la pobre mujer se había ido á vivir á un miserable cuarto junto á la prisión de su marido; y aunque su creciente pobreza fué el motivo de aquel cambio, se encontró más feliz, porque estaba algo más cerca de su marido; durante dos meses vino como de costumbre á esperar con su niño que abrieran la puerta; una mañana no vino; era la primera vez que faltaba; otra mañana vino sola; el niño había muerto.

Saben poco los que hablan de la muerte del pobre como de una feliz cesación de dolores para el que no existe, y una economía providencial para el que le sobrevive; los que tal dicen, no conocen la agonía de tales pérdidas. Una silenciosa mirada de afecto, cuando las demás miradas se apartan friamente; la conciencia de que poseemos la simpatía de un sér humano, cuando todos los demás nos abandonan, son consuelos, sostenes y apoyos que ninguna riqueza puede pagar, que no puede dar ningún poder. El niño había permanecido durante horas enteras sentado á los pies de sus padres, con sus pequeñas manos estrechadas por las de ellos; sus padres le habían visto marchitarse de día en día, pero aunque su corta existencia estuviera privada de toda alegría, aunque hubiera ido á reposar en el seno de aquella paz que no había conocido sobre la tierra,

sin embargo, la pérdida del niño hirió profundamente el corazón de sus padres.

Era evidente para los que advertían el rostro desfallido de la joven madre, que no sufriría mucho tiempo tantas desventuras. Los camaradas de prisión de su marido temían turbar tanto dolor y miseria, y los dejaban solos en la habitación que él compartía con dos compañeros; la joven madre la ocupaba con él, y languidecía sin sufrimientos, pero sin esperanza, y su vida se extinguía dulcemente.

Una noche se había desmayado en los brazos de su marido, y éste la había acercado á la ventana abierta, para reanimarla con la sensación del aire. La luz de la luna, cayendo sobre su pálido rostro, le mostró tanta alteración en las facciones de su esposa, que vaciló como un débil niño, no pudiendo soportar el peso de la que le era tan cara.

—Siéntame, Jorge — dijo con voz débil; él obedeció, y sentándose junto á ella, ocultó el rostro entre las manos y lloró.

—Es muy duro dejarte, Jorge, pero tal es la voluntad de Dios, y tu deber soporta esto por amor mío. ¡Oh, cuánto agradezco á Dios que se haya llevado antes á nuestro hijo! es feliz; está en el cielo; ¡qué hubiera sido aquí de él sin su madre!

—¡No morirás, María, no! ¡no morirás! — exclamó el marido levantándose; dió vueltas á la habitación, golpeándose la frente con los puños cerrados; después sentándose junto á su mujer, y sosteniéndola en sus brazos, añadió con más calma: — tranquilízate, querida mía, ten valor, vivirás aun.

—No, Jorge, conozco que no; hazme poner junto á nuestro hijo cuando muera; pero prométeme que si algún día dejas esta horrible habitación, si algún día eres rico, nos harás trasladar á nuestro cementerio de aldea, lejos, muy lejos de aquí, para que podamos reposar en paz. ¿Me lo prometes?

—Sí, sí — dijo el infeliz, arrodillándose delante de ella: — respondedme, María, ¡una palabra aun!

Cesó de hablar, porque el brazo que se enlazaba á su cuello estaba rígido y pesado. Un profundo suspiro se escapó del seco pecho de la joven, agitáronse sus labios, una sonrisa brilló en su rostro, pero sus labios estaban blancos, y bien pronto la sonrisa quedó fija y helada: Jorge Heyling estaba solo en el mundo.

Aquella noche, en el silencio y en la desolación de su cuarto, el pobre esposo se arrodilló junto al cadáver, y llamó á Dios por testigo del juramento horrible que hacía de vengar la muerte de su mujer y de su hijo, de consagrar el resto de su existencia á aquel único ob-

jeto, de obtener una venganza prolongada y terrible, de alimentar un odio mortal inextinguible, y proseguir su venganza al través del mundo entero.

Una desesperación sobrenatural, una rabia diabólica habían hecho tal estrago en su fisonomía en una sola noche, que al día siguiente por la mañana sus compañeros retrocedieron con espanto al verle; sus ojos estaban inyectados de sangre, su cara cadavérica, su cuerpo encorvado; en la violencia de sus angustias mentales se había mordido el labio inferior, y la sangre, corriendo de la herida, había manchado su barba, su corbata y su camisa; no exhalaba una lágrima ni un suspiro; pero el extravío de sus miradas, la irregularidad de sus pasos, todo su aspecto, en fin, revelaba la fiebre que le devoraba interiormente.

Era preciso que el cuerpo de su mujer fuera sepultado en el recinto de la prisión; él recibió esta noticia con calma, y reconoció la conveniencia; casi todos los presos se unieron para ver el entierro. Colocáronse en dos filas, cuando Jorge Heyling pareció, avanzando con pasos precipitados, y se colocó junto á una pequeña reja en la puerta de entrada: la multitud se retiró por un sentimiento de delicadeza; bien pronto bajaron el toscó ataúd, lentamente conducido por cuatro hombres; un silencio de muerte le acogió, silencio tan sólo interrumpido por los lamentos de las mujeres y por las palabras de los conductores del féretro. Cuando llegaron al sitio en que estaba el desolado esposo, se detuvieron; él extendió la mano sobre el ataúd, y arreglando maquinalmente el paño que le cubría, hizo señas de que siguiera; el féretro pasó el pórtico; la pesada puerta se cerró por fuera: Heyling miró con aire distraído la multitud que le rodeaba y cayó en tierra sin sentido.

Durante muchas semanas fué preciso velarle noche y día; pero en los más violentos arrebatos de la fiebre, no perdió el conocimiento de sus desdichas, ni el recuerdo del juramento que había hecho: los lugares, las escenas, los distintos sucesos se presentaban á sus ojos con la rapidez confusa del delirio; y siempre sus sueños estaban unidos al terrible proyecto que ocupaba su espíritu: navegaba por un mar sin límites; el cielo ardiente parecía ensangrentado; las olas furiosas se elevaban en torbellinos por todas partes; otro navío luchaba penosamente con las ondas agitadas; sus velas desgarradas flotaban como cintas pendientes de los mástiles; su cubierta se veía llena de criaturas humanas, sobre las cuales rompían las olas, arrastrándolas al abismo; sin embargo, el buque en que iba Heyling avanzaba en medio de la mar rugiente con una fuerza y una velocidad irresistibles; chocando con el otro navío, le destrozó

con su quilla; un grito terrible, el grito de muerte de cien infelices, sonó en el espacio; grito tan terrible, que retumbó más fuerte que el clamor de los elementos; tan agudo que parecía hendir el aire, el Océano y el cielo. — ¿Pero qué es aquello? ¿qué vieja cabeza gris es aquella que se eleva sobre las olas, que lucha con la muerte, y pide socorro con clamores de agonía? Jorge Heyling se lanza al mar, nada vigorosamente hacia el viejo, se acerca; sí, ¡son sus facciones! El viejo, que le ve venir, se esfuerza vanamente en huir de él. Heyling le coge, le estrecha, le arrastra consigo bajo las olas, ¡al fondo! ¡al fondo! bajo las masas tenebrosas del agua; los esfuerzos del viejo son más débiles cada vez, y al fin cesan enteramente: ¡ha muerto! Heyling lo ha matado, ha cumplido su juramento.

Solo y con los pies desnudos atravesaba las ardientes llanuras de un desierto inmenso; la arena levantada por el uracán le ahogaba, le cegaba. Los granos imperceptibles penetraban en los poros, causándole una irritación que le enfurecía; masas gigantescas del mismo polvo, llevadas por los vientos y enrojecidas por el sol, marchaban al lado suyo como columnas de fuego vivo; las osamentas de los viajeros que habían perecido en aquellos horribles desiertos se extendían á sus pies; una sangrienta luz iluminaba todos los objetos que le rodeaban, y en toda la extensión que abrazaban sus ojos, no percibía sino horror y soledad espantosa; en vano se esfuerza en lanzar un grito; su ardiente lengua está pegada á su paladar; corre como un desesperado, sintiéndose con fuerzas sobrenaturales; hiende las movedizas arenas; pero al fin, agobiado de sed y fatiga, cae sin conocimiento en tierra; una frescura inesperada y balsámica le reanima; ¿de dónde procede aquel agradable murmullo? ¡Del agua! es un manantial; un arroyo corre á sus pies; bebe con ardor, y extendiendo sobre el suelo sus miembros doloridos, cae en un delicioso letargo; un ruido de pasos le despierta; un viejo de cabeza gris se acerca para apaciguar también su sed. ¡Es él! Heyling coge por un brazo al viejo y lo aparta del agua bienhechora; en vano quiere desasirse con violentas convulsiones, en vano pide agua con gritos desgarradores, una sola gota de agua para salvar la vida; Heyling lo aparta con brazo despiadado; contempla con ojos ávidos su lenta agonía, y cuando su cabeza gris se inclina insensible sobre su seno, suelta el cadáver y lo empuja con el pie.

Cuando se le pasó la fiebre y recobró el conocimiento, se despertó para encontrarse libre y rico, para saber que su padre, que le había dejado morir en una prisión, había sido encontrado muerto en su cama; este padre

desnaturalizado, había tenido valor para dejar mandegar á su hijo; pero orgulloso é inhumano hasta el fin, de su vida, había retardado la reparación de tanta infamia hasta el momento en que era tarde para hacerlo.

Jorge Heyling volvió en sí para enterarse de su nueva fortuna, para acordarse de que su enemigo era el padre de su mujer, el hombre que lo había metido en una prisión y que había rechazado con desprecio á su hija y á su nieto, cuando se arrodillaban ante él para pedirle socorro; ¡Oh! ¡cuánto sentía el desventurado Heyling la debilidad que le impedía levantarse y continuar activamente su venganza!

Se hizo transportar lejos de los lugares que habían sido testigos de sus miserias y de la doble pérdida que había tenido; se retiró á orillas del mar, á una apacible quinta, no con esperanza de recobrar la dicha ni aun la tranquilidad, porque una y otra habían huído para siempre, sino para recobrar su abatida energía, y meditar sobre su proyecto con implacable persistencia; en aquel mismo sitio, un mal espíritu, sin duda, le suministró la ocasión de su primera y más horrible venganza.

Era en verano; sumergido en sus sombríos pensamientos, salía Heyling una noche de su vivienda solitaria; tomó por un estrecho sendero, hasta llegar á un sitio desierto y salvaje, que había encontrado ya en sus paseos vagabundos, y que había agradado á su exaltada imaginación. Allí se sentaba sobre trozos de rocas, y ocultando el rostro entre las manos, permanecía durante horas enteras, hasta que las sombras de las rocas que amenazaban su cabeza arrojaban una negra obscuridad sobre todos los objetos vecinos. En una tranquila noche estaba sentado allí en su postura habitual, alzando de tiempo en tiempo los ojos para seguir el vuelo de algún pájaro, cuando la tranquilidad del paisaje fue turbada por un grito de agonía. Heyling puso el oído atento, creyendo al principio que había oído mal; después el grito fué repetido de una manera más desgarradora, y Heyling se levantó y corrió en la dirección de la voz.

La escena que se ofrecía á sus ojos hablaba por sí misma. Algunos vestidos se hallaban esparcidos por la playa; una cabeza de hombre aparecía por encima de las olas á alguna distancia de la orilla, mientras que en ésta, un viejo, retorciéndose los brazos con desesperación, corría de un lado á otro pidiendo socorro. Heyling, cuyas fuerzas se habían restablecido lo bastante, se quitó el vestido y se lanzó en medio de las olas con intención de salvar la persona que se ahogaba.

—¡Apresuraos en nombre del cielo! ¡salvadle! ¡sal-

vadle, por amor de Dios! ¡es mi hijo, mi único hijo!— dijo el viejo acercándose trémulo de emoción.

A las primeras palabras del viejo, Heyling se detuvo, y cruzando los brazos sobre su pecho, permaneció completamente inmóvil.

—¡Gran Dios! — exclamó el viejo retrocediendo, — ¡Heyling!

Heyling sonrió y guardó silencio.

—¡Heyling! — continuó el viejo con extravío; — ¡es mi hijo! ¡Heyling, mi hijo querido! ved. ved...

Y en su agonía, el miserable padre señalaba el sitio donde el joven luchaba con la muerte.

—Escucha — continuó el viejo; — acaba de gritar; está vivo aun; Heyling, ¡salvadle! ¡salvadle!

Heyling sonrió de nuevo y no se movió.

—¡Os he maltratado! — exclamó el viejo, cayendo de rodillas é implorándole con las manos juntas; — ¡vengaos! ¡tomad toda mi fortuna, tomad mi vida! ¡matadme, Heyling, pero salvad á mi hijo! es joven, es muy joven para morir.

—Escuchadme — dijo Heyling, asiendo fuertemente el puño del viejo; — yo quiero tener vida por vida; he aquí una. Mi hijo ha muerto ante mis propios ojos; ha muerto en una agonía mucho más horrible que la de ese joven, ¡calumniador de su hermana! Entonces habéis reído, habéis cerrado la puerta ante vuestra hija, en cuyo rostro la muerte había impreso su huella; habéis reído de nuestros sufrimientos... ¿qué pensáis ahora? ¡miradle, miradle allí!

Hablando así, Heyling mostraba el Océano: un débil grito se oyó; las últimas, las terribles convulsiones de un ahogado agitaron las olas, y un momento después la superficie estaba serena; la mirada no podía distinguir el sitio en que el joven había desaparecido en una tumba prematura.

Tres años habían pasado, cuando un caballero bajó de su coche junto á la puerta de la casa de un procurador de Londres muy conocido; pidió una entrevista para un asunto de importancia; el rostro de este caballero era sombrío, pálido, hosco, y no era precisa toda la astucia del hombre de negocios para reconocer que las enfermedades ó la desdicha habían hecho en su persona más estragos que el tiempo.

—Deseo — dijo el desconocido, — que os encarguéis de un asunto que me interesa mucho.

El abogado saludó cumplidamente, y fijó la vista en el paquete que el caballero tenía en la mano; éste lo notó y continuó diciendo:

—No es un asunto ordinario, y estos papeles han venido á mis manos tras largas penas y enormes gastos.

El procurador examinó el paquete con más curiosidad aun, y su nuevo cliente, desatando la cuerda que lo ligaba, le mostró una gran cantidad de autos y documentos.

— Como veis — dijo el cliente, — el hombre cuyo nombre veis aquí, ha pedido prestado desde hace muchos años vastas sumas con pagaré; hizo un convenio con el prestamista, cuyos pagarés he comprado por el triple ó cuádruplo de su valor, hizo el convenio, digo, de renovar estos pagarés de tiempo en tiempo hasta cierta época; pero este convenio no está expresado en ninguna parte; el acreedor ha sufrido grandes pérdidas últimamente, y estas obligaciones, cayendo repentinamente sobre él, le hundirían para siempre.

— Asciede á muchos miles de libras esterlinas — dijo el procurador, mirando los papeles.

— Si — respondió el cliente.

— Pues bien, ¿qué hacemos?

— ¿Qué hacéis? — exclamó el cliente con repentina vehemencia; — emplead para perderle todos los recursos de la ley, todas las sutilezas, todos los medios, honrados ó no, que puedan inventar los más hábiles hombres de ley; quiero que muera de una manera prolongada, terrible; arruinadle, embargadle, vended sus bienes, sus tierras, echadle de su domicilio; que mendigue en su vejez y espire en una prisión.

— Pero los gastos, caballero, los gastos de todo esto — dijo el procurador cuando salió de su primera sorpresa, — ¿quién los pagará?

— Decid una suma — contestó el cliente, cuyas manos temblaban tan violentamente, que apenas podía tener la pluma que había cogido; — decid una suma cualquiera, y se os remitirá; no tengáis miedo de pedir: nada me parecerá caro con tal que logre mi objeto.

El procurador se aventuró á pedir una gran suma, más bien por saber hasta dónde tenía intención de ir su cliente que por esperanza de que accediera. El desconocido, sin vacilar, escribió una carta de pago contra su banquero, la entregó al procurador y se marchó.

El procurador, viendo que la cosa iba de veras, se puso á trabajar inmediatamente. Durante dos años, Jorge Heyling iba á pasar días enteros al estudio, examinando con afán los papeles que se acumulaban; á medida que seguían las actuaciones leía y releía con ojos chispeantes de alegría las representaciones de la ruina cierta que la parte contraria iba á sufrir: las tierras, las casas, los muebles fueron vendidos, y el viejo mismo hubiera sido emparedado en una prisión, si no hubiera logrado escaparse burlando la vigilancia del guarda encargado de su captura.

La implacable animosidad de Heyling parecía acrecerse con la ruina de su enemigo; su furia no tuvo límites cuando supo que se había fugado; en su rabia rechinaba los dientes, se arrancaba los cabellos, y dirigía las más horribles imprecaciones á los hombres encargados de la prisión. Por fin, pudieron calmarle, asegurándole que el fugitivo sería descubierto; se enviaron gentes en todas direcciones, se recurrió á todas las estratagemas imaginables para averiguar el lugar de su escondite, pero fué en vano, y pasaron seis meses sin que fuese posible encontrarle.

Una tarde, á hora avanzada, Heyling, de quien no se había oído hablar en mucho tiempo, se apareció en casa del procurador; Heyling subió las escaleras y entró pálido y palpitante en el estudio; después de haber cerrado la puerta, por miedo á ser oído, se dejó caer en un asiento y dijo en voz baja:

— ¡Le he encontrado al fin!

— ¡Bah! — dijo el procurador; — ¿de veras?

— Está oculto en una miserable habitación de Camden; tal vez ha sido bueno que le hayamos perdido de vista, porque ha vivido solo y en la más abyecta miseria; es pobre, muy pobre.

— Muy bien — dijo el procurador; — haremos su captura mañana.

— Si... esperad... no; pasado mañana; os sorprende este retraso — añadió el cliente con una horrible sonrisa; — pero me había olvidado; pasado mañana es un aniversario en su vida; que sea pasado mañana.

— Muy bien.

— Que me esperen los guardias á las ocho de la noche y les acompañaré.

Efectivamente, se reunieron á la hora convenida, y tomando un cohe de alquiler, dijeron al cochero que parara en la esquina de la calle, junto á *Work-House*; cuando llegaron á este sitio era de noche. Siguieron el muro del hospital veterinario, y entraron en una pequeña calle desolada, rodeada de fosos.

Después de enterrarse el sombrero hasta los ojos y envolverse en su capa, Heyling se detuvo delante de la casa más miserable de la calle y llamó suavemente á la puerta. Fué al instante abierta por una vieja, que hizo un signo de inteligencia; Heyling dijo en voz baja al guardia que le esperara, subió la escalera, abrió la puerta de una habitación y entró de repente.

El objeto de sus implacables pesquisas, viejo decrepito ya, estaba sentado junto á una vieja mesa de pino, sobre la cual no había más que un miserable candelil; al entrar Heyling se estremeció y se levantó con pena.

— ¿Qué hay aun? ¿qué más? — preguntó con voz

cascada; — ¿qué nueva miseria es esta? ¿qué queréis?

—Una palabra — respondió Heyling.

Al mismo tiempo se sentó al otro extremo de la mesa, y apartando su capa y alzando su sombrero, se descubrió.

El viejo cayó sobre su silla, y reuniendo las manos, contempló aquella aparición con una mirada de pavor y sorpresa.

—Hace hoy seis años — dijo Heyling, — que he reclamado de vos la vida que me debíais para mi hijo. Viejo, junto al cadáver de vuestra hija he jurado vivir una vida de venganzas; desde entonces no me he arrepentido de mi juramento; pero si hubiera sido capaz de arrepentirme, el recuerdo sólo de una mirada de aquella criatura, cuando se moría sin quejarse ante mis ojos, el recuerdo del rostro hambriento de nuestro desgraciado hijo, me hubiera fortificado para el cumplimiento de mi promesa; ya os acordáis de mi primera revancha; esta es la última.

El viejo se estremeció, sus manos cayeron con fuerza á un lado y otro.

—Mañana yo salgo de Inglaterra — continuó Heyling, después de una pausa; esta noche os entrego á la muerte viva á que vos me condenasteis, á una prisión sin esperanza...

Al decir esto, dirigió una mirada al viejo, cesó de hablar, acercó la luz á su rostro desearnado, la puso después en la mesa, y salió de la habitación.

Haréis bien en subir al cuarto del viejo; creo que está un poco malo — dijo á la mujer abriendo la puerta de la calle y haciendo señas al guardia de que subiera; la mujer cerró la puerta, subió lo más aprisa que pudo la escalera, y encontró al viejo muerto.

En uno de los valles más apacibles del jardín británico, en uno de los cementerios más tranquilos del condado de Kent, donde las flores salvajes se enlazan con el césped, donde los pájaros cantan sin cesar, reposan en paz bajo una humilde y bella tumba la madre y el hijo; pero las cenizas del padre no están unidas á las suyas, y después de su última expedición, el procurador no volvió á tener noticia alguna de su singular cliente.

Quando el viejo curial terminó su narración, se levantó, descolgó de una percha su sombrero y su redingot, y después, sin decir palabra, se marchó lentamente; el caballero de los botones de mosaico estaba dor-

mido y los demás se disponían á hacer lo mismo; mister Pickwick se retiró sin ser notado, pagó su gasto, lo mismo que el de Sam, y los dos se alejaron de *La Marica*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPITULO XXII

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

*Mr. Pickwick se traslada á Ipswick, y encuentra una aventura romántica en la persona de una dama de cierta edad.*

—¿Este es el equipaje de tu amo, Sammy? — preguntó Mr. Weller el mayor á su afectuoso hijo, cuando éste entraba con un saco de viaje y un pequeño gabán en el patio del hotel de *El Toro*, en *Whitte-Chapel*.

—En seguida viene — dijo Sam; — aquí está.

Y en efecto, Mr. Pickwick bajaba de su cabriolet y entraba en el patio, mientras mister Weller pronunciaba aquellas palabras.

—¡Magnífica mañana! — dijo éste al filósofo.

—Muy bella, es verdad — respondió éste.

—Muy bella, es verdad — repitió un hombre adornado con cabellos rojos, de nariz puntiaguda, de anteojos azules, y que había bajado de otro cabriolet al mismo tiempo que Mr. Pickwick; — ¿vais á Ipswick, caballero? — preguntó nuestro héroe.

—Sí, señor.

—¡Extraña coincidencia! Yo también voy allá.

Mr. Pickwick le saludó.

—¿Vais fuera?

—Sí, señor.

—Dios de Dios, qué rareza! yo voy fuera también.

Al pronunciar estas palabras en tono misterioso é importante, el hombre de los cabellos rojos se puso á sonreír con la misma complacencia que si hubiera hecho uno de los descubrimientos más extraños de que es capaz la sagacidad humana.

—Caballero — dijo Mr. Pickwick, — tengo mucho gusto en teneros por compañero de viaje.

—¡Ah! — contestó el recién venido, que tenía hábito de sacudir la cabeza como un pájaro á cada palabra;

—¡ah! es bueno para los dos la compañía; la compañía... ya sabéis, es una cosa muy diferente de la so-

cascada; — ¿qué nueva miseria es esta? ¿qué queréis?

—Una palabra — respondió Heyling.

Al mismo tiempo se sentó al otro extremo de la mesa, y apartando su capa y alzando su sombrero, se descubrió.

El viejo cayó sobre su silla, y reuniendo las manos, contempló aquella aparición con una mirada de pavor y sorpresa.

—Hace hoy seis años — dijo Heyling, — que he reclamado de vos la vida que me debíais para mi hijo. Viejo, junto al cadáver de vuestra hija he jurado vivir una vida de venganzas; desde entonces no me he arrepentido de mi juramento; pero si hubiera sido capaz de arrepentirme, el recuerdo sólo de una mirada de aquella criatura, cuando se moría sin quejarse ante mis ojos, el recuerdo del rostro hambriento de nuestro desgraciado hijo, me hubiera fortificado para el cumplimiento de mi promesa; ya os acordáis de mi primera revancha; esta es la última.

El viejo se estremeció, sus manos cayeron con fuerza á un lado y otro.

—Mañana yo salgo de Inglaterra — continuó Heyling, después de una pausa; esta noche os entrego á la muerte viva á que vos me condenasteis, á una prisión sin esperanza...

Al decir esto, dirigió una mirada al viejo, cesó de hablar, acercó la luz á su rostro desearnado, la puso después en la mesa, y salió de la habitación.

Haréis bien en subir al cuarto del viejo; creo que está un poco malo — dijo á la mujer abriendo la puerta de la calle y haciendo señas al guardia de que subiera; la mujer cerró la puerta, subió lo más aprisa que pudo la escalera, y encontró al viejo muerto.

En uno de los valles más apacibles del jardín británico, en uno de los cementerios más tranquilos del condado de Kent, donde las flores salvajes se enlazan con el césped, donde los pájaros cantan sin cesar, reposan en paz bajo una humilde y bella tumba la madre y el hijo; pero las cenizas del padre no están unidas á las suyas, y después de su última expedición, el procurador no volvió á tener noticia alguna de su singular cliente.

Quando el viejo curial terminó su narración, se levantó, descolgó de una percha su sombrero y su redingot, y después, sin decir palabra, se marchó lentamente; el caballero de los botones de mosaico estaba dor-

mido y los demás se disponían á hacer lo mismo; mister Pickwick se retiró sin ser notado, pagó su gasto, lo mismo que el de Sam, y los dos se alejaron de *La Marica*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPITULO XXII

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

*Mr. Pickwick se traslada á Ipswick, y encuentra una aventura romántica en la persona de una dama de cierta edad.*

—¿Este es el equipaje de tu amo, Sammy? — preguntó Mr. Weller el mayor á su afectuoso hijo, cuando éste entraba con un saco de viaje y un pequeño gabán en el patio del hotel de *El Toro*, en *Whitte-Chapel*.

—En seguida viene — dijo Sam; — aquí está.

Y en efecto, Mr. Pickwick bajaba de su cabriolet y entraba en el patio, mientras mister Weller pronunciaba aquellas palabras.

—¡Magnífica mañana! — dijo éste al filósofo.

—Muy bella, es verdad — respondió éste.

—Muy bella, es verdad — repitió un hombre adornado con cabellos rojos, de nariz puntiaguda, de anteojos azules, y que había bajado de otro cabriolet al mismo tiempo que Mr. Pickwick; — ¿vais á Ipswick, caballero? — preguntó nuestro héroe.

—Sí, señor.

—¡Extraña coincidencia! Yo también voy allá.

Mr. Pickwick le saludó.

—¿Vais fuera?

—Sí, señor.

—Dios de Dios, qué rareza! yo voy fuera también.

Al pronunciar estas palabras en tono misterioso é importante, el hombre de los cabellos rojos se puso á sonreír con la misma complacencia que si hubiera hecho uno de los descubrimientos más extraños de que es capaz la sagacidad humana.

—Caballero — dijo Mr. Pickwick, — tengo mucho gusto en teneros por compañero de viaje.

—¡Ah! — contestó el recién venido, que tenía hábito de sacudir la cabeza como un pájaro á cada palabra;

—¡ah! es bueno para los dos la compañía; la compañía... ya sabéis, es una cosa muy diferente de la so-

edad, ¿no es eso?

—Eso es una verdad innegable — dijo Sam mezclándose en la conversación con una amable sonrisa.

—¡Ah! — dijo el hombre de los cabellos rojos, mirando á Sam de arriba abajo; — ¿el señor es uno de vuestros amigos?

—No, señor — respondió Mr. Pickwick en voz baja; — es mi criado; pero suelo permitirle algunas libertades, porque, entre nosotros, tengo orgullo en que sea tan original.

—¡Ah! — dijo el hombre de los cabellos rojos, — eso va en gustos; yo no gusto de lo original; no me llama la atención, ni veo la necesidad de semejante cosa; ¿cómo os llamáis, caballero?

—He aquí mi tarjeta — respondió Mr. Pickwick, muy divertido por lo brusco de la pregunta y por las singulares maneras del desconocido.

—¡Ah! — dijo el hombre de los cabellos rojos, poniendo la tarjeta en su cartera; ¿Pickwick? muy bien; á mí me gusta saber el nombre de las personas; es cosa muy útil; he aquí mi tarjeta; Magnus, como veis, caballero, Magnus es mi nombre; es un nombre muy bonito, ¿no es verdad?

—Muy bonito, sí — replicó Mr. Pickwick sin poder contener una sonrisa.

—Sí, ya lo veo; hay otro nombre muy bonito delante del apellido; permitidme, caballero; inclinando la carta un poco de este modo, el nombre se ve... mirad: Peter Magnus; suena bien, caballero.

—Muy bien.

—Curiosa es la coincidencia de estas iniciales, como veis; *P. M. post meridiem*: en las esquelas que dirijo á mis amigos íntimos firmo algunas veces: *después de medio día*. Eso divierte mucho á mis amigos, mister Pickwick.

—En efecto, creo que eso debe procurarles la más viva satisfacción — replicó Mr. Pickwick, que envidiaba la facilidad con que se divertían los amigos de mister Magnus.

Un mozo de cuadra vino á interrumpir la conversación.

—Caballero — le dijo, — el coche está pronto.

—¿Está dentro todo mi equipaje? — preguntó mister Magnus.

—Todo está bien puesto.

—¿El saco rojo está dentro?

—Todo está bien.

—¿Y el saco rayado?

—En el arca de la delantera, caballero.

—¿Y el paquete de papel gris?

—En el asiento.

—¿Y la sombrerera?

—Todo está dentro, caballero.

—Ahora, ¿queréis subir? — preguntó Mr. Pickwick.

—Excusadme — contestó Mr. Magnus, permaneciendo inmóvil sobre la rueda; — excusadme, Mr. Pickwick, no puedo subir en este estado de incertidumbre; de las maneras de este hombre, infiero que la sombrerera no está dentro.

No habiendo podido el mozo de cuadra con las más solemnes protestas convencer á Mr. Magnus, fué preciso, para satisfacerle, sacar de las más profundas cavidades del arca la sombrerera de cartón; pero cuando Mr. Magnus se tranquilizó en lo tocante á su sombrero, sintió infalibles presentimientos, primero, de que el saco rojo se había perdido; segundo de que el saco rayado había sido robado, y después, de que el paquete gris se había descompuesto: al fin, después de haber recibido demostraciones oculares del poco fundamento de sus sospechas, consintió en subir á la imperial del coche, declarando que su espíritu estaba aliviado de toda inquietud, y que se encontraba ya tranquilo y feliz.

—Tenéis los nervios muy susceptibles, — dijo Sam, mirando á Mr. Magnus mientras subía al coche.

—Sí, soy muy susceptible para las pequeñas cosas; pero heme aquí tranquilizado y en calma ya.

—Bien, gracias á Dios; Sammy, ayuda á tu amo á subir: la otra pierna, caballero; eso es, dadme la mano; vamos ¡arriba! Erais más liviano cuando estabais mamando.

—Es muy probable, Mr. Weller, — respondió mister Pickwick con buen humor.

Cuando hubo tomado asiento junto al corpulento cochero, este continuó:

—Encarámate, Sammy; cuidado con las cabezas al pasar el arco.

El coche empezó á andar á través de White-Chapel, con gran admiración de todo el populacho de aquel barrio, que no es desierto.

—Esta vecindad no es muy bonita, — dijo Sam, con el movimiento de sombrero que acompañaba siempre su entrada en conversación con su amo.

—Es verdad, Sam, — replicó Mr. Pickwick, examinando las calles sucias y llenas de escombros por donde iba pasando el coche.

Mr. Weller, con su conversación animada y picante, entretuvo los ocios del viaje; los motivos de conversación no faltaban, y cuando por casualidad parecía disminuir momentáneamente la locuacidad del cochero, mister Peter Magnus llenaba abundantemente el intervalo

con observaciones sobre la historia personal de sus compañeros de viaje, y con la ansiedad que expresaba á cada parada, temiendo por la seguridad y bienestar de los dos sacos, de la sombrerera de cartón y el paquete de papel gris.

A la izquierda, en la gran calle de Ipswick, á poca distancia del ayuntamiento, se encuentra la posada conocida con el nombre de *El Gran caballo blanco*: encima de la puerta principal se ve una gran estatua de piedra, que representa un animal rampante, con una cola y una crin que flotan al viento, y que se parece poco más ó menos á un caballo: la posada de *El gran caballo blanco* es famosa en la comarca por su talle gigantesco; jamás bajo ningún techo se ha visto tal laberinto de corredores, de habitaciones húmedas y oscuras, en fin, tan gran número de pequeñas celdas para comer y dormir.

A la puerta de esta posada hidrópica se detiene el coche de Londres todas las tardes, y del tal coche bajaron Mr. Pickwick, Peter Magnus y Sam Weller en la noche á que se refiere el presente capítulo de esta historia.

—¿Estaréis aquí mucho tiempo, caballero? — preguntó Mr. Peter Magnus, cuando el saco rayado, el saco rojo, la sombrerera de cartón y el paquete de papel gris fueron depositados en el suelo, uno después de otro.

—Sí señor, — respondió mister Pickwick.

—¡Dios de Dios! — exclamó Mr. Magnus; — no he visto en mi vida nada más notable que esta coincidencia. Pues bien; yo también, yo me quedo aquí; espero que comeremos juntos.

—Con mucho gusto, — contestó el filósofo; — sin embargo, será probable que yo encuentre aquí algunos amigos: mozo, ¿hay en el hotel algún caballero llamado Tupman?

Un hombre corpulento, con una servilleta bajo el brazo, se dignó dejar de mirar á la calle al oír la pregunta de Mr. Pickwick, y después de haber examinado cuidadosamente la apariencia del sabio, le respondió con enfasis:

—No.

—¿Ni un caballero llamado Snodgrass? — continuó mister Pickwick.

—No.

—¿Ni un caballero llamado Winkle?

—No.

—Mis amigos no han llegado hoy, y por consiguiente, caballero, comeremos juntos: mozo, llevadnos á un comedor particular.

En virtud de esta petición el hombre corpulento ordenó á otro mozo que trajera los equipajes de aquellos señores; después los condujo, al través de un largo corredor, á una sala destartalada y grande; al cabo de una hora sirvieron á nuestros viajeros un plato de pescado y unas chuletas, y al fin, cuando concluyó la comida, Mr. Pickwick y Mr. Peter Magnus, acercando sus sillas al fuego, pidieron una botella de vino de Oporto, el más malo posible, al precio más elevado posible, y bebieron aguardiente y agua caliente.

Mr. Peter Magnus era naturalmente de una disposición muy comunicativa, y el licor hizo salir de su boca los secretos más escondidos de su corazón. Después de haber dado numerosos informes sobre sí mismo, sobre su familia, sus amigos, sus bromas, sus negocios, Mr. Peter Magnus contempló á Mr. Pickwick durante algunos minutos, y dijo después con aire de modestia:

—Y ahora, Mr. Pickwick, ¿qué pensáis que vengo yo á hacer aquí?

—A fe mía, me es enteramente imposible adivinarlo; ¿á algún negocio, tal vez?

—Casi tenéis razón, casi os equivocáis; á ver, decid otra vez...

—Ciertamente, si no me lo decís...

—Pues bien, — contestó Mr. Magnus con una sonrisa de timidez; ¿qué pensaríais, Mr. Pickwick, si os dijera que he venido á hacer una declaración de amor y una petición de matrimonio? ¿eh, qué os parece?

—Me parece que es muy probable que lo consigáis, — respondió el amable filósofo.

—¡Ah! Mr. Pickwick, ¿lo creéis así? ¿lo creéis?

—Ciertamente.

—No, ¡os burláis, de seguro!

—No me burlo.

—Pues bien, acá para entre los dos, yo creo eso también: os diré, Mr. Pickwick, aunque soy celoso como un tigre, os diré que la dama está en esta casa.

Al pronunciar estas palabras, Mr. Magnus se quitó sus espejuelos azules para guñar el ojo, y se los volvió á poner con aire resuelto.

—Por eso, sin duda, — dijo Mr. Pickwick con malicia, — salíais del comedor á cada momento.

—Chitón... es verdad, era por eso; sin embargo, no era yo bastante loco que fuera á verla.

—¿Por qué?

—Esto no conviene después de un viaje; es mejor mañana; entonces tengo más probabilidades de éxito. Mr. Pickwick, hay en este saco un traje y en esta caja un sombrero, que son inestimables para mí, por el efecto que espero producir con ellos.

—¿De veras?

—Sí señor; debéis haber observado mi ansiedad por estos objetos durante el viaje: no creo, Mr. Pickwick, que se puedan conseguir por dinero otro traje y otro sombrero como estos.

Nuestro filósofo felicitó por su dicha al poseedor del vestido irresistible, y Mr. Peter Magnus permaneció durante algún tiempo absorbido en la contemplación intelectual de su tesoro.

—¡Es una bella criatura! — dijo al fin.

—¿De veras?

—¡Encantadora, divina! Vive á diez y ocho millas de aquí, Mr. Pickwick; he sabido que estará aquí esta noche y mañana, y he corrido para aprovechar la ocasión. Pienso que una posada debe ser un lugar muy favorable para hacer proposiciones á una mujer sola, porque cuando esa mujer viaja, debe sentir su soledad más que estando en su casa: ¿qué pensáis de esto, Mr. Pickwick?

—Me parece en efecto muy probable.

—Os pido perdón, Mr. Pickwick, pero soy naturalmente muy curioso; ¿por qué causa os encontráis aquí?

El rostro de Mr. Pickwick se encendió al recordar el motivo de su viaje.

—El motivo que me trae aquí, — respondió, — no es muy agradable; vengo aquí para desenmascarar la perfidia y la falsedad de una persona en cuyo honor tenía yo entera confianza.

—¡Dios de Dios! ¡eso es muy desagradable! alguna dama, sin duda. ¡Ah, Mr. Pickwick!... yo no quisiera herir vuestra delicadeza por nada de este mundo; que no sea yo un estorbo, si queréis dar libre curso á vuestra pesadumbre; yo sé lo que es eso, caballero; yo he sido víctima de lo mismo tres ó cuatro veces.

—Os doy gracias por vuestra simpatía, — dijo mister Pickwick, — pero...

—No, — interrumpió mister Peter Magnus, — ni una palabra más; es un asunto penoso, ya lo comprendo; ¿qué hora es, Mr. Pickwick?

—Más de media noche.

—¡Dios de Dios! ya es tiempo de irse á la cama; ¡qué tontería estar levantado hasta tan tarde! estaré pálido mañana por la mañana.

Consternado por la idea de tal calamidad, mister Peter Magnus tiró de la campanilla; una criada apareció, y el saco rayado, el saco rojo, la sombrerera de cartón y el paquete de papel gris fueron transportados á la alcoba, donde se retiró, mientras Mr. Pickwick, con su candelero en la mano, era conducido por otra galería al través de un dédalo de pasajes tortuosos.

—He aquí vuestra habitación, — dijo la criada.

—Muy bien, — respondió Mr. Pickwick mirando en torno suyo.

Era una gran habitación de dos camas, en la cual había fuego; habitación que parecía más cómoda de lo que mister Pickwick esperaba encontrar en *El Gran caballo blanco*.

—No hay que advertir que nadie duerme en la otra cama, — dijo.

—¡Oh! no señor.

—Muy bien; decid á mi criado que no tengo necesidad de él esta noche, y que me traiga agua caliente mañana á las ocho de la mañana.

—Sí señor.

La criada se retiró después de haber dado las buenas noches al filósofo; Mr. Pickwick, al quedar solo, se sentó en un sillón junto al fuego y sumergió su espíritu en profundas meditaciones; primero pensó en sus amigos y se preguntó cuándo vendrían á unirse á él; después su espíritu se ocupó de mistress Bardell, y de esta dama pasó, por natural transición, al inmundo despacho de Dodson y Fogg; y de allí se escapó por la tangente al centro mismo de la historia del singular cliente; después volvió á la posada de *El Gran caballo blanco*, en Ipswich. Mr. Pickwick sacudió la cabeza, ya principiaba á desnudarse, cuando recordó que había dejado el reloj en la mesa del comedor.

Aquel reloj era uno de los bienes muebles favoritos de Mr. Pickwick, y lo había llevado á todas partes durante muchos años. No hubiera comprendido el filósofo la posibilidad de dormirse sin oír el tic-tac de aquel reloj; por consiguiente, como era tarde y no quería hacer resonar la campanilla á tales horas, se puso la ropa que se había quitado, y tomando la vela, bajó tranquilamente la escalera.

Pero cuanto más bajaba Mr. Pickwick, más le parecía que quedaba todavía por bajar, y muchas veces después de haber llegado á un estrecho pasaje y felicitándose por haber encontrado el piso bajo, sucedía que mister Pickwick veía ante sí otra escalera para bajar más; al cabo de un cierto tiempo, llegó á una sala embalsada que recordó haber visto cuando entró en la fonda; con nuevo valor exploró corredores uno á uno, entreabrió algunas habitaciones, y al cabo, cuando iba á poner fin á sus investigaciones, se encontró en el comedor, y vió su reloj sobre la mesa.

Mr. Pickwick tomó su reloj con aire de triunfo, y empezó á desandar lo andado, para dirigirse á su cuarto; pero si el trayecto para bajar había estado lleno de dificultades é incertidumbres, el viaje para su-

bir fué mucho más embarazoso; en todas las direcciones posibles se veían filas de puertas; una docena de veces dió vueltas Mr. Pickwick á las llaves de otras tantas, mientras un grito interior de ¿quién anda por ahí? ó ¿qué buscáis aquí? le hacía escapar con una celeridad maravillosa; se encontraba nuevamente reducido á la desesperación, cuando una puerta entreabierta llamó su atención; alargó la cabeza y miró adentro; ¡gracias á Dios! los dos lechos estaban allí, en la colocación que él recordaba perfectamente, y el fuego ardía en el mismo sitio; sin embargo, su vela, que no era muy grande cuando se la dieron, se había corrido y gastado con el aire, y al entrar mister Pickwick en su cuarto, se apagó, abismándose en el candelero.

—Es igual, — dijo para sí Mr. Pickwick; — puedo desnudarme á la luz del fuego.

Los dos lechos estaban colocados á derecha é izquierda de la puerta; entre cada uno de ellos y la pared había un pequeño espacio, terminado por una silla de paja; después de haber cerrado cuidadosamente las cortinas del otro lado, mister Pickwick se sentó en la silla, se quitó tranquilamente las polainas y los zapatos; después se quitó la corbata, la levita, etc., dobló el chaleco, los pantalones, y sacando su gorro de dormir, lo adhirió sólidamente á su cabeza, anudando bajo la garganta los dos cordones; durante esta operación, Mr. Pickwick, recordando los apuros de su reciente excursión, reía de muy buena gana, y continuaba despojándose de la ropa, cuando fué detenido repentinamente por la entrada imprevista de una persona que llevaba una vela en la mano, y que después de haber cerrado la puerta, se acercó al tocador y puso allí la luz.

La sonrisa que iluminaba el rostro de mister Pickwick fué instantáneamente absorbida por la expresión de la sorpresa y del estupor más completo; la persona, quien quiera que fuese, había llegado tan repentinamente y con tan poco ruido, que Mr. Pickwick no había tenido tiempo de gritar ni de oponerse á su entrada; ¿quién podía ser? ¿un ladrón? Algún individuo mal intencionado, que tal vez le había visto subir las escaleras llevando un buen reloj en la mano; en todo caso, ¿qué debía hacer?

El único medio de que disponía mister Pickwick para observar su misterioso visitante, sin peligro de ser visto, era subir al lecho y entreabrir las cortinas, mirando á la habitación. Recurrió á esta maniobra, y manteniéndolas cuidadosamente cerradas, de manera que no dieran paso más que á su cabeza y á su gorro de dormir, se puso los espejuelos, evocó su valor y miró.

Pero estuvo á punto de desmayarse de horror y con-

fusión, cuando vió en pie delante del espejo á una dama de cierta edad, adornada con rizos de papillot, y activamente ocupada en cepillar lo que las mujeres llaman *su cola*; de cualquier modo que hubiera venido á la habitación, era lo cierto, á juzgar por su aire tranquilo y reposado, que pensaba pasar allí la noche; había puesto con singular precaución la vela dentro de una palangana con agua sobre el suelo, donde la luz brillaba como un faro gigantesco en un mar singularmente pequeño.

—¡Dios me proteja! — pensó Mr. Pickwick; — ¡qué espantosa figura!

—¡Hem! — dijo la dama, y en seguida la cabeza de Mr. Pickwick se ocultó tras las cortinas con la rapidez de una muñeca.

—¡Nunca he oído hablar de una aventura tan terrible! — dijo el pobre Pickwick, cuyo gorro estaba mojado en sudor frío; — jamás; ¡es espantoso!

Sin embargo, no pudiendo resistir al deseo de observar lo que pasaba, asomó de nuevo la cabeza por entre las cortinas.

La situación se empeoraba: la dama de cierta edad, habiendo concluido de arreglar sus cabellos, los había envuelto cuidadosamente en un gorro de dormir de museлина, adornado con una guarnición plegada, y contemplaba el fuego con ademán melancólico y pensativo.

—Esto se va poniendo grave, — pensó Mr. Pickwick; — no puedo dejar que las cosas sigan de esta manera: es evidente para mí, á juzgar por la tranquilidad de esta dama, que he entrado en una alcoba que no es la mía: si habló, alarmará la casa; pero si me quedo aquí, las consecuencias serán más espantosas aún.

Mr. Pickwick era uno de los mortales más honestos y delicados que han existido jamás. La idea de presentarse delante de una dama con gorro de dormir le llenaba de confusión; pero había hecho un nudo á los cordones, y apesar de todos sus esfuerzos, no podía conseguir el deshacerlo; era indispensable hablar, no había más remedio: se retiró detrás de las cortinas y tosó alto: ¡hom! ¡hom!

Al oír aquel ruido inesperado, la dama se estremeció; pero se persuadió bien pronto de que se había alarmado sin razón, y cuando Mr. Pickwick, creyendo que ya la dama estaba desmayada de terror, se aventuró á mirar al través de las cortinas, la vió tan tranquila como antes.

—¡He aquí una mujer muy extraordinaria, — pensó mister Pickwick, metiendo la cabeza: — ¡hom! ¡hom!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó la dama: — ¿qué es eso?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1906 MONTERREY, MEXICO

—Es... es un caballero, señora, — dijo Mr. Pickwick detrás de la cortina.

—¡Un caballero! — repitió la dama con terror.

—¡Pecho al agua! — pensó Mr. Pickwick.

—¡Un hombre en mi habitación! — exclamó la dama precipitándose hacia la puerta.

Mr. Pickwick oyó el roce de su vestido. Un momento más, y toda la casa estaba alarmada.

—Señora, — dijo mostrando la cabeza en un acceso de desesperación; — señora...

Mr. Pickwick, al asomar la cabeza por entre las cortinas, no tenía en verdad un objeto determinado; pero esta acción produjo instantáneamente un buen efecto; la dama, como hemos dicho, estaba ya junto á la puerta; era preciso abrirla para llegar á la escalera, y ella lo hubiera hecho en un instante, si la aparición súbita del gorro de dormir filosófico no la hubiera hecho retroceder hasta el fondo de la habitación: allí permaneció inmóvil, contemplando con aire extraviado á mister Pickwick, que á su vez la contemplaba también con extraviado.

—¡Miserable! — dijo la dama cubriéndose el rostro con las manos, — ¿qué hacéis aquí?

—Nada, señora, nada, — respondió Mr. Pickwick con calor.

—¡Nada! — repitió la dama alzando los ojos.

—Nada, señora, bajo palabra de honor, — continuó Mr. Pickwick sacudiendo la cabeza de una manera tan enérgica, que la borla de su gorro se agitaba convulsamente; — señora, yo me siento agobiado de confusión dirigiéndome á una señora con gorro de dormir (aquí la dama se quitó convulsamente el suyo); pero no puedo quitármelo, señora (al decir esto, Mr. Pickwick dió á su cabeza una sacudida prodigiosa, como prueba de aseveración); ahora, señora, es evidente para mí que me he equivocado de alcoba, tomando esta por la mía; apenas hacia cinco minutos que estaba yo aquí, cuando entrabais vos.

—Si eso que decís es cierto, — replicó la dama sollozando violentamente, — saldréis de este cuarto inmediatamente.

—Si señora, con el mayor gusto.

—Inmediatamente, caballero.

—Ciertamente, señora; siento infinito... — continuó Mr. Pickwick haciendo su aparición completa al pie del lecho... — siento infinito haber sido causa inocente de tanta alarma y tanta emoción.

La dama señaló la puerta; en aquel momento crítico, en aquella situación tan embarazosa se desplegó admirablemente una de las principales cualidades del ca-

acter de Mr. Pickwick. Aunque se colocó muy aprisa el sombrero sobre el gorro de dormir, aunque llevaba sus polainas y sus zapatos en la mano, y su levita y su chaleco bajo el brazo, no pudo disminuir su habitual urbanidad.

—Siento excesivamente... señora, — dijo saludando muy bajo.

—Si es así, caballero, dejaréis esta habitación inmediatamente.

—Inmediatamente, señora, al instante, — dijo mister Pickwick abriendo la puerta y dejando caer los zapatos con gran ruido; — yo me alabo, señora, — continuó recogiendo sus zapatos y volviéndose para saludar otra vez, — yo me alabo de que mi caracter intachable y el respeto religioso que profeso hacia vuestro sexo, me favorecerán en vuestra opinión.

Pero antes de que concluyera esta sentencia, la dama le había empujado al corredor y había cerrado y atrancando la puerta tras él.

Por mucha satisfacción que experimentara nuestro filósofo en haber acabado con tanta felicidad aquella aventura, su situación en aquel momento no era muy agradable; estaba solo, medio vestido, en un corredor abierto, en una casa desconocida y á media noche; no era probable que pudiera encontrar su habitación en la obscuridad; así es que no tenía más remedio que quedarse allí hasta el amanecer; después de dar algunos pasos por el corredor, tropezando en muchos pares de botas, se arrimó á un ángulo de la pared, para esperar la mañana tan filosóficamente como le fuera posible.

Sin embargo, no estaba destinado á sufrir esta nueva prueba de paciencia, porque no hacía mucho tiempo que estaba allí, cuando con grande horror divisó un hombre que con una luz aparecía al otro extremo del corredor. Pero aquel horror se trocó de repente en alegría, cuando reconoció á su criado: era efectivamente Samuel Weller, que iba á su domicilio, después de haber estado un largo rato en conversación con el mozo que esperaba la diligencia.

—¡Sam! — dijo Mr. Pickwick, apareciéndose de repente delante de él: — ¿dónde está mi habitación?

Sam contempló á su amo con la sorpresa más expresiva, y este había repetido ya tres veces la pregunta, cuando el criado le guió á la alcoba tanto tiempo buscada.

—¡Sam! — dijo Mr. Pickwick, metiéndose en la cama; — he cometido esta noche uno de los *quid pro quos* más extraordinarios que es posible cometer.

—No me admira, — respondió secamente el criado. — Pero estoy determinado, Sam, aunque debiera es-

tar seis meses en esta casa, á no salir nunca solo de mi cuarto.

—Es la resolución más prudente que pudiérais tomar; tenéis necesidad de que alguno os vigile, cuando vuestra razón se va por estos mundos.

—¿Qué quieres decir? — dijo Mr. Pickwick, que levantándose de la cama, extendió la mano como si fuera á hacer un discurso; pero de repente se recostó, y dijo al criado: — buenas noches.

—Buenas noches, señor, — respondió Sam, y salió de la habitación.

Al llegar al corredor, se detuvo, sacudió la cabeza, dió algunos pasos, se detuvo aún, despabiló la luz, sacudió otra vez la cabeza, y finalmente se dirigió con lentitud á su cuarto, sumergido en las más profundas meditaciones.

### CAPITULO XXIII

*En el cual Samuel Weller se ocupa enérgicamente en vengarse de Mr. Trotter.*

Mr. Weller hacía sus preparativos de su vuelta á Londres en la pequeña habitación situada junto á las cuadras de *El Gran caballo blanco*. Ocupábase de la cuestión de víveres: sobre la mesa, delante de él, tenía un cántaro de cerveza, un plato de vaca fría y un pan de respetables dimensiones, objetos á los cuales distribuía alternativamente sus favores con la más rígida imparcialidad: acababa de cortar una gran rebanada de pan, cuando un ruido de pasos le hizo alzar los ojos; la esperanza de su vejez estaba delante de él.

—Buenos días, Sammy, — dijo el padre.

El hijo se acercó al cántaro de cerveza, y por vía de respuesta tomó un gran sorbo del líquido.

—Tú apuras los líquidos con facilidad, Sammy, — dijo Mr. Weller, mirando el interior del cántaro, cuando su primogénito lo puso medio vacío sobre la mesa; —hubieras sido una buena sanguijuela si hubieras nacido en el oficio.

—Lo creo, — contestó Sam, atacando la vaca fría con vigor considerable.

—Estoy muy incómodo, Sammy, — dijo Mr. Weller,

—de ver como te has dejado engañar por ese hombre violeta; yo había creído que las palabras *Weller y engañado* rabiaban de verse juntas.

—Excepto en el caso de que hubiera una viuda por medio, — dijo Sam.

—Las viudas, — replicó Weller, — cambian un poco de color, son excepciones en todas las reglas; y ahora, — continuó consultando el reloj, — ahora es tiempo de ir al despacho á tomar mis billetes para el viaje y á hacer cargar el coche; porque los coches, Sammy, son como los cañones; es preciso cargarlos bien antes de que partan.

Sam Weller acogió con una sonrisa filial aquella frase de su padre y profesor; Weller continuó en tono grave y conmovido.

—Voy á dejarte, — dijo, — y no sé cuándo nos volveremos á ver; tu madrastra puede hacer alguna fechoría; pueden ocurrir muchos incidentes antes que recibas noticias del famoso Mr. Weller. El honor de tu familia está en tus manos, y yo espero que cumplirás tu deber: por lo demás, yo sé que puedo fiarme de tí como de mí mismo. Así es que no tengo sino un pequeño consejo que darte: si pasas de los cincuenta años y te ocurre casarte, enciértrate en tu cuarto, si es que lo tienes, y una vez encerrado, envenénate sin dilación.

Mr. Weller miraba á su hijo al pronunciar aquellas patéticas palabras: cuando terminó, dió lentamente una vuelta sobre sus talones, y desapareció.

Sam Weller quedó preocupado con los consejos de su padre. Salió de la posada de *El Gran caballo blanco* y dirigió sus pasos hacia la iglesia de San Clemente; hacía tiempo que paseaba por los alrededores, cuando de repente quedó estupefacto ante una aparición que describiremos inmediatamente.

Mr. Sam Weller estaba ocupado en contemplar las viejas casas de ladrillo rojo, y apesar de su abstracción profunda, lanzaba de tiempo en tiempo miradas intencionadas á las frescas criadas que abrían una ventana ó levantaban una cortina, cuando la puerta verde de un jardín se abrió y salió de ella un hombre, que, cerrando cuidadosamente tras sí, se adelantó hacia donde estaba Sam.

Quando este hombre notó la presencia de Sam, vaciló, se detuvo, y pareció no saber que partido tomar; sin embargo, como la puerta verde estaba cerrada detrás de él, y como no había otra salida, tuvo que decirse necesariamente á pasar por donde estaba Sam; el aceleró el paso, y avanzó mirando á la derecha: lo más particular era la manera horrible con que contraía sus facciones, haciendo las muecas más espantosas que se

tar seis meses en esta casa, á no salir nunca solo de mi cuarto.

—Es la resolución más prudente que pudiérais tomar; tenéis necesidad de que alguno os vigile, cuando vuestra razón se va por estos mundos.

—¿Qué quieres decir? — dijo Mr. Pickwick, que levantándose de la cama, extendió la mano como si fuera á hacer un discurso; pero de repente se recostó, y dijo al criado: — buenas noches.

—Buenas noches, señor, — respondió Sam, y salió de la habitación.

Al llegar al corredor, se detuvo, sacudió la cabeza, dió algunos pasos, se detuvo aún, despabiló la luz, sacudió otra vez la cabeza, y finalmente se dirigió con lentitud á su cuarto, sumergido en las más profundas meditaciones.

### CAPITULO XXIII

*En el cual Samuel Weller se ocupa enérgicamente en vengarse de Mr. Trotter.*

Mr. Weller hacía sus preparativos de su vuelta á Londres en la pequeña habitación situada junto á las cuadras de *El Gran caballo blanco*. Ocupábase de la cuestión de víveres: sobre la mesa, delante de él, tenía un cántaro de cerveza, un plato de vaca fría y un pan de respetables dimensiones, objetos á los cuales distribuía alternativamente sus favores con la más rígida imparcialidad: acababa de cortar una gran rebanada de pan, cuando un ruido de pasos le hizo alzar los ojos; la esperanza de su vejez estaba delante de él.

—Buenos días, Sammy, — dijo el padre.

El hijo se acercó al cántaro de cerveza, y por vía de respuesta tomó un gran sorbo del líquido.

—Tú apuras los líquidos con facilidad, Sammy, — dijo Mr. Weller, mirando el interior del cántaro, cuando su primogénito lo puso medio vacío sobre la mesa; —hubieras sido una buena sanguijuela si hubieras nacido en el oficio.

—Lo creo, — contestó Sam, atacando la vaca fría con vigor considerable.

—Estoy muy incómodo, Sammy, — dijo Mr. Weller,

—de ver como te has dejado engañar por ese hombre violeta; yo había creído que las palabras *Weller y engañado* rabiaban de verse juntas.

—Excepto en el caso de que hubiera una viuda por medio, — dijo Sam.

—Las viudas, — replicó Weller, — cambian un poco de color, son excepciones en todas las reglas; y ahora, — continuó consultando el reloj, — ahora es tiempo de ir al despacho á tomar mis billetes para el viaje y á hacer cargar el coche; porque los coches, Sammy, son como los cañones; es preciso cargarlos bien antes de que partan.

Sam Weller acogió con una sonrisa filial aquella frase de su padre y profesor; Weller continuó en tono grave y conmovido.

—Voy á dejarte, — dijo, — y no sé cuándo nos volveremos á ver; tu madrastra puede hacer alguna fechoría; pueden ocurrir muchos incidentes antes que recibas noticias del famoso Mr. Weller. El honor de tu familia está en tus manos, y yo espero que cumplirás tu deber: por lo demás, yo sé que puedo fiarme de tí como de mí mismo. Así es que no tengo sino un pequeño consejo que darte: si pasas de los cincuenta años y te ocurre casarte, enciértrate en tu cuarto, si es que lo tienes, y una vez encerrado, envenénate sin dilación.

Mr. Weller miraba á su hijo al pronunciar aquellas patéticas palabras: cuando terminó, dió lentamente una vuelta sobre sus talones, y desapareció.

Sam Weller quedó preocupado con los consejos de su padre. Salió de la posada de *El Gran caballo blanco* y dirigió sus pasos hacia la iglesia de San Clemente; hacía tiempo que paseaba por los alrededores, cuando de repente quedó estupefacto ante una aparición que describiremos inmediatamente.

Mr. Sam Weller estaba ocupado en contemplar las viejas casas de ladrillo rojo, y apesar de su abstracción profunda, lanzaba de tiempo en tiempo miradas intencionadas á las frescas criadas que abrían una ventana ó levantaban una cortina, cuando la puerta verde de un jardín se abrió y salió de ella un hombre, que, cerrando cuidadosamente tras sí, se adelantó hacia donde estaba Sam.

Quando este hombre notó la presencia de Sam, vaciló, se detuvo, y pareció no saber que partido tomar; sin embargo, como la puerta verde estaba cerrada detrás de él, y como no había otra salida, tuvo que decirse necesariamente á pasar por donde estaba Sam; el aceleró el paso, y avanzó mirando á la derecha: lo más particular era la manera horrible con que contraía sus facciones, haciendo las muecas más espantosas que se

han visto jamás; la obra de la Naturaleza no ha sido nunca disfrazada como lo fué en aquel momento.

—A fe mía, — dijo Sam, al ver pasar el gendarme, —yo hubiera jurado que era él.

El hombre avanzaba siempre, y á medida que se acercaba, su cara aparecía más trastornada.

—Juraría que era él, á juzgar por esos cabellos negros y este traje violado; pero indudablemente esta es la primera vez que veo á este hombre.

Durante este soliloquio, la fisonomía del desconocido había tomado un aspecto sobrenatural y perfectamente feroz; sin embargo, pasó muy cerca de Sam, y una mirada escrutadora de éste le permitió descubrir, bajo aquella máscara de contorsiones, algo parecido á la fisonomía de Mr. Job Trotter.

—¡Eh! caballero, — gritó Sam con voz irritada.

El desconocido se detuvo.

—¡Eh! — repitió Sam con voz más feroz aún.

El hombre de la cara horrible miró con la mayor sorpresa al fondo del patio, á la entrada, á las ventanas de cada casa, á todas partes menos á Sam Weller; después dió un paso adelante, pero fué detenido por un nuevo grito de Sam.

—¡Eh, caballero!

Ya no había medio de hacerse el desentendido; y el hombre de las contorsiones, no teniendo más remedio, miró á Sam de frente.

—Ya os conozco, Job Trotter, — dijo Sam: — vamos, vamos, basta de tonterías; no sois muy bello para echaros á perder la fisonomía: ponéos los ojos en su sitio, ó yo os los meteré en la cabeza; ¿oís?

Como Weller parecía dispuesto á hacer lo que decía, Mr. Trotter permitió á su rostro tomar por grados su expresión habitual, y de repente, en una explosión de alegría, dijo:

—¿Qué veo? ¡es Mr. Walker!

—¡Ah! tenéis gusto en encontrarme, — dijo Sam.

—¡Gusto! ¡ah! — exclamó Job Trotter; — ¡si supierais cuánto he deseado volver! pero esto es demasiado para mi sensibilidad, Mr. Walker: no puedo contener mi alegría; en verdad, no puedo.

Y al decir estas palabras, Mr. Trotter derramó un diluvio de lágrimas, y echando los brazos al cuello de Sam, le abrazó estrechamente con gran efusión.

—¡Abajo las patas! — exclamó Sam, muy indignado de aquella conducta, y esforzándose vanamente en sustraerse á los brazos de su entusiasta conocido; — ¡abajo las patas os digo! ¿por qué lloráis así, bomba de incendios?

—¡Estoy tan contento por veros! — replicó Job Trot-

ter soltando á Sam; — ¡ah! Mr. Walker, esto es demasiado.

—¿Demasiado? ya lo veo; ¿qué tenéis que decirme?

Mr. Trotter no contestó, porque el pañuelo rojo estaba en actividad.

—¿Qué tenéis que decirme, antes que os rompa la cabeza? — repitió Sam en actitud amenazadora.

—¿Cómo? — dijo Job, en tono de virtud sorprendida.

—¿Qué tenéis que decirme?

—Pero Mr. Walker...

—No me llaméis Walker; yo me llamo Weller, bien lo sabéis; ¿qué tenéis que decirme?

—Dios os bendiga, Mr. Walker, digo Mr. Weller; tengo que deciros muchas cosas si queréis acompañarme á un sitio donde podamos hablar; ¡si supierais cuánto os he buscado, Mr. Weller!

—Con mucho empeño, sí, — contestó Sam secamente.

—Sí, sí señor, es cierto, — afirmó Mr. Trotter sin que se viese mover un musculo de su fisonomía; — dadme la mano, Mr. Weller.

Sam consideró algunos segundos á su interlocutor, y después, como impelido por un repentino movimiento, le tendió la mano.

—¿Cómo está vuestro querido amo? — preguntó Job á Sam caminando junto á él; — ¡oh! es un noble caballero; creo que no se constiparía en aquella espantosa noche.

Una expresión momentánea de malicia brilló en los ojos de Job mientras pronunciaba estas palabras. Sam lo notó y sintió una extraña comezón en el puño cerrado; pero se contuvo y respondió simplemente que su amo estaba bueno.

—¡Oh, cuánto me alegro! ¿está aquí?

—¿Y el vuestro, está aquí?

—¡Ay! sí, aquí está; y lo que más me entristece es que ahora es peor que nunca.

—¡Ah, ah!

¡Oh! cosa horrible, cosa que horripila.

—¿Y ahora anda también por los colegios de señoritas?

—¡No, no! en colegios no, — replicó Job con la misma mirada maliciosa que hemos notado ya.

—¿En la casa de la puerta verde? — preguntó Sam mirando atentamente á su compañero.

—No, no, no, — respondió Job con una vivacidad que no le era habitual.

—¿Pues qué hacíais vos allí? ¿entrastéis por casualidad?

—Os diré, Mr. Weller; no tengo inconveniente en

revelaros mis secretitos, puesto que hemos simpatizado tanto desde la primera vez que nos vimos; ¿os acordáis de aquella mañana que pasamos juntos?

—Sí, — replicó Sam, — me acuerdo bien, ¿y qué?

—Pues bien, — dijo Job con gran precisión y en el tono poco elevado de un hombre que pronuncia un secreto importante; — en aquella casa de la puerta verde, Mr. Weller, hay muchos criados.

—Lo creo, — interrumpió Sam.

—Sí; hay una cocinera que ha ahorrado alguna cosa y quiere abrir una pequeña tienda de comestibles.

—¿Sí?

—Sí, Mr. Weller; yo la conocí en una capilla á que concurre; una hermosa capilla de este pueblo, donde se cantan los himnos que yo llevo siempre conmigo y que vos habéis visto en mis manos; allí la he conocido, y después se ha establecido cierta intimidad, y casi me atrevo á decir que estoy á punto de ser tendero.

—¡Ah! y seréis un excelente tendero, — dijo Sam examinando de lado á Mr. Trotter con profundo disgusto.

—La gran ventaja de esto, Mr. Weller, — continuó Job, cuyos ojos se llenaban de lágrimas, — la gran ventaja de esto es que podré dejar el deshonroso servicio de ese hombre malvado y consagrarme á una vida tranquila y virtuosa, á vida más conforme con mi educación.

—Vos debéis estar lindamente educado.

—¡Oh! con gran cuidado, con un celo increíble, Mr. Weller.

Y recordando la pureza de su infancia, mister Trotter sacó del bolsillo el pañuelo rojo y lloró copiosamente.

—¡Qué feliz debe ser el que vaya á la escuela con un niño tan piadoso como vos!

—Ya lo creo, — replicó Job lanzando un profundo suspiro; — yo era el modelo de la escuela.

—No me admira; ¡qué consuelo debía tener en vos vuestra bendita madre!

Al oír estas palabras, Job introdujo la punta del pañuelo en el lagrimal de cada uno de sus ojos, y se deshizo en lágrimas.

—¿Pero qué es eso? — exclamó Sam lleno de indignación; — ¿por qué lloráis, bribón? ¿es por la conciencia de vuestras pilladas?

—No puedo moderar mi sensibilidad, — continuó Job después de una corta pausa, — cuando pienso que mi amo sospechó la conversación que tuve con el vuestro, que me metió en una silla de posta después de haber preparado convenientemente á la señorita aquella y ganado á la directora del colegio. ¡Ah! Mr. Weller, esto me hace estremecer.

—¿Con que todo eso ha pasado?

—Sin duda, — replicó Job.

Hablando así, los dos amigos llegaron junto al hotel;

—Si no tenéis inconveniente, quisiera veros en *El Gran caballo blanco* esta noche á las ocho.

—No faltará.

—Y haréis bien, porque si no, yo iría á pedir noticias vuestras á la puerta verde, y esto podría perjudicaros.

—Vendré sin falta, — repitió Job; y se marchó después de haber dado á Sam un caluroso apretón de manos.

—Andate con cuidado, Job Trotter, — dijo Sam mirándole partir, — porque esta vez no me la pegarás.

Después de este monólogo, Sam entró y subió á la habitación de su amo.

—Todo va bien, señor, — le dijo.

—¿Qué es lo que va bien?

—Los he encontrado.

—¿A quién?

—A vuestro amigo y al lloricón de los cabellos negros.

—¡Imposible! — exclamó Mr. Pickwick con la más grande energía; — ¿dónde están, dónde están?

—¡Chitón! — replicó el fiel criado; y ayudando á vestirse á su amo, le explicó el plan de campaña que había ideado.

—¿Pero cuándo se hará eso?

—Cuanto antes, señor, pronto; en un buen momento.

El lector sabrá en el siguiente capítulo si aquello se hizo en un buen momento.

CAPITULO XXIV

*Donde se verá que Mr. Peter Magnus se pone celoso, y la dama de cierta edad temerosa, por lo cual caen los pickwickianos en las garras de la justicia.*

Quando Mr. Pickwick bajó á la estancia donde había cenado la noche anterior con Mr. Peter Magnus, le encontró paseándose en un estado nervioso de agitación,

revelaros mis secretitos, puesto que hemos simpatizado tanto desde la primera vez que nos vimos; ¿os acordáis de aquella mañana que pasamos juntos?

—Sí, — replicó Sam, — me acuerdo bien, ¿y qué?

—Pues bien, — dijo Job con gran precisión y en el tono poco elevado de un hombre que pronuncia un secreto importante; — en aquella casa de la puerta verde, Mr. Weller, hay muchos criados.

—Lo creo, — interrumpió Sam.

—Sí; hay una cocinera que ha ahorrado alguna cosa y quiere abrir una pequeña tienda de comestibles.

—¿Sí?

—Sí, Mr. Weller; yo la conocí en una capilla á que concurro; una hermosa capilla de este pueblo, donde se cantan los himnos que yo llevo siempre conmigo y que vos habéis visto en mis manos; allí la he conocido, y después se ha establecido cierta intimidad, y casi me atrevo á decir que estoy á punto de ser tendero.

—¡Ah! y seréis un excelente tendero, — dijo Sam examinando de lado á Mr. Trotter con profundo disgusto.

—La gran ventaja de esto, Mr. Weller, — continuó Job, cuyos ojos se llenaban de lágrimas, — la gran ventaja de esto es que podré dejar el deshonroso servicio de ese hombre malvado y consagrarme á una vida tranquila y virtuosa, á vida más conforme con mi educación.

—Vos debéis estar lindamente educado.

—¡Oh! con gran cuidado, con un celo increíble, Mr. Weller.

Y recordando la pureza de su infancia, mister Trotter sacó del bolsillo el pañuelo rojo y lloró copiosamente.

—¡Qué feliz debe ser el que vaya á la escuela con un niño tan piadoso como vos!

—Ya lo creo, — replicó Job lanzando un profundo suspiro; — yo era el modelo de la escuela.

—No me admira; ¡qué consuelo debía tener en vos vuestra bendita madre!

Al oír estas palabras, Job introdujo la punta del pañuelo en el lagrimal de cada uno de sus ojos, y se deshizo en lágrimas.

—¿Pero qué es eso? — exclamó Sam lleno de indignación; — ¿por qué lloráis, bribón? ¿es por la conciencia de vuestras pilladas?

—No puedo moderar mi sensibilidad, — continuó Job después de una corta pausa, — cuando pienso que mi amo sospechó la conversación que tuve con el vuestro, que me metió en una silla de posta después de haber preparado convenientemente á la señorita aquella y ganado á la directora del colegio. ¡Ah! Mr. Weller, esto me hace estremecer.

—¿Con que todo eso ha pasado?

—Sin duda, — replicó Job.

Hablando así, los dos amigos llegaron junto al hotel;

—Si no tenéis inconveniente, quisiera veros en *El Gran caballo blanco* esta noche á las ocho.

—No faltaré.

—Y haréis bien, porque si no, yo iría á pedir noticias vuestras á la puerta verde, y esto podría perjudicaros.

—Vendré sin falta, — repitió Job; y se marchó después de haber dado á Sam un caluroso apretón de manos.

—Andate con cuidado, Job Trotter, — dijo Sam mirándole partir, — porque esta vez no me la pegarás.

Después de este monólogo, Sam entró y subió á la habitación de su amo.

—Todo va bien, señor, — le dijo.

—¿Qué es lo que va bien?

—Los he encontrado.

—¿A quién?

—A vuestro amigo y al lloricón de los cabellos negros.

—¡Imposible! — exclamó Mr. Pickwick con la más grande energía; — ¿dónde están, dónde están?

—¡Chitón! — replicó el fiel criado; y ayudando á vestirse á su amo, le explicó el plan de campaña que había ideado.

—¿Pero cuándo se hará eso?

—Cuanto antes, señor, pronto; en un buen momento.

El lector sabrá en el siguiente capítulo si aquello se hizo en un buen momento.

CAPITULO XXIV

*Donde se verá que Mr. Peter Magnus se pone celoso, y la dama de cierta edad temerosa, por lo cual caen los pickwickianos en las garras de la justicia.*

Quando Mr. Pickwick bajó á la estancia donde había cenado la noche anterior con Mr. Peter Magnus, le encontró paseándose en un estado nervioso de agitación,

y notó que aquel caballero había empleado en adornar su persona la mayor parte del contenido de los sacos, de la sombrerera y del paquete de papel gris.

—Buenos días, caballero, — dijo Mr. Peter Magnus; —¿qué os parece?

—Perfectamente, — respondió Mr. Pickwick, examinando con una risa de buen humor el traje del pretendiente.

—Sí, yo pienso que daré golpe, Mr. Pickwick; ya le he enviado mi tarjeta.

—¿De veras?

—Sí, y el mozo ha venido á decirme que me recibirá á las once; á las once, y no falta más que un cuarto de hora.

—¡Ahl es muy pronto.

—Sí, muy pronto, demasiado pronto para que sea agradable.

—La confianza en sí mismo es una gran cosa en estos casos.

—Ya lo creo, yo tengo mucha confianza en mí mismo; realmente, Mr. Pickwick, no veo la razón para que un hombre tenga miedo en estos casos; ¿qué cosa más sencilla? es un asunto de conveniencia mútua, nada más; marido á un lado, mujer á otro; esta es mi opinión en la materia, Mr. Pickwick.

—Es una opinión muy filosófica, pero el almuerzo nos espera, Mr. Magnus, vamos.

Se sentaron para almorzar; sin embargo, á pesar de las bravatas de Mr. Magnus, era evidente que se encontraba bajo la influencia de una gran agitación, cuyos principales síntomas eran lúgubres conatos de bromas, la pérdida del apetito, una gran propensión á verter las tazas de te y una inclinación irresistible á mirar el reloj cada dos segundos.

—Ya, ya... — balbuceó afectando alegría, pero en realidad temblando de agitación: ya no faltan más que dos minutos; ¿estoy pálido?

—No mucho.

Hubo un momento de silencio.

—Os pido perdón, Mr. Pickwick; ¿habéis tenido en vuestros tiempos negocios de estos?

—¿Una petición de matrimonio?

—Sí.

—¡Jamás! — replicó Mr. Pickwick con gran energía; —¡jamás!

—¿Entonces no tenéis idea sobre el mejor medio de entrar en materia?

—¡Ahl puedo tener algunas ideas sobre el asunto, pero como nunca las he sometido á la experiencia, no sería bueno que arreglárais por ellas vuestra conducta.

Mr. Magnus volvió á mirar el reloj; marcaba cinco minutos después de las once; volvióse á Mr. Pickwick, y le dijo:

—A pesar de todo, os agradecería que me diérais un consejo.

—Pues bien, si os empeñáis, — dijo el sabio, — comenzaría por rendir tributo á la belleza y á las excelentes cualidades de la dama; de ahí pasaría, Mr. Magnus, á hablar de mi indignidad.

—¡Muy bien! — exclamó Mr. Magnus.

—Indignidad con relación á ella, nada más, caballero; atendid bien á esto, porque para mostrar que yo no sería *absolutamente* indigno, yo haría una corta reseña de mi vida pasada y de mi condición presente; yo establecería por analogía que yo era un sujeto muy deseado por otras personas; en seguida me extendería sobre el calor de mi amor y sobre la profundidad de mis sentimientos; quizás de este modo me sería posible conseguir su mano.

—Ya lo veo, sí; es un buen modo.

—En seguida, — continuó Mr. Pickwick, arrimándose á medida que el asunto se presentaba á sus ojos con colores más brillantes, — en seguida pasaría á exponer esta sencilla pregunta: ¿me queréis? Creo poder suponer razonablemente que la dama volvería la cabeza...

—¿Pensáis que se puede dar por sentado? — interrumpió Mr. Magnus; — porque ya véis, si nó vuelve la cabeza en el momento preciso, sería un compromiso.

—Creo que la volverá, sí; y en el mismo instante yo la tomaría la mano; y pienso, *pienso*, Mr. Magnus, que después de esto, suponiendo que ella no opusiera resistencia, yo retiraría dulcemente el pañuelo que ella habría llevado á sus ojos, si mi débil conocimiento de la naturaleza humana no me engaña, yo le daría un beso respetuoso; sí, yo pienso que se lo daría, y estoy convencido de que en este mismo instante, si la dama debía aceptarme, ella murmuraría á mi oído un pudoroso consentimiento.

Mr. Magnus se levantó de su silla, miró durante algún tiempo á Mr. Pickwick, después le sacudió calorosamente la mano, y se marchó con ademán de exaltación; el reloj marcaba las once y diez.

Mr. Pickwick dió algunas vueltas por la habitación, y cuando el reloj marcaba la media, se abrió la puerta repentinamente; Mr. Pickwick se volvió para felicitar á Mr. Magnus; pero en su lugar distinguió la jovial fisonomía de Mr. Tupman, la figura marcial de mister Winkle, las facciones inteligentes de Mr. Snodgrass.

Mientras Mr. Pickwick les saludaba, Mr. Magnus entró precipitadamente en la habitación.

—Amigos míos — dijo el filósofo, — os presento á Mr. Peter Magnus.

—Servidor, señores — dijo Mr. Magnus, que estaba evidentemente en un violento estado de exaltación; —Mr. Pickwick, quiero hablaros un momento.

Al pronunciar estas palabras, Mr. Magnus llevó á Mr. Pickwick al hueco de una ventana.

—Felicitadme — le dijo, — he seguido vuestro consejo al pie de la letra.

—¿Fué bueno?

—Sí, señor, no podía ser mejor; ella es mía, mister Pickwick.

—Os felicito con todo mi corazón — respondió el filósofo, sacudiendo cordialmente la mano de su conocido.

—Es preciso que la veáis, caballero; venid, permitidme un instante, señores.

Y el enamorado triunfante llevó rápidamente á mister Pickwick fuera de la habitación, se detuvo en una puerta del corredor, y llamó suavemente.

—Entrad — dijo una voz de mujer.

Entraron.

—Miss Witherfield — dijo Mr. Magnus, — permitidme que os presente uno de mis mejores amigos, mister Pickwick. Mr. Pickwick, permitidme que os presente á miss Witherfield.

La dama estaba al otro lado de la habitación. Mister Pickwick la saludó, y al mismo tiempo, sacando sus anteojos del bolsillo, se los puso; pero apenas se los había puesto, lanzó una exclamación de sorpresa y retrocedió algunos pasos; la dama por su parte lanzó un grito involuntario, y ocultando el rostro entre las manos se dejó caer en una silla; entretanto, Mr. Magnus, que parecía petrificado, los contemplaba á uno y á otro con la fisonomía desfigurada por un exceso de admiración y horror.

Semejante efecto de teatro parecía inexplicable, pero el hecho es que Mr. Pickwick, tan pronto como se puso los anteojos, reconoció en la futura de Mr. Magnus la dama en cuya alcoba se había introducido la noche anterior; y apenas los dichos espejuelos se habían fijado sobre la nariz de Mr. Pickwick, la dama reconoció la identidad de aquella fisonomía, la que había visto rodeada de todos los horrores de un gorro de algodón: por consiguiente, la dama gritó y se estremeció el filósofo.

—¿Mr. Pickwick, qué significa esto? decidme lo que esto significa, caballero — exclamó Mr. Magnus con voz elevada y amenazadora.

—Caballero, no puedo responder á esta pregunta—

replicó Mr. Pickwick, un poco quemado por la manera repentina con que Mr. Magnus le había interrogado.

—¿No podéis?

—No, señor; no consentiré sin permiso de esta dama en decir nada que la pueda comprometer ó en despertar en su mente ingratos recuerdos.

—Miss Witherfield, ¿conocéis á este caballero?

—¿Que si le conozco? — replicó vacilando la dama de cierta edad.

—Pregunto si le conocéis — continuó Mr. Magnus con una especie de ferocidad.

—Le he visto — balbuceó la dama.

—¿Dónde — preguntó Mr. Magnus, — dónde, señora?

—No lo diré — dijo la dama levantándose, — no lo revelaré por un imperio.

—Os comprendo, señora — exclamó Mr. Pickwick, — y respeto vuestra delicadeza; nunca será revelado por mí, podéis estar segura.

—A fe mía, señores — dijo Mr. Magnus, — vista la situación en que me hallo ante vos, me parece que os conducís con demasiada sangre fría, con demasiada sangre fría, señora.

—¡Cruel Mr. Magnus! — balbuceó la dama de cierta edad, y se puso á llorar abundantemente.

Mr. Pickwick se interpuso.

—Dirigidme vuestras observaciones — dijo; — si algo de culpable hay aquí, soy yo.

—¡Ah! vos sois el culpable; ya, ya comprendo; ¿os arrepentís de vuestra determinación ahora?

—¡Mi determinación! — replicó Mr. Pickwick.

—Vuestra determinación, sí, señor; ¡oh! no me miréis así, caballero; me acuerdo de vuestras palabras de anoche; habéis venido aquí para desenmascarar la falsedad y la traición de una persona en cuya buena fe teníais entera confianza.

Aquí Mr. Magnus empezó á reír sarcásticamente; después, quitándose los espejuelos azules, que sin duda creyó superfluos en un exceso de celos, se puso á mirar á todos lados de una manera espantosa.

—¡Oh! ¿pero no respondéis? — dijo al fin.

—¿A qué voy á responder? — preguntó Mr. Pickwick.

—No os inquietéis, caballero — vociferó Mr. Magnus paseándose por la habitación; — no os inquietéis.

Al oír esto, Mr. Pickwick abrió la puerta de la habitación y gritó bruscamente.

—¡Tupman, venid!

Mr. Tupman llegó inmediatamente con ademán de gran sorpresa.

—Tupman — dijo Mr. Pickwick, — un secreto bastante delicado y que concierne á esta dama, es causa de la cuestión que acaba de surgir entre este caballero y yo; pero yo aseguro ante vos, que este secreto no tiene relación alguna con el mismo, ni nada de común con sus asuntos; después de esto, no tengo necesidad de hacer constar que si continúa sospechando, dudará de mi veracidad, lo cual tomaré como un insulto personal.

Al decir esto, el filósofo lanzó á Mr. Magnus una mirada que encerraba toda una enciclopedia de amenazas.

La actitud serena y digna de Mr. Pickwick, unida á la energía de su lenguaje, hubiera convencido á un espíritu más razonable; pero desgraciadamente, en aquel instante el espíritu de Mr. Peter Magnus no se hallaba en un estado natural; en lugar de recibir de una manera conveniente la explicación del filósofo, procedió inmediatamente á elevarse en el diapason de la cólera y de las amenazas, hablando con rabia de su sensibilidad, de su delicadeza y dando fuerza á sus palabras con pasear furiosamente y arrancarse algunos cabellos, entretenimiento que interrumpía algunas veces para agitar su puño muy cerca de la nariz filosófica de Mr. Pickwick.

Mr. Pickwick, fuerte en su inocencia y contrariado por haber comprometido involuntariamente á la dama de cierta edad en un asunto tan desagradable, estaba también en una disposición menos pacífica que de costumbre; hablaron con más viveza, se usaron algunas palabras graves; y al fin Mr. Magnus dijo á mister Pickwick que tendría muy pronto noticias suyas. Mister Pickwick, con una cortesía digna de elogio, le contestó que mientras más pronto mejor; al oír esto la dama de cierta edad se precipitó llorando fuera de la habitación, y Hr. Tupman arrastró á su amigo, abandonando al amante á sus sombrías meditaciones.

Si la dama de cierta edad hubiera vivido en la sociedad cortesana y hubiera entendido un poco de las costumbres observadas por los que hacen las leyes de la moda, hubiera conocido que aquella ferocidad es la cosa más inocente del mundo; pero había vivido casi siempre en provincias, no leía los debates parlamentarios, y estaba por consiguiente poco versada en el código del honor de las naciones civilizadas; así es que desde que llegó á su alcoba y atrancó cuidadosamente la puerta, empezó á meditar sobre las escenas de que había sido testigo. Ideas de carnicería y horror se presentaban á su imaginación, y en esta fantasmagoría, el cuadro menos sangriento representaba á Mr. Magnus traspasado de parte á parte por una bala y conducido al hotel en una camilla; cuanto más la dama de cierta

edad meditaba, mayor era su susto, y al fin se determinó á ir en busca del primer magistrado del pueblo y á suplicarle que hiciera prender inmediatamente á Mr. Pickwick y á Mr. Magnus.

La dama de cierta edad fué impelida á tomar esta determinación por un gran número de consideraciones; pero la principal era la prueba incontestable que así daría á Magnus del afecto que le tenía, de la ansiedad con que temía por su persona; la dama conocía muy bien el temperamento celoso de su amante para aventurarse á hacer la más ligera observación de la causa real de su afán; con la cabeza llena de estos pensamientos, cogió su sombrero y su chal y se fué en línea recta al domicilio del alcalde.

Jorge Nupkins, alcalde de Ipswick, era un gran personaje; aquella mañana se encontraba en un estado de irritación extrema, porque había habido rebelión en el pueblo; todos los alumnos externos de la escuela principal habían conspirado para romper los vidrios de una vendedora de manzanas que les desagradaba; habían silbado al hotel y habían apedreado á los agentes de policía encargados de aplacar el motín; Mr. Nupkins estaba sentado en un sillón y fruncía majestuosamente las cejas, cuando anunciaron á una dama que venía á un asunto urgente, importante y particular. Mr. Nupkins, tomando una actitud tranquila y terrible, dió orden de introducir á la dama, y esta orden, como todas las de los magistrados, emperadores y demás poderes de la tierra, fué inmediatamente ejecutada. Miss Witherfield, cuya agitación era visible é interesante, se presentó delante del grande hombre.

—Muzzle — dijo el magistrado.

Muzzle era un criado de cuerpo voluminoso y piernas cortas.

—¡Muzzle!

—¿Qué manda vuestro honor?

—Dad una silla á esta señora, y salid.

—Sí, vuestra veneración.

—Ahora, señora, si queréis enterarme de ese asunto...

—Es un asunto muy penoso.

—Calmaos, señora, y decidme qué asunto legal os trae ante mí, — dijo Mr. Nupkins, con ademán severo y grandioso.

—Es muy triste para mí hacer semejante denuncia; pero temo que tengáis un duelo aquí.

—¿Aquí, señora? ¿dónde, señora?

—¡En Ipswick!

—¿En Ipswick, señora? ¡un duelo en Ipswick! — exclamó el magistrado estupefacto; — ¡imposible, señora! En esta ciudad no puede haber nada de esto, es-

toy seguro; ¡Dios del cielo! ¿conocéis la actividad de vuestro magistrado? ¿no habéis oído decir, señora, que el 4 del mes pasado, seguido tan sólo por sesenta polizontes, me precipité entre dos luchadores, y con inminente peligro de ser destrozado por ellos, impedí un encuentro pugilatesco entre el campeón de Middlesex y el de Suffolk? ¡un duelo en Ipswick, señora! no, no creo que puedan existir dos mortales tan audaces para llevar á cabo semejante atentado.

—Lo que tengo el honor de deciros, es desgraciadamente muy exacto — continuó la dama de cierta edad; — yo estaba presente cuando la disputa.

— ¡Es la cosa más extraordinaria que aquí se ha visto! — exclamó el magistrado lleno de admiración; — ¡Muzzle!

— ¿Qué manda vuestra veneración?

— Enviadme acá á Mr. Jinks, inmediatamente.

— Sí, vuestra veneración.

Muzzle se retiró y bien pronto se vió entrar en la habitación á un individuo de edad razonable, mal vestido y evidentemente mal alimentado, como lo anunciaba su rostro pálido y su nariz puntiaguda.

— Mr. Jinks — dijo el magistrado, — Mr. Jinks.

— Señor — replicó éste.

— Esta dama ha venido á enterarnos de un duelo que debe tener lugar en esta ciudad.

Mr. Jinks, no sabiendo qué decir exactamente, sonrió con una sonrisa de inferior.

— ¿De qué os reís, Mr. Jinks? — preguntó el magistrado.

Mr. Jinks tomó una actitud seria.

— Mr. Jinks — continuó el magistrado, — sois un tonto.

Mr. Jinks miró humildemente al grande hombre, y mordió el mango de su pluma; el magistrado continuó:

— Vos podéis ver algo cómico en esta información, caballero, pero yo os digo que no hay motivo alguno de risa.

El pasante de aspecto famélico suspiró, como convencido de que no había en efecto motivo de risa. Después, habiendo recibido orden de suscribir la declaración de la dama, se sentó y se puso á escribir.

— Ese Pickwick es el principal, á lo que entiendo — dijo el magistrado cuando la declaración fué terminada.

— Sí, señor — respondió la dama de cierta edad.

— ¿Y el otro perturbador, cómo se llama?

— Tupman.

— ¿Tupman es el testigo, señora?

— Sí, señor.

— ¿El otro combatiente ha dejado la población, se-

gún decís, señora?

— Sí — respondió tosiendo miss Witherfield.

— Muy bien; son dos espadachines de Londres que han venido aquí para destruir la población de su majestad, mientras el brazo de la ley permanezca débil y paralizado á esta distancia de la capital; pero haremos un ejemplar: escribid la orden de detención.

¡Muzzle!

— ¿Qué manda vuestra veneración?

— ¿Grummer está abajo?

— Sí, vuestra veneración.

— Decidle que venga.

El obsequioso Muzzle se retiró y vino poco después con el representante de la autoridad, polizonte desde su infancia, siendo principalmente notable por su nariz vinosa, su voz ronca, su traje color de tabaco, sus botas de vuelta y su mirada vaga.

— ¡Grummer! — dijo el magistrado.

— ¿Qué manda vuestra vino-á-ración?

— ¿La ciudad está tranquila?

— Sí, vuestra vino-á-ración; el populacho se ha apaciguado á causa de que los chicos se han ido á jugar al trompo.

— Grummer — dijo el magistrado en tono resuelto, — en estos tiempos sólo las medidas vigorosas pueden dar algún resultado; si se desprecia la autoridad de los oficiales del rey, todo se pierde. Si el poder civil no puede proteger las ventanas, es preciso que el militar proteja el poder civil y las ventanas; creo que esta es una máxima de la Constitución; ¿no es verdad, mister Jinks?

— Ciertamente, señor.

— Muy bien — dijo el magistrado firmando la orden de detención; — Grummer, haced comparecer ante nos á esas personas. Las encontraréis en *El Gran caballo blanco*; ¿os acordáis del asunto de los dos campeones de Middlesex y Suffolk?

Mr. Grummer expresó, sacudiendo la cabeza, que no lo olvidaría jamás, lo cual, en efecto, no era probable, con tal que continuaran citándole aquel caso todos los días.

Este caso — continuó el magistrado — es menos constitucional; es una de las más atroces violaciones de la paz y un gravísimo atentado á las prerrogativas de su majestad; el duelo es uno de los privilegios más incontestables de su majestad; ¿no es verdad, Jinks?

Expresamente estipulado por la *Carta Magna*.

— Una de las más bellas preesas de la corona, arrancada á su majestad por la unión de los barones... ¿no es eso, Jinks?

—Justamente, señor.

—Muy bien — continuó el magistrado, irguiéndose con orgullo; — esta prerrogativa real no será violada en esta porción de los dominios de su majestad. Grummer, llevad bastante gente, y haced el arresto lo más pronto posible. ¡Muzzle!

—¿Qué manda vuestra veneración?

—Guiad á esta señora.

Miss Witherfield se retiró profundamente impresionada por la ciencia y la dignidad del magistrado. Mr. Nupkins se fué á almorzar, Mr. Jinks se retiró en su interior, porque era este el único punto donde podía retirarse. En fin, Mr. Gummer se retiró para lavar, ejecutando bien la presente comisión, el insulto que había caído aquella mañana sobre él y el otro representante de la autoridad, el bedel.

Mientras se hacían tan formidables preparativos para conservar la paz en los dominios del rey, Mr. Pickwick y sus amigos, ignorantes de los prodigiosos acontecimientos que iban á tener lugar, estaban alegremente sentados en torno de una mesa muy bien provista. El buen humor más expansivo reinaba en la reunión; Mr. Pickwick estaba contando sus aventuras de la noche anterior, cuando la puerta se abrió y dejó ver una estrambótica fisonomía: los ojos de esta fisonomía se fijaron primero en Mr. Pickwick, y sin duda quedaron muy satisfechos de su inspección, porque el cuerpo á quien dicha fisonomía pertenecía se introdujo en la habitación bajo la forma de un individuo con botas de vuelta. En fin, para no tener en suspenso al lector, diremos que aquellos ojos errantes eran de Mr. Grummer, y aquel cuerpo era el cuerpo del mismo personaje.

Mr. Grummer procedió de una manera legal, pero particular: su primer acto fué atrancar la puerta por dentro; el segundo, pasarse por la cara un pañuelo de algodón; el tercero, colocar el pañuelo de algodón dentro del sombrero, y el cuarto, en fin, sacar del bolsillo un pequeño bastón, con el cual hizo una seña á mister Pickwick tan gravemente como la estatua del comendador.

Mr. Snodgrass fué el primero que rompió el silencio de admiración que reinaba en el comedor; durante algunos minutos, miró fijamente á Grummer, y dijo después con fuerza:

—Esta es una habitación reservada, caballero, ¡una habitación reservada, caballero!

Mr. Grummer movió la cabeza y respondió:

—No hay habitaciones reservadas para su majestad: hay algunos que dicen que la casa de un inglés es una fortaleza; pues bien, esos dicen una tontería.

Los pickwickianos se miraron unos á otros con asombro.

—¿Quién de vosotros es Mr. Tupman? — preguntó Grummer; había reconocido á Mr. Pickwick al primer golpe de vista por una percepción instintiva.

—Mi nombre es Tupman — dijo aquel caballero.

—Mi nombre es la ley — contestó Grummer.

—¿Qué? — preguntó Tupman.

—¡La ley! — replicó Grummer; — el poder ejecutivo; ese es mi título y mi autoridad; vengo á prender á Mr. Pickwick y á Mr. Tupman.

—¿Qué significa esta insolencia? — exclamó Tupman levantándose; — ¡salid de aquí! ¡salid inmediatamente!

—¡Eh! — exclamó Grummer, dirigiéndose á la puerta y abriéndola; — ¡Dubble!

—¿Qué? — dijo una voz grave en el comedor.

—Dubble — exclamó Mr. Grummer, — ¿están ahí los demás policías?

Mr. Dubble, como hombre lacónico, no contestó sino con un signo de cabeza.

—Haced entrar la división que está á vuestras órdenes.

Mr. Dubble obedeció, y media docena de hombres con enormes bastones se precipitaron en la habitación; Mr. Grummer se metió el bastón en el bolsillo y miró á Mr. Dubble; Mr. Dubble se metió también su bastón en el bolsillo y miró la división; la división guardó sus bastones y miró á los pickwickianos.

El filósofo y sus discípulos se levantaron como un solo hombre.

—¿Qué significa esta violación de mi domicilio? — exclamó Mr. Pickwick.

—¡Qué! ¿se atreverá á prenderme? — preguntó mister Tupman.

—¿Qué venís á hacer aquí, bribones? — dijo Snodgrass.

Mr. Winkle no dijo nada, pero clavó los ojos en Grummer, dirigiéndole una mirada que le hubiera atravesado el cráneo saliendo por el lado opuesto, si el polizonte no hubiera tenido la cabeza más dura que el hierro; á causa de esta circunstancia, la mirada de mister Winkle no produjo ningún efecto visible.

Cuando los agentes de la autoridad notaron que mister Pickwick y sus amigos estaban dispuestos á resistir á la autoridad de la ley, se doblaron las mangas de su levita de una manera muy significativa; al ver esta demostración, Mr. Pickwick conferenció con sus amigos, y declaró en seguida que estaba dispuesto á dirigirse á la aldea, añadiendo tan sólo que tomaba por testigos á todos los ciudadanos presentes de aquel monstruoso

atentado á los privilegios de un inglés; todos los *ciudadanos* presentes se echaron á reír, excepto Grummer, que parecía considerar como una especie de blasfemia intolerable la menor reflexión sobre el derecho divino de los alcaldes.

Pero cuando Mr. Pickwick declaró que estaba pronto á obedecer las leyes del país, surgió otra nueva dificultad; era que, á pesar de su veneración hacia el derecho constituido, Mr. Pickwick rehusó resueltamente aparecer en la calle rodeado como un malhechor por agentes de la justicia. En el estado incierto de la opinión pública (porque los escolares no habían vuelto aun á sus casas), Mr. Grummer se negó á marchar él con su séquito por una acera, confiada en la palabra dada por Mr. Pickwick de ir inmediatamente por la otra á casa del magistrado; al fin, Mr. Pickwick y Mr. Tupman se negaron también á hacer el gasto de una silla de posta, que era el único medio de transporte que podía procurarse; la disputa duró largo tiempo y en un tono muy alto; por fin, Mr. Pickwick, empeñado siempre en no ir á pie, se decidió á ir en una silla de mano que en el patio había, construída por un rico propietario gotoso; esta silla podía contener cómodamente los dos culpables; fué por lo tanto alquilada y llevada al comedor. Mr. Pickwick y Mr. Tupman se metieron en ella y bajaron las cortinillas; un par de jayanes la cargaron, y al fin la procesión se puso en marcha con mucho orden; los polizontes rodeaban el vehículo; mister Grummer y Mr. Dubbley marchaban triunfalmente á la cabeza; Mr. Winkle y Mr. Snodgrass iban detrás, y el populacho de Ipswick formaba la retaguardia.

La procesión avanzaba lenta y majestuosamente. Sam Weller volvía de muy mal humor al hotel, porque había examinado inútilmente la misteriosa casa de la puerta verde, cuando divisó el tumulto popular que avanzaba rodeando un objeto muy parecido á una silla de manos; gozoso de encontrar con qué distraerse se puso á un lado para dejar paso al gentío; y viendo que el pueblo aplaudía, se puso también á aplaudir con todas sus fuerzas.

Mr. Grummer paró, Mr. Dubbley paró y paró la silla de manos, y pararon los guardias, y Sam respondió á las aclamaciones entusiastas del populacho, agitando su sombrero como si sintiera la más viva alegría, aunque no tenía la menor idea de aquello por que aplaudía; de repente se quedó absorto al ver á Mr. Winkle y á mister Snodgrass.

—¿Qué ha pasado, caballeros? — preguntó Sam; — ¿á quién han metido en ese cajón?

Los dos amigos respondieron á la vez; pero sus pala-

bras fueron sofocadas por los gritos de la multitud.

—¿Quién va ahí dentro? — preguntó Sam otra vez.

Una segunda réplica salió de los labios de los pickwickianos; pero aunque no percibió claramente las palabras, comprendió por el movimiento de la boca que habían pronunciado Pickwick.

Era bastante; en un minuto el heroico lacayo se abrió paso por entre la multitud, detuvo á los conductores y se halló cara á cara con el majestuoso Grummer.

—Eh, viejo, ¿á quién habéis empaquetado en ese cofre?

—¡Atrás! — exclamó con énfasis Mr. Grummer, cuya importancia, como la de muchos grandes hombres, se aumentaba é inflaba con el viento de la popularidad.

Mr. Grummer agitó ante los ojos de Sam su grueso bastón, adornado con la corona de cobre.

—¡Ah! — dijo Sam; — ¡qué bonito! con su coronilla y todo.

—¡Atrás! — vociferó de nuevo el funcionario ofendido.

Y como para dar más fuerza á esta orden, cogió á Sam por una mano, mientras que con la otra introducía en su corbata el metálico emblema del poder real; nuestro héroe respondió á este cumplimiento derribando en tierra al polizonte, después de haber hecho lo mismo con uno de los conductores.

Mr. Winkle fué afectado de un ataque repentino de cólera; apenas vió en tierra á Mr. Grummer, hizo una terrible invasión sobre un pillete que se encontraba junto á él. Enardecido por este ejemplo Mr. Snodgrass, con un espíritu verdaderamente cristiano, á fin de no herir á ningún inocente, anunció en voz alta que iba á empezar; así es que fué rodeado y detenido mientras se quitaba la ropa con mucho cuidado; por lo demás, si hemos de hacerle justicia, lo mismo que á Mr. Winkle, diremos que no hicieron la más leve tentativa para defenderse ni para librar á Sam; éste, á pesar de una vigorosa resistencia, había sido vencido por el número y había sido hecho prisionero; la procesión se reorganizó y continuó su camino.

Durante estos sucesos, la indignación de Mr. Pickwick había llegado al último límite; distinguía confusamente que Sam derribaba los polizontes y distribuía mojicones á un lado y á otro; pero no podía ver más, porque la portezuela no podía abrirse; al fin, ayudado por su compañero de cautiverio, Mr. Pickwick consiguió levantar la imperial, subió sobre la banqueta, se alzó lo más que pudo, apoyándose en los hombros de Mr. Tupman, y empezó á arengar á la multitud; la tomó por testigo de que su criado había sido atacado primero;

se extendió elocuentemente sobre la brutalidad inexcusable con que él mismo había sido tratado, y de esta manera la caravana llegó á casa del alcalde; trotaban los conductores, arengaba Mr. Pickwick y el populacho vociferaba.

CAPITULO XXV

*Donde se verá cuán majestuoso é imparcial era mister Nupkins, y cómo tomó Sam venganza de Mr. Trotter, con otros agradables sucesos.*

Mr. Snodgrass y Mr. Winkle escuchaban con sombrío respeto la elocuencia que corría de los labios de su mentor y que no podían detener ni el movimiento rápido de la silla ni las súplicas de Mr. Tupman.

La indignación de Sam, mientras le conducían preso, era terrible; sin embargo, su cólera se trocó en curiosidad cuando vió que la procesión entraba en el patio de la puerta verde, y la curiosidad se trocó en asombro cuando vió que el importante Mr. Grummer avanzó con paso noble hacia la puerta verde por donde Job había salido; al ruido de una campana acudió una criada muy linda, que llamó á Mr. Muzzle. Mr. Muzzle abrió la puerta cochera para dar cabida á la silla de manos, á los cautivos y á los polizontes; después la cerró violentamente en los hocicos del populacho.

La silla de manos se detuvo ante una escalera de piedra; apeáronse allí los presos, y Mr. Pickwick y sus amigos fueron conducidos á la gran sala en presencia del vigilante Mr. Nupkins.

La escena era grandiosa; todo estaba dispuesto en ella para infundir terror á los culpables, é inculcarles una alta idea de la severa majestad de las leyes. Delante de una gran mesa, en un enorme sillón, y apoyado en un enorme volumen, estaba sentado Mr. Nupkins, que parecía aun más enorme que todos aquellos objetos reunidos; sobre la mesa se veía una pila de papel, detrás de la cual aparecía la cabeza de Mr. Jinks, activamente ocupado en hacer creer que estaba muy ocupado. Cuando la caravana entró, Muzzle cerró cuidadosa-

mente la puerta y se colocó detrás del sillón de su amo para esperar sus órdenes, mientras Mr. Nupkins, echándose atrás con importante solemnidad, contemplaba la fisonomía de sus visitantes.

Mr. Pickwick, intérprete ordinario de sus amigos, estaba en pie con el sombrero en la mano, y saludaba con la más respetuosa cortesía.

—¿Quién es este individuo? — preguntó Mr. Nupkins señalándole con el dedo.

—Es Pickwick — respondió Grummer.

—Vamos, vamos, basta ya, viejo papamoscas, — interrumpió Sam, abriéndose paso con los codos hasta la primera fila. — Os pido perdón, señor, pero este viejo maniquí no sirve para maestro de ceremonias; estos señores son Mr. Samuel Pickwick, Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass, caballeros todos.

—¿Quién es este hombre? — balbució colérico el magistrado.

—Un malhechor muy peligroso; ha querido poner en libertad á los prisioneros, atacando á los agentes de la autoridad; por eso le hemos pescado.

—Muy bien hecho, Grummer; es evidetnemente un audaz bandido.

—Es mi criado — dijo Mr. Pickwick un poco irritado.

—¡Ah! ¿es vuestro criado? Conspiración para detener el curso de la justicia y asesinar á sus agentes; ¡criado de Pickwick! escribidlo ahí, Mr. Jinks.

Este escribió.

—¿Cómo os llamáis, bribón? — continuó el magistrado.

—Veller — respondió Sam.

—¡Excelente nombre para el calendario de Newyatel — observó Mr. Nupkins.

—Escribid su nombre, Mr. Jinks.

—Ponedle dos l viejo pichón — dijo Sam.

Aquí un desgraciado polizonte se puso á reir, y el magistrado le amenazó con hacerle prender inmediatamente; es peligroso á veces reir fuera de tiempo.

—¿Dónde vivís? — preguntó el magistrado.

—Donde me encuentro — respondió Sam.

—¡Apuntad esto, Mr. Jinks! — exclamó el magistrado, cuya cólera aumentaba rápidamente.

Y no olvidéis subrayar la palabra.

—Es un vagabundo, Mr. Jinks, es un vagabundo, según él mismo ha dicho; ¿no es verdad, Mr. Jinks, que es un vagabundo?

—Ciertamente, señor.

—Pues bien — exclamó Mr. Nupkins, dando un fuerte golpe con el puño en la mesa; — escribid al ins-

se extendió elocuentemente sobre la brutalidad inexcusable con que él mismo había sido tratado, y de esta manera la caravana llegó á casa del alcalde; trotaban los conductores, arengaba Mr. Pickwick y el populacho vociferaba.

CAPITULO XXV

*Donde se verá cuán majestuoso é imparcial era mister Nupkins, y cómo tomó Sam venganza de Mr. Trotter, con otros agradables sucesos.*

Mr. Snodgrass y Mr. Winkle escuchaban con sombrío respeto la elocuencia que corría de los labios de su mentor y que no podían detener ni el movimiento rápido de la silla ni las súplicas de Mr. Tupman.

La indignación de Sam, mientras le conducían preso, era terrible; sin embargo, su cólera se trocó en curiosidad cuando vió que la procesión entraba en el patio de la puerta verde, y la curiosidad se trocó en asombro cuando vió que el importante Mr. Grummer avanzó con paso noble hacia la puerta verde por donde Job había salido; al ruido de una campana acudió una criada muy linda, que llamó á Mr. Muzzle. Mr. Muzzle abrió la puerta cochera para dar cabida á la silla de manos, á los cautivos y á los polizontes; después la cerró violentamente en los hocicos del populacho.

La silla de manos se detuvo ante una escalera de piedra; apeáronse allí los presos, y Mr. Pickwick y sus amigos fueron conducidos á la gran sala en presencia del vigilante Mr. Nupkins.

La escena era grandiosa; todo estaba dispuesto en ella para infundir terror á los culpables, é inculcarles una alta idea de la severa majestad de las leyes. Delante de una gran mesa, en un enorme sillón, y apoyado en un enorme volumen, estaba sentado Mr. Nupkins, que parecía aun más enorme que todos aquellos objetos reunidos; sobre la mesa se veía una pila de papel, detrás de la cual aparecía la cabeza de Mr. Jinks, activamente ocupado en hacer creer que estaba muy ocupado. Cuando la caravana entró, Muzzle cerró cuidadosa-

mente la puerta y se colocó detrás del sillón de su amo para esperar sus órdenes, mientras Mr. Nupkins, echándose atrás con importante solemnidad, contemplaba la fisonomía de sus visitantes.

Mr. Pickwick, intérprete ordinario de sus amigos, estaba en pie con el sombrero en la mano, y saludaba con la más respetuosa cortesía.

—¿Quién es este individuo? — preguntó Mr. Nupkins señalándole con el dedo.

—Es Pickwick — respondió Grummer.

—Vamos, vamos, basta ya, viejo papamoscas, — interrumpió Sam, abriéndose paso con los codos hasta la primera fila. — Os pido perdón, señor, pero este viejo maniquí no sirve para maestro de ceremonias; estos señores son Mr. Samuel Pickwick, Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass, caballeros todos.

—¿Quién es este hombre? — balbució colérico el magistrado.

—Un malhechor muy peligroso; ha querido poner en libertad á los prisioneros, atacando á los agentes de la autoridad; por eso le hemos pescado.

—Muy bien hecho, Grummer; es evidetnemente un audaz bandido.

—Es mi criado — dijo Mr. Pickwick un poco irritado.

—¡Ah! ¿es vuestro criado? Conspiración para detener el curso de la justicia y asesinar á sus agentes; ¡criado de Pickwick! escribidlo ahí, Mr. Jinks.

Este escribió.

—¿Cómo os llamáis, bribón? — continuó el magistrado.

—Veller — respondió Sam.

—¡Excelente nombre para el calendario de Newyatel — observó Mr. Nupkins.

—Escribid su nombre, Mr. Jinks.

—Ponedle dos l viejo pichón — dijo Sam.

Aquí un desgraciado polizonte se puso á reir, y el magistrado le amenazó con hacerle prender inmediatamente; es peligroso á veces reir fuera de tiempo.

—¿Dónde vivís? — preguntó el magistrado.

—Donde me encuentro — respondió Sam.

—¡Apuntad esto, Mr. Jinks! — exclamó el magistrado, cuya cólera aumentaba rápidamente.

Y no olvidéis subrayar la palabra.

—Es un vagabundo, Mr. Jinks, es un vagabundo, según él mismo ha dicho; ¿no es verdad, Mr. Jinks, que es un vagabundo?

—Ciertamente, señor.

—Pues bien — exclamó Mr. Nupkins, dando un fuerte golpe con el puño en la mesa; — escribid al ins-

tante la orden de presidio; es preciso enseñarle á vivir.

—Muchas gracias — replicó Sam; — pero vos deberíais ir á esa escuela algunos meses.

Al oír esto otro polizonte rompió á reír, y después tomó un aspecto de gravedad tan sobrenatural, que mister Nupkins lo descubrió inmediatamente.

—¡Grummer! — exclamó ardiendo de cólera; — ¿cómo os atrevéis á elegir para policía á un hombre tan nulo é inconveniente? ¡responded!

—Lo siento mucho, vuestra veneración.

—¡Siento mucho! — repitió furioso el magistrado; — tenéis razón en sentirlo; ¡yo os enseñaré á descuidar vuestro deber, Mr. Grummer! haré un escarmiento con vos; ¡quitadle el bastón á ese pillo! ¡está borracho! ¡estáis borracho!

—No, vuestra feneración — respondió el hombre; — no estoy forracho.

—¡Estáis borracho! ¿cómo os atrevéis á decirme que no estáis borracho? yo os digo que estáis borracho; ¿no es verdad que huele á aguardiente, Grummer?

—Horriblemente, vuestra veneración — respondió Mr. Grummer, cuyos nervios olfativos experimentaban efectivamente una vaga sensación de rom.

—Estoy seguro — respondió Mr. Nupkins; — cuando entró en la habitación, noté en sus ojos que estaba borracho; ¿habéis reparado en sus ojos, Mr. Jinks?

—Ciertamente, señor.

—Hoy no he fisto una gota de fino — declaró el polizonte, que era sin duda el más sobrio de la compañía.

—Mr. Jinks — continuó el magistrado, — lo mandaré á la cárcel por haber insultado al tribunal; escribid la orden de arresto.

Sin embargo, Mr. Jinks, que era el consejero del magistrado y que había tenido una educación legal, porque había pasado tres años en el estudio de un procurador de provincia, mister Jinks, decimos, hizo notar en voz baja al magistrado que aquello no podía hacerse así. El magistrado improvisó, pues, un discurso, en el cual declaró que por consideración á la familia del polizonte, se contentaba con reprenderle; por consiguiente, el culpable fué violentamente injuriado por espacio de un cuarto de hora, y después despedido; Grummer, Dubbley, Muzzle y los demás agentes murmuraron por espacio de otro cuarto de hora acerca de la conducta magnánima del magistrado.

—Ahora, Mr. Jinks — continuó éste, — tomad el juramento á Grummer.

Grummer prestó juramento al instante; pero como se extendía mucho en su declaración, y además se acercaba la hora de la comida de Mr. Nupkins, el ma-

gistrado, para concluir de una vez, empezó á hacer preguntas á Grummer, y éste le contestaba afirmativamente, de tal modo, que la instrucción concluyó muy pronto. Sam Weller quedó convicto de vías de hecho; mister Winkle de amenazas; Mr. Snodgrass de resistencia; y cuando todo quedó concluido á satisfacción del magistrado, éste y Mr. Jinks se consultaron en voz baja.

La consulta duró diez minutos; Mr. Jinks se retiró al extremo de la mesa, y el magistrado, después de unas preparatorias, se irguió en su sillón, y ya iba á hablar, cuando Mr. Pickwick tomó la palabra.

—Os pido perdón por interrumpiros; pero antes que emitáis vuestra opinión, y antes que pronunciéis vuestra sentencia, debo reclamar mi derecho de ser oído, para lo que personalmente me interesa.

—¡Callaos! — gritó el magistrado en tono perentorio.

—Es preciso que yo me someta á vuestra autoridad, caballero — respondió Mr. Pickwick.

—Callad, caballero, ó yo os haré sacar de aquí por uno de mis agentes.

—Podéis ordenar lo que os guste; y por lo que he visto respecto á su subordinación, creo que harán todo lo que mandéis; pero yo me tomo la libertad de reclamar el derecho de ser oído, y lo reclamaré hasta que se me aleje de aquí violentamente.

Mr. Nupkins, lleno de admiración ante una tenacidad tan extraordinaria, lanzó á Mr. Pickwick una mirada espantosa, y ya se preparaba á responderle con mucha severidad, cuando Mr. Jinks le tiró por la manga y le dijo algunas palabras al oído. El magistrado respondió á media voz; después se comenzó el cuchicheo; era evidente que Mr. Jinks le hacía observaciones.

Al fin el magistrado, tragando de muy mal humor el despecho que experimentaba, se volvió á Mr. Pickwick y le dijo bruscamente:

—¿Qué tenéis que decir?

—Primero — dijo Mr. Pickwick lanzando á Mr. Nupkins una mirada terrible, que intimidó al magistrado, — primero deseo saber por qué mi amigo y yo hemos sido traídos aquí.

—¿Se lo digo? — dijo el magistrado á Mr. Jinks en voz baja.

—Creo que sí — contestó Mr. Jinks al oído del magistrado.

—Se ha declarado ante mí, con juramento, que había lugar á temer que vos os ibais á batir en duelo; y que este otro hombre, Mr. Tupman, debía ser vuestro cómplice en dicho duelo. ¿No es eso, Mr. Jinks?

—Ciertamente, señor.

—Y por eso os condeno á los dos á... ¿á qué mister Jinks?

—A dar fianza.

—Eso es. Por eso os condeno á los dos á dar fianza.

—Una buena fianza — dijo Jinks.

—Yo exigiré dos buenas fianzas.

—Propietarios de la ciudad — dijo Jinks.

—Dos propietarios de la ciudad que sean fiadores— continuó el magistrado.

—Cincuenta guineas cada uno y dos propietarios que salgan fiadores.

—Pero señor, — dijo Mr. Pickwick, que lo mismo que Tupman estaba lleno de asombro y admiración; — pero señor, nosotros somos perfectamente extraños en esta ciudad y no conocemos ningún propietario.

—¿Tenéis algo que añadir? — dijo el magistrado.

Mr. Pickwick tenía muchas cosas que añadir; y sin duda las hubiera añadido con tan poco provecho para él mismo, como satisfacción para el magistrado, si no hubiese entablado con Sam una conversación tan interesante que no le permitiera oír la pregunta que se le había hecho; Mr. Nupkins no era hombre que preguntaba dos veces una misma cosa; tosió por vía de preámbulo y pronunció su decisión en medio de un silencio admirador y respetuoso por parte de los policías.

Condenaba á Weller en dos guineas de multa por las primeras vías de hecho, y en tres guineas por las segundas; condenaba á Winkle en dos guineas, á Snodgrass en una, haciéndoles jurar que no cometerían violencia alguna con ningún súbdito de su majestad; después mandó á Mr. Pickwick y á Mr. Tupman que prestaran las fianzas.

Cuando el magistrado concluyó de hablar, mister Pickwick, cuya fisonomía había recobrado su habitual expresión de buen humor, dió un paso adelante y dijo:

—Suplico al señor magistrado que me conceda algunos minutos de conversación particular; se trata de un asunto de mucha importancia para vos.

—¡Qué! — exclamó Mr. Nupkins.

Mr. Pickwick repitió su petición.

—Es una petición muy extraordinaria — dijo el magistrado; — ¡una conversación particular!

—Una conversación particular — repitió Mr. Pickwick con firmeza; — solamente, como mi criado me ha dicho lo que tengo que comunicaros, deseo que esté presente.

El magistrado miró á Mr. Jinks, Mr. Jinks miró al magistrado y los polizontes se miraron unos á otros;

de repente, Mr. Nupkins se puso pálido; tal vez aquel Weller, en un instante de remordimientos, había confesado algún complot para asesinar al magistrado; ¡horrible pensamiento! Mr. Nupkins era hombre político, y se puso más pálido al acordarse de Julio César y de Mr. Perceval.

Miró de nuevo á Mr. Pickwick é hizo un signo á Mr. Jinks.

—¿Qué pensáis de esta petición, Mr. Jinks? — le dijo al oído.

Mr. Jinks, que no sabía qué pensar y que temía ofender á su patrono, sonrió de una manera dudosa, y después, contrayendo los extremos de la boca, sacudió lentamente la cabeza.

—Mr. Jinks — dijo el magistrado lentamente, — sois un jumento.

Al oír esta expresión familiar, Mr. Jinks sonrió aun y se retiró á un rincón de la sala.

Durante algunos minutos, Mr. Nupkins discutió la cuestión consigo mismo; después, levantándose con aire resuelto, invitó á Pickwick y á Sam á que le siguieran, y los llevó á un gabinete contiguo á la sala de justicia; allí les hizo señas de que se retiraran hacia el fondo, quedándose él á la entrada, á fin de poder tomar las de Villadiego si descubría manifestaciones hostiles en los culpables; por fin, declaró que estaba pronto á oír sus comunicaciones, cualesquiera que fuesen.

—Caballero — dijo Mr. Pickwick, — iré al hecho desde luego, porque se trata de una cosa que afecta notablemente á vuestra persona y á vuestro honor. Estoy seguro, caballero, de que recibís en vuestra casa un vil impostor.

—¡Dos! — interrumpió Sam; — el criado de la librea violada engaña á todo el mundo y derrama lágrimas de picardía.

—Sam — dijo Mr. Pickwick, — modérate á fin de que me entienda este caballero; en una palabra — continuó dirigiéndose á Mr. Nupkins, — mi criado tiene razón en suponer que un tal Fitz Marshall acostumbra visitaros; os pregunto — añadió viendo que Mr. Nupkins le iba á interrumpir con indignación, — os pregunto esto, porque sé que ese individuo es un ...

—Chitón — dijo Mr. Nupkins cerrando la puerta; — ¿vos sabéis quién es, caballero?

—Un vagabundo sin principios, un miserable aventurero que vive á expensas de la sociedad, que engaña á las gentes sencillas con absurdos infames y ridículas artes.

—¡Dios nos asista! — dijo Mr. Nupkins poniéndose rojo hasta las orejas y cambiando inmediatamente de

ademanes; — ¡Dios nos asista, Mr...

— Pickwick, — apuntó Sam.

— Pickwick — repitió el magistrado; — ¡Dios nos asista! Mr. Pickwick, sentaos, os lo ruego; ¿qué me decís del capitán Fitz Marshall?

— No le llaméis capitán, — interrumpió Sam, — ni Fitz Marshall tampoco; no es ni lo uno ni lo otro; es un pillastre que se llama Jingle, y el otro pillete que le acompaña se llama Job Trotter.

— Es verdad — dijo Mr. Pickwick, respondiendo á la mirada de asombro del magistrado, — y mi solo negocio en este pueblo era desenmascarar á este individuo.

Entonces Mr. Pickwick hizo un breve relato de las atrocidades de Mr. Jingle; contó cómo le había conocido, cómo había robado á miss Wardle, cómo había renunciado á aquella dama mediante una cantidad de dinero, cómo había atraído á Mr. Pickwick á un colegio de señoritas y cómo él, Mr. Pickwick, se había impuesto el deber de arrancarle el nombre y la cualidad que había usurpado.

A medida que adelantaba la narración, toda la sangre que habitualmente circulaba por el cuerpo de mister Nupkins, se reunió en las venas de su rostro y en sus orejas; había conocido al capitán en una carrera de caballos de Ipswick y lo había presentado á mistress Nupkins y á miss Nupkins.

Estas, encantadas por la larga lista de las relaciones aristocráticas del capitán Fitz Marshall, por sus remotos viajes, por su aspecto á la moda, habían exhibido al capitán Fitz Marshall, citado al capitán Fitz Marshall, presentado en todas partes al capitán Fitz Marshall: de tal modo, que sus mejores amigas, mistress Porckenham y las señoritas de Porckenham estaban á punto de reventar de despecho y envidia; y después de todo esto, resultaba que era un pobre aventurero, un cómico ambulante, y si no un estafador, por lo menos una cosa tan parecida, que no se veía la diferencia. ¡Justo cielo! ¿qué dirían las de Porckenham? ¿cuál sería el triunfo de mistress Porckenham, cuando conociera el rival á quien sus galanterías habían sido sacrificadas? ¿cómo se atrevería Mr. Nupkins á soportar la mirada del viejo Porckenham en el próximo juicio verbal? Y si la historia se divulgaba, ¡qué texto para la oposición magistral!

Hubo un largo silencio.

— Pero después de todo — exclamó Mr. Nupkins animándose por un instante, — después de todo, esto no es más que una simple declaración. ¿Qué pruebas tenéis de lo que decís?

— Careadme con él; esto es todo lo que pido; no

exijo más; careadle conmigo y con mis amigos. ¿Necesitáis otras pruebas?

— En verdad, es cosa muy fácil, porque vendrá aquí esta tarde; y entonces no sería preciso hacer público este asunto, por interés... de esa joven tan sólo... ya veis... sin embargo, yo quisiera consultar primero á mistress Nupkins sobre la conveniencia de esta medida; pero de cualquier modo que sea, Mr. Pickwick, es preciso despachar vuestro asunto legal antes de ocuparnos de otras cosas; vamos á la sala.

Cuando se reinstaló el magistrado, dijo:

— Grummer.

— Vuestra veneración — respondió Grummer con la sonrisa de un favorito.

— Vamos, basta de ligereza — dijo el magistrado; — es muy inconveniente esa sonrisa; el relato que habeis hecho hace poco, ¿es enteramente cierto? Cuidado con lo que respondéis.

— Vuestra veneración — balbuceó Grummer; — ¿o...

— ¡Ah! ¿os turbáis? Mr. Jinks, notad que se turba.

— Ciertamente, señor.

— Pues bien, repetid vuestra declaración, Grummer, y os advierto que tengáis mucho cuidado. Mr. Jinks, escribid la declaración.

El infortunado Grummer comenzó á repetir su acusación, pero en menos de tres minutos se enredó en tantas y tan embrolladas contradicciones, que Mr. Nupkins declaró que no lo creía. Las multas fueron, por lo tanto, anuladas; Mr. Jinks encontró en un momento un par de fiadores, y todas aquellas actuaciones solemnes quedaron terminadas en un momento; Mr. Grummer fué ignominiosamente despedido, ejemplo terrible de la inestabilidad de las cosas humanas y de la poca confianza que debe tenerse en el favor de los poderosos.

Mistress Nupkins era una mujer desdeñosa y severa, con turbante de gasa azul y peluca gris, Miss Nupkins tenía toda la altanería de su madre, menos el turbante azul, y todo su mal humor, menos la peluca; cada vez que el ejercicio de tan amables cualidades comprometía á la madre y á la hija en algún dilema desagradable, una y otra se reunían para lanzar toda clase de vituperios sobre Mr. Nupkins. Por lo tanto, cuando fué en busca de su esposa y le comunicó los detalles que mister Pickwick le había dado, mistress Nupkins recordó de repente que ella había sospechado algo de aquello, que había profetizado lo que había de suceder, que no habían querido hacerle caso, y que realmente no sabía por quién la tomaba Mr. Nupkins, etc.

— ¡Es posible! — exclamó miss Nupkins, fabricando en el ángulo de cada ojo una lágrima de axiguas dimen-

siones; — ¡es posible que me hayan puesto en ridículo de este modo!

— ¡Ah, querida! — dijo mistress Nupkins, — puedes dar gracias á tu papá. ¡Cuánto le supliqué que se informara de la familia del capitán! ¡cuánto le rogué que tomara un partido decisivo! Estoy segura que nadie querrá creerlo ahora.

— Pero mujer... — objetó Mr. Nupkins.

— No me hables, ente insoportable.

— ¡Amor mío! ¡te gustaba tanto el capitán Fitz Marshall! le invitabas constantemente y le presentabas á todos nuestros amigos.

— ¡No lo dije, Enriqueta! — exclamó mistress Nupkins, dirigiéndose á su hija con ademán de mujer injuriada; — ¿no te decía que tu papá me echaría á mí la culpa de todo? ¿no lo dije?

Mistress Nupkins rompió á llorar.

— ¡Ah, papá! — exclamó la niña con tono de reprimenda.

Y empezó á llorar también.

— ¿No es terrible — decía sollozando mistress Nupkins, — no es terrible echarme á mí la culpa de todo esto, cuando es él quien trajo á casa á ese hombre ridículo?

— ¿Cómo podremos ahora presentarnos en sociedad? — murmuró miss Nupkins.

— ¿Cómo podremos presentarnos ante los Porkenham?

— ¡Ni ante los Grigg!

— ¡Ni ante los Slumnintowkens!

Ante estas terribles reflexiones, la angustia de mistress Nupkins no conoció límites, y miss Nupkins lanzó suspiros desgarradores.

Por último, después de mucho llorar, se decidió que Mr. Pickwick permaneciera en la casa hasta la llegada del capitán. Si resultaba cierto lo que de él se decía, se le excluiría de la casa sin divulgar la verdadera causa de su salida, se diría á los Porkenham, para explicar la desaparición de Fitz Marshall, que, gracias á las influencias de su familia, había sido nombrado gobernador de Sierra Leona, ó de Singapur, países de donde los europeos no solían volver.

Cuando mistress Nupkins y su hija enjugaron sus lágrimas, Mr. Nupkins creyó conveniente terminar el asunto del modo que había propuesto su consorte. Por consiguiente, Mr. Pickwick y sus amigos fueron presentados á las damas poco después de la comida; en cuanto á Sam Weller, el magistrado conoció al momento que era hombre listo, y lo recomendó á los cuidados hospitalarios de Mr. Muzzle, con orden especial de llevarlo abajo y hacerle los honores.

— ¿Cómo estáis, caballero? — dijo Mr. Muzzle á Sam Weller, conduciéndole á la cocina.

— ¡Ah! ¡ah! lo mismo que cuando estabais tan tieso en la sala de audiencia.

— Os pido perdón por no haberos atendido entonces. Pero, Mr. Weller, ¿no queréis lavaros las manos antes de presentaros á las señoritas? Aquí hay una fuente y una tohalla.

— Vamos á lavarnos. ¿Cuántas damas hay?

— Dos tan sólo en la cocina; cocinera y nodriza; tenemos un mozo para el fregado y una chica además, pero esos comen en el lavadero.

— ¡Ah! comen en el lavadero.

— Sí, hemos probado el ponerles á nuestra mesa cuando llegaron; pero no hemos podido resistir; los modales de la chica son horriblemente vulgares, y el mozo hace tanto ruido mascando, que nos ha sido imposible permanecer en la mesa con ellos.

— ¡Oh, qué hipopótamo!

— ¡Es repugnante! es lo peor que tiene el servicio en provincias, Mr. Weller; ¡los jóvenes son tan mal educados... por aquí!

Hablando así, y precediendo á Sam con la mayor política, Muzzle lo llevó á la cocina.

— María, — dijo á la linda criada, — este es mister Weller, un caballero á quien nuestro amo ha mandado abajo para que le tratemos bien.

— Y vuestro amo lo entiende; me ha enviado á buen sitio, — añadió Sam, lanzando una mirada de admiración á la doncella: — si yo fuera el amo de esta casa, yo estaría siempre al lado de María.

— ¡Oh, Mr. Weller! — dijo María sonrojándose.

— ¿Pero y yo? — dijo la cocinera.

— ¡Ah, cocinera! os había olvidado, — dijo Muzzle; — os presento á Mr. Weller.

— ¿Cómo estáis, señora? — dijo Sam á la cocinera; — tengo mucho gusto en veros, y espero que nuestras relaciones durarán mucho tiempo.

Después de la ceremonia de la presentación, la cocinera y María se retiraron á la cocina para cuchichear durante diez minutos, y cuando volvieron se sentaron todos á comer.

Los ademanes desenvueltos de Sam y su talento y conversación, ejercieron una influencia tan irresistible sobre sus nuevos amigos, que á la mitad de la comida ya se había establecido una completa intimidad entre ellos, y ya Sam les había contado todas las perfidias de Job Trotter.

— Nunca he podido soportar á ese hombre, — dijo María.

—Y habéis hecho bien, querida, — replicó Sam.

—¿Por qué?

—Porque la fealdad y la hipocresía no van nunca juntas con la elegancia y la virtud; ¿no es verdad, mister Muzzle?

—Ciertamente.

Al oír esto, María se puso á reír, y aseguró que era por culpa de la cocinera, y la cocinera, asegurando que no, se puso á reír también.

—Vaya, no tengo vaso, — dijo María.

—Bebed conmigo, querida, — dijo Sam; — poned vuestros labios en este vaso y entonces podré yo besaros por poderes.

—Vamos, Mr. Weller.

—¿Por qué, vamos?

—Por hablar así.

—¡Bah! no es tan malo; eso es natural, ¿no es verdad cocinera?

—Callaos, impertinente, — replicó esta con aire de júbilo.

Y otra vez empezaron á reír la cocinera y María, hasta que la risa y la cerveza, y la comida combinadas, pusieron á la doncella en peligro de reventar.

En medio de estas expansiones, se sintió tocar violentamente, y el joven que comía en el lavadero fué inmediatamente á abrir la puerta del jardín. Sam estaba en el apogeo de sus galanterías con las dos jóvenes, mister Muzzle se ocupaba de hacer los honores de la mesa, y la cocinera que ya no reía, acercaba á su boca un enorme pedazo de carne, cuando la puerta de la cocina se abrió para dar paso á Job Trotter. Este apareció y vió á Sam; retrocediendo involuntariamente un paso ó dos, permaneció mudo é inmóvil, contemplando con admiración y terror la escena que se ofrecía á sus ojos.

—¡Héle aquí! — exclamó Sam, levantándose lleno de alegría; — ahora estaba hablando de vos; ¿cómo estáis? ¿por qué no se os ve? entrad.

Diciendo estas palabras, puso la mano sobre el cuello violado de Job, le metió sin resistencia en la cocina, cerró la puerta y dió la llave á Muzzle, que la guardó en el bolsillo.

—¡Vaya una casualidad! mi amo ha tenido el placer de encontrar á vuestro amo arriba, y yo tengo el de encontraros abajo: ¿cómo estáis? ¿y la tienda de comestibles, cómo anda? En verdad, me alegro mucho de veros; parecéis muy contento, ¿no es verdad, mister Muzzle?

—Ciertamente.

—¡Es tan jovial!

—¡De tan buen humor!

—¡Y tiene tanto gusto en vernos! sentáos, sentáos.

Job se sentó en una silla junto al fuego y dirigió sus pequeños ojos, primero sobre Sam, después sobre Muzzle, pero no dijo nada.

—Ahora bien, — dijo Sam, — tened la bondad de decirme delante de esas señoras, si creéis ser el caballero más gentil educado de los que usan pañuelo rojo y libro de himnos.

—Y si vale para casarse con una cocinera el muy pelagatos, — añadió la cocinera con santa indignación.

—Y si vale para llevar una vida virtuosa en una tienda de comestibles, — añadió la doncella.

—¡Joven! — vociferó Muzzle, animado por estas dos últimas alusiones; — escuchadme un momento; esta dama (mostrando la cocinera) es mi amiga; cuando habláis con ella de poner una tienda de comestibles, me herís en lo más sensible de mi corazón; ¿me comprendéis?

Muzzle, que como su amo tenía una alta idea de su elocuencia, se detuvo para esperar una respuesta; pero Job no parecía dispuesto á hablar, y Muzzle continuó:

—Es probable, caballero, que no os necesiten arriba en mucho tiempo; porque mi amo está arreglando al vuestro, caballero; así es que hablaremos en particular, caballero; ¿comprendéis?

Mr. Muzzle se calló, esperando otra vez una respuesta; pero Job no habló tampoco.

—Pues bien, — continuó Muzzle, — siento explicarme delante de estas señoras; pero la necesidad del caso será mi excusa. Ahí hay una habitación; si queréis pasar á ella, Mr. Weller será testigo y nos daremos una mútua satisfacción hasta que suene la campana. Seguidme, caballero.

Diciendo esto, el valiente criado dió un paso ó dos hacia la puerta, quitándose el vestido para no perder tiempo.

Pero cuando la cocinera oyó las últimas palabras de aquel desafío mortal, cuando vió que mister Muzzle se preparaba para el combate singular, lanzó un grito desgarrador, se precipitó sobre mister Trotter, que en vano quiso levantarse. La cocinera le abofeteó, le rasguñó, y enroscando sus manos en los cabellos lacios del nuevo Job, le arrancó los bastantes para hacer cinco ó seis docenas de anillos; habiendo realizado esta proeza con el ardor que le inspiraba su pasión por Muzzle, cayó desmayada bajo la mesa; porque era una dama dotada de sentimientos muy delicados y excitables.

En este momento sonó la campanilla.

—Es para vos, Job Trotter, — dijo Sam.

Y antes que Job pudiera resistir á sus insinuaciones,

antes que pudiera restañarse la sangre que corría por su rostro, Sam le tomó por un brazo, Muzzle por el otro, y tirándole el primero y empujándole el segundo, le hicieron subir las escaleras, y le introdujeron en la sala.

La escena que allí pasaba era sumamente interesante; Alfredo Jingle, por otro nombre el capitán Marshall, estaba en pie junto á la puerta con el sombrero en la mano y con una expresión de fisonomía no muy conveniente á su desagradable situación; enfrente de él se encontraba Mr. Pickwick, que evidentemente le había inculcado alguna lección de alta moral, porque tenía la mano izquierda metida entre las solapas de la levita, y la derecha extendida como era su costumbre cuando pronunciaba un discurso destinado á hacer impresión; un poco más atrás se veía á Mr. Tupman, radiante de indignación, pero cuidadosamente retenido por sus dos jóvenes amigos; en fin, á la extremidad de la habitación estaba Mr. Nupkins, su mujer y su hija, todos con una expresión altanera y sombría.

En el momento en que Job entró, Mr. Nupkins declamaba con magistral dignidad.

—¿Quién me impide, — decía, — hacer prender á estos individuos como farsantes é impostores? ¿por qué ceder á una imprudente compasión? ¿quién me lo impide?

—El orgullo, viejo camarada, el orgullo... mal efecto... atrapar un capitán... ¡ah, ah!... ¡excelente carga!... ¡ah!... buen partido para la chica... á un pillo, pillo y medio... ¿publicar esto?... ni por un imperio... se hablaría mucho, mucho.

—¡Miserable! — exclamó mistress Nupkins, — nosotros despreciamos vuestras viles insinuaciones.

—¡Siempre le he detestado! — exclamó Enriqueta.

—¡Oh! necesariamente... ¡joven guapo!... ¡viejo adorador!... ¡Lidney Porkenham!... rico galán... no como el capitán... ¡se festeja al capitán! todo por el capitán... no hay nadie como el capitán... todas las jóvenes locas por él. ¿Eh? Job ¿eh?

Mr. Jingle se puso á reir de todo corazón, y Job frotando sus manos con delicia, dejó escapar el primer sonido que hasta entonces se permitiera desde su entrada en la casa; era una sonrisa sorda y contenida, que parecía indicar su gran fruición interior.

—Mr. Nupkins, — dijo la esposa, — esta es una conversación que los criados no deben oír; haced salir á esos dos miserables.

—Es verdad, Muzzle.

—Vuestra veneración.

—Abrid la puerta.

—Si, vuestra veneración.

—¡Salid de aquí, miserable! — exclamó mister Nupkins de una manera enfática.

Jingle sonrió y se dirigió á la puerta.

—Deteneos, — dijo Mr. Pickwick.

Jingle se detuvo.

—Yo hubiera podido vengarme de otro modo del engaño que me habéis hecho en complicidad con vuestro amigo el hipócrita (aquí Job saludó con la mayor política, poniendo la mano sobre su corazón); digo, — continuó Mr. Pickwick exaltándose gradualmente, — digo que hubiera podido tomar otra venganza; pero me contento con descubrirlos, cumpliendo así un deber para con mis semejantes; creo que tendréis en cuenta esta moderación (aquí Job Trotter, con mucha gravedad, aplicó la mano al oído, como para no perder ni una sola sílaba de lo que decía mister Pickwick); sólo una cosa tengo que añadir, y es que os considero como un bribón... y un... un canalla... el peor canalla que he conocido... excepto ese vagabundo de la librea violada.

—¡Ah, ah!... buen chico... Pickwick... ¡buen corazón!... ¿pero á qué tanta cólera?... eso es malo... adiós, adiós... nos veremos algún día, no os apesadumbréis... Job... vamos.

Al pronunciar estas palabras, Mr. Jingle se encasquetó el sombrero y se alejó con paso mesurado; Job se detuvo, miró en torno suyo, sonrió; después, dirigiendo á Mr. Pickwick un grave saludo, siguió los pasos de su estimable patrón.

—Sam, — dijo Mr. Pickwick, al ver que su criado tomaba el mismo camino.

—Señor.

—Quédate.

Sam pareció indeciso.

—Quédate, — repitió Mr. Pickwick.

—¿No podré sacudir el polvo á ese Job en el jardín?

—No hay para qué.

—¿Ni siquiera un par de puntapiés?

—Bajo ningún pretexto.

Durante un momento, por la primera vez después de su contrata, Sam pareció descontento y desdichado; pero su ademán se cambió inmediatamente, porque el asutito Muzzle, que estaba oculto detrás de la puerta, salió vivamente en el instante preciso y consiguió hacer rodar á Mr. Jingle y á su criado por todo lo largo de las escaleras.

—Ahora, — dijo Mr. Pickwick á Mr. Nupkins, — habiendo realizado mi propósito, mis amigos y yo vamos á despedirnos, y dándoos las gracias por la hospitalidad que hemos recibido, podemos asegurarnos que no la hubiéramos admitido ni hubiéramos intentado salir de la

situación en que nos encontrábamos, si no nos lo hubiera impuesto un deber; mañana volvemos á Londres; vuestro secreto está en seguridad por parte nuestra.

Habiendo protestado así contra lo que había pasado por la mañana, Mr. Pickwick hizo un saludo á las damas, y á pesar del empeño de la familia, salió de la habitación con sus amigos.

—Toma tu sombrero, Sam, — dijo el criado.

—Está abajo, señor, — replicó Sam.

Y corrió á la cocina; pero el sombrero se había perdido y Sam tuvo que buscarlo, hasta que María, que estaba sola allí, vino en su ayuda; después, mirando por todos lados, la linda doncella en su ansiedad por encontrar el sombrero perdido, se puso de rodillas y transtornó todos los objetos que había en el rincón de la puerta; era un pequeño rincón muy incómodo, no se podía llegar á él sin cerrar la puerta.

—Aquí está, — dijo la doncella; — ¿es este?

—Veamos, — dijo Sam.

María había puesto la luz sobre la mesa, y como alumbraba poco, Sam tuvo que ponerse también de rodillas para ver si era realmente su sombrero; el rincón era muy pequeño, y así, sin ser culpa de nadie más que del arquitecto que hizo la casa, sucedió que Sam y la doncella se encontraron muy cerca uno de otro.

—Sí es, — dijo Sam; — adiós.

—Adiós, — repitió la doncella.

—Adiós, — repitió Sam; y al decir esto dejó caer el sombrero que con tanto trabajo había encontrado.

—¡Qué torpe sois! — dijo María; — le vais á perder otra vez si no tenéis cuidado.

Y para que no se volviera á perder, se lo puso.

El rostro de la joven parecía más bello aún con el sombrero; así es que Sam, sea por esta causa, ó por una simple consecuencia de su justa posición, la besó.

—¡Sospecho que no lo habéis hecho expresamente! — exclamó ella ruborizándose.

—No, querida, pero lo hago expresamente ahora.

Y la besó segunda vez.

—¡Sam! — gritó Mr. Pickwick desde la escalera.

—Aquí estoy, señor, — respondió Sam subiendo de cuatro en cuatro las escaleras.

—Has tardado mucho.

—Había detrás de la puerta una cosa que nos impedía abrirla durante este tiempo, señor.

Tal fué el primer capítulo de los amores de Sam.

Que contiene una breve reseña del estado del proceso Bardell contra Pickwick.

Habiendo realizado el principal objeto de su viaje, al descubrir la infamia de Mr. Jingle, Mr. Pickwick resolvió volver inmediatamente á Londres, á fin de saber qué medidas habían tomado contra él Dodson y Fogg. Ejecutando esta resolución con toda la energía de su carácter, subió á la imperial del primer coche que salía de Ipswick al día siguiente de aquellos memorables acontecimientos, y llegó á la metrópoli por la noche, acompañado de sus tres discípulos y de Sam.

Allí nuestros amigos se separaron por algún tiempo; Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass se fueron á sus casas para hacer los preparativos del viaje que proyectaban á Dingley-Dell. Mr. Pickwick y Sam se establecieron en un hotel bueno, aunque algo antiguo, llamado *El Buitre*, en la calle Lombard.

Mr. Pickwick había comido y concluido su botella de Oporto, había envuelto en su pañuelo de seda su cabeza y puesto sus pies junto á la chimenea, se había arrellenado en su sillón, cuando Sam entró con un saco de noche.

—Sam, — dijo Pickwick.

—Señor.

—Creo que he dejado muchas cosas en casa de mistress Bardell, calle de Goswell, y será preciso ir á recogerlas antes de partir.

—Muy bien, señor.

—Por de pronto puedo mandarlas á casa de mister Tupman; pero antes de llevarlas allá, será preciso ponerlas en orden. Ve á la calle de Goswell y arregla todo eso.

—En seguida, señor?

—En seguida. Y... espera, Sam, — añadió Mr. Pickwick, sacando su bolsa; — es preciso pagar el alquiler; el plazo cumple en navidad, pero lo pagarás todo.

—Muy bien, señor; ¿nada más?

—Nada más.

Sam se dirigió poco á poco á la escalera, como si hubiera esperado alguna cosa más; abrió lentamente la puerta, y cuando ya estaba fuera, Mr. Pickwick gritó:

—¡Sam!

—Señor, — respondió Sam, entrando vivamente y cerrando tras sí.

situación en que nos encontrábamos, si no nos lo hubiera impuesto un deber; mañana volvemos á Londres; vuestro secreto está en seguridad por parte nuestra.

Habiendo protestado así contra lo que había pasado por la mañana, Mr. Pickwick hizo un saludo á las damas, y á pesar del empeño de la familia, salió de la habitación con sus amigos.

—Toma tu sombrero, Sam, — dijo el criado.

—Está abajo, señor, — replicó Sam.

Y corrió á la cocina; pero el sombrero se había perdido y Sam tuvo que buscarlo, hasta que María, que estaba sola allí, vino en su ayuda; después, mirando por todos lados, la linda doncella en su ansiedad por encontrar el sombrero perdido, se puso de rodillas y transtornó todos los objetos que había en el rincón de la puerta; era un pequeño rincón muy incómodo, no se podía llegar á él sin cerrar la puerta.

—Aquí está, — dijo la doncella; — ¿es este?

—Veamos, — dijo Sam.

María había puesto la luz sobre la mesa, y como alumbraba poco, Sam tuvo que ponerse también de rodillas para ver si era realmente su sombrero; el rincón era muy pequeño, y así, sin ser culpa de nadie más que del arquitecto que hizo la casa, sucedió que Sam y la doncella se encontraron muy cerca uno de otro.

—Sí es, — dijo Sam; — adiós.

—Adiós, — repitió la doncella.

—Adiós, — repitió Sam; y al decir esto dejó caer el sombrero que con tanto trabajo había encontrado.

—¡Qué torpe sois! — dijo María; — le vais á perder otra vez si no tenéis cuidado.

Y para que no se volviera á perder, se lo puso.

El rostro de la joven parecía más bello aún con el sombrero; así es que Sam, sea por esta causa, ó por una simple consecuencia de su justa posición, la besó.

—¡Sospecho que no lo habéis hecho expresamente! — exclamó ella ruborizándose.

—No, querida, pero lo hago expresamente ahora.

Y la besó segunda vez.

—¡Sam! — gritó Mr. Pickwick desde la escalera.

—Aquí estoy, señor, — respondió Sam subiendo de cuatro en cuatro las escaleras.

—Has tardado mucho.

—Había detrás de la puerta una cosa que nos impedía abrirla durante este tiempo, señor.

Tal fué el primer capítulo de los amores de Sam.

Que contiene una breve reseña del estado del proceso Bardell contra Pickwick.

Habiendo realizado el principal objeto de su viaje, al descubrir la infamia de Mr. Jingle, Mr. Pickwick resolvió volver inmediatamente á Londres, á fin de saber qué medidas habían tomado contra él Dodson y Fogg. Ejecutando esta resolución con toda la energía de su carácter, subió á la imperial del primer coche que salía de Ipswick al día siguiente de aquellos memorables acontecimientos, y llegó á la metrópoli por la noche, acompañado de sus tres discípulos y de Sam.

Allí nuestros amigos se separaron por algún tiempo; Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass se fueron á sus casas para hacer los preparativos del viaje que proyectaban á Dingley-Dell. Mr. Pickwick y Sam se establecieron en un hotel bueno, aunque algo antiguo, llamado *El Buitre*, en la calle Lombard.

Mr. Pickwick había comido y concluido su botella de Oporto, había envuelto en su pañuelo de seda su cabeza y puesto sus pies junto á la chimenea, se había arrellenado en su sillón, cuando Sam entró con un saco de noche.

—Sam, — dijo Pickwick.

—Señor.

—Creo que he dejado muchas cosas en casa de mistress Bardell, calle de Goswell, y será preciso ir á recogerlas antes de partir.

—Muy bien, señor.

—Por de pronto puedo mandarlas á casa de mister Tupman; pero antes de llevarlas allá, será preciso ponerlas en orden. Ve á la calle de Goswell y arregla todo eso.

—En seguida, señor?

—En seguida. Y... espera, Sam, — añadió Mr. Pickwick, sacando su bolsa; — es preciso pagar el alquiler; el plazo cumple en navidad, pero lo pagarás todo.

—Muy bien, señor; ¿nada más?

—Nada más.

Sam se dirigió poco á poco á la escalera, como si hubiera esperado alguna cosa más; abrió lentamente la puerta, y cuando ya estaba fuera, Mr. Pickwick gritó:

—¡Sam!

—Señor, — respondió Sam, entrando vivamente y cerrando tras sí.

—No me opongo á que trates de averiguar cómo está personalmente dispuesta respecto á mí mistress Bardell, y si es realmente probable que ese proceso infame y absurdo se lleve hasta el último extremo. Digo que no me opongo á que trates de averiguar esto, si quieres.

Sam hizo un ligero signo de inteligencia, y salió de la habitación: Mr. Pickwick se arregló de nuevo el pañuelo en la cabeza y se preparó á echar un sueño.

Eran cerca de las nueve cuando Sam llegó á la casa de la calle de Gocwell: un par de luces brillaban en la sala, y la sombra de un par de sombreros se distinguía sobre la cortina; mistress Bardell tenía visita.

Sam tocó á la puerta; después de un largo intervalo, durante el cual mistress Bardell se ocupó en encender una luz, se sintió el ruido de unas pequeñas botas, y el joven Bardell se presentó.

—Ola, chico, ¿cómo está tu madre? — le dijo Sam.

—No está mal, ni yo tampoco.

—Bien, me alegro; dile que tengo que hablarla, joven fenómeno.

El joven Bardell puso el candelero sobre el primer escalón, y desapareció.

Los dos sombreros dibujados en las ventanas, eran los de las dos amigas íntimas de mistress Bardell. Acababan de llegar para tomar una pacífica taza de té y una pequeña colación de patatas y queso, y mientras la cena se preparaba, mistres Bardell y sus dos amigas se regalaban con una conversación crítica, concerniente á todos sus recíprocos conocidos. El chico interrumpió esta interesante revista, llevando el mensaje que le había encargado Sam.

—El criado de Mr. Pickwick! — exclamó mistress Bardell palideciendo.

—¡Bondad divina! — dijo mistress Cluppins.

—Parece increíble! — exclamó mistress Sanders.

Mistress Cluppins era una mujer pequeña, viva y oficiosa; mistress Sanders era una mujer gruesa y pesada: estas dos, con mistress Bardell, formaban la reunión.

Mistress Bardell creyó conveniente agitarse, y como ninguna de las tres amigas sabían si era bueno tener comunicaciones con el criado de mister Pickwick, no siendo por mediación de Dodson y Fogg, las tres se sorprendieron mucho: en tal estado de indecisión, la primera cosa que había que hacer era reñir al chico por haber encontrado á Mr. Weller en la puerta. La tierna madre se puso á regañarle, y él empezó á gritar muy melodiosamente.

—No me aturdas los oídos, miserable criatura, — le dijo mistress Bardell.

—¡No atormentes á tu pobre madre! — gritó mistress Cluppins.

—¡Ya tiene bastante que sufrir! — añadió mistress Sanders con resignación afectuosa.

—¡Ah, sí, qué desgraciada es! ¡pobre cordero! — dijo mistress Cluppins.

Durante estas reflexiones morales, el chico Bardell chillaba con todas sus fuerzas.

—¿Qué hacemos? — preguntó la Bardell á la Cluppins.

—Pienso que debéis recibirle, delante de un testigo, se entiende.

—Dos testigos será más legal, — observó mistress Sanders, que lo mismo que su amiga reventaba de curiosidad.

—Mejor será hacerle venir aquí, — dijo mistress Bardell.

Mistress Cluppins aprobó esta idea, y dijo:

—Entrad, joven, y cerrad la puerta.

Sam cogió la ocasión por los cabellos, y presentándose en la sala, expuso su comisión del modo siguiente:

—Siento mucho molestaros, señora, pero como he venido á Londres con mi amo, y nos vamos en seguida, no podéis impedir esto.

—Efectivamente, el joven no puede impedir las faltas de su amo, — dijo mistress Cluppins, en quien la apariencia de Sam había hecho mucha impresión.

—No, ciertamente, — dijo mistress Sanders, mirando tiernamente al criado y calculando mentalmente la distribución de las patatas cocidas en caso de que fuera preciso convidar á Sam.

—Por consiguiente, — continuó el embajador, — os diré á lo que he venido aquí: primero, para pagar el inquilinato, hélo aquí; segundo, para decir que arregléis todos nuestros bártulos para entregarlos á la persona que vendrá á recogerlos; tercero, para decirnos que pongáis el cartel de alquiler cuando queráis; y nada más.

—A pesar de todo lo que ha pasado, — suspiró mistress Bardell, — diré siempre que bajo todos conceptos, excepto uno, es Mr. Pickwick todo un caballero perfecto; su dinero ha sido siempre tan sólido como el Banco.

Diciendo esto, mistress Bardell aplicó el pañuelo á sus ojos, y salió de la habitación para hacer el recibo.

Sam sabía muy bien que las dos convidadas hablarían; así es que se contentó con mirar alternativamente la hornilla, el queso, la pared y el piso, guardando el más profundo silencio.

—¡Pobre mujer! — exclamó la Cluppins.

—¡Pobre criatura! — exclamó la Sanders.

Sam no dijo nada; comprendió que iban al asunto. —Realmente no puedo contenerme, — dijo la Cluppins, — cuando pienso en semejante traición; no lo digo por ofenderos joven, pero vuestro amo es un viejo brutal, y siento que no esté aquí para decirselo á él mismo.

—¡Ojalá estuviera! — dijo Sam.

—Es terrible ver como se consume la pobre, y no tiene gusto para nada, excepto cuando sus amigas vienen á consolarla, por caridad; ¡y vuestro amo que es hombre de dinero! no tiene excusa su conducta; ¿por qué no se casa con ella?

—¡Ah! — dijo Sam; — esta es la cuestión.

—¡Oh! si ella tuviera tanto valor como yo... — dijo mistress Cluppins con volubilidad; — de cualquier manera que sea, hay una ley para las mujeres, aunque los hombres quieran esclavizarnos; vuestro amo la pagará y no muy tarde.

—El asunto marcha, — pensó Sam, cuando mistress Bardell entraba con el recibo.

—He aquí el recibo, Mr. Weller, — dijo la amable viuda, — y aquí está la vuelta; espero que tomaréis alguna cosa para calentar el estómago, aunque no fuera sino por la antigua amistad.

Sam aceptó sin vacilar: en seguida mistress Bardell sacó de su armario una botella y un vaso.

—¡Supongo, — dijo mistress Bardell mientras Sam bebía, — que sabréis lo que pasa?

—Un poco, — respondió Sam.

—Es cosa terrible, Mr. Weller, hacer publicar estas cosas; pero no me quedaba otro remedio, y mi procurador Dodson y Fogg, me dice que hemos de ganar con los testigos que presentaremos; si no gano, no sé qué voy á hacer.

La sola idea de que mistress Bardell perdiera su pleito, afectó tan profundamente á mistress Sanders, que se vió obligada á llenar de vino un vaso y beberse-lo, sintiendo, como dijo después, que si no hubiera tenido la suficiente presencia de espíritu para hacerlo así se hubiera puesto mala.

—¿Cuándo pensáis ganar? — preguntó Sam.

—Por febrero ó marzo, — replicó mistress Bardell.

—¿Cuántos testigos habrá? — dijo mistress Cluppins.

—¡Ah! sí, — dijo mistress Sanders.

—Y si no gana, Dodson y Fogg se pondrán furiosos; porque hacen esto para especular, y á costa suya, — continuó mistress Cluppins.

—¡Ah, sí!

—Pero lo ganará, — añadió mistress Cluppins.

—Lo espero, — dijo mistress Bardell.

—No hay la menor duda, — replicó mistress Sanders.

—¡Pues bien! — dijo Sam levantándose y poniendo el vaso sobre la mesa, — todo lo que puedo deciros es que me alegro.

—¡Gracias, Mr. Weller! — exclamó mistress Bardell con fervor.

—Y en cuanto á ese Dodson y Fogg, que hace esas cosas por especulación, — continuó Sam, — y en cuanto á esos generosos individuos, que se ocupan en buscar pequeñas disputas entre los vecinos para convertirlas en proceso, lo que puedo deciros es que les deseo la recompensa que merecen y que tendrán.

—¡Ah! — exclamó mistress Bardell enternecida; — yo les deseo la recompensa que todos los corazones generosos y compasivos están dispuestos á darles.

—¡Amen! — respondió Sam; — buenas noches, señora.

Con gran contentamiento de mistress Sanders, la dueña de la casa permitió partir á Sam sin hacer ninguna alusión á las patatas y al queso; y poco después, con la cooperación juvenil que era de esperar en el chico, las tres damas hicieron amplia justicia á aquellos delicados manjares, que desaparecieron ante sus valerosos esfuerzos.

Sam, al llegar á la fonda de *El Buitre*, contó á su amo los indicios que había recogido de las intrigas de Dodson y Fogg, y su relato fué completamente confirmado al día siguiente por mister Pecker, con quien tuvo una entrevista nuestro filósofo. Preparóse para su visita á Dingley-Dell, con la agradable perspectiva de ser citado públicamente dos ó tres meses más tarde ante la primera instancia por violación de promesa de matrimonio; la pleiteante tenía todas las ventajas inherentes á la acción, á causa de la excesiva habilidad de Dodson y Fogg.

## CAPITULO XXVII

*Samuel Weller va en peregrinación á Dorking y ve á su madrastra*

Como quedaba un intervalo de dos días antes de la época fijada para la partida de los pickwickianos á Din-

Sam no dijo nada; comprendió que iban al asunto. — Realmente no puedo contenerme, — dijo la Cluppins, — cuando pienso en semejante traición; no lo digo por ofenderos joven, pero vuestro amo es un viejo brutal, y siento que no esté aquí para decirselo á él mismo.

— ¡Ojalá estuviera! — dijo Sam.

— Es terrible ver como se consume la pobre, y no tiene gusto para nada, excepto cuando sus amigas vienen á consolarla, por caridad; ¡y vuestro amo que es hombre de dinero! no tiene excusa su conducta; ¿por qué no se casa con ella?

— ¡Ah! — dijo Sam; — esta es la cuestión.

— ¡Oh! si ella tuviera tanto valor como yo... — dijo mistress Cluppins con volubilidad; — de cualquier manera que sea, hay una ley para las mujeres, aunque los hombres quieran esclavizarnos; vuestro amo la pagará y no muy tarde.

— El asunto marcha, — pensó Sam, cuando mistress Bardell entraba con el recibo.

— He aquí el recibo, Mr. Weller, — dijo la amable viuda, — y aquí está la vuelta; espero que tomaréis alguna cosa para calentar el estómago, aunque no fuera sino por la antigua amistad.

Sam aceptó sin vacilar: en seguida mistress Bardell sacó de su armario una botella y un vaso.

— ¡Supongo, — dijo mistress Bardell mientras Sam bebía, — que sabréis lo que pasa?

— Un poco, — respondió Sam.

— Es cosa terrible, Mr. Weller, hacer publicar estas cosas; pero no me quedaba otro remedio, y mi procurador Dodson y Fogg, me dice que hemos de ganar con los testigos que presentaremos; si no gano, no sé qué voy á hacer.

La sola idea de que mistress Bardell perdiera su pleito, afectó tan profundamente á mistress Sanders, que se vió obligada á llenar de vino un vaso y beberse-lo, sintiendo, como dijo después, que si no hubiera tenido la suficiente presencia de espíritu para hacerlo así se hubiera puesto mala.

— ¿Cuándo pensáis ganar? — preguntó Sam.

— Por febrero ó marzo, — replicó mistress Bardell.

— ¿Cuántos testigos habrá? — dijo mistress Cluppins.

— ¡Ah! sí, — dijo mistress Sanders.

— Y si no gana, Dodson y Fogg se pondrán furiosos; porque hacen esto para especular, y á costa suya, — continuó mistress Cluppins.

— ¡Ah, sí!

— Pero lo ganará, — añadió mistress Cluppins.

— Lo espero, — dijo mistress Bardell.

— No hay la menor duda, — replicó mistress Sanders.

— ¡Pues bien! — dijo Sam levantándose y poniendo el vaso sobre la mesa, — todo lo que puedo deciros es que me alegro.

— ¡Gracias, Mr. Weller! — exclamó mistress Bardell con fervor.

— Y en cuanto á ese Dodson y Fogg, que hace esas cosas por especulación, — continuó Sam, — y en cuanto á esos generosos individuos, que se ocupan en buscar pequeñas disputas entre los vecinos para convertirlas en proceso, lo que puedo deciros es que les deseo la recompensa que merecen y que tendrán.

— ¡Ah! — exclamó mistress Bardell enternecida; — yo les deseo la recompensa que todos los corazones generosos y compasivos están dispuestos á darles.

— ¡Amen! — respondió Sam; — buenas noches, señora.

Con gran contentamiento de mistress Sanders, la dueña de la casa permitió partir á Sam sin hacer ninguna alusión á las patatas y al queso; y poco después, con la cooperación juvenil que era de esperar en el chico, las tres damas hicieron amplia justicia á aquellos delicados manjares, que desaparecieron ante sus valerosos esfuerzos.

Sam, al llegar á la fonda de *El Buitre*, contó á su amo los indicios que había recogido de las intrigas de Dodson y Fogg, y su relato fué completamente confirmado al día siguiente por mister Pecker, con quien tuvo una entrevista nuestro filósofo. Preparóse para su visita á Dingley-Dell, con la agradable perspectiva de ser citado públicamente dos ó tres meses más tarde ante la primera instancia por violación de promesa de matrimonio; la pleiteante tenía todas las ventajas inherentes á la acción, á causa de la excesiva habilidad de Dodson y Fogg.

## CAPITULO XXVII

*Samuel Weller va en peregrinación á Dorking y ve á su madrastra*

Como quedaba un intervalo de dos días antes de la época fijada para la partida de los pickwickianos á Din-

gley-Dell, Sam se puso á reflexionar sobre el mejor empleo que podía hacer de aquellos días; no hacía dos minutos que meditaba, cuando sintió nacer en su corazón un sentimiento filial y afectuoso: la necesidad de ir á ver á su padre y de visitar á su madrastra se presentó á su espíritu; impaciente por reparar sus pasados extravíos lo más pronto posible, se presentó ante mister Pickwick y le pidió permiso para realizar su propósito.

—Sí, Sam, — dijo el filósofo, cuyos ojos se llenaron de lágrimas de alegría, cuando vió aquella manifestación de los buenos sentimientos de su criado.

Sam inclinó la cabeza.

—Me agrada ver que comprendas tan bien tus deberes de hijo.

—Siempre los he comprendido así.

—Es una reflexión muy consoladora, — dijo mister Pickwick; — puedes ir allá cuando quieras.

—Gracias, señor.

Y vistiendo sus mejores vestidos, y haciendo su más bello saludo, Sam se encaramó en la imperial de la Alondra y se dirigió á Dorking.

La posada de *El Marqués de Gramby*, en tiempo de mistress Weller, podía servir de modelo á las mejores posadas; al lado opuesto del camino, una asta sostenía una gran muestra donde se veían representados la cabeza y los hombros de un caballero de tez apoplética; su traje rojo tenía vueltas azules, y algunas manchas de este mismo color, colocadas sobre sus hombros, indicaban el cielo, el conjunto ofrecía incontestablemente un retrato fiel del marqués de Gramby, de gloriosa memoria; las ventanas del piso bajo dejaban ver una colección de generaciones y una fila de botellas de vino; las ventanas verdes ostentaban en letras de oro grandes panegíricos de las buenas camás y los buenos vinos de la casa; en fin, el grupo de aldeanos y criados que andaban por las cuadras, decía mucho en favor de la buena calidad de la cerveza y del aguardiente que en el interior se vendían. Al bajar del coche, Sam se detuvo para examinar con los ojos de viajero experimentado todas aquellas pequeñas indicaciones de un comercio próspero, y cuando entró estaba grandemente satisfecho del resultado de sus observaciones.

—¿Qué hay? — dijo una voz agrídulce cuando Sam se presentó á la puerta de la tienda; — ¿qué se os ofrece, joven?

Sam miró en la dirección de la voz; procedía de una dama de color encendido, confortablemente sentada junto á la chimenea y ocupada en soplar el fuego para calentar el agua del te; la dama no estaba sola, porque al

otro lado de la chimenea estaba sentado en un sillón un hombre, cuya espalda era tan larga y tan rígida como la del sillón mismo.

El individuo que atrajo la atención de Sam era alto y flaco, su rostro era encendido, su nariz roja; sus ojos malignos y muy vivos, tenían mucho de los de una serpiente de cascabel; llevaba un vestido negro con pantalón muy corto y medias de algodón negro; su ademán era rígido; pero no su corbata blanca, que colgaba toda estrujada de una manera no muy pintoresca sobre su chaleco abotonado hasta la barba; sobre una silla, al lado suyo, estaban colocados un par de guantes de castor, viejos y usados, un sombrero de anchas alas, un paraguas muy usado que mostraba una gran cantidad de ballenas, como para compensar la falta de puño.

El fuego chispeaba bajo la influencia del fuelle, y la tetera hervía; sobre la mesa estaba dispuesto todo el aparato del te; un plato de tostadas con manteca estaba junto al hogar, y el hombre de la nariz roja, armado con un gran tenedor, se ocupaba en empapar grandes rebanadas de pan en aquel agradable comestible; junto á él estaba un vaso de agua y de rom ardiente, en el cual nadaba un pedazo de limón; y cada vez que se bajaba para recoger del fuego las tostadas, se bebía unas gotas de grog y sonreía mirando á la dama que soplabá el fuego.

La contemplación de aquella escena absorbía de tal modo las facultades intelectuales de Sam, que no atendió á las primeras interrogaciones de la posadera, que se vió obligada á repetir las tres veces en tono cada vez más acre, antes que Sam comprendiera la consecuencia de su conducta.

—¿Está Mr. Weller? — preguntó al fin.

—No, no está — respondió mistress Weller, porque aquella dama no era otra que la ex viuda y la sola y única ejecutora testamentaria del difunto Clarke; — no, no está, ni lo espero tampoco.

—Supongo que está hoy de camino — dijo Sam.

—Tal vez sí, tal vez no — respondió mistress Weller, intando de manteca una tostada que el hombre de la nariz roja acababa de sacar del fuego; — no lo sé ni me importa saberlo. Decid un *benedicite*, mister Stiggins.

El hombre de la nariz roja hizo lo que le mandaban y devoró en seguida una tostada con una voracidad salvaje.

Su apariencia desde el primer golpe de vista había inducido á Sam á sospechar que era algún pastor protestante amigo de su madrastra; cuando le vió comer, se desvanecieron sus dudas y comprendió al mismo tiem-

po que si había de instalarse en aquella casa, era preciso que sin dilación se presentara; abrió la puerta del mostrador, entró con paso resuelto y dijo:

—Madrastra, ¿cómo estáis?

—¡Ah! creo que sois un Weller — exclamó la dama gruesa, mirando á Sam de una manera poco satisfactoria.

—Un poco, un poco — dijo el imperturbable Sam; —y espero que este reverendo señor me excusará si digo que quisiera ser el Weller que os posee.

Este era un cumplimiento á dos filos; insinuaba que la Weller era una mujer muy agradable, y al mismo tiempo que Mr. Stiggins tenía apariencia de eclesiástico. Efectivamente, produjo al instante un efecto visible, y Sam procedió inmediatamente á abrazar á su madrastra.

—¿Queréis estaros quieto? — exclamó mistress Weller rechazándole.

—¿Qué es eso, joven? — dijo el de la nariz roja.

—No hay que asustarse — contestó Sam; — pero tenéis razón; estas cosas están prohibidas cuando la madrastra es joven y guapa.

—¡Todo eso es vanidad! — observó Mr. Stiggins.

—¡Oh, es verdad! — dijo mistress Weller arreglándose el gorro.

Sam pensó lo mismo, pero calló.

El pastor no parecía satisfecho de la llegada de Sam; y cuando la primera efervescencia de los cumplimientos pasó, la Weller tomó una actitud que indicaba el poco gusto que le daba aquella visita. De cualquier manera que sea, Sam estaba allí, y como no era posible decentemente despedirle, se le convidó á sentarse y á tomar el te.

—¿Cómo está mi padre? — preguntó pocos instantes después.

Al oír esta pregunta, mistress Weller levantó las manos y clavó los ojos en el friso, como si fuera un asunto de conversación muy penoso para ella.

Mr. Stiggins dió un gemido.

—¿Qué tiene este caballero? — preguntó Sam.

—Está contrariado por ver la manera de conducirse de vuestro padre.

—¿Cómo es eso?

—Y con mucha razón — respondió la dama gravemente.

Mr. Stiggins tomó una nueva tostada y gimió de nuevo.

—¡Un vaso de perdición! — exclamó Mr. Stiggins, é hizo en su tostada un ancho segmento de círculo, y lanzó un gemido.

Sam sintió impulsos de administrar al reverendo personaje un pescozón, que permitiese á aquel santo gemir con más razón; pero reprimió aquel deseo, y preguntó sencillamente:

—¿El viejo hace de las suyas? ¿eh?

—¡Ah, sí! — replicó mistress Weller; — tiene un corazón de roca; todas las noches este excelente hombre... no frunzáis las cejas, Mr. Stiggins, sostengo que sois un excelente hombre... Todas las noches este excelente hombre pasa aquí horas enteras, sin que esto produzca el menor efecto en vuestro réprobo padre.

—¡Pues es chistoso! — dijo Sam; — pues á mí me haría un efecto prodigioso este señor, lo aseguro.

—Mi joven amigo — dijo solemnemente Mr. Stiggins, — el hecho es que tiene una conciencia endurecida; ¡oh! mi amigo; ¿quién, si no él, pudiera resistir á las insinuaciones de diez y seis de nuestras amables hermanas, y rehusar suscribirse á nuestra humilde sociedad para procurar á los niños negros de las Indias Occidentales chalecos de franela y pañuelos morales?

—¿Qué es eso de pañuelos morales? — preguntó Sam; —yo no he visto eso jamás.

—Es un pañuelo que combina la instrucción con el entretenimiento, mi joven amigo; donde se ven historias escogidas, ilustradas con grabados en madera.

—Bien, ya sé; he visto eso en los muestrarios de las tiendas, con trozos de verso y algo más.

Mr. Stiggins hizo un signo afirmativo y empezó la tercera tostada.

—¿Y no ha querido dejarse persuadir por esas damas?

—Se ha sentado — respondió mistress Weller, — ha encendido su pipa, y ha dicho que los niños negros eran... ¿qué dijo que eran los niños negros, Mr. Stiggins?

—Una farsa — suspiró el reverendo, profundamente afectado.

—¡Ha dicho que los niños negros eran una farsa! — repitió tristemente mistress Weller.

La dama y el reverendo comenzaron á gemir, lamentando la atroz conducta de Mr. Weller.

Otras muchas iniquidades de la misma especie podían haber sido contadas; pero todas las tostadas habían sido comidas; el te estaba agotado, y Sam no sentía grande inclinación á marcharse. Mr. Stiggins se acordó de que tenía una cita muy urgente con otro pastor, y se retiró.

Apenas había sido levantado el mantel, cuando el coche de Londres depositó á Mr. Weller en la puerta. Poco después sus piernas le depositaron en el comedor, y sus ojos le revelaron la presencia de su hijo.

— ¡Ah! ¡ah! Sammy — exclamó el padre.  
— ¡Oh! viejo farsante — dijo el hijo, dándole un fuerte apretón de manos.

— ¿Cómo has venido acá? — dijo el padre, — ¿y cómo has podido entenderte con tu madrastra?

— Chitón, que está en casa.

— No oye; está abajo riñendo con todos, como acostumbra; vamos á refrescar un poco.

Diciendo esto, Mr. Weller llenó dos vasos de ponche y arregló dos pipas. El padre y el hijo se sentaron el uno frente al otro, y empezaron á saborear el doble placer de la inesperada reunión, con toda la gravedad conveniente.

— ¿Ha venido alguien, Sam? — preguntó lacónicamente Mr. Weller después de un largo silencio.

Sam hizo un signo de afirmación.

— ¿Un tipo de nariz roja?

— ¡Es hombre amable! — dijo Mr. Weller, fumando con precipitación.

— Lo parece.

— Y fuerte en cálculo.

— Es verdad.

— El lunes pide prestado diez y ocho peniques, el martes pide un shelling para completar la media corona, el viernes pide otra media corona para hacer cuenta redonda, y así va hasta que pesca cinco libras.

— ¿Y vos no habéis querido suscribiros para los chalecos de franela? — preguntó Sam.

— No. ¿De qué les sirven á esos negrillos los chalecos de franela? Mira, Sam, yo me suscribiría con gusto, si se tratara de ofrecer camisas de fuerza á ciertas personas que yo conozco.

Habiendo emitido esta opinión, Mr. Weller guiñó el ojo con expresión de astucia.

— ¡Graciosa idea es querer enviar pañuelos á personas que no saben usarlos! — dijo Sam.

No había acabado Sam de hablar, cuando una voz displicente se sintió en el corredor.

He aquí á tu querida madrastra, Sammy — dijo Mr. Weller á su hijo.

En el mismo instante entró mistress Weller con aire oficioso.

— ¿Ya estáis aquí? — exclamó.

— Sí, querida — dijo Mr. Weller, llenando de nuevo su pipa.

— ¿Ha vuelto Mr. Stiggins?

— No, querida — respondió Mr. Weller, encendiendo ingeniosamente su pipa por medio de un carbón que tomó con las pinzas: — y lo que es peor, yo tendré mucho gusto en que no vuelva á poner los pies aquí.

— ¡Réprobo! — exclamó mistress Weller.

— ¡Gracias, amor mío! — dijo el esposo.

— Vamos, padre, basta de caricias delante de un extraño. He aquí el reverendo que vuelve.

Al oír esto, la Weller enjugó precipitadamente las lágrimas que se había visto obligada á derramar, y mistress Weller arrastró su sillón junto á la chimenea.

Mr. Stiggins no se hizo de rogar para tomar un vaso de ponche; después aceptó el segundo, después el tercero, y concluyó por aceptar también una parte de la cena; estaba sentado junto á Weller, padre, y cuando éste suponía que su mujer no podía verle, indicaba á su hijo las emociones íntimas de su alma, sacudiendo el puño por encima de la cabeza del pastor protestante. Esta broma proporcionaba á Sam una satisfacción, tanto más grande, cuanto que Mr. Stiggins continuaba sorbiendo su ponche con una feliz ignorancia de aquella animada pantomima.

La conversación fué sostenida por mistress Weller y Mr. Stiggins, y los principales temas que se desenvolvieron, fueron las virtudes del sacerdote, los méritos de su rebaño y los crímenes horribles, los detestables pecados del resto de la humanidad.

Por fin, Mr. Stiggins, que había envasado todo el ponche que su cuerpo le permitía, tomó su sombrero y pidió permiso para retirarse; inmediatamente después, Sam fué llevado por su padre á una alcoba donde pasar la noche. Se preparaba ya á dirigirle algunas observaciones, cuando sintió subir á su mujer, y cambiando de intención le dió bruscamente las buenas noches.

Al día siguiente se levantó Sam muy temprano; habiendo almorzado aprisa, se dispuso á volver á Londres, y ya salía de la casa, cuando su padre se presentó á él.

— ¿Te vas, Sam?

— Al momento.

— ¿Quisiera verte escarmentar á ese Stiggins.

— ¿De veras? — respondió Sam en tono de reprensión; — me avergüenzo de teneros por autor, viejo capón. ¿Por qué le permitís mostrar su nariz de tomate en *El marqués de Gramby*?

Mr. Weller miró seriamente á su hijo, y respondió:

— Porque soy casado, Sammy, porque soy casado; cuando te cases, Sammy, comprenderás muchas cosas que ahora no comprendes; es cuestión de gusto. Por mi parte estoy dispuesto á responder.

— Adiós — dijo Sam.

— Adiós, Sammy, adiós.

— Sólo tengo una cosa que deciros — dijo Sam, deteniéndose; — si yo fuese el propietario de *El marqués*

de Gramby, y este animal de Stiggins viniese á hacer tostadas en mi casa, yo...

—¿Qué harías? — interrumpió Mr. Weller con mucha ansiedad.

—Le envenenaría el ponche.

—¡Bah! — exclamó Mr. Weller, dando á su hijo un fuerte apretón de manos; — ¿harías eso realmente, Sammy? ¿lo harías?

—Bajo palabra de honor; al principio no me mostraría muy cruel con él; empezaría por zambullirle en la fuente, poniendo la tapadera encima, para impedir que se constipara; pero si veía que no conseguía nada por los medios suaves, emplearía otro medio de persuasión.

Mr. Weller lanzó á su hijo una mirada de admiración inexplicable, y estrechándole de nuevo la mano, se alejó revolviendo en su espíritu las numerosas reflexiones que aquel consejo le sugería.

Sam le siguió con la vista hasta la vuelta del camino, y se dirigió en seguida á Londres. Meditó primero en las consecuencias probables de su consejo, y la inverosimilitud que había en que su padre lo pusiera en práctica. Pero ahuyentó toda clase de inquietud de su espíritu, reflexionando que con el tiempo sabría el resultado; es una ventaja que tendrá el lector lo mismo que él.

## CAPITULO XXVIII

*Un alegre capítulo de Navidad, que contiene la descripción de una boda y algunos otros pensamientos que son en su género tan buenos como el matrimonio, aunque no se sostienen tan religiosamente en este siglo degenerado.*

Tan diligentes como abejas y casi tan ligeros como mariposas, los cuatro pickwickianos se reunieron en la mañana del 22 de diciembre. La Navidad se acercaba rápidamente con toda su alegre y cordial hospitalidad; el año viejo se preparaba á reunir en torno suyo sus

amigos y á morir dulce y tranquilamente en medio de los festines; era una época de regocijo, y entre los numerosos mortales que participaban de él, no eran los menos notables nuestros cuatro héroes.

Numerosos son los mortales á quien Navidad trae un corto intervalo de alegría y felicidad; ¡cuántas familias dispersas por intereses, por las luchas incesantes de la vida, se reúnen entonces en aquel feliz estado de familiaridad y de amor mútuo, que es origen de tan puras delicias, dulce y pacífica comunión de espíritus, que parece tan incompatible con los azares de la vida, tan por encima de los placeres de este mundo, que las naciones más civilizadas como las más salvajes, hacen de ella la fiesta más gozosa y popular!

Escribimos estas líneas á muchas leguas de los felicísimos sitios donde durante muchos años hemos visto la noche de Navidad, su círculo amistoso y alegre; la mayor parte de los corazones que palpitaban entonces, han cesado de latir; las manos que estrechábamos con amor se han helado; los rostros queridos que nos contemplaban, se han descarnado; las miradas que nos buscaban han perdido su brillo; y sin embargo, la vieja casa, las bromas, las risas, las voces alegres, las circunstancias más insignificantes de aquellas reuniones, se presentan á nuestro espíritu todas las Navidades.

¡Feliz el día que da al viejo las ilusiones de su juventud y que transporta al marino, al viajero apartado á muchos miles de leguas, á los sitios tranquilos de la casa paterna!

Mr. Pickwick y sus amigos acaban de llegar al coche de Muggleton cuidadosamente envueltos en sus chalinas y gabanes; las maletas son acomodadas en su sitio, y Sam se esfuerza en colocar dentro del arca del coche un inmenso bacalao, cuidadosamente empaquetado en un cesto lleno de paja, donde hay ya media docena de barriles de ostras, pertenecientes, lo mismo que el bacalao, á Mr. Pickwick.

La fisonomía de éste revela la mayor satisfacción, mientras él y el cochero se empeñan en empaquetar el bacalao en el arca, aunque el pez era tres veces mayor que el receptáculo.

Una vez empaquetado, Mr. Pickwick da un shelling al cochero, suplicándole que beba á su salud un vaso de ponche. El cochero y Sam desaparecen por un momento; al volver, el cochero sube á su punto, Sam se encarama detrás, los pickwickianos se tapan la nariz con sus chalinas y entran en el vehículo; los mozos de la cuadra quitan las mantas á los caballos, el cochero grita «en marcha!» y parten á escape.

Han circulado al través de las calles y han salido por

de Gramby, y este animal de Stiggins viniese á hacer tostadas en mi casa, yo...

—¿Qué harías? — interrumpió Mr. Weller con mucha ansiedad.

—Le envenenaría el ponche.

—¡Bah! — exclamó Mr. Weller, dando á su hijo un fuerte apretón de manos; — ¿harías eso realmente, Sammy? ¿lo harías?

—Bajo palabra de honor; al principio no me mostraría muy cruel con él; empezaría por zambullirle en la fuente, poniendo la tapadera encima, para impedir que se constipara; pero si veía que no conseguía nada por los medios suaves, emplearía otro medio de persuasión.

Mr. Weller lanzó á su hijo una mirada de admiración inexplicable, y estrechándole de nuevo la mano, se alejó revolviendo en su espíritu las numerosas reflexiones que aquel consejo le sugería.

Sam le siguió con la vista hasta la vuelta del camino, y se dirigió en seguida á Londres. Meditó primero en las consecuencias probables de su consejo, y la inverosimilitud que había en que su padre lo pusiera en práctica. Pero ahuyentó toda clase de inquietud de su espíritu, reflexionando que con el tiempo sabría el resultado; es una ventaja que tendrá el lector lo mismo que él.

## CAPITULO XXVIII

*Un alegre capítulo de Navidad, que contiene la descripción de una boda y algunos otros pensamientos que son en su género tan buenos como el matrimonio, aunque no se sostienen tan religiosamente en este siglo degenerado.*

Tan diligentes como abejas y casi tan ligeros como mariposas, los cuatro pickwickianos se reunieron en la mañana del 22 de diciembre. La Navidad se acercaba rápidamente con toda su alegre y cordial hospitalidad; el año viejo se preparaba á reunir en torno suyo sus

amigos y á morir dulce y tranquilamente en medio de los festines; era una época de regocijo, y entre los numerosos mortales que participaban de él, no eran los menos notables nuestros cuatro héroes.

Numerosos son los mortales á quien Navidad trae un corto intervalo de alegría y felicidad; ¡cuántas familias dispersas por intereses, por las luchas incesantes de la vida, se reúnen entonces en aquel feliz estado de familiaridad y de amor mútuo, que es origen de tan puras delicias, dulce y pacífica comunión de espíritus, que parece tan incompatible con los azares de la vida, tan por encima de los placeres de este mundo, que las naciones más civilizadas como las más salvajes, hacen de ella la fiesta más gozosa y popular!

Escribimos estas líneas á muchas leguas de los felicísimos sitios donde durante muchos años hemos visto la noche de Navidad, su círculo amistoso y alegre; la mayor parte de los corazones que palpitaban entonces, han cesado de latir; las manos que estrechábamos con amor se han helado; los rostros queridos que nos contemplaban, se han descarnado; las miradas que nos buscaban han perdido su brillo; y sin embargo, la vieja casa, las bromas, las risas, las voces alegres, las circunstancias más insignificantes de aquellas reuniones, se presentan á nuestro espíritu todas las Navidades.

¡Feliz el día que da al viejo las ilusiones de su juventud y que transporta al marino, al viajero apartado á muchos miles de leguas, á los sitios tranquilos de la casa paterna!

Mr. Pickwick y sus amigos acaban de llegar al coche de Muggleton cuidadosamente envueltos en sus chalinas y gabanes; las maletas son acomodadas en su sitio, y Sam se esfuerza en colocar dentro del arca del coche un inmenso bacalao, cuidadosamente empaquetado en un cesto lleno de paja, donde hay ya media docena de barriles de ostras, pertenecientes, lo mismo que el bacalao, á Mr. Pickwick.

La fisonomía de éste revela la mayor satisfacción, mientras él y el cochero se empeñan en empaquetar el bacalao en el arca, aunque el pez era tres veces mayor que el receptáculo.

Una vez empaquetado, Mr. Pickwick da un shelling al cochero, suplicándole que beba á su salud un vaso de ponche. El cochero y Sam desaparecen por un momento; al volver, el cochero sube á su punto, Sam se encarama detrás, los pickwickianos se tapan la nariz con sus chalinas y entran en el vehículo; los mozos de la cuadra quitan las mantas á los caballos, el cochero grita «en marcha!» y parten á escape.

Han circulado al través de las calles y han salido por

fin al campo; las ruedas resbalan sobre el terreno duro y helado; al agudo chasquido del látigo, corren velozmente los caballos, llevando tras sí coche, viajeros, bacalao, barriles de ostras y todo lo demás como ligera pluma; han bajado una suave pendiente que encuentran ya en una calzada horizontal de dos millas de largo, tan seca, tan compacta, como un trozo de granito; otro chasquido del látigo, y se lanzan al gran galope, sacudiendo la cabeza y el arnés, bajo la influencia irritante de un rápido movimiento.

Al fin, mientras las ruedas resuenan en el mal empedrado suelo de un pueblo de provincia, la trompeta toca una variaciones; el cochero, deshaciendo el nudo de las riendas, se apresura á soltarlas en el momento en que se detiene; Mr. Pickwick asoma la cabeza y mira á todas partes con curiosidad; el cochero le dice el nombre de aquel pueblo y además le informa de que el día anterior hubo feria allí.

Mr. Pickwick se apresura á transmitir esta noticia á sus compañeros de viaje, lo cual les decide á asomar también la cabeza; Mr. Winkle, que está sentado á la extremidad de la banqueta, con una pierna en el aire, está á punto de caer á la calle en una vuelta que dió el coche para entrar en el mercado, y Mr. Snodgrass, que está junto á él, no ha salido aun de su susto cuando el coche se para en la plaza, donde esperaban ya los caballos de refresco.

El cochero baja de su asiento; los viajeros exteriores también, excepto los que no tienen bastante confianza en sus fuerzas para volver á subir.

El cochero examina cuidadosamente los nuevos caballos. Son enganchados y todo está pronto para partir, excepto los dos caballeros gordos; por lo cual el cochero se impacienta mucho; después el cochero, el zagal, mister Snodgrass, Mr. Winkle y Sam y todos los palafreneros, ponen el grito en el cielo llamando á los viajeros que faltan; una respuesta lejana se oye en el fondo de la plaza. Mr. Pickwick y Mr. Tupman la atraviesan corriendo muy sofocados porque han bebido un vaso de cerveza, y los dedos de Mr. Pickwick están tan fríos, que ha empleado cinco minutos en sacar un shelling con que pagar; el cochero vocifera: «¡al coche, caballero!»

El zagal repite el mismo grito; Mr. Pickwick se encarama por un lado, Mr. Tupman por otro, y helos en marcha; el empedrado cesa, las casas desaparecen y nuestros viajeros se lanzan de nuevo por el gran camino, mientras un aire fino y penetrante baña su rostro y les alegra el corazón.

De este modo transportaba á Mr. Pickwick y á sus

amigos *El Telégrafo* de Muggleton por el camino de Dingley Dell; á las tres de la tarde se apearon todos sanos y salvos á la puerta de *El León Azul*.

Mr. Pickwick estaba seriamente ocupado en vigilar la exhumación del bacalao, cuando sintió que le tiraban suavemente por el faldón de la levita; volviéndose y reconoció al paje favorito de Mr. Wardle, mejor conocido por los lectores de esta historia con el nombre de mofetudo.

—¡Ah, ah! — dijo Mr. Pickwick.

—¡Ah, ah! — dijo el mofetudo, mirando amorosamente el bacalao y los barriles de ostras.

Estaba más gordo que nunca.

—Os encuentro muy coloradote, amigo — dijo mister Pickwick.

—He estado durmiendo junto al fuego de la taberna respondió el mofetudo, á quien un cuarto de hora de sueño había puesto del color de los ladrillos; — el amo me ha enviado con el carro para llevar vuestro equipaje á casa; hubiera mandado caballos de silla, pero como hace frío, ha creído que iriais mejor á pie.

—Sí, sí, iremos á pie — replicó precipitadamente mister Pickwick, recordando la célebre cabalgata que había hecho por el mismo camino.

—¡Sam!

—Ayudad al criado de Mr. Wardle á poner el equipaje en el carro y subid en él; nosotros nos marchamos delante.

Al decir esto, y después de haber pagado la cuenta del cochero, Mr. Pickwick tomó el atajo y emprendió la marcha seguido de sus amigos.

Sam, que se encontraba por primera vez frente á frente del joven mofetudo, le miró curiosamente, pero sin decir nada; cuando le hubo mirado bien, empezó á arreglar en el carro todos los paquetes, mientras Joe le miraba en actitud tranquila y parecía tener un inmenso placer en observar con qué actividad hacía Sam aquella operación.

—Vaya — dijo Sam, echando el último saco en el carro, — ya está todo.

—Sí — observó Joe en tono satisfecho; — ya está todo.

—¿Sabéis, querido, que vos podríais haber obtenido el primer premio en el gran concurso?

—Gracias.

—¿Tenéis sobre el corazón algo que os afecta?

—No, no lo creo.

—Creí al miraros que teníais alguna pasión desgraciada.

Joe sacudió la cabeza negativamente.

—Pues bien — continuó Sam, — tanto mejor; ¿queréis beber?

—Me gusta más comer.

—Ya me lo figuré; pero quiero decir si queréis beber un trago que caliente el estómago. Por lo demás, sois muy gordo, y no debéis tener frío.

—Sin embargo, me gusta calentar el estómago cuando el trago es bueno.

—¡Ah, es verdad! pues venid.

Los nuevos amigos se encaminaron á *El Leon Azul*, y el mofetudo se echó al cuerpo un vaso de aguardiente de un solo trago; hazaña que le dió un alto lugar en la opinión de Sam; cuando éste bebió subieron los dos á la carreta.

—¿Sabéis guiar? — preguntó el criado de mister Wardle.

—Un poco.

—Pues ahí tenéis — dijo el gordo, poniendole las riendas en la mano, y mostrándole el camino; — no hay sino seguir siempre adelante, y no podéis equivocaros.

Al decir esto, se arrellanó cómodamente al lado del bacalao, y poniendo un barril de ostras bajo su cabeza á guisa de almohada, se durmió en un instante.

Sam, viendo que el joven hidrópico no daba señales de animación, tomó las riendas y guió el carro á un trote sostenido en dirección á Dingley Dell.

Entretanto, Mr. Pickwick y sus amigos, habiendo restablecido con la marcha una activa circulación en su sistema venoso y arterial, continuaban alegremente su camino. La tierra estaba endurecida; el césped blanqueado por la helada; el aire, frío y seco, era fortificante, y la aproximación del crepúsculo hacía á nuestros viajeros la más agradable perspectiva de las comodidades que en casa de su amigo les esperaban.

Cuando entraron en una vereda que debían atravesar, un ruido confuso de voces llegó á sus oídos, y antes de formar conjeturas sobre quién podría ser, se encontraron en medio de una amable sociedad que esperaba su llegada.

Era el viejo Wardle, que profería ruidosas exclamaciones de entusiasmo, y estaba aun más jovial que de costumbre. A su lado estaba Isabel con su fiel Trundle, Emilia y otras ocho ó diez jóvenes, que habían venido á asistir á las ceremonias matrimoniales del siguiente día, y que se hallaban en la alegre situación de espíritu propia de las jóvenes en semejantes ocasiones. Los campos y los valles repetían en sus ecos las alegres exclamaciones de aquella feliz comparsa.

Las ceremonias de la presentación terminaron bien

pronto; dos minutos después, Mr. Pickwick, tan desembarazado, tan poco serio como si toda su vida hubiera conocido á aquellas damas, bromeaba con las que no querían pasar por encima de la barrera cuando él miraba, ó que teniendo un pie muy lindo, permanecían en pie junto á la balaustrada, diciendo que tenían mucho miedo de hacer el más pequeño movimiento. Es digno de notarse que Mr. Snodgrass ofreció á Emilia más asistencia de la que exigían los peligros de la barrera; por último, se observó que una joven de hermosos ojos negros dió algunos gritos cuando Mr. Winkle le ofreció su mano para ayudarla á bajar.

Cuando las dificultades de la barrera fueron vencidas, Mr. Wardle dijo á Mr. Pickwick que venían de examinar el mueblaje de la casa que la joven pareja debía habitar después de la fiesta de Navidad. Al oír esta comunicación, Isabel y Trundle se pusieron tan encarnados como el mofetudo cuando acabó de dormir junto al fuego de la taberna.

Sin embargo, la joven de los ojos negros murmuró no sé qué cosas al oído de Emilia, mirando maliciosamente á Mr. Snodgrass. Emilia le respondió: «¿estás loca?» pero se puso muy colorada á pesar de todo; y Mr. Snodgrass, que era tan modesto como suelen serlo los grandes hombres, sintió también que se le encendía el rostro, y deseó ardientemente que la susodicha joven de los ojos negros fuese transportada al otro extremo de Inglaterra.

Si los pickwickianos fueron cordialmente recibidos fuera de la casa, figuraos cómo los recibirían en la quinta; los criados hacían muecas de satisfacción al ver á Mr. Pickwick, y la doncella dirigió á Mr. Tupman una mirada de gratitud, mitad modesta, mitad imprudente, y tan provocativa, que hubiera decidido á la estatua de Bonaparte, que estaba en el vestíbulo, á abrir los brazos y estrecharla contra su pecho.

La vieja lady estaba sentada en la sala con su majestad acostumbrada; pero estaba de muy mal humor, y por consiguiente, enteramente sorda; no salía nunca, y como otras muchas damas de la misma clase, cuando otras hacían lo que ella no podía hacer, le parecía un crimen de alta traición doméstica. Así es que se mantenía erguida en su sillón en una actitud tan severa como le era posible.

—¡Mamá! — dijo Mr. Wardle, — he aquí á Mr. Pickwick; ¿os acordáis?

—Bien, bien — replicó la vieja con dignidad; — no molestéis á Mr. Pickwick por una vieja criatura como yo; nadie se cuida de mí, y es muy natural.

—Vamos, señora, no rechacéis á un antiguo conoci-

do — dijo Mr. Pickwick; — he venido expresamente á tener un buen rato de conversaci3n con vos; despu3s enseñaremos á estos ni3os á bailar un minuet.

La vieja dama se suavizaba r3pidamente, pero no gustaba de ceder pronto, y se content3 con decir:

— ¡Ah! no oigo nada.

— Vamos, mamá ¡qu3 ni3er3a! — dijo Mr. Wardle; — no teng3is tan mal humor; pensad en Isabel, ¡pobre ni3a! es preciso que la anim3is.

La buena dama oy3 esto, pero la edad tiene sus peque3as dolencias mentales, y ella no estaba aun apaciguada; empez3 á deshacer los pliegues de su traje, y dijo á Mr. Pickwick:

— ¡Ah! Mr. Pickwick, ¡los j3venes eran muy distintos en mi tiempo!

— Sin duda, se3ora; y por eso me gusta la gente de otros tiempos.

Al decir esto, nuestro excelente amigo atrajo dulcemente á Isabel, y la hizo sentar en un taburete á los pies de su abuela. Entonces, sea que la expresi3n de aquel rostro juvenil le trajese á la memoria recuerdos de otros d3as, sea que le conmoviera la benevolencia de Mr. Pickwick, lo cierto es que la vieja se suaviz3 por completo. Ech3 los brazos al cuello de Isabel, y todo su mal humor se disip3 en l3grimas silenciosas.

La noche fu3 feliz; el whist que Mr. Pickwick y la vieja jugaron juntos, fu3 grave y solemne; pero la alegr3a de la mesa redonda fu3 ruidosa. Mucho despu3s de haberse retirado las damas, el vino caliente, bien sazonado con especias, circul3 con mucha frecuencia. El sue3o que produjo fu3 profundo, y sus visiones agradables; es un hecho notable que los sue3os de Mr. Snodgrass se refer3an constantemente á Emilia Wardle, y la principal figura de las visiones de Mr. Winkle fu3 la joven de los ojos negros.

Mr. Pickwick se despert3 muy temprano por un ruido de voces y pasos capaz de quitar el sue3o al mismo monfetudo; se incorpor3 en su lecho asustado; los criados y las j3venes corrian por todos lados, y hab3a tantas peticiones de agua caliente, de agujas con hilo, tantos «¡Oh, venid á abrocharme el vestido!» «¡estar3is muy bien!» que Mr. Pickwick, en su inocencia, crey3 que pasaba algo espantoso. Sin embargo, sus ideas se aclararon, y record3 que era d3a de boda; la ocasi3n era importante, se visti3 con particular cuidado, y baj3 al comedor para almorzar.

Todas las criadas de la casa, vestidas con un uniforme de muselina, corrian de un lado para otro en un estado de agitaci3n indescriptible; la vieja ten3a puesto un traje de brocado, que despu3s de veinte a3os no ha-

b3a visto la luz, excepto cuando alg3n rayo vagabundo se hab3a deslizado al trav3s de las hendiduras del cofre en que hab3a estado encerrado; Mr. Trundle resplandec3a de satisfacci3n, pero se observaba que sus nervios no estaban muy s3lidos; en cuanto al cordial anfitri3n, se esforzaba en aparecer tranquilo y de buen humor.

Excepto dos 3 tres favoritas que hab3an permanecido arriba, honradas con la contemplaci3n particular de la novia, todas las doncellas de la casa estaban lacrimosas y con trajes de muselina.

Los pickwickianos se hab3an puesto tambi3n el traje apropiado á las circunstancias; en fin, se o3an en el jard3n y ante la puerta terribles exclamaciones de j3bilo, proferidas por los mozos y dependientes de la hacienda, y de la casa, que llevaban todos una escarapela blanca en el ojal. Sam dirigi3 aquella manifestaci3n, porque se hac3a ya muy popular entre aquella gente y se encontraba all3 tan á sus anchas, como si hubiera nacido en las tierras de Mr. Wardle.

Una boda es un motivo privilegiado de bromas, y sin embargo, no hay nada de broma en el asunto; hablamos simplemente de la ceremonia, y suplicamos que no se nos crea capaces de ning3n sarcasmo sobre la vida matrimonial; á los placeres, á las esperanzas que da el matrimonio, se a3ade el pesar de dejar la casa, la familia, de abandonar los tiernos amigos de la mejor 3poca de nuestra existencia; pero bastante se ha hablado de estas cosas; no queremos entristecer nuestro cap3tulo con la descripci3n de aquellos sentimientos naturales, y tememos que nos resulte sin querer rid3cula esa descripci3n.

Diremos, pues, brevemente que la boda fu3 celebrada por el viejo eclesi3stico, en la iglesia parroquial de Dingley Dell; que el nombre de Mr. Pickwick, escrito en el registro, se conserva aun en la sacrist3a; que la joven de los ojos negros no puso su firma con mano segura y desembarazada; que la firma de Emilia y la de otra joven eran ilegibles; que las j3venes encontraron la ceremonia mucho menos terrible de lo que imaginaban; y que si la de los ojos negros crey3 conveniente decir á Mr. Winkle que jam3s consentir3a en una cosa tan odiosa, tenemos derecho á creer que se equivocaba. Á todo esto podemos a3adir que Mr. Pickwick fu3 el primero que abraz3 á la reci3n casada, y que al mismo tiempo le ech3 al cuello una rica cadena de oro con un reloj del mismo metal, que no hab3an sido vistos antes por los ojos de ning3n mortal, excepto por los del joyero. Por 3ltimo, las campanas de la iglesia sonaron tan alegremente como pudieron, y todos se volvieron para almorzar.

—¿Dónde se ponen los pasteles, joven fumador de opio? — preguntó Sam al mofetudo, ayudando á aquel interesante funcionario á poner sobre la mesa los comestibles que no habían sido arreglados la noche anterior.

Joe indicó el puesto de los pasteles.

—Muy bien! — dijo Sam; — poned un ramo de Navidad dentro; el otro plato al lado.

—Sam retrocedió algunos pasos para examinar el aspecto del festín; estaba aun abstraído en tan deliciosa contemplación, cuando la sociedad llegó y se puso á la mesa.

—Wardle — dijo Mr. Pickwick después que se sentaron; — un vaso de vino en honor de este feliz suceso.

—Con mucho gusto, mi viejo amigo — replicó mister Wardle; — Joe, ¡maldito chico! ya está durmiendo.

—No, señor, no duermo — respondió el gordo saliendo de un rincón, donde se ocupaba en devorar un pastel de Navidad.

—Llenad el vaso de Mr. Pickwick.

—Sí, señor.

El mofetudo llenó el vaso de Mr. Pickwick y se retiró después detrás de una silla, donde observaba con una especie de fruición inquieta el juego de los cuchillos y los tenedores, y el tránsito de las comidas de la bandeja al plato y del plato á la boca.

—¡Que Dios os bendiga, mi viejo amigo! — dijo Mr. Pickwick.

—Lo mismo os digo — exclamó Mr. Wardle con afecto.

—Mistress Wardle — dijo Mr. Pickwick, — nosotros, los viejos, debemos beber juntos en honor de este feliz acontecimiento.

La vieja se hallaba en aquel momento en una postura majestuosa, porque estaba sentada al extremo de la mesa en traje de brocado, con Mr. Pickwick á un lado y la recién casada á otro; Mr. Pickwick no habló muy alto, pero la vieja lo oyó y bebió un vaso de vino brindando á su larga vida y á su felicidad; en seguida la buena señora empezó un relato muy detallado de su boda, acompañado de su disertación sobre la moda de los tacones altos, y algunas particularidades de la vida de la encantadora lady Tollinglower, ya difunta. A cada pausa de su narración, la vieja reía de todo corazón, y las jóvenes hacían lo mismo; luego, cuando las jóvenes refan, la vieja volvía á reír con más fuerza, diciendo que siempre su historia había parecido excelente, lo cual hacía reír de nuevo á todos, y ponía á la vieja del mejor humor posible.

El pastel de boda fué cortado en trozos, que circu-

laron por toda la mesa. Las jóvenes guardaron algunos trozos para ponerlos bajo su almohada y soñar con sus futuros esposos, lo cual ocasionó muchos sonrojos y muchas risas.

—Mr. Miller, un brindis — dijo Mr. Pickwick á su antiguo conocido, el caballero de la cabeza piriforme.

—Con gran satisfacción — replicó éste con aire solemne.

—Permitidme brindar — dijo el viejo eclesiástico.

—Y á mí también — dijo su mujer.

—Y á mí también, y á mí también — repitieron en la mesa algunas voces alegres.

Mr. Pickwick, cuyos ojos resplandecían de bondad y regocijo, expresó su satisfacción á cada nueva voz; después, levantándose de repente, dijo:

—¡Señoras y caballeros!

—¡Escuchad, escuchad, escuchad! — exclamó Sam con exaltación.

—Que entren todos los criados — dijo el viejo Wardle, interponiéndose para impedir la reprimenda que Sam iba á recibir de su amo; — dad á cada uno un vaso de vino para que respondan todos al brindis.

Entró el silencio de la reunión, el cuchicheo de las criadas y la reserva de los criados, Mr. Pickwick dijo:

—Señoras y caballeros... no... no diré señoras y caballeros... os llamaré mis amigos, si las damas quieren permitirme esta libertad.

Aquí Mr. Pickwick fué interrumpido por los aplausos frenéticos de las damas, y se oyó declarar á la de los ojos negros que abrazaría de buena gana á aquel Mr. Pickwick. Mr. Winkle preguntó si el abrazo no se podía dar por poderes; pero la joven de los ojos negros contestó que no, acompañando su negativa con una mirada que quería decir: «probadlo».

—Mis queridos amigos — continuó Mr. Pickwick, — voy á proponer un brindis á la salud de los esposos. ¡Que Dios los bendiga! (Lágrimas y aplausos). Mi joven amigo Trundle es un excelente sujeto, y yo sé que su mujer es una muy amable y encantadora joven, bien capaz de transportar á otra esfera la dicha que ha esparcido en torno suyo en la casa paterna, yo quisiera ser joven para casarme con su hermana. (Aplausos). Pero como no lo soy, me creo feliz en encontrarme bastante viejo para ser su padre, á fin de no hacerme sospechoso de ocultar proyectos, si digo que las admiro, que las estimo, que las amo á las dos. (Aplausos y sollozos). El padre de la desposada, nuestro buen amigo aquí presente, es un noble carácter, y yo siento orgullo en conocerle. (Gran alboroto). Es un hombre excelente, independiente, afectuoso, hospitalario, liberal, (Gritos entusiastas). Que su

hija goce de todas las felicidades que él pueda desearle, que encuentre en la contemplación de esa dicha toda la satisfacción de corazón y de espíritu que tanto merece; tales son, yo estoy seguro, los votos de todos nosotros. Bebamos á su salud, deseándoles larga vida y toda clase de prosperidades.

Mr. Pickwick cesó de hablar en medio de una tempestad de aplausos. Los pulmones de los criados, dirigidos por Sam, se distinguían por su activa cooperación; en seguida Mr. Wardle brindó á la salud de Mr. Pickwick, y éste á la de la vieja; Mr. Snodgrass brindó por Mr. Wardle, y éste por Mr. Snodgrass, y todo fué alegría y festejos, hasta que llegó el tiempo de levantarse de la mesa.

Sam mantenía á la servidumbre en un estado de completa hilaridad, y el moffetudo comía y dormía alternativamente.

Prescindiendo de las lágrimas, la comida fué tan afectuosa como el almuerzo, é igualmente ruidosa. En seguida vino el postre, nuevos brindis, después el te, el café, y por último el baile.

En el extremo de una larga sala, adornada con sombríos artesonados, estaban sentados los dos mejores violines y la mejor arpa de Muggleton; las paredes estaban adornadas con viejos candeleros de plata; el fuego chispeaba en la enorme chimenea; voces gozosas, risas alegres resonaban en toda la sala.

Si algo podía añadir interés á aquella agradable ceremonia, era el hecho notable de que Mr. Pickwick apareció sin polainas por la primera vez en su vida, si hemos de creer á sus más íntimos amigos.

—¿Vais á bailar? — le preguntó Mr. Wardle.

—Necesariamente; ¿no veis que estoy vestido para eso? — respondió, haciendo notar con complacencia sus medias de seda y sus escaarpines.

—¿Vos con medias de seda! — exclamó alegremente Mr. Tupman.

—¿Y por qué no, caballero, por qué no? — contestó Mr. Pickwick con calor, volviéndose á su amigo.

—¡Oh! efectivamente; no hay motivo alguno para que no las llevéis.

—Lo supongo, caballero, lo supongo — dijo mister Pickwick.

Mr. Tupman había querido reír; pero notó que era asunto serio; tomó un ademán grave, y confesó que las medias eran muy lindas.

—Ya lo sé — dijo Mr. Pickwick, mirando fijamente á su interlocutor; — creo que no hallaréis nada extraordinario en estas medias, en cuanto á medias.

—¡No, ciertamente, no! — se apresuró á responder

Mr. Tupman.

Se alejó, y Mr. Pickwick recobró la expresión benévola que le era habitual.

—Estamos prontos — dijo Mr. Pickwick, que se había colocado con la vieja al frente del baile, y que había hecho ya tres pasos falsos, en su excesiva impaciencia por comenzar.

—¡Vamos! — exclamó Wardle, — ahora.

De repente sonaron el violín y el arpa, y mister Pickwick partió con los brazos enlazados en los de su pareja, pero fué interrumpido por un aplauso general y por los gritos de: «¡pasad! ¡pasad!»

—¿Qué hay? — preguntó el filósofo, que no volvió á su sitio sino cuando callaron los violines y el arpa, y que no hubiera sido detenido por ningún poder de la tierra, aunque se hubiera incendiado la casa.

—¿Dónde está Arabella Allen? — exclamaron muchas voces.

—¿Y Winkle? — añadió Mr. Tupman.

—¡Aquí estamos! — exclamó Mr. Winkle, saliendo con su amable pareja del hueco de una ventana.

Mientras decía estas palabras hubiera sido difícil decidir cuál de los dos estaba más colorado, si él ó la joven de los ojos negros.

—¡Es muy particular, Mr. Winkle, que no podáis ocupar vuestro sitio! — exclamó Mr. Pickwick irri-tado.

—No lo encuentro particular — respondió mister Winkle.

—¡Oh! tenéis razón, no es muy extraordinario — dijo Mr. Pickwick, mirando á Arabella con ojos muy expresivos; tenéis razón, no tiene nada de particular.

Ni se pensó más en aquella pequeña aventura, porque los violines y el arpa empezaron á tocar de nuevo. Mr. Pickwick empezó á bailar otra vez, y con las manos cruzadas se pasaba de un extremo á otro de la habitación; las figuras se repiten; los golpes de pies marcan la medida; otra figura, y otra y otra. Jamás se vió un baile tan animado; y al fin, cuando la vieja fué substituída por la mujer del eclesiástico, cuando catorce parejas hicieron la figura, cuando Mr. Pickwick y su nueva pareja se encontraron en la cola del baile, se vió que aquel eminente sabio continuaba bailando y sonriendo con una dulzura angélica, que supera á toda descripción.

Mucho antes de que Mr. Pickwick se cansara de bailar, los recién casados desaparecieron de la escena; hubo en el piso bajo una soberbia cena, y después gran sesión alrededor de la mesa.

Mr. Pickwick se despertó muy tarde al día siguiente;

creyó recordar de una manera confusa que había invitado particular y cordialmente á cuarenta y cinco personas á comer con él en la posada de *El Buitre*, la primera vez que se reunieran en Londres.

El día pasó alegremente, y cuando llegó la noche, Sam preguntó á la doncella Emma:

—Decid, querida; ¿vuestra familia tiene historias en la cocina á estas horas?

—Sí, Mr. Weller — respondió Emma; — en noche de Navidad tiene que ser así; nuestro amo no olvidaría las viejas costumbres por nada del mundo.

—Vuestro amo hace bien; no he visto nunca un caballero tan completo.

—Es verdad — dijo el mofetudo mezclándose en la conversación; — ¿no engorda magníficos puercos?

Mientras el gordo hablaba así, un resplandor de semi-canibal brillaba en sus ojos al recordar los pies de carnero asado.

—¡Ah! ¿al fin despertáis? — dijo Sam.

El gordo mofetudo hizo un signo de afirmación.

—Pues bien, joven boca constricta — le dijo Sam; — si no dormís un poco menos y hacéis un poco más de ejercicio, os profetizo que llegaréis á ser un tipo semejante á aquel caballero que tenía una cola de ratón.

—¿Y qué le pasó á ese caballero? — preguntó Joe con voz más segura.

—Lo que vais á oír: era el hombre más ancho que se ha visto, un verdadero hombre gordo, que no se ha visto los zapatos después de cuarenta años.

—¡Bondad divina! — exclamó Emma.

—Sí señor; si hubieran puesto un modelo de sus propias piernas en la mesa donde comía, no las hubiera conocido; iba á su oficina con una cadena de oro que pendía de su vientre, y un reloj que valía... temo decir demasiado... cuanto un reloj puede valer. — Haréis bien en no llevar ese reloj, le decían sus amigos; os lo robarán. — Bien, dijo; quisiera ver á un ladrón sacar de aquí este reloj, cuando yo no puedo sacarlo; está tan apretado en el bolsillo, que cuando quiero ver la hora, miro el reloj de la tienda del panadero. — Diciendo esto, reía con tan buena gana, que parecía que iba á reventar; sale con su peluca empolvada y un rabo de ratón, y se va al Araud, con su cadena y un enorme reloj que no cabía en el pantalón; no había un ratero en Londres que no hubiera tirado de la cadena; pero la cadena no quería salir; así es que se fatigaban en vano, mientras el gordo se iba riendo á su casa; al fin, un día paseaba tranquilamente, y se le aparece un ratero acompañado de otro de cabeza muy grande. — Vais á probar inmediatamente, dijo, veamos. De repente el ratero se se-

para del de la cabeza grande y se lanza sobre el vientre del gordo con tanta fuerza, que lo hace doblar de dolor, este se pone á gritar, pero el ratero le dice al oído: — Ya está hecho, caballero. Cuando el gordo se levanta se encuentra sin reloj, y desde entonces su digestión ha quedado muy embrollada. Tened mucho cuidado, joven, y haced por no engordar tanto.

Cuando Sam concluyó este cuento moral, que pareció afectar mucho al mofetudo, nuestros tres personajes se dirigieron á la cocina.

Era una pieza donde se encontraba reunida toda la familia, según la costumbre anualmente observada desde tiempo inmemorial por los antecesores de Mr. Wardle; este acababa de colgar con sus propias manos en medio del techo una enorme rama de vizco (1), que dió origen instantáneamente á una deliciosa escena de lucha y confusión; en medio del desorden, Mr. Pickwick, con una galantería que hubiera hecho honor á un descendiente de lady Tollinglower, tomó á la vieja por la mano, la llevó bajo el arbusto místico y la besó con cortesía y decoro; la vieja dama se sometió á aquel acto de política, con la dignidad que convenia á una ceremonia tan importante y seria; pero las jóvenes, como no estaban imbuidas tanto en la supersticiosa veneración de aquella costumbre, ó creían que el beso era más agradable cuanto más costaba conseguirlo, luchaban, gritaban y forcejeaban, corrian por todos lados, amenazaban y reprendían, defendiéndose hasta que los caballeros menos osados parecían renunciar á su empresa, de pronto notaban que era inútil resistir más tiempo, y consentían en ser besadas; Mr. Winkle abrazó á la dama de los ojos negros, Mr. Snodgrass abrazó á Emilia; Sam por su parte, no creyendo necesario ponerse bajo el árbol sagrado, besaba á Emma y á las demás criadas donde quiera que las atrapaba; Mr. Wardle estaba junto á la chimenea, contemplando aquella escena con la más viva satisfacción, mientras el mofetudo devoraba ocultamente un pastel de Navidad.

En fin, los gritos se acabaron, los rostros estaban cubiertos de sudor, los cabellos caían estropeados, y mister Pickwick, después de haber besado á la vieja, permanecía en pie bajo la rama, mirando con fisonomía risueña lo que pasaba en torno suyo; de repente la joven de los ojos negros, después de haber cuchicheado con las otras jóvenes, se lanzó hacia Mr. Pickwick, le echó los brazos al cuello y le besó tiernamente en la mejilla izquierda; en seguida todo el tropel de las jóvenes rodeó al sabio filántropo, y antes de que tuviera tiempo de saber de que se trataba, fué besado por todas ellas.

Era un espectáculo gracioso ver á Mr. Pickwick en el centro del grupo, empujado ya á un lado ya á otro; tirábanle de la nariz y de la barba, quitábanle los anteojos, y ruidosas carcajadas resonaban por todas partes; pero después fué más gracioso aún ver á Mr. Pickwick, cubiertos los ojos con un pañuelo de seda, chocando con las paredes, tropezando y precipitándose por todas partes, realizando en fin todos los misterios de la gallina ciega, hasta el momento en que atrapaba á uno; á su vez se ocupó en evitar la gallina ciega, y lo consiguió con una agilidad y una presteza, que excitaron los aplausos de todos.

Cuando se cansaron de jugar á la gallina ciega, se sentaron todos alrededor de una substanciosa cena.

—Esto, — dijo Mr. Pickwick, — me parece muy bien.

—Es nuestra costumbre invariable, — respondió mister Wardle; — todo el mundo, criados y trabajadores, se sientan en nuestra mesa la víspera de Navidad, como véis; aquí contamos viejas historias, hasta que suena la media noche anunciándonos la fiesta. Trundle, atizad el fuego.

Millares de chispas brillantes resplandecían en los aires, cuando los troncos ardientes fueron removidos y la llama espació en agradable calor, que penetró hasta los últimos rincones de la habitación é iluminó todos los rostros.

—Vamos, — dijo Wardle; — una canción, una canción de Navidad; yo cantaré una, si no hay otra mejor.

—¡Bravo! — exclamó Pickwick.

—Llenad los vasos, — continuó Wardle.

El viejo Wardle entonó con voz fuerte y franca una canción, que fué recibida con calurosos aplausos.

El fuego recibió nuevos troncos y el ponche circuló otra vez.

—¡Cómo nieva! — dijo uno de los criados en voz baja.

—¿Está nevando? — preguntó Wardle.

—Sí señor.

—¿Qué hay? — preguntó la vieja; — ¿ha pasado alguna cosa?

—Nada mamá; dice que está nevando.

—¡Ah! — dijo la vieja; — así nevaba hace muchos años... esperad que recuerde... justamente cinco años antes de la muerte de tu pobre padre. Era la noche de Navidad también, y me acuerdo que él nos contó la historia del viejo Gabriel Grub, á quien se llevaron los duendes.

—¿La historia de quién? — preguntó mister Pickwick.

—De un viejo sacristán que fué llevado por los duendes, según las buenas gentes de este país.

—No se puede dudar; ¿no habeis oído decir desde vuestra infancia que se lo llevaron los duendes, y aun lo dudáis?

—Bien, mamá, — dijo Mr. Wardle; — se lo llevaron, si os empeñáis; se lo llevaron los duendes, Pickwick; esa es toda la historia.

—No, no es esta toda la historia, — continuó Pickwick; — yo quiero saber cómo, cuándo y de qué manera se lo llevaron.

Mr. Wardle sonrió, viendo que todos estaban atentos: bebió á la salud de Mr. Pickwick, y empezó su cuento del modo siguiente:

## CAPITULO XXIX

### *Historia del sacristán que se llevaron los duendes*

En una antigua ciudad de este condado vivía hace mucho tiempo un tal Gabriel Grub, que desempeñaba las funciones de sacristán y sepulturero. Porque un hombre sea sacristán y esté rodeado constantemente de emblemas de muerte, no se crea que ha de ser moroso y melancólico. Los empresarios de pompas fúnebres son las personas más alegres del mundo; pero Gabriel Grub no era así; era una especie de viejo buho gruñón, áspero, sin agrado para nadie, á no ser para una botella que llevaba constantemente metida en el bolsillo. Cuando por casualidad los ojos cavernosos del sacristán distinguían un rostro feliz, su mirada tomaba al instante una expresión tal de odio, que no se le podía encontrar sin sentirse contrariado.

Una víspera de Navidad, un poco antes del crepúsculo, Gabriel puso su azada sobre su espalda, encendió su linterna, y se dirigió al cementerio. Había que concluir una fosa para el día siguiente, y sintiéndose un poco indispuerto, esperaba reanimarse un poco trabajando.

Mientras andaba por el estrecho callejón, Gabriel veía brillar al través de todas las ventanas un agradable fuego chispeante; oía las risas y los alegres gritos de los que estaban reunidos en torno al hogar; notaba los pre-

Era un espectáculo gracioso ver á Mr. Pickwick en el centro del grupo, empujado ya á un lado ya á otro; tirábanle de la nariz y de la barba, quitábanle los anteojos, y ruidosas carcajadas resonaban por todas partes; pero después fué más gracioso aún ver á Mr. Pickwick, cubiertos los ojos con un pañuelo de seda, chocando con las paredes, tropezando y precipitándose por todas partes, realizando en fin todos los misterios de la gallina ciega, hasta el momento en que atrapaba á uno; á su vez se ocupó en evitar la gallina ciega, y lo consiguió con una agilidad y una presteza, que excitaron los aplausos de todos.

Cuando se cansaron de jugar á la gallina ciega, se sentaron todos alrededor de una substanciosa cena.

—Esto, — dijo Mr. Pickwick, — me parece muy bien.

—Es nuestra costumbre invariable, — respondió mister Wardle; — todo el mundo, criados y trabajadores, se sientan en nuestra mesa la víspera de Navidad, como véis; aquí contamos viejas historias, hasta que suena la media noche anunciándonos la fiesta. Trundle, atizad el fuego.

Millares de chispas brillantes resplandecían en los aires, cuando los troncos ardientes fueron removidos y la llama espació en agradable calor, que penetró hasta los últimos rincones de la habitación é iluminó todos los rostros.

—Vamos, — dijo Wardle; — una canción, una canción de Navidad; yo cantaré una, si no hay otra mejor.

—¡Bravo! — exclamó Pickwick.

—Llenad los vasos, — continuó Wardle.

El viejo Wardle entonó con voz fuerte y franca una canción, que fué recibida con calurosos aplausos.

El fuego recibió nuevos troncos y el ponche circuló otra vez.

—¡Cómo nieva! — dijo uno de los criados en voz baja.

—¿Está nevando? — preguntó Wardle.

—Sí señor.

—¿Qué hay? — preguntó la vieja; — ¿ha pasado alguna cosa?

—Nada mamá; dice que está nevando.

—¡Ah! — dijo la vieja; — así nevaba hace muchos años... esperad que recuerde... justamente cinco años antes de la muerte de tu pobre padre. Era la noche de Navidad también, y me acuerdo que él nos contó la historia del viejo Gabriel Grub, á quien se llevaron los duendes.

—¿La historia de quién? — preguntó mister Pickwick.

—De un viejo sacristán que fué llevado por los duendes, según las buenas gentes de este país.

—No se puede dudar; ¿no habeis oído decir desde vuestra infancia que se lo llevaron los duendes, y aun lo dudáis?

—Bien, mamá, — dijo Mr. Wardle; — se lo llevaron, si os empeñáis; se lo llevaron los duendes, Pickwick; esa es toda la historia.

—No, no es esta toda la historia, — continuó Pickwick; — yo quiero saber cómo, cuándo y de qué manera se lo llevaron.

Mr. Wardle sonrió, viendo que todos estaban atentos: bebió á la salud de Mr. Pickwick, y empezó su cuento del modo siguiente:

## CAPITULO XXIX

### *Historia del sacristán que se llevaron los duendes*

En una antigua ciudad de este condado vivía hace mucho tiempo un tal Gabriel Grub, que desempeñaba las funciones de sacristán y sepulturero. Porque un hombre sea sacristán y esté rodeado constantemente de emblemas de muerte, no se crea que ha de ser moroso y melancólico. Los empresarios de pompas fúnebres son las personas más alegres del mundo; pero Gabriel Grub no era así; era una especie de viejo buho gruñón, áspero, sin agrado para nadie, á no ser para una botella que llevaba constantemente metida en el bolsillo. Cuando por casualidad los ojos cavernosos del sacristán distinguían un rostro feliz, su mirada tomaba al instante una expresión tal de odio, que no se le podía encontrar sin sentirse contrariado.

Una víspera de Navidad, un poco antes del crepúsculo, Gabriel puso su azada sobre su espalda, encendió su linterna, y se dirigió al cementerio. Había que concluir una fosa para el día siguiente, y sintiéndose un poco indispuerto, esperaba reanimarse un poco trabajando.

Mientras andaba por el estrecho callejón, Gabriel veía brillar al través de todas las ventanas un agradable fuego chispeante; oía las risas y los alegres gritos de los que estaban reunidos en torno al hogar; notaba los pre-

parativos culinarios que se hacían para el día siguiente. Todo aquello era hiel y absinto para el corazón de Gabriel, y cuando una cuadrilla de chicos, lanzándose fuera de una casa, corrían para unirse á otros tan traviosos como ellos, cantando todos los villancicos de Navidad, Gabriel estrechaba convulsivamente el mango de su azada, y riendo con sarcasmo, pensaba en el sarampión, en la fiebre escarlatina, en el croup y en otras muchas fuentes de consuelo.

En tal situación de espíritu, Gabriel continuaba su camino, respondiendo con un gruñido sordo al saludo de los vecinos que encontraba, hasta que al fin entró en la calle que conducía al cementerio.

Gabriel había esperado con impaciencia llegar al cementerio, porque era su sitio siempre lúgubre y fúnebre, al cual las gentes del país no llegaban nunca sino de día, cuando el sol brillaba; así es que se indignó ligeramente al oír la voz de un niño que cantaba un canto de Navidad, en aquella especie de santuario que llaman la calle de los Ataúdes. Como el sacristán andaba más cada vez, y al mismo tiempo se acercaba la voz, reconoció que era de un niño, que se apresuraba á reunirse con sus compañeros, y que ya por infundirse valor, ya para tomar mejor la marcha, cantaba con fuerza una vieja estrofa.

Gabriel esperó que el chico estuviera cerca de él, y llevándole á un rincón, le administró seis ó siete golpes con la linterna, solamente para enseñarle á medir el compás; el niño se fué con las manos en la cabeza, cantando en un tono muy diferente, y Gabriel, riendo con todo su corazón, entró en el cementerio y cerró la puerta tras sí.

Se quitó el vestido, puso en el suelo la linterna, bajó á la fosa comenzada, y trabajó vigorosamente durante una hora, pero la tierra estaba endurecida por la helada, y no era fácil romperla ni echarla fuera. Aunque había luna, era una luna muy nueva, y no alumbraba la fosa, que se encontraba á la sombra de la iglesia. En otra ocasión estos inconvenientes hubieran apesadumbrado á Gabriel; pero estaba tan satisfecho de haber interrumpido la serenata del chico, que no se inquietó mucho de lo poco que adelantaba.

Cuando concluyó su trabajo, examinó la fosa con sombría satisfacción, y recogiendo sus herramientas, se sentó sobre una tumba chata, que era su lugar de reposo favorito; sacó una botella de aguardiente, y dijo gruñendo:

— ¡Una fosa en Navidad! ¡vaya una fiesta! ¡Oh! ¡oh! ¡oh!

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! — repitió una voz detrás de él.

Gabriel dejó caer el brazo que acercaba á sus labios la botella, y miró en derredor con inquietud, pero el silencio y la calma de las tumbas reinaban en el cementerio. A los pálidos rayos de la luna, el hielo argentaba las piedras sepulcrales y brillaba sobre los arcos de la vieja iglesia; ningún soplo de viento turbaba el reposo de aquella escena solemne; el sonido mismo parecía helado, tan fríos y tranquilos eran todos los objetos.

— Era el eco, — dijo Gabriel llevando de nuevo la botella á sus labios.

Una voz hueca articuló junto á él:

— No era el eco.

Gabriel se estremeció y se levantó; pero el estupor y el terror lo encadenaron á su asiento, cuando vió junto á sí un sér de una apariencia sobrenatural, y que venía evidentemente del otro mundo. Estaba sentado sobre una piedra y tenía sus largas piernas cruzadas de un modo fantástico é imponente; sus zapatos terminaban en largas puntas; un jubón estrechaba su delgado cuerpo; á su espalda colgaba una corta capa, cuyo cuello le servía como de resguardo contra el frío; llevaba en la cabeza un gorro puntiagudo, de grandes alas, adornado con una sola pluma, y aquel sombrero estaba tan cubierto de nieve, y el personaje tan bien sentado en la tumba, que parecía instalado allí desde docientos años; permanecía inmóvil, pero sacaba media tercia de lengua para burlarse de Gabriel, y reía con una sonrisa que sólo en los duendes puede verse.

— No era el eco, — dijo el duende.

Gabriel estaba paralizado.

— ¿Qué venís ha hacer aquí la víspera de Navidad?

— preguntó el duende severamente.

— Señor, he venido para cavar una fosa, — contestó Gabriel temblando.

— ¿Quién se pasea entre las tumbas en una noche como esta? — exclamó el duende en tono sepulcral.

— ¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! — respondieron en coro muchas voces agudas y salvajes que parecían llenar el cementerio.

Gabriel miró con terror en torno suyo, pero no vió nada.

— ¿Qué tenéis en esa botella preguntó el duende.

— Ginebra, señor, — contestó el sacristán, temblando más que nunca, porque había comprado aquel licor á unos contrabandistas, y pensaba que el personaje que tenía enfrente pertenecía tal vez á la aduana de los duendes.

— ¿Quién se atreve á beber Ginebra en un cementerio en una noche como esta? — dijo el duende solemnemente.

— ¡Gabriel! Gabriel Grub! — exclamaron de nuevo las voces salvajes.

El duende rió maliciosamente, mirando al absorto sacristán; después, ahuecando la voz como un huracán, exclamó:

— ¿Quién es aquí nuestra presa legítima?

El coro invisible respondió á esta pregunta, y el sacristán creyó oír la voz de una multitud de monaguillos, que mezclaban sus voces á los majestuosos acordes de la vieja abadía. Era una música sobrenatural, que parecía llevada por un dulce céfiro; pero la letra de aquel misterioso canto era siempre la misma, y repetían aún:

¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!

El duende hendió su boca hasta las orejas, y dijo:

— ¿Qué piensas de esto, Gabriel?

Gabriel respondió con un suspiro.

— ¿Qué piensas de esto, Gabriel? — repitió el duende alzando negligentemente sus dos piernas á cada lado de la tumba y examinando las puntas de sus zapatos con tanta complacencia como si fueran un par de botas á la última moda.

— Pienso que es... que es... muy... curioso, señor, — respondió el sacristán medio muerto de miedo; — muy curioso y muy bonito; pero creo que debo seguir mi trabajo; si permitís.

— ¿Qué trabajo? — preguntó el duende.

— Mi fosa, señor, la fosa que he principiado, — balbuceó el sacristán.

— ¡Ah, vuestra fosa! ¿Quién piensa en abrir fosas, mientras los demás no piensan sino en divertirse?

Las voces misteriosas replicaron aún:

— ¡Gabriel Grub, Gabriel Grub!

— Temo que mis amigos no puedan separarse de vos, Gabriel, — dijo el duende sacando una enorme lengua.

— No lo creo, señor; ellos no me conocen; creo que esos ilustres señores no me han visto nunca.

— ¡Oh! sí; todos conocemos al hombre sombrío de mirada siniestra, que atravesaba la calle esta tarde, poniendo mala cara á los niños y empuñando fuertemente la azada de sepulturero; conocemos al hombre envidioso y maligno, que ha roto la cabeza á un chico porque era feliz y él no podía serlo; ¡le conocemos, le conocemos!

Aquí el duende lanzó una segunda carcajada, y después, echando al aire las piernas, se plantó patas arriba, apoyando la cabeza en la piedra tumular; después, haciendo una pirueta con increíble agilidad, se plantó á los pies del sacristán, en la actitud favorita de las odaliscas.

— Temo... temo que me es forzoso dejaros, — dijo el sacristán haciendo un esfuerzo para moverse.

— ¡Dejarnos! — exclamó el duende; — ¡Gabriel Grub, dejarnos!

Mientras el duende reía vió una luz que iluminaba las ventanas de la vieja iglesia; un momento después esta luz se extinguió, los órganos modularon una serena armonía, y muchas bandadas de duendes semejantes al primero cayeron sobre el cementerio y empezaron á saltar sobre todas las piedras de las tumbas con una destreza maravillosa, y sin detenerse ni un momento para tomar aliento.

Al fin, el interés de aquel baile fué más grande; el órgano tocaba con más viveza; los duendes saltaban más, retorciéndose, volteando, rodando, haciendo mil cabriolas por encima de las tumbas; Gabriel sentía un vértigo al ver el torbellino de los duendes pasando ante sus ojos; cuando de repente, el rey de los duendes se precipitó sobre el pobre sacristán, y cogiéndole por el cuello, se sumergió con él en las entrañas de la tierra.

Cuando Gabriel pudo respirar, después de un rápido descenso, se encontró en una vasta caverna rodeada por todas partes de una multitud de duendes horribles; en medio de aquel recinto y sobre un trono elevado, estaba fantásticamente sentado su amigo el del cementerio, y Gabriel Grub estaba sentado junto á él, pero incapaz de hacer ningún movimiento.

— Hace frío esta noche, — dijo el rey de los duendes; — dadnos algo caliente.

Una media docena de los duendes oficiales, que Gabriel reconoció por cortesanos, desaparecieron con precipitación y volvieron poco después con un vaso de fuego líquido, que presentaron al rey.

— ¡Ah! — dijo el duende, cuya garganta se puso transparente durante el tránsito del líquido; — esto calienta un poco; dad un vaso á Mr. Grub.

El desgraciado sacristán protestó en vano que él no tomaba nada caliente de noche; uno de los cortesanos lo mantuvo por la nariz y la barba, mientras otro derramaba en su boca el ardiente líquido, y toda la reunión empezó á reír, mientras el desdichado sacristán se limpiaba con el pañuelo el arroyo de lágrimas ocasionado por aquella ardiente bebida.

— Ahora, — dijo el rey fantástico, metiendo la punta de su sombrero en el ojo del sacristán, para causarle un nuevo sufrimiento, — mostrad al hombre atribiliario y misántropo algunas pinturas de nuestro museo.

Cuando el duende dijo esto, una nube espesa que obscurecía uno de los rincones de la caverna, se disipó gradualmente y dejó ver aparentemente á una gran distancia una habitación pequeña y mal amueblada, donde reinaba, sin embargo, un orden y una limpieza admira-

bles; junto al fuego se veía un sillón vacío, mientras sobre la mesa estaba arreglada una frugal comida; una joven madre, rodeada de sus hijos, iba de tiempo en tiempo á la ventana para ver si venía el que esperaba; oyóse un golpe en la puerta: la madre fué á abrir y los niños llenos de alegría batieron palmas cuando el padre llegó. Estaba mojado y fatigado, sacudió la nieve de sus vestidos, y los niños se apresuraron á rodearle para llevar uno su sombrero, el otro su capa, el uno su bastón, el otro sus guantes. En seguida el padre se sentó para cenar junto al fuego; los niños subieron á sus rodillas, la madre se sentó junto á él; la paz y la dicha brillaban en su rostro.

Pero el cuadro cambió de una manera casi imperceptible; la escena representó una pequeña alcoba, donde el más joven y el más bello de los niños yacía sobre su lecho de muerte; las rosas de sus mejillas estaban marchitas, la luz de sus ojos extinguida, y mientras el sacristán lo contemplaba con un interés que nunca había sentido, el pobre niño dió el último suspiro; sus jóvenes hermanos y hermanas rodearon la cuna y le estrecharon las manos; pero estaban frías y rígidas; retrocedieron y miraron con terror religioso su rostro infantil; porque aunque la expresión del semblante era serena, aunque el bello niño parecía dormir en paz, sus hermanitos conocían que la muerte estaba allí, y sabían que el niño era ya un ángel del cielo, desde donde los contemplaba y los bendecía.

Una ligera nube pasó de nuevo sobre la pintura, y el asunto cambió. El padre y la madre eran ya viejos y débiles, y el número de los que les rodeaban había disminuido más de la mitad; sin embargo, la paz y el regocijo reinaba en todos los rostros; la familia estaba reunida en torno del fuego, y los padres contaban y los hijos oían con delicia historias de los antiguos tiempos y de los días pasados. Dulce y tranquilamente bajó á la tumba el anciano padre, y poco después, la que había participado de todas sus penas, le siguió á la mansión del eterno reposo. Los hijos que le sobrevivieron, se arrojaron y lloraron sobre el césped del cementerio; después se levantaron y alejaron tristemente, pero sin gritos amargos, sin lamentos desesperados, porque estaban seguros de volverlos á ver algún día en el reino celeste. Tomaron parte de nuevo en las escenas activas del mundo, y la tranquilidad y el contento volvieron á habitar con ellos.

La nube descendió entonces sobre el cuadro, ocultándolo á los ojos del sacristán.

—¿Qué pensáis de esto? — preguntó el duende á Gabriel, volviendo hacia él su ancha cara.

Gabriel dijo balbuceando que aquello era un espectáculo muy divertido; pero estaba avergonzado, porque el duende fijaba en él sus feroces ojos.

—¡Miserable egoísta! — exclamó en tono de desprecio; — ¡miserable egoísta!

Parecía dispuesto á añadir alguna cosa, pero la indignación le impedía pronunciarla; levantó una de sus flexibles piernas, y agitándola por encima de su cabeza como para tomar mejor la puntería, asestó un fuerte puntapie en las espaldas de Gabriel; en seguida los demás duendes siguieron el ejemplo de su señor.

—Mostradle alguna cosa más, — dijo en seguida el rey de los duendes.

A estas palabras la nube se disipó como la primera vez, y dejó ver un rico y bello paisaje, semejante al que se descubre aún hoy junto á la abadía. El sol resplandecía en el azul del firmamento, el agua reflejaba sus rayos, y los árboles aparecían más verdes y las flores más hermosas; las ondas corrían con agradable murmullo; los pájaros cantaban en la enramada; era la mañana, la mañana embalsamada y resplandeciente de un bello día de verano.

Gabriel no parecía afectado por el espectáculo de tanta magnificencia.

—¡Miserable egoísta! — repitió el rey con tono de desprecio.

Y acto continuo agitó la pierna y aplicó á Gabriel un segundo puntapie sobre las espaldas.

Los cortesanos hicieron otro tanto.

Muchas veces se oscureció y se disipó la nube, y una serie de cuadros dió á Gabriel lecciones, que él consideraba con interés cada vez más vivo, aunque sus espaldas estaban ya muy doloridas por la aplicación repetida de los puntapies de los duendes; vió que los hombres que trabajan penosamente y ganan con el sudor de su rostro una módica subsistencia, son, sin embargo, alegres y felices: supo que aún los más ignorantes hallan un origen fecundo de delicias y tranquilidad en el dulce aspecto de la Naturaleza. En todo vió que los hombres que se afigen por el bien de los demás, son semejantes á las malas hierbas de que está infectada la superficie de la tierra: por fin, comparando el bien y el mal que allí vió, pudo deducir que el mundo, después de todo, es una especie de mundo muy honrado y muy respetable.

Pensando Gabriel estas cosas, descendió la nube y pareció pasar sobre sus ojos, sumergiendo sus sentidos en el sueño: uno tras otro desaparecieron los duendes, y cuando el último se desvaneció, Gabriel Grub cayó en un profundo sueño.

Estaba avanzado el día cuando el sacristán despertó. Se encontró tendido en el cementerio; su botella, enteramente vacía, estaba á su lado, y su vestido, su azada, su linterna, todo blanqueado por la helada, estaban esparcidos por la tierra.

Gabriel empezó á dudar de la realidad de su aventura, pero los dolores agudos que sentía en las espalda, cuando quiso levantarse, le aseguraron que los puntapiés recibidos no eran imaginarios; dudó de nuevo no viendo huellas de pasos sobre la nieve donde habían saltado los duendes; pero pronto se explicó esta circunstancia, recordando que los duendes no pueden dejar tras sí ninguna impresión visible.

Gabriel se enderezó lo mejor que pudo, y sacudiendo la nieve de su vestido, se dirigió al pueblo.

Pero su espíritu había cambiado enteramente, y no podía soportar el pensamiento de volver á donde su arrepentimiento sería puesto en duda, si no ridiculizado; vaciló durante algún tiempo, después se dirigió al campo, con intención de ir á ganar su pan á un nuevo país, cualquiera que fuese.

Se encontró aquel día en el cementerio la linterna, la azada y la botella del sacristán. Hiciéronse al principio muchas suposiciones sobre su destino; pero se decidió pronto que se lo habían llevado los duendes: hubo testigos muy verídicos que declararon haberle visto arbatado por los aires, sobre un caballo negro, el cual era tuerto, tenía cola de oso y ancas de león. Por mucho tiempo esto fué creído á pie juntillas, y el nuevo sacristán mostraba á los curiosos, por una propina, un trozo considerable de la aguja de cobre del campanario, rota por una patada de aquel caballo en su carrera aérea, y recogida por el susodicho sacristán en el cementerio, un año ó dos después del acontecimiento.

Desgraciadamente la veracidad de este relato está justificada por la reaparición inesperada de Gabriel Grub, que volvió diez años después, viejo, pobre y enfermo, pero contento. Contó sus aventuras al cura y al alcalde, de modo que pasaron al dominio de la historia, donde han estado hasta hoy; solamente los que habían creído en la rotura de la aguja, viéndose engañados, no quisieron creer nada; tomaron un ademán malicioso, alzaron los ojos y murmuraron de Gabriel Grub, diciendo que había bebido mucha Ginebra y se había dormido sobre la tumba. En cuanto á sus observaciones en la caverna de los duendes, es lo cierto que vió el mundo y aprendió en él. Esta opinión, sin embargo, no fué popular.

Cualquiera que sea la versión verdadera, es lo cierto que Gabriel Grub fué afectado de reumatismo hasta

el fin de sus días, y por tanto la historia tiene su moralidad: y es que un hombre atrabiliario, que bebe sólo la noche de Navidad, puede estar seguro de que le hará daño, aunque su aguardiente sea tan bueno como el del rey de los duendes.

### CAPITULO XXX

*De cómo los pickwickianos trabaron relaciones con dos amables jóvenes, pertenecientes á una profesión liberal. De cómo jugaron sobre el hielo. Y cómo terminó la visita.*

—Sam, ¿todavía está helando? — dijo Mr. Pickwick á su criado, cuando éste entró en su habitación la mañana de Navidad, para llevarle agua caliente.

—El agua de la tinaja tiene una capa de hielo, señor.

—¡Qué estación!

—Buen tiempo para los que están bien vestidos, señor.

—Bajaré dentro de un cuarto de hora, — dijo mister Pickwick, desatando las cintas de su gorro de dormir.

—Abajo encontraréis un par de bisturios.

—¿Un par de qué? — exclamó mister Pickwick, incorporándose en su lecho.

—Un par de bisturios, señor.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo? ¿no comprendéis que son dos cirujanos?

—¡Oh, cirujanos!

—Justamente; pero estos no son sino cirujanos en agraz; son solamente aprendices.

—En otros términos: ¿son, por lo que dices, estudiantes de medicina?

Sam hizo un signo afirmativo.

—Me alegro, — dijo Mr. Pickwick, quitándose enérgicamente el gorro; — son jóvenes amables, cuyo juicio está maduro por el hábito de observar y reflexionar, cuyo gusto está depurado por el estudio y por la lectu-

Estaba avanzado el día cuando el sacristán despertó. Se encontró tendido en el cementerio; su botella, enteramente vacía, estaba á su lado, y su vestido, su azada, su linterna, todo blanqueado por la helada, estaban esparcidos por la tierra.

Gabriel empezó á dudar de la realidad de su aventura, pero los dolores agudos que sentía en las espalda, cuando quiso levantarse, le aseguraron que los puntapiés recibidos no eran imaginarios; dudó de nuevo no viendo huellas de pasos sobre la nieve donde habían saltado los duendes; pero pronto se explicó esta circunstancia, recordando que los duendes no pueden dejar tras sí ninguna impresión visible.

Gabriel se enderezó lo mejor que pudo, y sacudiendo la nieve de su vestido, se dirigió al pueblo.

Pero su espíritu había cambiado enteramente, y no podía soportar el pensamiento de volver á donde su arrepentimiento sería puesto en duda, si no ridiculizado; vaciló durante algún tiempo, después se dirigió al campo, con intención de ir á ganar su pan á un nuevo país, cualquiera que fuese.

Se encontró aquel día en el cementerio la linterna, la azada y la botella del sacristán. Hiciéronse al principio muchas suposiciones sobre su destino; pero se decidió pronto que se lo habían llevado los duendes: hubo testigos muy verídicos que declararon haberle visto arbatado por los aires, sobre un caballo negro, el cual era tuerto, tenía cola de oso y ancas de león. Por mucho tiempo esto fué creído á pie juntillas, y el nuevo sacristán mostraba á los curiosos, por una propina, un trozo considerable de la aguja de cobre del campanario, rota por una patada de aquel caballo en su carrera aérea, y recogida por el susodicho sacristán en el cementerio, un año ó dos después del acontecimiento.

Desgraciadamente la veracidad de este relato está justificada por la reaparición inesperada de Gabriel Grub, que volvió diez años después, viejo, pobre y enfermo, pero contento. Contó sus aventuras al cura y al alcalde, de modo que pasaron al dominio de la historia, donde han estado hasta hoy; solamente los que habían creído en la rotura de la aguja, viéndose engañados, no quisieron creer nada; tomaron un ademán malicioso, alzaron los ojos y murmuraron de Gabriel Grub, diciendo que había bebido mucha Ginebra y se había dormido sobre la tumba. En cuanto á sus observaciones en la caverna de los duendes, es lo cierto que vió el mundo y aprendió en él. Esta opinión, sin embargo, no fué popular.

Cualquiera que sea la versión verdadera, es lo cierto que Gabriel Grub fué afectado de reumatismo hasta

el fin de sus días, y por tanto la historia tiene su moralidad: y es que un hombre atrabiliario, que bebe sólo la noche de Navidad, puede estar seguro de que le hará daño, aunque su aguardiente sea tan bueno como el del rey de los duendes.

### CAPITULO XXX

*De cómo los pickwickianos trabaron relaciones con dos amables jóvenes, pertenecientes á una profesión liberal. De cómo jugaron sobre el hielo. Y cómo terminó la visita.*

—Sam, ¿todavía está helando? — dijo Mr. Pickwick á su criado, cuando éste entró en su habitación la mañana de Navidad, para llevarle agua caliente.

—El agua de la tinaja tiene una capa de hielo, señor.

—¡Qué estación!

—Buen tiempo para los que están bien vestidos, señor.

—Bajaré dentro de un cuarto de hora, — dijo mister Pickwick, desatando las cintas de su gorro de dormir.

—Abajo encontraréis un par de bisturios.

—¿Un par de qué? — exclamó mister Pickwick, incorporándose en su lecho.

—Un par de bisturios, señor.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo? ¿no comprendéis que son dos cirujanos?

—¡Oh, cirujanos!

—Justamente; pero estos no son sino cirujanos en agraz; son solamente aprendices.

—En otros términos: ¿son, por lo que dices, estudiantes de medicina?

Sam hizo un signo afirmativo.

—Me alegro, — dijo Mr. Pickwick, quitándose enérgicamente el gorro; — son jóvenes amables, cuyo juicio está maduro por el hábito de observar y reflexionar, cuyo gusto está depurado por el estudio y por la lectu-

ra. Tendré mucho gusto en verlos.

—Están fumando junto á la chimenea.

—¡Ah! — dijo Mr. Pickwick frotándose las manos, — eso es precisamente lo que me gusta; superabundancia de sociabilidad.

—Y uno, — continuó Sam, — tiene puestos los pies sobre la mesa, y bebe mucho aguardiente, mientras el otro, que parece amante de los moluscos, tiene un barril de ostras sobre las rodillas y se las come al vapor, entreteniéndose en tirar las conchas al dormilón hipopótamo, que está tendido en un rincón.

—¡Excentricidades del genio, Sam! — puedes retirarte.

Sam se retiró, y un cuarto de hora después bajó Mr. Pickwick á almorzar.

—Aquí está, — exclamó Mr. Wardle: — Pickwick, os presento al hermano de miss Allen, Mr. Benjamín Allen; nosotros le llamamos Ben, y vos podéis hacer lo mismo, si queréis. Este otro caballero es un amigo íntimo.

—Mr. Bob Sawyer, — dijo Mr. Benjamín Allen, presentando á su amigo.

Inmediatamente los dos jóvenes lanzaron á duo una gran carcajada.

Mr. Pickwick saludó á Mr. Bob, y este saludó á Mr. Pickwick; después de lo cual, Ben y su amigo íntimo se ocuparon de los comestibles, lo que ofreció á Mr. Pickwick la facilidad de examinarlos.

Mr. Benjamín Allen era un joven orondo y fornido, cuyos cabellos negros estaban cortados á punta de tijera, y cuya cara blanca tenía una gran longitud: se había embellecido con un par de anteojos y llevaba corbata blanca; debajo de su traje negro, que estaba abotonado hasta la barba, aparecían las piernas, revestidas de un pantalón color de pimienta, terminadas por un par de botas imperfectamente embetunadas. Aunque las mangas de su vestido eran cortas, no permitían ver el menor vestigio de puños; y aunque su rostro era bastante ancho para admitir un cuello de camisa, no estaba, sin embargo, adornado por ningún apéndice de este género. En resumen, su traje tenía un aspecto un poco humilde, y esparcía en torno un fuerte olor á tabaco barato.

Mr. Bob Sawyer cubierto con una gran levita azul, mitad paletot, mitad gabán, con un ancho pantalón escocés, un grosero chaleco de grandes solapas, tenía aquel aspecto de presunción descarada, aquel ademán fanfarrón particular á los jóvenes que fuman en la calle durante el día, llaman á los mozos de las tabernas por su nombre de pila, y realizan en la calle otras hazañas

del mismo jaez: llevaba un grueso bastón de enorme puño; no usaba guantes; y en resumen, parecía un Robinson Crusoe en su período de libertinaje.

Tales eran las dos notabilidades á quienes mister Pickwick fué presentado en la mañana del día de Navidad.

—¡Soberbia mañana, señores! — dijo.

Mr. Bob Sawyer hizo un ligero signo de asentimiento al oír esto, y pidió la mostaza á Mr. Benjamín Allen.

—¿Habéis venido de muy lejos, señores? — preguntó Mr. Pickwick.

—De la posada de *El León azul* en Muggleton, — respondió brevemente Mr. Allen.

—Deberíais haber llegado ayer por la noche, — continuó mister Pickwick.

—Así hubiera sido, — respondió Bob, — á no ser porque el aguardiente de *El León azul* era demasiado bueno para dejarlo tan pronto: ¿no es cierto, Ben?

—Ciertamente, — respondió éste, — y los cigarros tampoco eran malos, ni las chuletas de puerco: ¿no es esto, Bob?

—Seguramente, — contestó Bob.

Y los amigos íntimos continuaron con más vigor sus ataques al almuerzo, como si el recuerdo de la noche anterior les hubiera redoblado el apetito.

—Masca bien, Bob — dijo Allen á su compañero.

—Ya lo hago — respondió Mr. Bob.

Y para hacerle justicia, hay que convenir en que lo hacía bien.

—¡Viva la disección para dar apetito! — exclamó Mr. Bob Sawyer, mirando alrededor de la mesa.

Mr. Pickwick se estremeció ligeramente.

—A propósito, Mr. Bob — dijo Mr. Allen; — ¿habéis concluido esta pierna?

—Casi, casi — respondió Mr. Sawyer, administrándose la mitad de un pollo; — tiene una musculatura muy fuerte para ser pierna de niño.

—¿De veras? — dijo con negligencia Mr. Allen.

—Sí — dijo Sawyer con la boca llena.

—Tomad la cabeza, — dijo Allen.

—Gracias — dijo Bob, — es mucho lujo para mí.

—¡Bah! ¡bah!

—Imposible; ¡si fueran sesos! pero una cabeza es superior á mis alcances.

—Chitón, señores! — exclamó Mr. Pickwick; — oigo las damas.

Las damas entraron, de vuelta de su paseo matinal; venían galantemente escoltadas por Mr. Snodgrass, mister Winkle y Mr. Tupman.

—¿Cómo, eres tú Ben? — exclamó Arabella en tono

que indicaba más sorpresa que placer de ver á su hermano.

—Mañana te llevo á casa, Arabella — respondió Benjamín.

Mr. Winkle palideció.

—¿No ves á Mr. Bob Sawyer? — continuó el estudiante.

Arabella extendió graciosamente la mano; y como Mr. Sawyer la estrechaba de un modo visible, Mr. Winkle sintió en su corazón un estrechamiento de rencor.

—Mi querido Ben — dijo Arabella sonrojándose; — ¿te han presentado á Mr. Winkle?

—No, pero tendré mucho gusto en ello — respondió el hermano gravemente.

Después saludó con seriedad á Mr. Winkle, mientras éste y Bob Sawyer se miraban de soslayo con mutua desconfianza.

La llegada de los dos nuevos personajes y la contrariedad que causaba á Arabella y á Mr. Winkle hubieran modificado de una manera desagradable la concordia de aquella sociedad, si la amabilidad de Mr. Pickwick y el buen humor de Mr. Wardle no se hubieran desplegado en grado superior para bien de todos: Mr. Winkle se insinuó gradualmente en el ánimo de Benjamín, y aun entabló una conversación amistosa con Bob Sawyer, que, gracias al aguardiente, al almuerzo y á la conversación, se encontraba en una situación de espíritu muy singular. Contó con mucha verbosidad cómo había estirpado un tumor de la cabeza de un viejo, ilustrando esta agradable anécdota con incisiones hechas en un pan de media libra con un cuchillo.

Después del almuerzo fueron á la iglesia, donde Benjamín Allen se durmió profundamente mientras mister Bob Sawyer elevaba su pensamiento sobre las cosas terrestres, grabando con un cortaplumas su nombre en letras de cuatro pulgadas sobre el respaldar del banco que tenía delante.

Después de un ligero refrigerio, el viejo Wardle dijo á sus huéspedes:

—¿Vamos á pasar una hora sobre el hielo?

—¡Buena idea! — exclamó Benjamín Allen.

—¡Famosa! — exclamó Bob Sawyer.

—Winkle — dijo Mr. Wardle, — vos patináis sin duda.

—¿Eh?... sí, ¡oh!... sí — replicó Mr. Winkle... — pero estoy un poco estropeado.

—¡Oh! Mr. Winkle — dijo Arabella, — patinad, os lo suplico; ¡me gusta tanto ver patinar!

—¡Es tan gracioso! — continuó otra joven.

Una tercera joven añadió que era elegante, una cuar-

ta que era aéreo.

—Con mucho gusto — dijo Mr. Winkle sonrojándose, —pero no tengo patines.

Esta objeción fué fácilmente contestada; Mr. Trundle tenía dos pares de patines, y el mofetudo dijo que había en la casa media docena. Al saber esta buena noticia, Mr. Winkle declaró que se alegraba mucho; pero al decir esto tenía un ademán que daba compasión.

Mr. Wardle llevó á sus amigos á un gran lago cubierto de hielo; Sam Weller y el mofetudo barrieron la nieve caída la noche anterior, y Mr. Bob Sawyer se puso los patines con una destreza que á los ojos de Winkle era verdaderamente maravillosa; en seguida empezó á trazar círculos, á describir ochos, á trazar sobre el hielo sin detenerse un solo instante una colección de agradables emblemas, con gran satisfacción de mister Pickwick, Mr. Tupman y todos los demás; pero fué mayor aun el entusiasmo cuando Mr. Wardle y Benjamín Allen, ayudados por el susodicho Bob, trazaron también un gran número de figuras y evoluciones.

Entretanto Mr. Winkle, cuyo rostro y cuyas manos estaban azules de frío, se ocupaba en ponerse los patines con la punta hacia atrás, y en trocar las correas de una manera deplorable; le había ayudado en aquella operación mister Snodgrass, que entendía de patines casi tanto como un habitante del ecuador. Al fin, con la ayuda de Sam, los patines fueron colocados convenientemente, y Mr. Winkle pudo enderezarse sobre sus piernas.

—Vamos, señor, en marcha, — le dijo Sam animándole, — en marcha; que vean lo que sois capaz de hacer.

—¡Esperad, esperad! — exclamó Mr. Winkle, que temblaba violentamente y que había agarrado á Sam por el brazo con el vigor convulsivo de un ahogado; — ¡cómo resbala esto, Sam!

—El hielo resbala siempre así; teneos fuerte, — respondió Sam.

Esta última exhortación fué inspirada á Sam por un brusco movimiento del patinador, que parecía tener un frenético deseo de levantar los pies al cielo y romper el hielo con la cabeza.

—Pero... pero estos patines no son sólidos — dijo Mr. Winkle tambaleándose.

—Creo más bien — respondió el otro, — que el patinador es el que es poco sólido.

—¿No empezáis, Winkle? — exclamó Mr. Pickwick, ignorante de lo que pasaba; — estas damas os aguardan con impaciencia.

—Sí, sí — respondió el infortunado joven con una

sonrisa que daba compasión; — sí, sí, voy al instante.

—Ya va á empezar — dijo Sam procurando desasirse de Winkle; — vamos, en marcha.

—Esperad un poco, Sam — murmuró Winkle adhiriéndose á su apoyo con la afección de una yedra á un olmo. — Ahora recuerdo que tengo en casa dos trajes que no me sirven; os los daré.

—Gracias, señor.

—No me soltéis, Sam; yo pensaba daros cinco shelines esta mañana de propina de Pascuas, pero os los daré esta tarde Sam.

—Sois muy bueno, señor.

—Sostenedme un poco, Sam; ¿queréis?... eso es; yo me habituaré pronto; no muy aprisa, Sam; no muy aprisa, Sam.

Mr. Winkle, inclinado hacia adelante, era sostenido por Sam, y avanzaba sobre el hielo de una manera singular, pero muy poco aérea, cuando Mr. Pickwick exclamó inocentemente desde la orilla opuesta:

—¡Sam!

—¡Señor!

—Ven acá; te necesito.

—Soldadme, señor; ¿no oís á mi amo que me llama? —soltadme, Mr. Winkle.

Al decir esto, Sam se desprendió con un violento esfuerzo de las manos del desdichado Winkle, y le comunicó al mismo tiempo una velocidad considerable; así es que con una rapidez que no sobrepujaría al patinador más hábil, el infortunado pickwickiano llegó al sitio en que estaban sus tres compañeros en el momento en que Mr. Bob hacía una figura de una belleza sin ejemplo; Mr. Winkle chocó violentamente con él, y los dos cayeron con estrépito sobre el suelo; acudió Mr. Pickwick. Cuando llegó, Mr. Bob se había levantado, pero Mr. Winkle era demasiado prudente para hacer otro tanto con patines en los pies; estaba sentado sobre el hielo, y hacía esfuerzos convulsivos para sonreír, mientras sus facciones expresaban la más profunda angustia.

—¿Estáis herido? — preguntó con ansiedad Benjamin.

—No mucho — respondió Mr Winkle frotándose un hombro.

—¿Queréis que os haga una sangría? — dijo Bob con cierta oficiosidad generosa.

—No, no, gracias — replicó vivamente el desconcertado pickwickiano.

—¿Qué pensáis, Mr. Pickwick? — dijo Mr. Bob Sawyer.

El filósofo estaba indignado. Hizo un signo á Sam Weller, diciendo:

—Quitadle los patines.

—¿Quitármelos? si no he hecho más que empezar — dijo Mr. Winkle en tono de reconvencción.

—¡Quitadle esos patines! — dijo Mr. Pickwick con severidad.

Era imposible resistir á una orden dada de aquel modo; Mr. Winkle permitió silenciosamente á Sam que la ejecutara.

—¡Levantaos! — dijo Mr. Pickwick.

Sam ayudó á Mr. Winkle á levantarse.

Mr. Pickwick se alejó algunos pasos, y haciendo una seña á su joven amigo de que se acercara, fijó sobre él una mirada penetrante y pronunció en tono alto estas palabras:

—Sois un impostor:

—¿Y qué? — preguntó Mr. Winkle temblando.

—Un impostor, caballero; y hablaré más claramente si queréis; un charlatán, caballero.

Habiendo pronunciado con desdén estas palabras, el filósofo dió una vuelta sobre sus talones y se reunió á los demás.

Mientras Mr. Pickwick expresaba la opinión arriba indicada, Sam y el mofetudo hacían todos los esfuerzos imaginables para echar una carrera por el hielo; la carrera era brillante y larga, y como Mr. Pickwick se sentía helado de permanecer tanto tiempo quieto, había en aquel movimiento algo que le atraía.

—Gracioso ejercicio que debe calentar, ¿no es verdad? — dijo á Mr. Wardle.

—Sí, en verdad, — respondió éste, que estaba fatigado por haber convertido sus piernas en compás inflexible que trazó sobre el hielo mil figuras geométricas; ¿queréis patinar?

—Probadlo á ver.

—¡Oh! sí, Mr. Pickwick; hacedlo — dijeron las damas.

—Tendré mucho gusto en procuraros una distracción, pero hace más de treinta años que no patino.

—¡Bah! niñería — dijo Mr. Wardle; — yo os acompañaré.

Y en efecto, el jovial viejo se lanzó sobre el hielo con una rapidez digna de Sam Weller.

Mr. Pickwick le contempló un instante en ademán reflexivo, se quitó los guantes, los puso en su sombrero, y se lanzó sobre el hielo, recorriéndolo con sus piernas abiertas dos ó tres pies; el aire resonaba con los aplausos de los espectadores.

La manera como ejecutaba Mr. Pickwick su papel en aquella ceremonia, ofrecía un espectáculo del más grande interés. ¡Con cuánta ansiedad, con cuánta tor-

tura notaba que el de detrás avanzaba con grande peligro de derribarlo por tierra! El juego se animaba cada vez más, cuando se oyó un violento estallido; todos se precipitaron hacia la orilla; las damas lanzan un grito de horror, Mr. Tupman responde con un gemido, un gran pedazo de hielo había desaparecido y el agua se agitaba en el agujero. El sombrero, los guantes y el pañuelo de Mr. Pickwick flotaban en la superficie.

El temor y la desesperación estaban pintados en todos los semblantes; los hombres palidecían, las mujeres se ponían malas; Mr. Winkle y Mr. Snodgrass se habían agarrado convulsivamente por la mano y contemplaban con ojos extraviados el sitio por donde su amo había desaparecido, mientras Mr. Tupman, inspirado por el deseo de socorrer eficazmente á su amigo, y de dar á conocer tan claramente como fuera posible á las personas que estuvieran cerca la naturaleza de la catástrofe, corría al través de los campos como un loco, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Fuego, fuego!

Sin embargo, Sam y el viejo Wardle se acercaron con cautela á la abertura, cuando una cabeza y unos hombros salieron de debajo de las aguas y ofrecieron á todas las miradas las facciones y los anteojos de mister Pickwick.

Sosteneos en el agua un instante, un solo instante—vociferó Mr. Snodgrass.

—¡Sí! — exclamó Mr. Winkle, profundamente conmovido, — sosteneos en el agua un momento.

Esta exhortación no era muy necesaria; porque, según todas las apariencias, si Mr. Pickwick hubiera podido sostenerse en el agua, no hubiera dejado de hacerlo por amor á sí mismo.

—Eh! viejo camarada, ¿hacéis pie? — dijo mister Wardle.

—Sí — dijo Mr. Pickwick, respirando fuertemente y apretándose los cabellos para hacer correr el agua; — he caído de espaldas y no he podido ponerme en pie inmediatamente.

Realizáronse prodigios de valor para sacar á mister Pickwick; después de varias remojaduras y cortes de hielo, el filósofo fué libertado de tan terrible situación, y se encontró en tierra firme.

—¡Oh, Dios mío! va á coger un constipado espantoso — exclamó Emilia.

—¡Pobrecito! — dijo Arabella; — envolveos en mi mantón, Mr. Pickwick.

—Es lo mejor que hay que hacer — añadió mister Wardle; — en seguida corred á la casa tan pronto como podáis y meteos inmediatamente en la cama.

Una docena de mantos fueron ofrecidos al instante, y Mr. Pickwick, habiendo sido bien forrado, se dirigió á la casa, guiado por Sam, ofreciendo á los que le encontraban el singular fenómeno de un hombre de edad, chorreando agua, envuelto en un manto de mujer, y trotando, sin ningún fin aparente, con una velociadd de seis millas por hora.

Pero en una circunstancia tan grave Mr. Pickwick no se cuidaba de las apariencias; sostenido por Sam, continuó corriendo á todo correr en dirección á la casa, donde ya Mr. Tupman, llegado un momento antes, había dado la voz de alarma; la vieja lady, atacada de violentas palpitaciones, se desolaba en la convicción de que se había pegado fuego á la chimenea, calamidad que se presentaba siempre á su espíritu con los más horribles colores, cuando oía en torno suyo la menor agitación.

Al día siguiente por la mañana se disolvió la jovial asociación que las fiestas de Navidad habían formado. Los amigos de Mr. Wardle se separaron por el momento, y se fueron cada uno á su casa. Mr. Pickwick y sus amigos, tomaron de nuevo su asiento en el coche de Muggleton, mientras miss Arabella Allen, conducida por su hermano Benjamín y por el amigo íntimo de su hermano, se dirigió á su destino. Nos vemos obligados á confesar que no sabemos cuál era ese destino; pero tenemos motivos para creer que Mr. Winkle no lo ignoraba.

Lo cierto es que antes de dejar á Mr. Pickwick, los jóvenes estudiantes le llevaron aparte con aire misterioso.

—Decid, viejo, ¿dónde tenéis vuestro palomar? — le preguntó Bob.

Mr. Pickwick respondió que tenía su palomar en la posada de *El Buitre*.

—Vos debéis venir á verme — contestó Bob.

—Con mucho gusto — dijo Mr. Pickwick.

—He aquí mis señas — dijo Bob sacando una tarjeta. *Calle de Land, Borough*. Es sitio conocido para mí, como veis. Junto al hospital. Cuando se pasa la iglesia de San Jorge, á la derecha.

—Desde aquí lo veo.

—Id dentro de quince días y llevad con vos vuestros cuatro amigos. Nos divertiremos.

Mr. Pickwick expresó su satisfacción, y cambiando algunos apretones de manos, los nuevos amigos se separaron.

Comprendemos que en este pasaje estamos expuestos á que se nos pregunte si Mr. Winkle cuchicheaba durante este tiempo con Arabella Allen, y en este caso,

tura notaba que el de detrás avanzaba con grande peligro de derribarlo por tierra! El juego se animaba cada vez más, cuando se oyó un violento estallido; todos se precipitaron hacia la orilla; las damas lanzan un grito de horror, Mr. Tupman responde con un gemido, un gran pedazo de hielo había desaparecido y el agua se agitaba en el agujero. El sombrero, los guantes y el pañuelo de Mr. Pickwick flotaban en la superficie.

El temor y la desesperación estaban pintados en todos los semblantes; los hombres palidecían, las mujeres se ponían malas; Mr. Winkle y Mr. Snodgrass se habían agarrado convulsivamente por la mano y contemplaban con ojos extraviados el sitio por donde su amo había desaparecido, mientras Mr. Tupman, inspirado por el deseo de socorrer eficazmente á su amigo, y de dar á conocer tan claramente como fuera posible á las personas que estuvieran cerca la naturaleza de la catástrofe, corría al través de los campos como un loco, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Fuego, fuego!

Sin embargo, Sam y el viejo Wardle se acercaron con cautela á la abertura, cuando una cabeza y unos hombros salieron de debajo de las aguas y ofrecieron á todas las miradas las facciones y los anteojos de mister Pickwick.

Sosteneos en el agua un instante, un solo instante—vociferó Mr. Snodgrass.

—¡Sí! — exclamó Mr. Winkle, profundamente conmovido, — sosteneos en el agua un momento.

Esta exhortación no era muy necesaria; porque, según todas las apariencias, si Mr. Pickwick hubiera podido sostenerse en el agua, no hubiera dejado de hacerlo por amor á sí mismo.

—¡Eh! viejo camarada, ¿hacéis pie? — dijo mister Wardle.

—Sí — dijo Mr. Pickwick, respirando fuertemente y apretándose los cabellos para hacer correr el agua; — he caído de espaldas y no he podido ponerme en pie inmediatamente.

Realizáronse prodigios de valor para sacar á mister Pickwick; después de varias remojaduras y cortes de hielo, el filósofo fué libertado de tan terrible situación, y se encontró en tierra firme.

—¡Oh, Dios mío! va á coger un constipado espantoso — exclamó Emilia.

—¡Pobrecito! — dijo Arabella; — envolveos en mi mantón, Mr. Pickwick.

—Es lo mejor que hay que hacer — añadió mister Wardle; — en seguida corred á la casa tan pronto como podáis y meteos inmediatamente en la cama.

Una docena de mantos fueron ofrecidos al instante, y Mr. Pickwick, habiendo sido bien forrado, se dirigió á la casa, guiado por Sam, ofreciendo á los que le encontraban el singular fenómeno de un hombre de edad, chorreando agua, envuelto en un manto de mujer, y trotando, sin ningún fin aparente, con una velociad de seis millas por hora.

Pero en una circunstancia tan grave Mr. Pickwick no se cuidaba de las apariencias; sostenido por Sam, continuó corriendo á todo correr en dirección á la casa, donde ya Mr. Tupman, llegado un momento antes, había dado la voz de alarma; la vieja lady, atacada de violentas palpitaciones, se desolaba en la convicción de que se había pegado fuego á la chimenea, calamidad que se presentaba siempre á su espíritu con los más horribles colores, cuando oía en torno suyo la menor agitación.

Al día siguiente por la mañana se disolvió la jovial asociación que las fiestas de Navidad habían formado. Los amigos de Mr. Wardle se separaron por el momento, y se fueron cada uno á su casa. Mr. Pickwick y sus amigos, tomaron de nuevo su asiento en el coche de Muggleton, mientras miss Arabella Allen, conducida por su hermano Benjamín y por el amigo íntimo de su hermano, se dirigió á su destino. Nos vemos obligados á confesar que no sabemos cuál era ese destino; pero tenemos motivos para creer que Mr. Winkle no lo ignoraba.

Lo cierto es que antes de dejar á Mr. Pickwick, los jóvenes estudiantes le llevaron aparte con aire misterioso.

—Decid, viejo, ¿dónde tenéis vuestro palomar? — le preguntó Bob.

Mr. Pickwick respondió que tenía su palomar en la posada de *El Buitre*.

—Vos debéis venir á verme — contestó Bob.

—Con mucho gusto — dijo Mr. Pickwick.

—He aquí mis señas — dijo Bob sacando una tarjeta. *Calle de Land. Borough*. Es sitio conocido para mí, como veis. Junto al hospital. Cuando se pasa la iglesia de San Jorge, á la derecha.

—Desde aquí lo veo.

—Id dentro de quince días y llevad con vos vuestros cuatro amigos. Nos divertiremos.

Mr. Pickwick expresó su satisfacción, y cambiando algunos apretones de manos, los nuevos amigos se separaron.

Comprendemos que en este pasaje estamos expuestos á que se nos pregunte si Mr. Winkle cuchicheaba durante este tiempo con Arabella Allen, y en este caso,

qué es lo que decía; y además si Mr. Snodgrass hablaba aparte con Emilia Wardle; y en este caso, cuál era el tema de su conversación. A esto responderemos que lo que quiera que le dijeran á las jóvenes no se lo dijeron á Mr. Pickwick ni á Mr. Tupman durante veinticuatro millas de camino, y que en todo el viaje suspiraron con frecuencia y rehusaron la cerveza y el aguardiente que se les ofrecía.

Si nuestras juiciosas lectoras pueden sacar de estos hechos algunas conclusiones satisfactorias, nosotros no nos oponemos á ello.

ALERE FLAMMA  
VERITATIS  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
CAPÍTULO XXXII  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

*Consagrado todo entero á la ley y á sus sabios intérpretes*

En varios rincones y callejuelas del Temple se encuentran algunas habitaciones sombrías y sucias, hacia las cuales se dirigen sin cesar durante la mañana y al caer de la tarde innumerables cuadrillas de pasantes de procurador, llevando enormes paquetes de papel en los bolsillos y debajo del brazo. Hay varios grados entre los pasantes, á saber: el primero, que paga pensión y es procurador en perspectiva, tiene cuenta corriente con el sastre, recibe invitaciones de tertulias, conoce varias familias, sale de la ciudad en vacaciones para ir á ver á sus padres, es en fin, el aristócrata de los pasantes.

Hay el pasante asalariado, interno ó externo, según los casos, que consagra la mayor parte de sus treinta chelines semanales á adornar y distraer su persona. Tres veces por semana asiste por mitad de precio á las representaciones del teatro *Adelphi*, y hace majestuosamente algunas proezas de libertinaje en las tabernas que están abiertas después de cerrarse los teatros; es, en fin, una deseada caricatura de la moda de hace seis meses. Viene en seguida el expedicionario, hombre de cierta edad, padre de una numerosa familia; suele emborracharse. Hay, en fin, la variedad casi infinita de pasantes, que no podemos enumerar; pero aunque innumerables, se les ve dirigirse regularmente á ciertas horas á los sitios que acabamos de mencionar.

Aquellos antros, separados del resto del mundo, nos representan las oficinas públicas de justicia. Allí se hacen las averiguaciones; allí se forman los juicios; allí se toman las declaraciones; allí se ponen en movimiento una multitud de pequeñas máquinas para tormento de los fieles súditos de su majestad y para provecho de los hombres de ley. Son en su mayor parte salas bajas y húmedas, donde las innumerables hojas de papel, depositadas desde hace un siglo, emiten un agradable perfume, al cual viene á mezclarse durante el día un olor á podredumbre, y durante la noche las exhalaciones de las capas y paraguas húmedos, de las velas rancias.

Quince días después de la vuelta de Mr. Pickwick á Londres, se vió entrar en una de aquellas oficinas, á eso de las siete y media de la tarde, á un individuo, cuyos largos cabellos estaban cuidadosamente enroscados bajo las alas de su sombrero. Llevaba un gabán obscuro, y sus pantalones estaban tan tirantes, que amenazaban romperse por las rodillas á cada movimiento. Sacó del bolsillo un pedazo de pergamino largo y estrecho, sobre el cual el funcionario imprimió un timbre negro é ilegible. El tal individuo sacó en seguida de otro bolsillo cuatro pedazos de papel de las mismas dimensiones, que contenían copias impresas del pergamino, con algunos blancos para poner nombres. Llenó los blancos, volvió á poner los cinco documentos en sus bolsillos, y se marchó á buen paso.

Aquel hombre no era otro que nuestro antiguo conocido Mr. Jackson, de la casa Dodson y Fogg, en Cornhill. Pero en lugar de volver al estudio de donde venía, dirigió sus pasos á Sun Court, y entrando en el hotel de *El Buitre*, preguntó si estaba allí un tal mister Pickwick.

—Tom — dijo la joven que estaba en el mostrador, — llama al criado de Mr. Pickwick.

—No es preciso — dijo Jackson, — vengo á negocios. Si queréis indicarme la habitación de Mr. Pickwick, subiré yo solo.

—¿Vuestro nombre? — preguntó el mozo.

—Jackson.

El mozo subió á anunciar á Mr. Jackson; pero mister Jackson le evitó la molestia de anunciarle, entrando en la habitación antes de que el mozo pudiera articular palabra.

Aquel día, Mr. Pickwick había invitado á sus tres amigos á comer, y estaban sentados alrededor del fuego, bebiendo alegremente, cuando Mr. Jackson se presentó de la manera que hemos indicado.

—¿Cómo estáis, caballero? — dijo inclinándose ante Mr. Pickwick.

qué es lo que decía; y además si Mr. Snodgrass hablaba aparte con Emilia Wardle; y en este caso, cuál era el tema de su conversación. A esto responderemos que lo que quiera que le dijeran á las jóvenes no se lo dijeron á Mr. Pickwick ni á Mr. Tupman durante veinticuatro millas de camino, y que en todo el viaje suspiraron con frecuencia y rehusaron la cerveza y el aguardiente que se les ofrecía.

Si nuestras juiciosas lectoras pueden sacar de estos hechos algunas conclusiones satisfactorias, nosotros no nos oponemos á ello.



*Consagrado todo entero á la ley y á sus sabios intérpretes*

En varios rincones y callejuelas del Temple se encuentran algunas habitaciones sombrías y sucias, hacia las cuales se dirigen sin cesar durante la mañana y al caer de la tarde innumerables cuadrillas de pasantes de procurador, llevando enormes paquetes de papel en los bolsillos y debajo del brazo. Hay varios grados entre los pasantes, á saber: el primero, que paga pensión y es procurador en perspectiva, tiene cuenta corriente con el sastre, recibe invitaciones de tertulias, conoce varias familias, sale de la ciudad en vacaciones para ir á ver á sus padres, es en fin, el aristócrata de los pasantes.

Hay el pasante asalariado, interno ó externo, según los casos, que consagra la mayor parte de sus treinta chelines semanales á adornar y distraer su persona. Tres veces por semana asiste por mitad de precio á las representaciones del teatro *Adelphi*, y hace majestuosamente algunas proezas de libertinaje en las tabernas que están abiertas después de cerrarse los teatros; es, en fin, una deseada caricatura de la moda de hace seis meses. Viene en seguida el expedicionario, hombre de cierta edad, padre de una numerosa familia; suele emborracharse. Hay, en fin, la variedad casi infinita de pasantes, que no podemos enumerar; pero aunque innumerables, se les ve dirigirse regularmente á ciertas horas á los sitios que acabamos de mencionar.

Aquellos antros, separados del resto del mundo, nos representan las oficinas públicas de justicia. Allí se hacen las averiguaciones; allí se forman los juicios; allí se toman las declaraciones; allí se ponen en movimiento una multitud de pequeñas máquinas para tormento de los fieles súditos de su majestad y para provecho de los hombres de ley. Son en su mayor parte salas bajas y húmedas, donde las innumerables hojas de papel, depositadas desde hace un siglo, emiten un agradable perfume, al cual viene á mezclarse durante el día un olor á podredumbre, y durante la noche las exhalaciones de las capas y paraguas húmedos, de las velas rancias.

Quince días después de la vuelta de Mr. Pickwick á Londres, se vió entrar en una de aquellas oficinas, á eso de las siete y media de la tarde, á un individuo, cuyos largos cabellos estaban cuidadosamente enroscados bajo las alas de su sombrero. Llevaba un gabán obscuro, y sus pantalones estaban tan tirantes, que amenazaban romperse por las rodillas á cada movimiento. Sacó del bolsillo un pedazo de pergamino largo y estrecho, sobre el cual el funcionario imprimió un timbre negro é ilegible. El tal individuo sacó en seguida de otro bolsillo cuatro pedazos de papel de las mismas dimensiones, que contenían copias impresas del pergamino, con algunos blancos para poner nombres. Llenó los blancos, volvió á poner los cinco documentos en sus bolsillos, y se marchó á buen paso.

Aquel hombre no era otro que nuestro antiguo conocido Mr. Jackson, de la casa Dodson y Fogg, en Cornhill. Pero en lugar de volver al estudio de donde venía, dirigió sus pasos á Sun Court, y entrando en el hotel de *El Buitre*, preguntó si estaba allí un tal mister Pickwick.

—Tom — dijo la joven que estaba en el mostrador, — llama al criado de Mr. Pickwick.

—No es preciso — dijo Jackson, — vengo á negocios. Si queréis indicarme la habitación de Mr. Pickwick, subiré yo solo.

—¿Vuestro nombre? — preguntó el mozo.

—Jackson.

El mozo subió á anunciar á Mr. Jackson; pero mister Jackson le evitó la molestia de anunciarle, entrando en la habitación antes de que el mozo pudiera articular palabra.

Aquel día, Mr. Pickwick había invitado á sus tres amigos á comer, y estaban sentados alrededor del fuego, bebiendo alegremente, cuando Mr. Jackson se presentó de la manera que hemos indicado.

—¿Cómo estáis, caballero? — dijo inclinándose ante Mr. Pickwick.

El filósofo saludó con ademán de sorpresa, porque no conservaba en la memoria la fisonomía de mister Jackson.

—Vengo de casa de Dodson y Fogg — dijo mister Jackson.

Nuestro héroe se irritó al oír aquellos nombres.

—Caballero — dijo, — dirigios á mi procurador, mister Perker, en Gray. ¡Jun! mozo, acompañad á este caballero.

—Os pido perdón, Mr. Pickwick — dijo Jackson, poniendo su sombrero en tierra con ademán resuelto, y sacando de su bolsillo el pergamino. — Ya sabéis, mister Pickwick, que la actación debe ser significada por un agente ó un pasante, hablando á su persona, etc.... Es preciso mucha prudencia en las formalidades legales, ¿eh? ¿eh?

Mr. Jackson apoyó entonces sus dos manos en la mesa, y mirando alrededor con una sonrisa persuasiva, continuó así:

—Vamos, no discutamos por tan poca cosa; ¿quién de vosotros, señores, se llama Snodgrass?

A esta pregunta, Mr. Snodgrass tembló tan visiblemente, que no tuvo necesidad de dar más respuesta.

—¡Ah! lo sospechaba — dijo Mr. Jackson de una manera más afable que antes; — tengo aquí un papel para vos.

—¿Para mí? — exclamó Snodgrass.

—Es tan sólo una citación, un *sub pena*, en el proceso de Bardell contra Pickwick, á petición de la demandante — replicó el representante, sacando uno de los papeles y un shelling; — creemos que será para el 14 de febrero, aunque la citación tiene la fecha del 10, y nosotros hemos pedido un jurado especial. Tomad, para vos, Mr. Snodgrass.

Y hablando así, Mr. Jackson presentó al papel á Mr. Snodgrass, y puso en su mano el papel y el shelling.

Mr. Tupman había contemplado aquella operación con asombro silencioso. De repente, el pasante le dijo, volviéndose á él de improvviso:

—Creo que vuestro nombre es Tupman, caballero, ¿no es eso?

Mr. Tupman miró á Mr. Pickwick, y replicó:

—Sí, señor, mi nombre es Tupman.

—Y este otro caballero es Mr. Winkle, según creo.

Mr. Winkle balbuceó una respuesta afirmativa, y todos tres recibieron de Mr. Jackson un pedazo de papel y un shelling.

—Ahora — dijo éste, — temo que me toméis por importuno, pero aun creo que necesito á alguno; aquí tengo el nombre de Samuel Weller.

—Mozo — dijo Mr. Pickwick, — llamad á mi criado.

El mozo se retiró muy admirado, y Mr. Pickwick hizo señas á Jackson para que se sentara.

Hubo un silencio profundo, que fué al fin interrumpido por el sirviente procesado.

—Caballero — dijo con creciente indignación, — supongo que la intención de vuestros patronos es procurar que mis amigos declaren como testigos contra mí.

Mr. Jackson aplicó su dedo índice al lado izquierdo de la nariz, á fin de dar á entender que no venía á divulgar los secretos de la oficina; después dijo:

—No puedo decir... no sé.

—¿Con qué otro objeto pueden ser citados mis amigos?...

—No os canséis... yo no sé. Los agentes de Mr. Perker se cansarán en vano para averiguar el objeto de estas citas. Cuando el juicio llegue lo sabrán todos.

Mr. Pickwick expresó con una mirada la excesiva repugnancia que aquel hombre le causaba, y hubiera acumulado espantosos anatemas sobre la cabeza de Dodson y Fogg, si no se lo hubiera impedido la entrada de Sam.

—¿Sois Samuel Weller? — dijo Jackson.

—Esa es la mayor verdad que habéis dicho en vuestra vida — dijo Sam tranquilamente.

—He aquí un *sub pena* para vos.

—¿Y qué es eso?

—He aquí el original — dijo Jackson, sin querer dar más explicaciones.

—¿Cuál?

—Este — contestó Mr. Jackson, sacudiendo el pergamino.

—¡Ah! ¿ese es el original? pues bien; me alegro mucho de conocerlo; es un agradable espectáculo que me regocija el espíritu.

—Y he aquí un shelling de parte de Dodson y Fogg.

—Es raro que me hagan ya regalos Dodson y Fogg, que me conocen bien poco. Esto es lo que yo llamo mucha política; les honra mucho este afán de recompensar el mérito donde quiera que se halle. Estoy conmovido.

Mr. Jackson parecía estar un poco amostazado de las palabras de Sam; pero como había entregado las cédulas de citación, y no tenía nada más que decir, hizo la demostración de ponerse el único guante que llevaba ordinariamente en su mano para salvar las apariencias, y volvió á su estudio á dar cuenta de su misión.

Mr. Pickwick durmió poco aquella noche. Su espíritu había sido desagradablemente excitado; almorzó muy temprano al siguiente día, y ordenando á Sam que le acompañara, se puso en camino para Grag Jun. Durante

algunos segundos, contempló con ademán distraído el rostro de su criado, y lanzó un profundo suspiro.

—¿Qué hay, señor?

—Sam, el juicio será el 14 del mes próximo.

—¡Notable coincidencia!

—¿Qué tiene de notable, Sam?

—El día de San Valentín, señor. ¡Famoso día para juzgar una violación de promesa de matrimonio!

La sonrisa de Sam no disipó la tristeza de su amo, que continuó en silencio su camino.

Al fin llegaron amo y criado al gabinete de mister Perker.

Mr. Lowten estaba en la puerta hablando con un hombre cuyo ademán y vestidos eran igualmente miserables; las botas no tenían tacones, ni sus guantes tenían dedos; se veían señales de sufrimientos, de privaciones, casi de desesperación, en su rostro flaco y demacrado por los pesares. Tenía la conciencia de su pobreza, porque se apartó hacia el lado obscuro de la escalera cuando se acercó Mr. Pickwick.

—Es una desgracia! — decía el desconocido suspirando.

—Efectivamente — respondió Lowten, garabateando su nombre sobre la puerta y borrándolo con las barbas de la pluma; — ¿queréis que le diga alguna cosa?

—¿Cuándo creéis que volverá?

—No lo sé — respondió Lowten, guiñando el ojo á Mr. Pickwick, mientras el desconocido fijaba los ojos en el suelo.

—¿No vale la pena de esperar? — preguntó el pobre hombre, mirando con envidia al interior del despacho.

—Oh, no! — contestó el pasante, colocándose en medio de la puerta. — Es seguro que no vendrá esta semana... y tal vez no venga tampoco en la que viene. Cuando Mr. Perker sale de Londres, no tiene mucha prisa en volver.

—¡Fuera de Londres! — dijo Mr. Pickwick; — ¡qué contrariedad!

—No os vayáis, Mr. Pickwick — dijo Lowten; — tengo una carta para vos.

El desconocido pareció vacilar; contempló de nuevo el suelo, y el pasante guiñó el ojo á Mr. Pickwick.

—Entrad, Mr. Pickwick — dijo Lowten; — y vos, Mr. Watty, ¿me dais algún recado ó volvéis?

—Decidle que me informe del estado de mi asunto — respondió el desventurado Watty. — ¡Por el amor de Dios, no lo olvidéis, Mr. Lowten.

—No lo olvidaré — respondió el curial. — Entrad, Mr. Pickwick. Adiós, Mr. Watty... buen tiempo para

dar un paseo.

Diciendo esto, y viendo que Mr. Watty vacilaba aun, hizo señas á Sam de que siguiera á su amo al despacho, y cerró la puerta en las narices del pobre diablo.

—¡Creo que no se ha visto nunca un banquero en quiebra más insoportable! — exclamó Lowten, dejando la pluma en la mesa con todo el mal humor de un hombre ultrajado. — No hace todavía cuatro años que su asunto está en el tribunal de la Cancillería, y viene á fastidiarnos dos veces por semana. Hace mucho frío para perder el tiempo en pie á la puerta delante de pelagatos como estos.

Profiriendo estas frases de despacho, Lowten atizaba un buen fuego; después añadió:

—Entrad por aquí, Mr. Pickwick; Mr. Perker está; yo sé que os recibirá de buena gana.

—¡Ah! mi querido amigo — dijo el pequeño procurador levantándose cuando Mr. Pickwick fué anunciado.

—¿Qué hay de vuestro negocio? ¿eh? ¿habéis oído hablar de Dodson y Fogg? No se andan por las ramas. Son unos pájaros muy gordos.

Al concluir este elogio, tomó un polvo de tabaco, por vía de tributo á la pillería de Dodson y Fogg.

—Son unos solemnes bribones — dijo Mr. Pickwick.

—Sí, sí — contestó el pequeñuelo; — es cuestión de opiniones, y no disputaremos sobre ello; por lo demás, nosotros hemos hecho lo que se ha podido; yo he aplabrado á Mr. Snubbins.

—¿Es un hábil abogado?

—¿Hábil? ¡gran Dios! qué cosas preguntáis; mister Snubbins es el primero de su profesión; tiene tres veces más negocios que los mejores abogados, está encargado de todos los procesos de esta clase; no hay que decir esto fuera, pero acá, entre nosotros, puede decirse que hace de los tribunales lo que quiere.

El hombrecillo tomó un nuevo polvo de tabaco, acompañado de un gesto misterioso.

—Han citado á mis tres amigos — dijo el filósofo.

—¡Ah! necesariamente; son testigos importantes; os han visto en una situación delicada.

—Pero no es culpa mía que ella se pusiera mala; ella misma se echó en mis brazos.

—Es muy probable, muy probable y muy natural; ¿pero cómo se probará eso?

Mr. Pickwick pasó á otro asunto, porque la pregunta de Mr. Perker le desconcertó un poco.

—También han citado á mi criado — dijo.

—¿A Sam?

Mr. Pickwick replicó afirmativamente.

—Es natural, muy natural, mi querido amigo; ya

lo sabía yo; hubiera podido decíroslo hace un mes; ya veis, amigo; si queréis arreglar vuestros asuntos vos mismo después de haberlos confiado á un procurador, es preciso sufrir las consecuencias.

Mr. Perker se irguió con dignidad.

—¿Qué quieren ellos probar con estos testigos? — preguntó Mr. Pickwick después de dos ó tres minutos de silencio.

—Que vos enviasteis á la demandante para tratar de algún arreglo. Por lo demás, no hay en esto gran inconveniente, porque creo que nuestros adversarios sacarán poco de él.

—No lo creo — dijo Mr. Pickwick, que no pudo menos de sonreír al figurarse á Sam declarando como testigo. — ¿Y qué camino vamos á adoptar? — añadió.

—Uno solo, mi querido amigo: examinar á los testigos, fiarnos en la elocuencia de Mr. Snubbins, echar un polvo á los ojos de los jueces y pedir jurado.

—¿Y si sentencian contra mí?

Mr. Perker sonrió, tomó un polvo, atizó el fuego, alzó los hombros y guardó un silencio expresivo.

—Queréis decir que en tal caso es preciso que yo pague los daños y perjuicios — continuó Mr. Pickwick, que había examinado aquella respuesta telegráfica.

Perker dió al fuego otra sacudida poco necesaria, y dijo:

—Me lo temo.

—Y yo — replicó Mr. Pickwick con energía, — yo os declaro mi resolución inquebrantable de no pagar costas de ninguna clase, ninguna, Mr. Perker; ni una guinea, ni un penique se meterán por esto en el bolsillo Dodson y Fogg; tal es mi determinación, firme, irrevocable; — y al decir esto, Mr. Pickwick descargó sobre la mesa un fuerte puñetazo para probar la irrevocabilidad de sus intenciones.

—Muy bien, amigo mío, muy bien; vos sabéis mejor que nadie lo que debéis hacer.

—Sin duda — contestó nuestro héroe con vivacidad.

—¿Dónde vive Mr. Snubbins?

—En *Old Square, Lincoln Street*.

—Quisiera verle.

—¡Ver á Mr. Snubbins! — exclamó Perker con el mayor asombro; — ¡imposible! ver á Mr. Snubbins, ¡jamás se ha pedido semejante cosa! Es cosa absolutamente imposible, á no ser que se hayan pagado los honorarios con anticipación, y que él os dé una cita.

—A pesar de todo esto, Mr. Pickwick estaba decidido á ver á Snubbins, y por consiguiente, después de haber oído de boca de su procurador que era imposible ver al abogado, nuestro héroe fué conducido por Per-

ker al gabinete exterior del ilustre letrado Mr. Snubbins.

Era una habitación muy grande, pero sin tapiz; junto al fuego había una mesa cubierta con un tapete que quería ser verde en todos los puntos donde no estaba manchado de tinta; se veían sobre la mesa una enorme cantidad de paquetes de papel atados con hilos rojos; y detrás de la mesa estaba un curial de bastante edad, cuya apariencia anunciaba la clientela lucrativa de Mr. Snubbins.

—¿El abogado está en su despacho, Mr. Maillard? — preguntó Perker al viejo pasante, ofreciéndole su tabaquera con toda la cortesía imaginable.

—Sí, pero está ocupado; ved cuánto negocio, todavía no ha podido dar su opinión sobre ninguno de ellos, aunque los honorarios de todos están pagados ya.

El pasante sonrió diciendo esto, y respiró un polvo de tabaco con una sensualidad que parecía estar compuesta de gusto por el tabaco y amor á los honorarios.

—Buena clientela! — dijo Mr. Perker.

—Sí — respondió el pasante ofreciendo á su vez la tabaquera con la mayor cordialidad; — y lo mejor del negocio es que nadie entienda la letra de mi patrono como yo; así es que cuando da una consulta es preciso que yo haga la copia, ¿eh? ¿eh?

—Lo cual contribuye á vaciar la bolsa del cliente, ¿eh? ¿eh? ¿Habéis hecho la cuenta de los honorarios que os debo? — dijo Mr. Perker.

—Todavía no.

—Pues hacédla entonces; pero estáis muy ocupado en guardar el dinero contante para ocuparos de vuestros deudores, ¿eh? ¿eh?

Esta broma pareció agrandar al pasante, que sonrió.

—Ahora, Mr. Maillard, mi querido amigo — dijo Perker recobrando su gravedad, — es preciso que persuadáis á vuestro patrono de que me reciba.

—¡Vamos, qué ocurrencia! ¡ver á Mr. Snubbins! ¡eso es absurdo!

A pesar de lo absurdo de la proposición, el pasante se dejó llevar aparte, donde no oyera Mr. Pickwick, y después de algunos cuchicheos con Perker, desapareció en el santuario de la lumbrera del derecho; volvió luego andando sobre la punta de los pies, y dijo á Perker y á Pickwick, que había decidido á Mr. Snubbins á admitirlos inmediatamente, con violación de todas las reglas establecidas.

Mr. Snubbins podía tener cincuenta años; era un individuo pálido, flaco, seco; tenía ojos redondos apagados, como se encuentran generalmente en las personas aplicadas durante muchos años á laboriosos y monótonos

estudios; sus cabellos eran pocos y lacios, lo cual podía atribuirse á que no dedicaba mucho tiempo á arreglarlos, y sobre todo, á que había llevado durante muchos años la peluca legal que se veía detrás de él sobre una cabeza de palo; las manchas que se veían en su cuello, su corbata de batista mal planchada y mal puesta, indicaban que desde que había dejado el tribunal, no había tenido tiempo de ocuparse de su vestido; libros de derecho, montones de papeles, cartas abiertas, estaban esparcidos sobre la mesa sin ninguna apariencia de orden; el mueblaje era viejo y destartado, las puertas de la biblioteca desvencijadas; el polvo cubría todos los objetos, las cortinas habían perdido el color por la edad y el humo, y en general, todo lo que había en la habitación, probaba muy claro que Mr. Snubbins estaba muy sorbido por su profesión para ocuparse de otras cosas.

El ilustre abogado estaba escribiendo cuando sus clientes entraron; saludó con aire distraído. Cuando Mr. Pickwick le fué presentado por su procurador, hizo señas de que se sentaran, colocó cuidadosamente la pluma en el tintero, cruzó la pierna izquierda sobre la derecha y esperó á que le hablaran.

—Mr. Snubbins — dijo Mr. Perker, — el señor es Mr. Pickwick, el demandado por mistress Bardell.

—¿Se me encarga este negocio?

—Sí, señor.

El abogado inclinó la cabeza y esperó otra comunicación.

—Mr. Snubbins — continuó el procurador, — mister Pickwick tenía un vivo deseo de conoceros antes que empezara á defenderle, para aseguraros que no tiene fundamento ni pretexto alguno la causa entablada contra él, y para aseguraros que no aparecería ante los tribunales si no tuviera la conciencia tranquila. ¿He expresado bien vuestro pensamiento? — continuó dirigiéndose á Mr. Pickwick.

—Perfectamente.

Mr. Snubbins cogió sus lentes, los elevó á la altura de su nariz, y después de haber considerado á nuestro héroe durante algunos segundos con gran curiosidad, se volvió hacia Mr. Perker y le dijo sonriendo:

—¿La causa de Mr. Pickwick es buena?

El procurador alzó los hombros.

—¿Os proponéis llevar testigos?

—No, señor.

La sonrisa del abogado se pronunció más; tosió ligeramente y se recostó en su sillón.

A pesar de lo ligeros que eran aquellos indicios de los sentimientos del abogado, Mr. Pickwick los compren-

dió bien; fijó más sólidamente sobre su nariz los anteojos, al través de los cuales había contemplado atentamente las demostraciones del hombre de ley, y después dijo con gran energía y despecho de los guiños y de los fruncimientos de cejas del procurador:

—¿Mi deseo de ser presentado á vos con este objeto parece extraordinario á una persona que entiende de muchos asuntos de esa clase?

El abogado se puso á mirar atentamente el fuego; y la sonrisa volvió á sus labios; mister Pickwick continuó:

—Los individuos de vuestra profesión, caballero, van siempre al lado malo de la naturaleza humana; todas las discusiones, todas las rencillas, todos los odios, se presentan ante vos; saben hasta qué punto se dejan vencer los jueces por la apariencia, y naturalmente atribuis á los otros el deseo de emplear el medio cuyo valor conocéis tan bien; porque vosotros lo empleáis constantemente con el fin laudable y honroso de hacer todo lo posible en favor de vuestros clientes; creo que es posible atribuir á esta causa la fama que vulgarmente tenéis de fríos, suspicaces y egoístas. Es cierto, como dice mister Perker, que vengo á declararos positivamente que soy inocente de la acción que se me imputa; y aunque conozco el inestimable valor de vuestra defensa, añado que renunciaría á valerme de vuestro talento, si no estuviérais absolutamente convencido de mi sinceridad.

Mucho tiempo antes del fin de este discurso, el abogado se había distraído; sin embargo, al cabo de algunos minutos de silencio, y después de haber tomado su pluma, pareció acordarse de la presencia de su cliente, y alzando los ojos del papel, dijo en tono muy brusco:

—¿Quién está conmigo en esta causa?

—Phunky, — replicó el procurador.

—¿Phunky? ¿Phunky? nunca he oído ese nombre; ¿es algún joven?

—Sí, muy joven; hace muy pocas semanas que defendió su primera causa, y hace ocho años que está en la carrera.

—Ya me lo figuraba, — dijo Mr. Snubbins con ese acento de conmiseración que se emplea en el mundo para hablar de un pobre joven sin apoyo.

—Mr. Maillard, enviad á casa de...

—Phunky, en Holborn-Court, — añadió Perker.

—Decid que haga el favor de venir aquí un instante.

Mr. Maillard partió para ejecutar su comisión, y Mr. Snubbins volvió á caer en su abstracción, hasta el momento en que llegó Mr. Phunky.

Mr. Phunky, aunque abogado en ciernes, era un hom-

bre de edad madura; tenía maneras tímidas, embarazosas, y al hablar, vacilaba penosamente. Sin embargo, este defecto no parecía natural en él, sino causado por la conciencia que tenía de los obstáculos que le ponían la falta de protección y fortuna, ó tal vez la falta de práctica: estaba intimidado por el abogado, y se mostraba obsequiosamente cortés con el procurador.

—Nunca había tenido el placer de veros, mister Phunky, — dijo Mr. Snubbins con altanera condescendencia.

Mr. Phunky saludó; había tenido durante ocho años ó más el placer de ver á Mr. Snubbins y de envidiarle también con toda la envidia de un hombre pobre.

—Estáis conmigo en esta causa, por lo que veo, — dijo el abogado.

Mr. Phunky se sonrojó y saludó.

—¿Habéis leído los autos? — continuó el ilustre Snubbins.

Mr. Phunky hubiera debido declarar que no se acordaba; pero como había examinado todos los papeles que se le habían entregado, y como día y noche no había pensado otra cosa después de dos meses, se sonrojó más y saludó de nuevo.

—He aquí á Mr. Pickwick, — dijo el letrado, agitando su pluma en la dirección del sitio en que se hallaba nuestro héroe.

Mr. Phunky saludó á Mr. Pickwick con toda la reverencia que inspira un primer cliente, y en seguida inclinó la cabeza al lado de su colega.

—Podéis hablar con Mr. Pickwick, — dijo Snubbins, —y oír todo lo que quiera comunicaros. Después tendremos una consulta.

Habiendo dado á entender de este modo que le habían molestado bastante, Mr. Snubbins aplicó sus lentes á sus ojos, saludó ligeramente y se consagró absolutamente al asunto que tenía delante. Era un prodigioso asunto, un interminable proceso, ocasionado por el hecho de un individuo muerto hacia un siglo, el cual había invadido una vereda que llevaba de un sitio de donde nadie había venido nunca, á otro sitio donde jamás había ido nadie.

Mr. Phunky no quería pasar por ninguna puerta antes que Mr. Pickwick y su procurador; así es que tardaron mucho tiempo en llegar á la calle; se pasearon largo tiempo arriba y abajo, y el resultado de su conferencia fué que era muy difícil prever si la sentencia sería favorable ó no. Era imposible prevenir el resultado del negocio.

Después de haber oído otros muchos motivos de duda ó de consuelo, igualmente relativos á su asunto, mister

Pickwick sacó á Sam del profundo sueño en que había caído después de una hora, y habiéndose despedido de Lowten, volvió á la City seguido de su fiel criado.

## CAPITULO XXXII

*Donde se describe una tertulia de soltero, dada en su casa por Mr. Bob Sawyer.*

El reposo y el silencio que caracterizan la calle de Lant, en el *Borough*, llevan al fondo del alma los tesoros de una dulce melancolía. Es una calle de travesía, cuya monotonía es consoladora, y donde se ven siempre muchos claveles clavados en las ventanas. Una casa de este sitio no podría llamarse hotel, en la estricta acepción de esta palabra; pero, sin embargo, es una vivienda muy cómoda: si alguno quiere alejarse del mundo, sustraerse á todas las tentaciones, precaverse contra todo lo que podría incitarle á asomarse á la ventana, le recomendamos esta calle con preferencia á otra cualquiera.

La noche en que Mr. Pickwick había sido invitado por Mr. Bob Sawyer, este joven estudiante y su amigo Mr. Allen estaban sentados junto á la chimenea, en una casa de la calle que hemos mencionado. Los preparativos de recepción estaban completos; los paraguas habían sido colocados detrás de la puerta del vestíbulo; la criada de la casera había quitado su gorro y su mantón de encima de la rampa de la escalera, donde estaban habitualmente depositados. No quedaban más que un par de huecos detrás de la puerta de la calle; y en fin, un candil de garabato, de larga mecha, ardía en la ventana de la escalera. Mr. Bob Sawyer había comprado él mismo los licores en una bodega de High Street, y había precedido hasta su domicilio al mozo que los llevaba, para evitar la posibilidad de un error. El ponche estaba ya preparado en una cacerola de cobre: una pequeña mesa, cubierta de un tapete verde, había sido puesta en la sala para el juego de cartas, y los vasos de la casa, con los que se habían pedido prestados en la taberna vecina, se ostentaban en una bandeja sobre el suelo. Apesar de la naturaleza singularmente satisfactoria de todos estos arreglos, una nube obscurecía la fisonomía

bre de edad madura; tenía maneras tímidas, embarazosas, y al hablar, vacilaba penosamente. Sin embargo, este defecto no parecía natural en él, sino causado por la conciencia que tenía de los obstáculos que le ponían la falta de protección y fortuna, ó tal vez la falta de práctica: estaba intimidado por el abogado, y se mostraba obsequiosamente cortés con el procurador.

—Nunca había tenido el placer de veros, mister Phunky, — dijo Mr. Snubbins con altanera condescendencia.

Mr. Phunky saludó; había tenido durante ocho años ó más el placer de ver á Mr. Snubbins y de envidiarle también con toda la envidia de un hombre pobre.

—Estáis conmigo en esta causa, por lo que veo, — dijo el abogado.

Mr. Phunky se sonrojó y saludó.

—¿Habéis leído los autos? — continuó el ilustre Snubbins.

Mr. Phunky hubiera debido declarar que no se acordaba; pero como había examinado todos los papeles que se le habían entregado, y como día y noche no había pensado otra cosa después de dos meses, se sonrojó más y saludó de nuevo.

—He aquí á Mr. Pickwick, — dijo el letrado, agitando su pluma en la dirección del sitio en que se hallaba nuestro héroe.

Mr. Phunky saludó á Mr. Pickwick con toda la reverencia que inspira un primer cliente, y en seguida inclinó la cabeza al lado de su colega.

—Podéis hablar con Mr. Pickwick, — dijo Snubbins, —y oír todo lo que quiera comunicaros. Después tendremos una consulta.

Habiendo dado á entender de este modo que le habían molestado bastante, Mr. Snubbins aplicó sus lentes á sus ojos, saludó ligeramente y se consagró absolutamente al asunto que tenía delante. Era un prodigioso asunto, un interminable proceso, ocasionado por el hecho de un individuo muerto hacia un siglo, el cual había invadido una vereda que llevaba de un sitio de donde nadie había venido nunca, á otro sitio donde jamás había ido nadie.

Mr. Phunky no quería pasar por ninguna puerta antes que Mr. Pickwick y su procurador; así es que tardaron mucho tiempo en llegar á la calle; se pasearon largo tiempo arriba y abajo, y el resultado de su conferencia fué que era muy difícil prever si la sentencia sería favorable ó no. Era imposible prevenir el resultado del negocio.

Después de haber oído otros muchos motivos de duda ó de consuelo, igualmente relativos á su asunto, mister

Pickwick sacó á Sam del profundo sueño en que había caído después de una hora, y habiéndose despedido de Lowten, volvió á la City seguido de su fiel criado.

## CAPITULO XXXII

*Donde se describe una tertulia de soltero, dada en su casa por Mr. Bob Sawyer.*

El reposo y el silencio que caracterizan la calle de Lant, en el *Borough*, llevan al fondo del alma los tesoros de una dulce melancolía. Es una calle de travesía, cuya monotonía es consoladora, y donde se ven siempre muchos claveles clavados en las ventanas. Una casa de este sitio no podría llamarse hotel, en la estricta acepción de esta palabra; pero, sin embargo, es una vivienda muy cómoda: si alguno quiere alejarse del mundo, sustraerse á todas las tentaciones, precaverse contra todo lo que podría incitarle á asomarse á la ventana, le recomendamos esta calle con preferencia á otra cualquiera.

La noche en que Mr. Pickwick había sido invitado por Mr. Bob Sawyer, este joven estudiante y su amigo Mr. Allen estaban sentados junto á la chimenea, en una casa de la calle que hemos mencionado. Los preparativos de recepción estaban completos; los paraguas habían sido colocados detrás de la puerta del vestíbulo; la criada de la casera había quitado su gorro y su mantón de encima de la rampa de la escalera, donde estaban habitualmente depositados. No quedaban más que un par de huecos detrás de la puerta de la calle; y en fin, un candil de garabato, de larga mecha, ardía en la ventana de la escalera. Mr. Bob Sawyer había comprado él mismo los licores en una bodega de High Street, y había precedido hasta su domicilio al mozo que los llevaba, para evitar la posibilidad de un error. El ponche estaba ya preparado en una cacerola de cobre: una pequeña mesa, cubierta de un tapete verde, había sido puesta en la sala para el juego de cartas, y los vasos de la casa, con los que se habían pedido prestados en la taberna vecina, se ostentaban en una bandeja sobre el suelo. Apesar de la naturaleza singularmente satisfactoria de todos estos arreglos, una nube obscurecía la fisonomía

de Mr. Bob Sawyer: sentado junto á él, Ben Allen miraba atentamente los carbones con una expresión de simpatía, que vibró en su voz, cuando dijo después de un largo silencio:

— ¡Es una maldición que ella se haya incomodado hoy! Debía haber esperado á mañana.

— ¡Es una malignidad! — exclamó Mr. Bob Sawyer con vehemencia; — ella ha dicho que si tengo bastante dinero para dar reuniones, debo tenerlo también para pagar sus cuentas.

— ¿Cuánto tiempo tiene esa cuenta? — preguntó Ben Allen (entre paréntesis, una cuenta es el motor más extraordinario que ha inventado el genio del hombre; una vez en movimiento, continúa andando por sí misma, sin pararse en toda la vida).

— No tiene más que tres ó cuatro meses, — replicó el otro.

— Ben Allen tosió con ademán desesperado, y al fin añadió:

— Pues tendrá que ver, si se le pone en la cabeza armar un escándalo cuando lleguen los amigos.

— ¡Horrible! — murmuró Bob Sawyer, — ¡horrible! En este momento se oyó un ligero golpe en la puerta: Bob miró expresivamente á su amigo, y cuando dijo «adentro», se vió aparecer en la puerta la cabeza mal peinada de una criada, cuya cabeza hubiera hecho poco honor á la hija de un barrendero retirado.

— Mr. Bob Sawyer, mistress Raddle desea hablaros. Mr. Bob no había meditado aún su respuesta, cuando la joven desapareció rápidamente, como quien es violentamente tirado por detrás, y al mismo tiempo dieron otro golpe en la puerta, que parecía decir: «soy yo, aquí estoy».

Mr. Bob miró á su amigo con aire de mortal aprensión, y gritó de nuevo:

— Entrad.

El permiso no era necesario, porque antes que hubiera sido articulado, una mujer pequeña, pálida de cólera, se lanzó dentro de la habitación.

— Mr. Sawyer, — dijo esforzándose en aparecer serena, — ¿queréis tener la bondad de arreglarme la cuenta? Os lo agradeceré, porque tengo que pagar hoy mi alquiler, y abajo me está esperando el casero.

Al concluir la mujer pequeña, se frotó las manos y fijó altivamente la mirada en la pared, por encima de la cabeza de Bob Sawyer.

— Siento muchísimo incomodaros, mistress Raddle, — respondió Bob con deferencia, — pero...

— ¡Oh! eso no me molesta, — dijo con voz agría la buena mujer; — no lo necesitaba antes de hoy, pero

como este dinero va directamente al bolsillo del casero, debéis dármelo: me lo habéis prometido para hoy, mister Sawyer, y todos los caballeros que han vivido aquí han cumplido su palabra, como debe hacerlo todo el que es verdaderamente caballero.

Habiendo hablado así, mistress Raddle sacudió la cabeza, se mordió los labios, se frotó las manos aún más fuertemente, y miró á la pared con más fijeza. Era evidente que se preparaba la tempestad.

— Lo siento mucho... mistress Raddle... Más yo creo que dentro de una semana podremos arreglarlo todo, y entonces marcharemos más regularmente.

Esto es todo lo que quería mistress Raddle: había subido al cuarto del infortunado Bob con tantas ganas de armar un escándalo, que hubiera sido contrariada si le hubieran dado el dinero. En efecto, se hallaba singularmente dispuesta á una escena ruidosa, porque había dirigido á Mr. Raddle en la cocina algunos cumplimientos preparatorios.

— ¿Creéis, Mr. Sawyer, — exclamó alzando la voz para edificación de los vecinos, — creéis que yo tendré eternamente en mi casa á un individuo que no piensa en pagar su pupilaje y que no da un ochavo siquiera para la manteca y el azúcar de su almuerzo, ni para la leche que se compra en la puerta? ¿creéis que una mujer honrada y laboriosa, que ha vivido veinte años en esta calle, no tiene más que hacer sino desvivirse para dar casa y comida á una cuadrilla de holgazanes, que están siempre fumando, bebiendo y paseando, en vez de trabajar para pagar los gastos? ¿creéis?...

— Buena mujer, — dijo Mr. Allen con voz conciliadora.

— Tened la bondad, caballero, de guardar vuestras observaciones para vos, — dijo mistress Raddle, comprimiendo repentinamente el torrente de elocuencia, y dirigiéndose al que la había interrumpido con una gravedad y una lentitud imponente; — creo, caballero, que no tenéis derecho á mezclaros en esto: no os he alquilado á vos esta habitación.

— No, ciertamente, — respondió Benjamín.

— Perfectamente, — continuó mistress Raddle con altanera cortesía, — perfectamente; contentáos con romper las piernas y los brazos á las pobres gentes del hospital, y manteneos en vuestro puesto, ó de lo contrario, habrá aquí quien os haga mantener.

— Pero sois una mujer tan poco razonable... — dijo Benjamín.

— Joven, — dijo la dama, cuyo rostro había la cólera inundado de sudor frío; — ¿queréis repetir esa palabra?

—Señora, — respondió Benjamín, que empezaba á inquietarse por cuenta suya, — yo no quería ofenderos con aquella expresión.

—Joven, — prosiguió mistress Raddle en tono aún más alto é imperativo, — ¿qué habéis dicho que soy? ¿me habéis dirigido ese expresión?

—¡Dios mío! — exclamó Benjamín.

—Os pregunto si ó no; si es á mí á quien habéis dirigido esa expresión, — dijo mistress Raddle abriendo la puerta de par en par con furor.

—¡Eh!... si... pardiez, — confesó el estudiante.

—¡Sí pardiez! — exclamó mistress Raddle retrocediendo gradualmente hacia la puerta y elevando su voz al tono más alto, para inteligencia de Mr. Raddle, que estaba en la cocina. — Está bien que me insulten en mi propia casa, mientras mi marido está abajo sin cuidarse de mí. El debería avergonzarse (mistress Raddle empezó á sollozar) de dejar que traten á su mujer como una cualquiera esos carniceros de carne humana, que deshonoran la casa. (Más lágrimas.) ¡Cobardel! ¡miserable! Dejar á su mujer expuesta á semejantes atropellos. Miren que poltrón; tiene miedo de subir á castigar á estos badulaques; tiene miedo de subir, tiene miedo de subir.

Aquí mistress Raddle se detuvo para ver si la repetición de aquel reto había despertado á su cara mitad. Viendo que nada conseguía, empezó á bajar la escalera dando grandes sollozos, cuando un doble golpe de aldabón resonó violentamente en la puerta de la calle. Ella respondió con gemidos que duraron hasta el sexto golpe, dado por el visitante; después, en un acceso de agonía mental, derribó todos los paraguas y se precipitó en su cuarto, cerrando la puerta con un ruido espantoso.

—¿Vive aquí Mr. Bob Sawyer? — preguntó mister Pickwick á la criada que le abrió la puerta.

—En el principal, la puerta frente á la escalera, — respondió la joven entrando en la cocina con su candil, perfectamente convencida de que había hecho todo lo que exigían las circunstancias.

Mr. Snodgrass, que había entrado el último, consiguió después de muchos esfuerzos cerrar la puerta de la calle, y los pickwickianos, habiendo subido la escalera con gran trabajo, fueron recibidos por Bob, que no se había atrevido á salir á encontrarlos por miedo á ser asaltado por mistress Raddle.

—¿Cómo estáis? — les dijo el estudiante. — Cuidado con los vasos.

Esta advertencia se dirigía á Mr. Pickwick que había puesto el pie sobre la bandeja.

—Os pido perdón.

—No hay de qué, no hay de qué, — respondió el anfitrión. — Estoy un poco estrecho aquí, pero es preciso tener en cuenta que se visita á un estudiante. Entrad... creo que ya conocéis á este caballero.

Mister Pickwick estrechó la mano de Benjamín Allen, y sus amigos siguieron su ejemplo. Apenas se habían sentado cuando se oyó otro golpe.

—Creo que es Jack Hopkins, — dijo Bob. — Es él, sí.

Pasos pesados resonaron en la escalera, y Jack Hopkins se presentó con chaleco de terciopelo negro, adornado con botones resplandecientes. Llevaba además una camisa blanca rayada, con cuello blanco.

—Llegáis tarde, — le dijo Ben.

—Me he detenido en el hospital.

—¿Hay algo nuevo?

—No, nada extraordinario. Un accidente bueno.

—¿Qué? — preguntó Mr. Pickwick.

—Un hombre que ha caído de un cuarto piso. Es un caso soberbio.

—¿Queréis decir que el paciente se curará pronto?

—No, — respondió el recién venido en tono indiferente; — creo más bien que morirá; pero habrá una bella operación mañana. Magnífico espectáculo, si hace Slasher la operación.

—¿Consideráis pues á Mr. Slasher como un buen cirujano?

—El mejor que existe. La semana pasada desarticuló la pierna de un niño, que se comió cinco manzanas y un pedazo de pan de especias durante la operación. Pero hubo más: dos minutos después, el chico dijo que no quería estar allí más, y que se lo diría á su madre si no empezaban otra vez.

—¿Qué admirable! — exclamó Mr. Pickwick.

—Eso no es nada, ¿no es verdad, Bob?

—Nada, — contestó Mr. Sawyer.

—A propósito, Bob, — continuó Hopkins dirigiendo al rostro atento de mister Pickwick una mirada casi imperceptible, — hemos tenido un curioso accidente la noche última. Nos han llevado un niño que se había tragado un collar.

—¿Tragar qué? — preguntó Mr. Pickwick.

—Un collar. No todo de una vez. Vos no podríais tragarlo, Mr. Pickwick, ¿eh? Los padres del chico son muy pobres; la hermana más vieja compra un collar, un collar común, con grandes bolas de madera negra. El niño que es muy amante de juguetes, escamotea el collar, lo oculta, juega con él, corta el hilo y se traga una bola. Le parece bien, y al día siguiente se traga otra...

—¡Justos cielos! — exclamó Mr. Pickwick; — ¡espantoso! Continúad.

—Al día siguiente, el niño se traga dos bolas, al otro tres, y así sucesivamente, hasta que en una semana se tragó todo el collar, compuesto de veinticinco bolas. La hermana que es una joven económica y que no gasta dinero en joyas, empieza á llorar su collar. Lo busca por todas partes, pero no lo encuentra. Algunos días después, la familia estaba comiendo una pierna de carnero asado al horno con patatas... el niño, que no tenía hambre, jugaba en la habitación. De repente se oye un ruido muy grande, como si estuviera cayendo granizo. — No hagas ese ruido, chico, le dice su padre.

—No soy yo, respondió el chico. Hubo un corto silencio, y el ruido empezó de nuevo. — Chico, dijo el padre, si no haces caso te meteremos en la cama. Al mismo tiempo sacudía al chico para hacerle comprender mejor, cuando de repente oye un ruido más pronunciado. — ¡Dios mío! exclamó; es en el cuerpo de mi hijo. Tiene el croup en el vientre. — No, no, papá; dijo el chico llorando. Es el collar de mi hermana; me lo he comido, papá. El padre toma el chico en brazos y corre con él al hospital, y por el camino, las bolas de palo resonaban en su vientre á cada movimiento. El niño está ahora en el hospital, y hace tanto ruido al andar, que ha sido preciso entablillararlo para que no despierte á los demás enfermos.

—¡Es el accidente más extraordinario que he oído mentar en mi vida! — exclamó Mr. Pickwick, dando sobre la mesa un enfático puñetazo.

—¡Oh! ¡eso no es nada todavía! — dijo Jack Hopkins. — ¿No es verdad, Bob?

—No, ciertamente.

—Os aseguro, caballero, — dijo Mr. Hopkins, — que suceden cosas muy raras en nuestra profesión.

—Lo creo fácilmente, — respondió Mr. Pickwick.

Un nuevo aldabonazo anunció un joven gordo, cuya enorme cabeza estaba sombreada por una peluca negra. Llevaba consigo un mozalvete empaquetado en un estrecho redingote, y que tenía una fisonomía escorbútica. En seguida llegó un caballero, cuya camisa estaba sembrada de pequeñas áncoras rojas. Éste fué seguido de un joven pálido, decorado con una pesada cadena de similors. La entrada de un individuo amanerado completó la reunión. La pequeña mesa del tapete verde fué traída. El primer servicio de ponche fué ofrecido en un cántaro blanco, y las tres horas siguientes fueron dedicadas á las treinta y una, á medio penique la ficha. Una vez tan sólo fué interrumpido aquel agradable juego, por una cuestión que surgió entre el joven escorbútico y el

caballero de las áncoras rojas. Es el caso, que el primero experimentó un violento deseo de tirarle de la nariz al segundo, y el que llevaba los emblemas de la esperanza dijo que no admitía ninguna insolencia, ni del joven escorbútico ni de nadie.

Cuando terminó la última banca, Mr. Bob Sawyer llamó para que sirvieran la cena.

No era operación muy fácil; en primer lugar, fué preciso despertar á la criada, que se había dormido sobre la mesa de la cocina; en esto se perdió mucho tiempo, y aún después de haber respondido á la campanilla, pasó otro cuarto de hora antes que se produjera en ella una chispa de razón; además, el hombre á quien se habían encargado las ostras, no había recibido orden de abrirlas, y era muy difícil abrir ostras con un cuchillo de mesa ó con un tenedor: la vaca no estaba bastante cocida, y se podía decir otro tanto del jamón, aunque era de la tienda inglesa de la esquina; en cambio había bastante queso para contentar á todo el mundo, porque era muy fuerte. En resumen, la cena fué tan buena como podía serlo en una reunión de esta clase.

Después de la cena, se sirvió otra vez ponche con un paquete de cigarros y una botella de aguardiente; pero entonces hubo una pausa penosa, ocasionada por una circunstancia muy común en semejantes casos.

El caso era que la criada estaba ocupada en lavar los vasos. El establecimiento se vanagloriaba de poseer cuatro; los de la patrona eran pequeños, estrechos y frágiles; los que se habían pedido prestados á la posada vecina eran grandes, henchidos, hidrópicos, sostenidos cada uno en un gran pedestal gotoso. Esto, por sí, hubiera bastado á hacer comprender á la reunión el estado de los negocios; pero la criada *fac totum*, para impedir la posibilidad de alguna duda, se había apoderado de todos los vasos antes de que la cerveza se acabara, declarando, apesar de los signos que le hacía el anfitrión, que los iba á llevar abajo para fregarlos.

El hombre amanerado se había esforzado inútilmente en concebir una gracia durante la partida; halló la ocasión, y la cogió por los cabellos. En el momento en que desaparecieron los vasos, empezó una larga historia con motivo de una respuesta singularmente feliz dada por un personaje político, cuyo nombre había olvidado, á otro individuo igualmente ilustre. Se extendió mucho y con detalles sobre diversas circunstancias accesorias, pero no pudo terminar en el momento de decir la respuesta, porque no se acordaba de ella, aunque tenía la costumbre de contar aquel cuento desde la edad de diez años.

—Es chistoso, — dijo el hombre amanerado; — ¡ol-

vidársese así!

—Lo siento, — dijo Bob, mirando con ansiedad á la puerta, porque creyó oír un choque de vasos; — lo siento.

—Y yo también, — dijo el narrador, — porque estoy seguro de que os hubiera gustado mucho; pero no temáis, dentro de una hora creo que me acordaré.

El hombre amanerado estaba en esto, cuando los vasos volvieron; y Mr. Bob Sawyer, que parecía abstraído, le dijo sonriendo graciosamente que tendría mucho gusto en oír el fin de la historia, aunque lo que ya había contado era por sí muy bonito.

En efecto, la vuelta de los vasos restableció á nuestro amigo Bob en un estado de tranquilidad que no había conocido desde su entrevista con la huésped. Su rostro se iluminó.

—Ahora, Betsy, — dijo con gran suavidad, reparando los vasos, — traed agua caliente y andaos aprisa.

—No podéis tener agua caliente, — replicó Betsy.

—¿Cómo que no? — exclamó Bob.

—No, — replicó la criada con un movimiento de cabeza muy negativo; — la señora ha dicho que no.

La sorpresa que se pintaba en el rostro de los invitados, inspiró nuevo valor al anfitrión.

—¡Traed al punto agua caliente! ¡al momento! — dijo con la calma de la desesperación.

—¡Pero si no puedo! mistress Raddle ha apagado el fuego, y ha guardado el calentador antes de acostarse.

—¡Oh! lo mismo da; no os molestéis por tan poca cosa, — dijo Mr. Pickwick, observando el tumulto de pasiones que agitaban la fisonomía de Bob Sawyer, — agua fría será lo mismo.

—Sí, ciertamente, — añadió Benjamín Allen.

—Mi patrona padece ataques de enagenación mental, — dijo Bob con una sonrisa forzada; — creo que será preciso mudarnos.

—No, no, — dijo Benjamín.

—Creo que será preciso, — dijo Bob, con una firmeza heróica; — le pagaré lo que le debo y me iré mañana.

¡Pobre joven! ¡con cuánta devoción deseaba poderlo hacer!

Los lamentables esfuerzos de Bob para soportar este último golpe, comunicaron su triste influencia á la reunión. La mayor parte de los convidados, para reanimar sus espíritus, atacaron de nuevo al ponche frío, cuyos primeros efectos se hicieron sentir por un renovamiento de hostilidades entre el joven escorbútico y el propietario de la camisa llena de áncoras; los beligerantes manifestaron su mútuo desprecio por una gran variedad de

fruncimientos de cejas; pero al fin, el joven escorbútico creyó necesario provocar una aclaración. Se verá cómo lo consiguió.

—¡Sawyer! — dijo con voz fuerte.

—¿Qué hay, Noddy? — respondió el anfitrión.

—Sentiría mucho, Sawyer, ocasionar el más ligero escándalo en la mesa de un amigo, y sobre todo en la vuestra; pero me creo obligado á aprovechar esta ocasión para decir á Mr. Gunter que no es caballero.

—Y yo, Sawyer, — contestó Mr. Gunter, — sentiría mucho alborotar la calle en que vivís; pero me veo obligado á alarmar á los vecinos tirando por la ventana á la persona que acaba de hablar.

—¿Qué queréis decir con eso, caballero? — preguntó Mr. Noddy.

—Yo comprendo lo que digo.

—Quisiera verlo.

—Dentro de un minuto.

—Dadme vuestra tarjeta.

—No me da la gana.

—¿Por qué?

—Porque la colocaríais en vuestro espejo para hacer creer que os ha visitado una persona decente.

—Caballero, un amigo mío irá á hablaros mañana.

—Me alegro de saberlo para tomar precauciones; tendré cuidado de decirle al criado que guarde las cosas de valor.

En esta parte del diálogo los circunstancias se interpusieron, haciendo ver á los dos jóvenes los inconvenientes de semejante determinación. De consiguiente mister Noddy declaró que su padre era tan caballero como el de Mr. Gunter. Mr. Gunter declaró que su padre era tan respetable como el de Mr. Noddy. Como esta declaración parecía renovar la disputa, hubo otra intervención por parte de los convidados. Siguiéron muchos gritos y apóstrofes durante los cuales Mr. Noddy se dejó vencer gradualmente por la emoción, y protestó que siempre había sentido por Mr. Gunter un afecto sin límites. A esto, Mr. Gunter protestó que quería á Mr. Noddy como á un hermano. Diéronse las manos, y todos convinieron en que aquella discusión había terminado de un modo grandemente honroso y satisfactorio para todos.

—Ahora, Bob, — dijo Jack Hopkins, — cantemos alguna canción.

Esta proposición fué recibida con aplausos tumultuosos. Mr. Hopkins cantó el *god save the queen*, con música de la nueva aria titulada *La Bahía de Vizcaya*. El estribillo era lo principal de la canción, y como todos lo cantaban con arreglo á la música que cada cual sabía, el efecto fué sorprendente.

Al concluirse la primera estrofa, Mr. Pickwick alzó las manos para reclamar la atención de los circunstantes, y dijo cuando la tranquilidad fué restablecida:

—Chitón, me parece que siento llamar arriba.

Un profundo silencio siguió á estas palabras. mister Bob Sawyer se puso pálido.

—Creo que oigo el mismo ruido. Tened la bondad de abrir la puerta.

Apenas se abrió la puerta, se disiparon las dudas.

—¡Mr. Sawyer! ¡Mr. Sawyer! — gritaba una voz en el segundo piso.

—Es mi patrona, — dijo Bob mirando á sus convidados con angustia. — Sí, mistress Raddle.

—¿Qué significa esto, Mr. Sawyer? — continuó la misma voz con acritud; — no os contentáis con no pagarme el pupilaje y dejar que me insulten vuestros amigos, sino que también armáis una barahunda en mi casa á las dos de la mañana, con tanto ruido que parece que se va á caer la casa. ¡Despedid á esa gente!

—Deberíais morir de vergüenza, — añadió la voz de Mr. Raddle, que parecía salir de entre las sábanas.

—Morir de vergüenza, eso es, — dijo su amable mitad. — ¿Pero tú, ave fría, por qué no vas á echarlos rodando por la escalera? No parece que eres hombre.

—Lo haría si yo fuese una docena de hombres, querida, — respondió pacíficamente el marido. — Ellos tienen la ventaja del número.

—¡Oh! ¡poltrón! — contestó mistress Raddle con supremo desprecio. — Mr. Sawyer, ¿queréis despedir á esa gente, si ó no?

—Ya se van, mistress Raddle, ya se van, — dijo el desventurado Bob. —Creo que haréis bien en marcharos, —dijo á sus amigos. — Indudablemente hacíamos mucho ruido.

—Es una desgracia; en el momento en que más nos divertíamos...

—¡Qué demonios! cantemos otra estrofa, — dijo Hopkins.

—No, no, Jack, no cantes, — dijo el triste anfitrión.

—Es una magnífica canción; pero creo que sería mejor dejarla aquí. Esa mujer es muy violenta, excesivamente violenta.

—¿Queréis que suba arriba y que la emprenda con el patrón? — dijo Hopkins; — ¿queréis que toque la campanilla, ó que vaya á ladrar á la escalera? Dispone de mí, Bob.

—Os agradezco mucho vuestra buena voluntad, — respondió el desdichado Bob; — pero creo que lo mejor, para evitar toda disputa, es separarnos.

—Vamos, Mr. Sawyer, — gritó de nuevo mistress

Raddle, — ¿se van esos bandoleros?

—Están buscando sus sombreros, se van en seguida, —dijo Bob.

—¡Gracias á Dios! — dijo la matrona, mostrando su gorro de dormir en la meseta de la escalera, precisamente en el momento en que Mr. Pickwick, seguido de Mr. Tupman, salía de la habitación. — ¡Gracias á Dios! ¡más valía que no hubieran venido acá!

Señora mía, — dijo Mr. Pickwick alzando la cabeza.

—Marchaos, viejo papamoscas, — contestó la Raadle, quitándose precipitadamente el gorro de dormir. — ¡Miren el viejo libertino! Vos sois el peor de todos.

Mr. Pickwick comprendió que era inútil protestar de su inocencia. Bajó repentinamente la escalera, y le siguieron sus tres compañeros. Mr. Ben Allen los acompañó hasta el puente de Londres, y por el camino confió á Mr. Winkle, como á persona digna de toda confianza, que estaba decidido á cortarle la cabeza á todo pretendiente al afecto de su hermana, que no fuera mister Bob Sawyer.

Habiendo expresado su determinación de ejecutar con la firmeza conveniente aquel penoso deber paternal, se encasquetó el sombrero hasta los ojos, avivó el paso, y se detuvo ante la puerta del mercado del Borough. Allí estuvo tocando hasta el día, en la firme persuasión de que se hallaba en la puerta de su casa.

Habiendo partido todos los convidados, gracias á las exigencias de mistress Raddle, el infortunado Bob se encontró libre para meditar sobre los acontecimientos probables del siguiente día, y sobre los placeres de aquella noche.

CAPITULO XXXIII

*Mr. Weller, el mayor, emite algunas opiniones sobre las composiciones literarias; después con el auxilio de su hijo Sam, paga una parte de la deuda que tenía con el hombre de la nariz roja.*

El 13 de febrero, como saben nuestros lectores, era la víspera del día designado para el juicio del proceso

Al concluirse la primera estrofa, Mr. Pickwick alzó las manos para reclamar la atención de los circunstantes, y dijo cuando la tranquilidad fué restablecida:

—Chitón, me parece que siento llamar arriba.

Un profundo silencio siguió á estas palabras. mister Bob Sawyer se puso pálido.

—Creo que oigo el mismo ruido. Tened la bondad de abrir la puerta.

Apenas se abrió la puerta, se dispararon las dudas.

—¡Mr. Sawyer! ¡Mr. Sawyer! — gritaba una voz en el segundo piso.

—Es mi patrona, — dijo Bob mirando á sus convidados con angustia. — Sí, mistress Raddle.

—¿Qué significa esto, Mr. Sawyer? — continuó la misma voz con acritud; — no os contentáis con no pagarme el pupilaje y dejar que me insulten vuestros amigos, sino que también armáis una barahunda en mi casa á las dos de la mañana, con tanto ruido que parece que se va á caer la casa. ¡Despedid á esa gente!

—Deberíais morir de vergüenza, — añadió la voz de Mr. Raddle, que parecía salir de entre las sábanas.

—Morir de vergüenza, eso es, — dijo su amable mitad. — ¿Pero tú, ave fría, por qué no vas á echarlos rodando por la escalera? No parece que eres hombre.

—Lo haría si yo fuese una docena de hombres, querida, — respondió pacíficamente el marido. — Ellos tienen la ventaja del número.

—¡Oh! ¡poltrón! — contestó mistress Raddle con supremo desprecio. — Mr. Sawyer, ¿queréis despedir á esa gente, si ó no?

—Ya se van, mistress Raddle, ya se van, — dijo el desventurado Bob. —Creo que haréis bien en marcharos, —dijo á sus amigos. — Indudablemente hacíamos mucho ruido.

—Es una desgracia; en el momento en que más nos divertíamos...

—¡Qué demonios! cantemos otra estrofa, — dijo Hopkins.

—No, no, Jack, no cantes, — dijo el triste anfitrión.

—Es una magnífica canción; pero creo que sería mejor dejarla aquí. Esa mujer es muy violenta, excesivamente violenta.

—¿Queréis que suba arriba y que la emprenda con el patrón? — dijo Hopkins; — ¿queréis que toque la campanilla, ó que vaya á ladrar á la escalera? Dispone de mí, Bob.

—Os agradezco mucho vuestra buena voluntad, — respondió el desdichado Bob; — pero creo que lo mejor, para evitar toda disputa, es separarnos.

—Vamos, Mr. Sawyer, — gritó de nuevo mistress

Raddle, — ¿se van esos bandoleros?

—Están buscando sus sombreros, se van en seguida, —dijo Bob.

—¡Gracias á Dios! — dijo la matrona, mostrando su gorro de dormir en la meseta de la escalera, precisamente en el momento en que Mr. Pickwick, seguido de Mr. Tupman, salía de la habitación. — ¡Gracias á Dios! ¡más valía que no hubieran venido acá!

Señora mía, — dijo Mr. Pickwick alzando la cabeza.

—Marchaos, viejo papamoscas, — contestó la Raad-le, quitándose precipitadamente el gorro de dormir. — ¡Miren el viejo libertino! Vos sois el peor de todos.

Mr. Pickwick comprendió que era inútil protestar de su inocencia. Bajó repentinamente la escalera, y le siguieron sus tres compañeros. Mr. Ben Allen los acompañó hasta el puente de Londres, y por el camino confió á Mr. Winkle, como á persona digna de toda confianza, que estaba decidido á cortarle la cabeza á todo pretendiente al afecto de su hermana, que no fuera mister Bob Sawyer.

Habiendo expresado su determinación de ejecutar con la firmeza conveniente aquel penoso deber paternal, se encasquetó el sombrero hasta los ojos, avivó el paso, y se detuvo ante la puerta del mercado del Borough. Allí estuvo tocando hasta el día, en la firme persuasión de que se hallaba en la puerta de su casa.

Habiendo partido todos los convidados, gracias á las exigencias de mistress Raddle, el infortunado Bob se encontró libre para meditar sobre los acontecimientos probables del siguiente día, y sobre los placeres de aquella noche.

CAPITULO XXXIII

*Mr. Weller, el mayor, emite algunas opiniones sobre las composiciones literarias; después con el auxilio de su hijo Sam, paga una parte de la deuda que tenía con el hombre de la nariz roja.*

El 13 de febrero, como saben nuestros lectores, era la víspera del día designado para el juicio del proceso

entablado por mistress Bardell. Fué un día fatigoso para Samuel Weller, que estuvo ocupado sin interrupción desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde en viajar desde la casa de Mr. Pickwick hasta la de mister Perker, y viceversa; no porque hubiera nada que hacer, sino porque Mr. Pickwick, encontrándose en un estado de excitación excesiva, persistía en enviar constantemente á su procurador pequeñas notas que decían: «Caro Perker, ¿todo marcha bien?» A lo cual mister Perker contesta invariablemente: «Caro Pickwick, lo mejor posible». El hecho es, como ya hemos dicho, que el resultado no podía saberse antes del siguiente día.

Pero se debe perdonar á las personas que van voluntariamente al tribunal, ó que son llevadas por primera vez, la irritación temporal y la ansiedad de que son afectadas. Sam comprendía esto, y sabía prestarse filosóficamente á las debilidades de la naturaleza humana; así es que ejecutó todas las órdenes de su amo, con un buen humor imperturbable.

Se había fortalecido con una comida muy agradable, y esperaba en la taberna el gaudeamus que Mr. Pickwick le había ofrecido, cuando un joven, cuya gorra peluda y chaqueta de franela anunciaban que tenía la laudable ambición de llegar á ser palafrenero, entró en *El Buitre* y miró á la escalera, después al corredor, después á la taberna, como para buscar á alguno para quien traía recado.

La joven del mostrador, creyendo probable que la tal comisión tuviera por objeto la vajilla del establecimiento, dijo encarándose con aquel personaje:

—Joven, ¿qué queréis?

—¿Hay aquí alguno que se llame Sam? — respondió el pilluelo con voz de falsete:

—¿Y el apellido? — preguntó Sam volviéndose.

—No lo sé — respondió vivamente el de la gorra peluda.

—¿Quién os ha mandado aquí?

—Un viejo.

—¿Qué viejo? — preguntó Sam con tono desdenoso.

—El que lleva el coche á Ipswick y para en nuestra posada. Me dijo que viniera aquí y preguntara por Sam.

—Es un preguntón ocioso — dijo Sam volviéndose con ademán explicativo á la joven del mostrador. —

Y bien, joven, ¿qué queréis de mí?

—Dice que vayáis á las seis al *Oso Azul*, que quiere veros. ¿Diré que vais?

—Sí, señor — respondió Sam con gran cortesía. — Podéis decirlo.

Con estos plenos poderes, el joven de la gorra peluda se alejó.

Sam obtuvo fácilmente el permiso de Mr. Pickwick, porque en el estado de excitación y melancolía en que se encontraba el filósofo, no le importaba estar solo. Sam se puso en camino mucho antes de la hora indicada y se dirigió al ayuntamiento. Allí se detuvo, contemplando con calma filosófica los innumerables coches de todas clases que había por los alrededores, con gran terror de las viejas del reino unido de Gran Bretaña ó Irlanda. Después se dirigió al mercado de Leaden, al través de una multitud de patios y callejuelas. Como lo que quería era hacer tiempo, se detenía delante de todos los objetos que le llamaban la atención, y pasó al fin ante una tienda de papel. Pero apenas fijó los ojos en ciertas estampas expuestas en la vidriera, se estremeció y dijo con gran vehemencia:

—¡Me he olvidado de enviarle uno! Me olvidaba de que es mañana San Valentín.

El dibujo en que se habían fijado los ojos de Sam, mientras hablaba así, representaba dos corazones humanos, de color subido, atravesados por una flecha y expuestos á la acción de un fuego ardiente. Un par de canibales, macho y hembra, en traje europeo (el caballero vestido con levita azul y pantalón blanco, la dama con manto rojo y quitasol del mismo color), se acercaban á aquel asado con expresión famélica; un chicuelo muy immodesto, porque no tenía más vestido que un par de alas, vigilaba el condimento. En resumen, era aquello una de las cartas de amor que se llaman un Valentín. En la tienda había un gran repuesto, como lo anunciaba una inscripción manuscrita pegada en los vidrios, y su precio era un shelling.

—¡Pues no me había acordado de mandarles uno! — repitió Sam.

Diciendo esto, entró en la tienda y pidió una hoja del más bello papel con canto dorado, y una pluma dura; recibió estos objetos y se puso en camino á buen paso. Cuando se halló en el mercado de Leaden, miró en torno suyo y vió una muestra sobre la cual el pintor había dibujado una cosa parecida á un elefante azul, con nariz aguileña en lugar de trompa. Conjeturando juiciosamente que aquella era la posada de *El Oso azul*, Sam entró en la casa y preguntó por el autor de sus días.

—No llegará antes de tres cuartos de hora — respondió la joven que dirigía los arreglos domésticos de *El Oso azul*.

—Muy bien — respondió Sam; — dadme nueve peniques de aguardiente con agua y un tintero.

El aguardiente, el agua y el tintero fueron entregados á Sam. Este se sentó junto al fuego, sacó de su

bolsillo el pliego de papel de canto dorado y la pluma dura; examinó cuidadosamente la hendidura de ésta, para ver si tenía algún pelo, limpió la mesa por temor de que hubiera en ella alguna miga de pan, levantó las mangas de su levita, y apoyando los codos en la mesa se preparó á escribir.

Escribir una carta no es la cosa más fácil del mundo para las personas que no se consagran á la ciencia de la caligrafía; en este caso, el que escribe cree necesario inclinar la cabeza sobre el lado izquierdo para colocar sus ojos al nivel del papel, y contemplando de lado las letras que construye, hace con los labios caracteres imaginarios, que quiere trasladar al papel. Este procedimiento retarda un poco la operación; así es que hacía hora y media que Sam trazaba sus letras, borrando con el dedo las que creía mal hechas, para hacer encima otras, cuando fué interrumpido por la llegada de mister Weller.

—Hola, Sammy — dijo el padre.

—Hola — dijo el hijo, poniendo la pluma sobre la mesa. — ¿Qué dice el último despacho de la salud de mi madrastra?

—Mistress ha pasado una buena noche; pero tiene hoy un humor de perros; este es el último despacho, Sammy.

—¿Conque cada vez peor?

—Todos los síntomas son graves. ¿Pero qué haces ahí, Sammy? instrucción primaria, ¿eh?

—Estaba escribiendo.

—¿No será á ninguna joven?

—Es una carta de San Valentín.

—¿Un qué? — exclamó el padre, á quien el sonido de aquellas palabras parecía llenar de horror.

—Un San Valentín.

—¡Samuelillo! ¡Samuelillo! — dijo el padre en tono de reconvención; — nunca hubiera creído tal cosa en ti, después del ejemplo que tienes de las inclinaciones viciosas de tu padre, después de todo lo que te he dicho sobre el asunto, después de haber vivido con tu madrastra, lo cual es una lección moral que ningún hombre debe olvidar hasta el fin de sus días. Nunca te creí capaz de eso, Sam.

Estas reflexiones eran muy tristes para el desgraciado padre; llevó á sus labios el vaso de Sam y se bebió todo el contenido.

—¡Barbaridades! yo no pienso en casarme; no os incomodéis por eso; arreglad vuestra pipa y dejadme leer mi carta.

No podemos decir si la pesadumbre de Mr. Weller se disipó por la perspectiva de su pipa ó porque pensó

que había en su familia una inclinación fatal é invencible al matrimonio. Se quitó su hopalanda, encendió la pipa, y se colocó con la espalda hacia el fuego para recibir todo el calor y apoyarse al mismo tiempo en la chimenea; después volvió hacia Sam su semblante, notablemente animado por la benigna influencia del tabaco, y le dijo que leyera.

Sam cogió la pluma del tintero para estar pronto á hacer correcciones, y comenzó con aire teatral:

—«Amable...»

—Alto — dijo Mr. Weller, tocando la campanilla; — dos vasos de lo invariable.

—Muy bien — respondió la joven.

Y con una singular presteza desapareció, volvió y se fué otra vez.

—Parece que ya os conocen aquí — dijo Sam.

—Sí — respondió el padre; — no he estado más que una vez en mi vida. Sigue.

—«Amable criatura...»

—¿Pero es verso?

—No, no.

—Tanto mejor; el verso no es natural; no hay ningún hombre que hable en verso; no hables nunca en verso, hijo. Sigue.

Esto dicho, Mr. Weller tomó su pipa con una gravedad de Aristarco, y Sam leyó lo que sigue:

—«Amable criatura: siento que mi corazón cosquillea...»

—Eso no es conveniente — interrumpió Mr. Weller, quitándose la pipa de la boca.

—No, no dice cosquillea — dijo Sam, poniendo la carta al trasluz; — hay aquí una mancha; dice: «se marea».

—Muy bien; sigue.

—«Se marea y re...» He olvidado la palabra que está aquí — dijo Sam, rascándose la oreja con la pluma.

—Pues mirala.

—Eso estoy haciendo, pero hay otra mancha; hay un *r*, y una *e*, y una *t*, y una *o*.

—¿Retoza?

—Sí.

—Adelante.

—«Mi corazón se marea y retoza cuando me ha cuerdo de vos porqué sois un lindo Pedazo de Chi ca, y yo quisiera qe alguno Biniera a de Cir locon Trario.»

—¡Bello pensamiento! — dijo Mr. Weller.

—Sí, creo que no es malo — respondió Sam con orgullo.

—Lo que me gusta en tu estilo es que no das muchos nombres á las cosas; no pones nada de Venus ni otras

cosas de ese género. ¿De qué sirve llamar á una joven Venus ó ángel?

—¡ Ah! sí, de nada sirve.

Sam continuó.

—«Hantes de Beros yo greía que todas las mu Geres eran igua Les...»

—Y lo son — dijo Mr. Weller entre paréntesis.

—«Pero aora e conosido qe vruto e si Do; porqe no ahí en Todo el mundo una presona con Bos, y os amo mucho». — Yo creo que esto debe ir más fuerte — dijo Sam levantando la cabeza.

Mr. Weller hizo un signo de aprobación, y Sam continuó:

—«Os dirré qe la 1.<sup>a</sup> y la Húnica bes que ose Bisto qedastheis imiprimida en mi corazón con dolor más Bibo qe el qe hase la máquina de perfil, que fabrica el rretrato y le pone mar ko en 2 minutos.»

—Me parece que eso está demasiado poético — dijo Mr. Weller con tono dubitativo.

—No lo creo — respondió Sam, siguiendo en su lectura para evitar toda diserción.

—«Haseptadme María como Buestro a Mante y pen Sad en lo que os digo.» — No hay más.

—Eso se concluye muy pronto, Sammy.

—No, ella desearía que fuera más larga. He aquí el gran arte de escribir cartas.

—Bien; ¿y no hay nada debajo? ¿no firmas?

—Esa es la dificultad; no sé lo que voy á firmar.

—Firma *Weller* — dijo el viejo propietario de este nombre.

—No se debe firmar una carta de San Valentín con el propio nombre.

—Firma *Pickwick*; es buen nombre y fácil de comprender.

—Me gusta la idea; si pudiera concluir con un verso...

—No me gusta eso; jamás he conocido un respetable cochero que entendiera de poesia, excepto uno que ha hecho unos versos muy tiernos, el día antes de ser ahorcado por un robo en despoblado.

Sam no pudo renunciar á la idea poética que le había ocurrido, y siguió su carta de este modo:

Quando amor me pique  
*Pickwick*.

Después de cerrar su epistola de una manera muy complicada, puso oblicuamente el sobre.

*Miss Maria Dn sella en casa de Mr. Snupkins Ar Carde de Ipswick.*

Después de puesto el sobre, guardó la carta en el bolsillo, pronta ya para echarla en el correo.

Concluído este importante asunto, Mr. Weller, el mayo, empezó á exponer el que había sido motivo de la cita de su hijo.

—¿De qué se trata?

—De un punto político. ¿Te acuerdas de aquel *Stiggins*?

—¿El de la nariz roja?

—El mismo; este hombre de la nariz roja, *Sammy*, visita á tu madrastra con una constancia y una bondad como yo no he visto nunca; ama tanto á nuestra familia, que no puede estar á gusto cuando se va, sino llevándose alguna cosa para recuerdo.

—Y si yo fuera vos — dijo Sam, — le daría una cosa tal, que no se olvidaría de vos en diez años.

—Has de saber que ahora trae siempre una botella que tiene poco más ó menos pinta y media, y la llena todos los días con nuestro rom.

—¿Y la vacía siempre antes de volver?

—No le deja más que el tapón y el olor. Pues ahora sabrás que esos tunos celebrarán esta noche la asamblea mensual de la rama de *Brick-Lane*, de la gran unión *Ebenezer*, ó sea asociación de la *Templanza*. Tu madrastra pensaba ir también; pero se ha constipado y no puede; yo he atrapado los dos billetes que le habían enviado.

Mr. Weller comunicó aquel secreto con un inmenso placer, y en seguida se puso á guiñar el ojo tan rápidamente, que Sam creyó que tenía un ataque de nervios en el párpado derecho.

—¿Y qué hacemos?

—¿Qué hacemos? Iremos á la hora fija.

Aquí Mr. Weller fué afectado de un histérico de risa que le produjo una gran sofocación; entretanto, Sam frotaba la espalda de su padre con bastante viveza para inflamarle con la fricción, si hubiera estado algo más seco.

—¿Acabaréis de reir? — le dijo Sam.

—*Sammy* — dijo Mr. Weller, mirando en derredor con desconfianza y hablando en voz baja; — dos de mis amigos, que trabajan en el camino de Oxford, traen á remolque al substituto del pastor, y cuando venga á la gran unión *Ebenezer*, estará tan lleno de rom como en *El marqués de Gramby*.

Nada podía estar más de acuerdo con las ideas de Sam que el proyecto de descubrir las inclinaciones y las verdaderas cualidades del hombre de la nariz roja. A la hora designada para la próxima reunión, se dirigieron el padre y el hijo á *Brick-Lane*, y durante el

camino echó Sam su carta en el correo.

La asamblea mensual de la asociación *La Templanza*, de *Brick-Lane*, rama de la gran unión *Ebenezer*, se celebraba en un vasto recinto, situado de una manera agradable y aérea, en lo último de una escalera cómoda y segura. El presidente era Mr. Antonio Humm, hombre convertido, después maestro de escuela, y en aquella ocasión predicador-viajero; el secretario era mister Jonás Mudge, vaso de entusiasmo y de interés, que vendía te á los miembros de la asociación. Antes de empezar la sesión, las damas estaban sentadas sobre taburetes y bebían te; una ancha alcancía estaba colocada sobre el tapete verde de la mesa, detrás de la cual estaba el secretario, reconociendo con una graciosa sonrisa cada adición al rico venero de cobre que encerraba el cofre.

En la presente ocasión, las damas empezaron por beber una cantidad de te casi alarmante, con gran horror de Mr. Weller, que despreciando los signos de Sam, dirigía en derredor suyo miradas donde podía leerse el asombro y el despecho.

—Sammy, á estas damas les han de hacer alguna operación de hidropesía. ¿Ves aquella vieja? Se está ahogando en te.

—¿No podéis estaros callado y quieto? — dijo Sam.

—Sammy — continuó Mr. Weller al cabo de un minuto y con acento de agitación profunda; — atiende á lo que te digo; si ese secretario continúa cinco minutos, va á reventar á fuerza de comer tostadas y beber te.

—Pues bien, dejadle; esto no nos importa.

—Si esto dura — continuó Mr. Weller en voz baja, — creo que mi deber, como hombre y como cristiano, es levantarme y dirigir algunas palabras al presidente. Hay allí una joven que ha bebido nueve tazas de te; mira cómo se va inflando.

Indudablemente hubiera Mr. Weller hecho lo que decía, si un gran ruido ocasionado por el choque de las tazas no hubiera anunciado que el te había terminado. La sesión fué comenzada por un hombrecillo calvo, con pantalón de terciopelo, el cual subió al tablado con peligro de romperse sus flacas piernas.

—Señoras y caballeros — dijo el calvo; — yo llevo al sillón á nuestro excelente hermano Mr. Antonio Humm.

Al oír esta proposición, las damas agitron una elegante colección de pañuelos; y el impetuoso hombrecillo llevó literalmente al sillón á Mr. Humm, cogiéndole por los hombros y empujándole hacia un utensilio de caoba, que en otra ocasión había representado aquel mueble.

La agitación de los pañuelos se renovó, y Mr. Humm, que tenía un semblante resplandeciente en estado de transpiración perpetua, saludó con gracia á la asamblea, con gran admiración de las hembras, y tomó gravemente posesión de su asiento. Reclamó el hombrecillo el silencio, y entonces se levantó Mr. Humm y dijo que, con permiso de los hermanos y hermanas de la rama de *Brick-Lane* allí presentes, el secretario leería el acta del comité de la rama de *Brick-Lane*, proposición que fué acogida con una nueva oscilación de pañuelos.

El secretario estornudó de una manera muy expresiva; la tos que se apodera siempre de una asamblea cuando va á empezar la sesión, tuvo su curso regular, y se oyó la lectura del siguiente documento:

*Informe del comité de la rama de Brick-Lane, de la gran unión Ebenezer, de la asociación de La templanza.*  
Vuestro comité ha proseguido en sus agradables trabajos durante el mes pasado, y tiene el indecible placer de participaros los siguientes casos de las personas nuevamente convertidas á la Templanza.

H. Walker, sastre, la mujer y sus dos hijos. El confiesa que cuando estaba en fondos tenía la costumbre de beber cerveza. Dice que no está seguro de haber bebido durante veinte años dos veces por semana esa bebida, que según vuestro comité está compuesta de aguardiente, ginebra y especias. (Aquí una mujer de edad exhaló un suspiro y dijo: «es verdad»). Ahora se encuentra sin trabajo y sin dinero; él cree que esto es causado por la ginebra (aplausos) ó por la pérdida del uso de la mano derecha. El cree muy probable que si nunca hubiera bebido aguardiente, su camarada no le hubiera picado con una aguja oxidada, que es la causa de aquel accidente (inmensos aplausos). No tiene que beber más que agua blanca, y no siente nunca sed (grandes aplausos).

Betzy Martín, viuda, no tiene más que un hijo y un ojo; va de día á las casas á servir como criada y lavandera. Nunca ha tenido más que un ojo; pero sabe que su madre bebía mucho, y atribuye la falta de su ojo á esta causa (terribles aplausos). Parece muy posible que tuviera ahora dos ojos, si se hubiese abstenido de beber bebidas espirituosas (aplausos formidables). Estaba acostumbrada á recibir por día un shelling, una pinta de cerveza y un vaso de aguardiente; pero después que es miembro de la asociación la Templanza, pide en lugar de aquello tres shellines. (Estrepitosas muestras de entusiasmo).

Enrique Beller ha sido durante muchos años fondista, para dar comidas de corporación. En aquel tiempo

bebía una gran cantidad de vinos extranjeros. Tal vez se llevó á su casa todos los días una botella ó dos. No está seguro de esto, pero sí sabe que, si las llevó, se las bebió todas. Ahora se encuentra muy agitado y muy melancólico. No puede dormir y siente mucha sed. Cree que lo que acostumbraba beber era vino (aplausos). Ahora está sin empleo, y no ve ni siquiera una gota de vinos extranjeros (aplausos espantosos).

Tomás Buntén, comerciante (el nombre de este individuo es oído con singular interés) Tiene una pierna de palo, y cree que una pierna de palo cuesta cara cuando se anda con ella por las calles. Tenía costumbre de comprar de lance piernas de palo, y bebía regularmente todos los días un gran vaso de ginebra; algunas veces (profundos aplausos). Notó que las piernas compradas de lance se rompían y podrían prontamente; hoy está íntimamente convencido de que su constitución está minada por la ginebra (aplausos prolongados). Compra ahora piernas de palo nuevas y no bebe sino agua y te suave. Las piernas de palo le duran hoy más que las de antes y atribuye esto únicamente á sus hábitos de templanza (aplausos de triunfo).

Después de esta lectura, Antonio Humm propuso á la asamblea regocijarse con una canción. La invitó á cantar la letra de *El alegre marinero*, adaptada á la música del centésimo salmo del hermano Mordlin, para favorecer los goces morales ó intelectuales de la sociedad (grandes aplausos). Mr. Antonio Humm, aprovechó aquella oportunidad de expresar su firme persuasión de que el difunto Mr. Dibdin, reconociendo los errores de su juventud, había escrito aquella canción para demostrar las ventajas de la abstinencia.

—Es una canción de templanza, — dijo (grandes aplausos). — La limpieza del traje de remero, su habilidad náutica, la envidiable disposición de su espíritu, que le permitía, como dice el poeta, *remar todo el día sin pensar en nada*, todo se reúne para probar que debía ser bebedor de agua (aplausos entusiastas). ¿Y cuál fué la recompensa del joven? ¿Que los jóvenes aquí presentes atiendan á esto! Los jóvenes se apresuraron á entrar en su barco (grandes aplausos). ¡Qué brillante ejemplo! ¿Pero eran sólo los jóvenes de baja calidad los que le sostenían y le fortalecían en sus hábitos de templanza? ¡No! (inmensos aplausos). El sexo dulce se levantaba como un solo hombre... perdón, como una sola mujer alrededor del joven remero, y se apartaba con disgusto de los bebedores de licores espirituosos. Los hermanos de *Brick-Lane* son remeros de agua dulce. Esta habitación es un barquichuelo, este auditorio representa á los jóvenes, y este orador, aunque indigno, repre-

senta su querido remero (aplausos interminables).

—Sammy, ¿qué quiere decir sexo dulce? — preguntó Mr. Weller en voz baja.

—La mujer — respondió Sam en el mismo tono.

—Muy dulce tiene que ser para dejarse remar por ese papamoscas.

A poco de empezarse la canción, el hombrecillo calvo desapareció, y volvió cuando el canto había terminado, y habló bajo á Mr. Antonio Humm con ademán de importancia.

—Amigos — dijo Mr. Humm, — un delegado de la rama de Dorking, de nuestra sociedad, el hermano Stiggins, está abajo.

Los pañuelos se agitaron de nuevo, porque Mr. Stiggins era muy popular entre las damas de *Brick-Lane*.

—Puede entrar — dijo Humm, mirando en torno suyo con una sonrisa. — Hermano Tadger, que venga á nuestro lado y ejecute su misión.

—Aquí viene, Sammy — dijo Mr. Weller al oído de su hijo.

—No le digáis nada, no podría contenerme; está en la puerta; siento que se da un cabezazo contra el tabique.

Mientras Sam hablaba, se abrió la puerta y el hermano Tadger apareció inmediatamente seguido por el reverendo Stiggins; la entrada de éste fué acogida con aplausos y agitaciones de pañuelos; pero á todas estas manifestaciones no respondió el hermano Stiggins ni una palabra, contentándose con mirar con una sonrisa estúpida la luz que ardía sobre la mesa. Al andar, balanceaba el cuerpo de una manera irregular y alarmante.

—¿No os sentís bien, hermano Stiggins? — le dijo Mr. Antonio Humm.

—Estoy muy bien, caballero — contestó Mr. Stiggins, con una voz tan fuerte como le permitía la torpeza de su lengua; — estoy perfectamente, caballero.

—Tanto mejor — contestó Mr. Humm, retrocediendo algunos pasos.

—Espero que no habrá aquí nadie que se atreva á decir que no estoy bien.

—¡Oh! ciertamente no.

—¡Les reto á que lo digan, caballero! ¡les reto á que lo digan!

Durante este coloquio, la reunión estaba perfectamente silenciosa, esperando con una sonrisa de ansiedad el momento de pasar á ocuparse de sus trabajos ordinarios.

—Hermano — dijo Mr. Humm con una sonrisa ofensiva. — ¿queréis predicar á la asamblea?

—No — replicó Mr. Stiggins.

La asamblea alzó los ojos al cielo y un murmullo general de admiración resonó en la sala.

—Caballero — dijo Mr. Stiggins, desabrochándose el vestido y en voz muy alta; — se me figura que esta asamblea está vergonzosamente embriagada. Hermano Tadger — continuó con creciente ferocidad, — me parece que estáis borracho.

Al decir esto, Mr. Stiggins, con el loable propósito de estimular la sobriedad de la asamblea y de excluir toda persona indigna, descargó sobre las narices de mister Tadger un puñetazo tan bien apliado, que el pequeño secretario desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Había sido precipitado por la escalera abajo.

Al ver este movimiento declamatorio, las mujeres lanzaron gritos desgarradores, y precipitándose sobre sus hermanos, los rodearon con los brazos para preservarles del peligro. Esta prueba de afecto fué fatal para el hermano Humm, porque estuvo á punto de ser ahogado por las hermanas, que se le colgaron al cuello, prodigándole toda clase de caricias; casi todas las luces fueron apagadas, y no se oyó más que una algarabía espantosa.

—Ahora, Sammy, me toca á mí — dijo Mr. Weller, quitándose el gabán con ademán resuelto.

—Qué vais á hacer?

—No te inquietes; voy á arreglar mis cuentas con ese Stiggins.

Habiendo dicho esto, y antes que Sam pudiera retenerle, el heroico viejo penetró en un rincón de la estancia donde se encontraba el reverendo Stiggins, y le atacó con admirable destreza.

—Vámonos — le dijo Sam.

—¡Acércate! — dijo Mr. Weller, y sin más advertencia, administró al reverendo Stiggins un mocicón en la cabeza; después se puso á bailar en torno suyo con una destreza increíble á su edad.

Viendo que sus observaciones eran inútiles, Sam tomó el gabán de su padre, y asiendo por el cuello al robusto cochero, lo arrastró fuera de allí, bajó con él la escalera, y no le soltó hasta ponerle en la calle. Cuando llegaron abajo, oyeron el tumulto ocasionado por la dispersión de los hermanos de la rama *Brick-Lane* de la asociación de la Templanza, y vieron, por último, pasar á Mr. Stiggins, á quien entre los gritos del populacho llevaban á pasar la noche á la sombra.

## CAPITULO XXXIV

*Enteramente consagrado á una reseña completa y fiel del famoso proceso Bardell contra Pickwick.*

—Yo quisiera saber lo que el jefe del jurado ha comido hoy en el almuerzo, — dijo Mr. Snodgrass, en la memorable mañana del 14 de febrero.

—¡Ah! — respondió Mr. Perker; — creo que habrá hecho un buen almuerzo.

—Por qué? — preguntó Mr. Pickwick.

—Es importante, sumamente importante, amigo mío. Un buen jurado que haya almorzado bien, es cosa capital para nosotros. Los jurados hambrientos ó tristes son buenos para el demandante.

—Pero, ¿en qué consiste? — preguntó Mr. Pickwick estupefacto.

—No lo sé — respondió el procurador. — Cuando el jurado se retira á la cámara de las deliberaciones, si la hora de la comida se acerca, el presidente saca el reloj y dice: — ¡Gran Dios! ¡las cinco y media, y como á las cinco! — Yo también, dicen los otros, excepto que debían haber comido á las tres, y que por consiguiente, tienen más prisa. El presidente sonríe y guarda el reloj. — Pues bien, señores; ¿qué hacemos? ¿El demandante ó el demandado?... Yo creo... se me figura que el demandante tiene razón... Entonces, dos ó tres del jurado dicen lo mismo, como es natural, y entonces sentencian todos unánimemente, como es natural. — Las nueve y diez; ya es hora de partir. La sala del tribunal está siempre llena cuando se trata de una violación de promesa de matrimonio. Pedid un coche, si no queréis que lleguemos tarde.

Mr. Pickwick tiró de la campanilla; trajeron un coche, y los cuatro pickwickianos se dirigieron en él, acompañados de Mr. Perker, á Gildall Sam Weller, Mr. Lowten y el saco azul que contenía los autos, seguían en un cabriolet.

—Lowten — dijo Perker cuando llegaron á la sala; llevad á Mr. Pickwick á la tribuna.

—Por aquí, caballero, por aquí.

El procurador llevó á Mr. Pickwick á un sitio poco elevado, situado debajo de la oficina del consejo del rey. Desde allí los procuradores pueden cuchichear cómodamente al oído de los abogados, indicándoles los datos que la marcha del proceso hace necesarios. Son invisibles á la mayor parte de los espectadores, porque están sen-

La asamblea alzó los ojos al cielo y un murmullo general de admiración resonó en la sala.

—Caballero — dijo Mr. Stiggins, desabrochándose el vestido y en voz muy alta; — se me figura que esta asamblea está vergonzosamente embriagada. Hermano Tadger — continuó con creciente ferocidad, — me parece que estáis borracho.

Al decir esto, Mr. Stiggins, con el loable propósito de estimular la sobriedad de la asamblea y de excluir toda persona indigna, descargó sobre las narices de mister Tadger un puñetazo tan bien apliado, que el pequeño secretario desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Había sido precipitado por la escalera abajo.

Al ver este movimiento declamatorio, las mujeres lanzaron gritos desgarradores, y precipitándose sobre sus hermanos, los rodearon con los brazos para preservarles del peligro. Esta prueba de afecto fué fatal para el hermano Humm, porque estuvo á punto de ser ahogado por las hermanas, que se le colgaron al cuello, prodigándole toda clase de caricias; casi todas las luces fueron apagadas, y no se oyó más que una algarabía espantosa.

—Ahora, Sammy, me toca á mí — dijo Mr. Weller, quitándose el gabán con ademán resuelto.

—Qué vais á hacer?

—No te inquietes; voy á arreglar mis cuentas con ese Stiggins.

Habiendo dicho esto, y antes que Sam pudiera retenerle, el heroico viejo penetró en un rincón de la estancia donde se encontraba el reverendo Stiggins, y le atacó con admirable destreza.

—Vámonos — le dijo Sam.

—¡Acércate! — dijo Mr. Weller, y sin más advertencia, administró al reverendo Stiggins un mocicón en la cabeza; después se puso á bailar en torno suyo con una destreza increíble á su edad.

Viendo que sus observaciones eran inútiles, Sam tomó el gabán de su padre, y asiendo por el cuello al robusto cochero, lo arrastró fuera de allí, bajó con él la escalera, y no le soltó hasta ponerle en la calle. Cuando llegaron abajo, oyeron el tumulto ocasionado por la dispersión de los hermanos de la rama *Brick-Lane* de la asociación de la Templanza, y vieron, por último, pasar á Mr. Stiggins, á quien entre los gritos del populacho llevaban á pasar la noche á la sombra.

## CAPITULO XXXIV

*Enteramente consagrado á una reseña completa y fiel del famoso proceso Bardell contra Pickwick.*

—Yo quisiera saber lo que el jefe del jurado ha comido hoy en el almuerzo, — dijo Mr. Snodgrass, en la memorable mañana del 14 de febrero.

—¡Ah! — respondió Mr. Perker; — creo que habrá hecho un buen almuerzo.

—Por qué? — preguntó Mr. Pickwick.

—Es importante, sumamente importante, amigo mío. Un buen jurado que haya almorzado bien, es cosa capital para nosotros. Los jurados hambrientos ó tristes son buenos para el demandante.

—Pero, ¿en qué consiste? — preguntó Mr. Pickwick estupefacto.

—No lo sé — respondió el procurador. — Cuando el jurado se retira á la cámara de las deliberaciones, si la hora de la comida se acerca, el presidente saca el reloj y dice: — ¡Gran Dios! ¡las cinco y media, y como á las cinco! — Yo también, dicen los otros, excepto que debían haber comido á las tres, y que por consiguiente, tienen más prisa. El presidente sonríe y guarda el reloj. — Pues bien, señores; ¿qué hacemos? ¿El demandante ó el demandado?... Yo creo... se me figura que el demandante tiene razón... Entonces, dos ó tres del jurado dicen lo mismo, como es natural, y entonces sentencian todos unánimemente, como es natural. — Las nueve y diez; ya es hora de partir. La sala del tribunal está siempre llena cuando se trata de una violación de promesa de matrimonio. Pedid un coche, si no queréis que lleguemos tarde.

Mr. Pickwick tiró de la campanilla; trajeron un coche, y los cuatro pickwickianos se dirigieron en él, acompañados de Mr. Perker, á Gildall Sam Weller, Mr. Lowten y el saco azul que contenía los autos, seguían en un cabriolet.

—Lowten — dijo Perker cuando llegaron á la sala; llevad á Mr. Pickwick á la tribuna.

—Por aquí, caballero, por aquí.

El procurador llevó á Mr. Pickwick á un sitio poco elevado, situado debajo de la oficina del consejo del rey. Desde allí los procuradores pueden cuchichear cómodamente al oído de los abogados, indicándoles los datos que la marcha del proceso hace necesarios. Son invisibles á la mayor parte de los espectadores, porque están sen-

tados mucho más bajo que los abogados y que los jueces, cuyos asientos dominan el estrado.

—¿Esta es la tribuna de los testigos? — dijo mister Pickwick, indicando á su izquierda una especie de catreda rodeada de una balaustrada de cobre.

—Sí — respondió Mr. Perker, extrayendo una gran cantidad de papeles del saco azul que Lowten acababa de dejar á sus pies.

—¿Y allí — dijo Mr. Pickwick indicando á su derecha un par de bancos encerrados en otra balaustrada, — allí se sientan los jueces?

—Justamente — respondió Mr. Perker tomando un polvo.

Mr. Pickwick, informado de todo, paseó sus miradas por la sala.

Había en la galería una multitud de espectadores, y en el sitio de los abogados una excelente colección de individuos con peluca. Un saludo de Mr. Punky cuando entró á tomar su sitio detrás del banco reservado al consejo, atrajo la atención de Mr. Pickwick. Apenas le había contestado, apareció Mr. Snubbins, seguido de mister Maillard, que depositó sobre la mesa un enorme saco rojo. Después entraron dos ó tres abogados más, y entre ellos un hombre rubicundo, que hizo un amistoso signo á Mr. Snubbins y le dijo que la mañana era buena.

—¿Quién es ese hombre rubio? — preguntó mister Pickwick á su procurador.

—Es Mr. Buzfuz, el abogado de nuestra adversaria. Aquel caballero colocado detrás de él es Mr. Shimpin, su compañero.

Mr. Pickwick, lleno de horror al ver la maldad de aquel hombre, iba á preguntar cómo Mr. Buzfuz, que era el abogado de la parte contraria, se permitía decir á su propio abogado que la mañana era buena, cuando fué interrumpido por un grito de *silencio*, que profirieron los alguaciles. Mr. Pickwick se levantó y advirtió que aquel ruido provenía de la entrada del juez.

El juez, Mr. Stareleigh, era un hombre tan excesivamente pequeño y gordo, que parecía todo cara y todo chaleco. Rodó por la sala sobre dos pequeñas piernas, y saludando gravemente á los demás jueces, puso sus piernas bajo la mesa y su sombrero tricorno encima. Cuando el juez presidente, Mr. Stalereigh, hubo hecho esto, todo lo que se veía de su persona eran dos pequeños ojos muy maliciosos y una frente roja y la mitad de una gran peluca muy cómica.

Quando el juez tomó asiento, el ugier gritó *silencio* en tono imperativo, y otro ugier en la galería repitió con voz colérica *silencio*, y tres ó cuatro ugieres les res-

pondieron con indignación *silencio*. Después, un hombre vestido de negro, sentado delante del juez, llamó por su nombre á los del jurado. Después de mucho gritar se vino en conocimiento de que no había más que diez jurados especiales. A petición de Mr. Buzfuz, se nombraron dos jurados extraordinarios, que fueron un boticario y un tendero de comestibles.

—Caballero — dijo el hombre vestido de negro, — responded á vuestro nombre para prestar juramento. ¿Ricardo Upwitch?

—Presente — respondió el tendero.

—¿Tomás Groffin?

—Presente — dijo el boticario.

—Tomad el libro, caballero. ¿Juzgaréis fiel y lealmente...

—Pido perdón al tribunal — interrumpió el boticario, que era grande, flaco y amarillo; — pero espero que el tribunal no me obligará á estar aquí.

—¿Y por qué no? — dijo el juez Stareleigh.

—No tengo dependiente en mi tienda — respondió el boticario.

—Eso no me importa. Deberíais tenerlo.

—No me es posible.

—Pues debería seros posible — respondió el juez poniéndose rojo, porque su temperamento no soportaba la contradicción.

—Yo sé que debería serme posible, si yo prosperara; pero es el caso que no prospero.

—Tomad juramento á ese caballero — dijo el juez en tono perentorio.

El oficial no había pasado del *juzgaréis fiel y lealmente*, cuando fué interrumpido por el boticario.

—¿Pero es preciso que yo jure? — preguntó.

—Sí, sí, señor — respondió el juez amostazado.

—Muy bien, milord — dijo el boticario en tono de resignación. — Habrá hombre muerto antes de que se acabe el juicio. Tomadme juramento si queréis.

Y el boticario juró antes que el juez contestara una palabra.

—Milord — dijo el boticario sentándose tranquilamente; — yo quisiera advertiros que no he dejado más que un galopin en la botica. Es un chico excelente, pero que no entiende de drogas, y yo sé que en su cabeza, *sal de higuera* quiere decir *ácido prúxico*, y *sirop de hipocacana*, *láudano*.

Al proferir estas palabras, el boticario se arregló cómodamente en su asiento, puso la cara amable y pateó preparado á todo acontecimiento.

Mr. Pickwick lo contemplaba con profundo horror, cuando una ligera sensación se notó en el tribunal. Mis-

mistress Bardell, sostenida por mistress Cluppins, entró y fué colocada al otro extremo del banco que ocupaba Mr. Pickwick. Un enorme paraguas fué traído por mistress Dodson, y un par de zuecos por Mr. Fogg: los dos habían preparado para aquella ocasión sus sonrisas más simpáticas y compasivas. Mistress Sanders apareció en seguida, conduciendo al chico Bardell. Al ver al niño, la tierna madre se estremeció, volvió en sí y lo besó con frenesí; después, cayendo en un estado de imbecilidad histérica, la buena mujer preguntó á sus amigas que dónde estaba. En contestación á esto, mistress Cluppins y mistress Sanders volvieron la cabeza y se pusieron á llorar, mientras Dodson y Fogg suplicaban á la demandante que se tranquilizara.

Mr. Buzfuz frotó fuertemente sus ojos con un pañuelo blanco y lanzó al jurado una mirada que parecía apelar á su humanidad. El juez estaba visiblemente afectado, y muchos tosieron para ocultar su emoción.

— ¡Magnífica idea! — murmuró Perker al oído de Mr. Pickwick. — Dodson y Fogg son hábiles. He aquí una escena de excelente efecto.

Mientras Mr. Perker hablaba, mistress Bardell volvía lentamente en sí; y mistress Cluppins, después de haber examinado cuidadosamente los botones de su hijo, le colocó sobre el piso delante de su madre, posición ventajosa, donde no podía menos de despertar la conmiseración de los jueces. Sin embargo, aquello no pudo hacerse sin una gran oposición por parte del chico, porque se figuró que aquello era una formalidad legal, después de la cual se le condenaría á la muerte ó al destierro.

— ¡Bardell y Pickwick! — exclamó el caballero vestido de negro, nombrando la causa que estaba en lista la primera.

— Milord — dijo Mr. Buzfuz, — yo defiendo á la demandante.

— ¿Con quién? — preguntó el juez.

Mr. Skimpin saludó para expresar que era con él.

— Yo defiendo la parte contraria — dijo á su vez mister Snubbins.

— ¿Hay alguno con vos, Mr. Snubbins? — continuó el juez.

— Mr. Phunky, milord.

— Nunca había oído este nombre.

Aquí Mr. Phunky saludó y sonrió, y el juez sonrió y saludó también; y entonces Mr. Phunky, encarnado hasta lo blanco de los ojos, se esforzó en aparentar que ignoraba que le miraba todo el mundo, cosa que hasta ahora no ha logrado en circunstancias iguales nadie.

— ¡Empecemos! — dijo el juez.

Los porteros gritaron de nuevo: ¡silencio! y mister

Skimpin expuso la causa; pero una vez expuesta, la audiencia no adelantó mucho, porque el abogado había guardado cuidadosamente para sí las particularidades que sabía, y cuando se sentó, el jurado no había sacado nada en limpio.

Mr. Buzfuz se levantó en seguida con toda la dignidad que el caso exigía, dirigió algunas palabras en voz baja á Dodson y Fogg, se estiró la toga, arregló su peluca y se dirigió al jurado.

Empezó diciendo que nunca, en el curso de su larga carrera, en todo el tiempo que había empleado en el estudio de las leyes, no había tomado parte en una causa con sentimientos de emoción tan profunda, con la conciencia de tan grave responsabilidad; responsabilidad, podía decirlo, que nunca hubiera aceptado, si no le sostuviera la convicción, la certeza más bien, de que la causa de la justicia, la causa de su cliente engañada, inocente y perseguida, debía prevalecer en la opinión de los doce caballeros inteligentes, nobles y generosos que veía sentados frente á él.

Los abogados principian siempre de esta manera, porque esto les da gusto y satisfacción, haciendo creer que son personas muy difíciles de engañar. Un efecto visible fué producido instantáneamente, y muchos individuos del jurado empezaron á tomar con actividad voluminosos notas.

— Caballero, ya sabéis por mi sabio amigo — continuó Mr. Buzfuz (aunque sabía muy bien que los jueces no sabían nada por el amigo en cuestión), — ya sabéis por mi sabio amigo que esta es una acción por violación de promesa de matrimonio, en la cual se piden 1.500 libras de perjuicios; pero no sabéis aun cuáles son los hechos y circunstancias de la causa. Estos hechos y estas circunstancias, señores, vais á oírlos detalladamente, y probadas por las verídicas damas, que yo colocaré ante vos en esta tribuna.

Aquí Mr. Buzfuz, acentuando enfáticamente la palabra *tribuna*, dió un puñetazo majestuoso mirando á Dodson y Fogg. Estos hicieron una señal de admiración por el abogado, de indignación y desconfianza por mister Pickwick.

— La demandante, señores — continuó Mr. Buzfuz con voz dulce y melancólica, — la demandante es una viuda. Sí, señores, una viuda. El difunto Mr. Bardell, después de haber gozado durante muchos años de la estimación y de la confianza de su soberano, como uno de los guardianes de las rentas públicas, se alejó casi imperceptiblemente de este mundo, para ir á buscar en otra parte el reposo y la paz que la aduana no podía dar.

Al emitir esta poética descripción de la muerte de Mr. Bardell, á quien habían roto la cabeza de un trancazo en una reyerta de taberna, la voz del sabio abogado tembló y se apagó un instante. Después continuó con gran emoción:

—Algún tiempo antes de su muerte había impreso su semblante en el de este niño. Con este único hijo, prenda de amor del difunto aduanero, mistress Bardell se ocultó al mundo y buscó la tranquilidad en la calle Gosswell. Allí colocó en los cristales de una ventana un cartel con esta inscripcón manuscrita:

*Se alquila una habitación amueblada para soltero.  
Dirigirse al entresuelo*

Mr. Buzfuz hizo una pausa, mientras muchos caballeros del jurado tomaban nota de este documento.

—¿No tiene fecha este hecho? — preguntó el juez.

—No, señor, no tiene fecha — contestó el abogado; — pero estoy autorizado á declarar que ese cartel fué puesto en la ventana de la demandante hace justamente tres semanas. Llamo la atención de los jueces sobre los términos de este documento. *Habitación amueblada para soltero.* Señores: la opinión que mistress Bardell había formado del otro sexo se derivaba de una larga contemplación de las cualidades del esposo que había perdido. No tenía tema, no tenía desconfianza, no tenía sospechas; ella era toda abandono y toda confianza. Mister Bardell, decía la viuda, Mr. Bardell era en otro tiempo soltero. A un soltero, pues, pediré yo protección, asistencia, consuelo. En un soltero veré yo constantemente alguna cosa que me recuerde lo que era Mr. Bardell, cuando conquistó mi juvenil y virginal afecto; á un soltero alquilaré mi habitación. Impulsada por esta lella y tierna inspiración, la viuda, solitaria y desolada, secó sus lágrimas, amuebló su primer piso, estrechó á su inocente vástago en el seno maternal, y puso en la ventana el cartel que ya conocéis. ¿Estuvo allí el cartel mucho tiempo? No. La serpiente estaba en acecho, la mecha estaba encendida, la mina estaba preparada. El cartel no había estado tres días en la ventana, ¡tres días... señores! cuando un sér, que andaba en dos pies y se parecía exteriormente á un hombre y no á un monstruo, tocó á la puerta de mistress Bardell. Se dirigió al entresuelo, alquiló su habitación y se instaló en ella al siguiente día. ¡Este sér era Mr. Pickwick!

Mr. Buzfuz había hablado con tanto entusiasmo, que su rostro se puso enteramente carmesí. Detúvose para tomar aliento. El silencio despertó al juez Stareleigh, que inmediatamente escribió alguna cosa con una pluma

sin tinta, y tomó un ademán extraordinariamente reflexivo, á fin de hacer creer al jurado que pensaba más profundamente cuando más dormido estaba.

Mr. Buzfuz continuó:

—Poco diré de este hombre. El asunto ofrece poco atractivo y no tendría yo más placer que vosotros, señores, en extenderme sobre su egoísmo repugnante, sobre su maldad sistemática.

Al oír estas palabras, Mr. Pickwick, que desde algunos instantes escribía en silencio, se estremeció como si se hubiera presentado á su espíritu una vaga idea de atacar al abogado delante de los mismos jueces. Un gesto de Mr. Perker le detuvo; escuchó el resto del discurso de Mr. Buzfuz con un ademán colérico que contrastaba con el rostro de admiración de las damas Cluppins y Sanders.

—Digo maldad sistemática — continuó el abogado mirando á Mr. Pickwick y dirigiéndose directamente á él, — y cuando digo maldad sistemática, permitidme advertir al delincuente, si está en la sala, como creo que está, que hubiera sido más decente, más conveniente y más juicioso no haber venido aquí. Dejadme advertirle, señores, que si se permite algún gesto de desaprobación en este recinto, vos sabréis apreciarlo y pedirle cuentas rigurosas; permitidme que le diga que un abogado que cumple su deber con sus clientes, no debe ser ni intimidado, ni amenazado, ni maltratado, y que toda tentativa para cometer cualquiera de estos actos, caerá sobre la cabeza del maquinador, ya sea demandante ó demandado, llámese como quiera.

Esta digresión produjo el efecto deseado, que era hacer que todas las miradas se dirigieran á Mr. Pickwick. Mr. Buzfuz continuó tranquilamente.

—Yo os probaré, señores, que durante dos años, Pickwick continuó constantemente y sin interrupción viviendo con mistress Bardell; yo os probaré que durante este tiempo, la dama le cuidó, le sirvió, le hizo la comida, dió su ropa á la lavandera, gozó en fin de toda la confianza de un inquilino. Yo os probaré que en muchas ocasiones dió al chico medios peniques, y á veces piezas de seis peniques; os probaré también, por la declaración de un testigo, que acarició una vez al niño y le dijo estas notabilísimas palabras: *¿Os alegraríais de tener un segundo padre?* Os probaré que hace un año, mister Pickwick empezó á ausentarse de la casa durante largos intervalos, como si hubiera tenido intención de separarse gradualmente de mi cliente; pero también os haré ver que en aquel tiempo su resolución no era aun bastante fuerte, y sus buenos sentimientos se mostraban en él todavía. Al volver de uno de sus viajes, dió posi-

tivamente palabra de matrimonio, después de haber cuidado de que no hubiera testigos de aquel contrato solemne. Sin embargo, estoy dispuesto á probarlos, según el testimonio de tres amigos suyos que declararon bien á pesar suyo, que en aquella misma mañana fué descubierto por ellos, teniendo á la demandante en los brazos y calmando su agitación con la dulzura de sus palabras.

Impresión visible produjo en el auditorio esta parte del discurso del sabio abogado. Sacando de su saco dos papeles dijo:

—Y ahora, señores, una palabra me falta. Felizmente hemos encontrado dos cartas que dicen más que un tomo. Estas cartas revelan el carácter del hombre. No están escritas con un lenguaje franco, elocuente, ferviente, que respire el perfume de una ternura apasionada; no, están llenas de precauciones, de astucias, de reticencias; pero son tan categóricas como si contuvieran las expresiones más ardientes, las más poéticas imágenes; cartas que Mr. Pickwick destinaba á desorientar á los terceros en cuyas manos pudieran caer. Voy á leerlos la primera, señores: «Garraway: Querida mistress B.: ¡Chuletas de carnero y salsa de tomates! Pickwick». ¡Chuletas de carnero! ¡Santos cielos! ¡Y salsa de tomates! Señores, ¿la dicha de una mujer virtuosa había de ser destruída por tan viles artificios? La otra carta no tiene fecha, por lo cual es más sospechosa: «Querida mistress B.: No llegaré á esa sino mañana; el coche va atrasado». Y en seguida vienen estas notables expresiones: «No os inquietéis por el calentador». ¡El calentador! ¡Eh! señores; ¡que no se inquiete por el calentador! ¿Cuándo la paz de un hombre y de una mujer ha sido turbada por un calentador? Por un calentador, que es por sí un mueble doméstico, inocente, útil, y si se quiere, cómodo. ¿Por qué se suplica tan calurosamente á mistress Bardell que no se inquiete por el calentador? Al menos que ese mueble no sea alegoría de un juego oculto, ó equivalga á alguna expresión carifosa, á alguna promesa halagüeña, y que Mr. Pickwick emplee como disfraz de sus intentos esta correspondencia enigmática, esta palabra es un misterio para todo el mundo. ¿Qué significan estas palabras: *el coche va atrasado*? No me admirara que pudieran aplicarse al mismo mister Pickwick, que incontestablemente ha ido muy criminalmente atrasado en este asunto.

Basta, señores. Para concluir diré que el porvenir de mi cliente está perdido, y no es una figura de retórica decir que su casa está vacía. El cartel no está puesto, y por lo tanto, no hay inquilino. Estimables célibes pasan noche y día por la calle de Goswell; pero no

hay para ellos invitación de subir al entresuelo. Todo es sombrío y silencioso en la vivienda de mistress Bardell; ni aun la voz del niño se oye; sus juegos inocentes han cesado, porque su madre gime y se desespera; sus trompos y sus bolos están abandonados; ya no oye el grito familiar de sus camaradas, y ha perdido la habilidad que tenía para el juego de pares y nones. Sin embargo, señores, Mr. Pickwick, el infame destructor del oasis que reverdecía en el desierto de la calle de Goswell; Pickwick, que se presenta ante vos hoy con su infernal *salsa de tomates* y su innoble *calentador*, Pickwick levanta aun ante vos su frente de bronce, y contempla con ferocidad la ruina que ha causado. Costas, señores, fuertes costas, son el castigo que debéis aplicarle, el único consuelo que podéis dar á mi cliente; y con esta esperanza, apela ella en este momento á la inteligencia, á la elevación de espíritu, á la simpatía, á la conciencia, á la justicia, á la grandeza de alma de un jurado compuesto de sus más dignos conciudadanos.

Después de ésta bella peroración, Mr. Buzfuz se sentó, y el juez Stareleigh se despertó.

—Llamad á Isabel Cluppins — dijo el abogado levantándose con nuevo vigor.

El portero más cercano llama: «Isabel Tuppins»; otro á más distancia dijo: «Isabel Supkins»; y un tercero en fin gritó: «Isabel Funffin.»

Entretanto, mistress Cluppins, con la ayuda combinada de mistress Bardell y mistress Sanders, de mister Dodson y Mr. Fogg, fué conducida á la tribuna de los testigos. Cuando fué felizmente colocada en el escalón de arriba, mistress Bardell se colocó en el de abajo, en pie junto á ella, teniendo en una mano el pañuelo de su amiga y en otra una botella de cristal, que podía contener media pinta de sal de vinagre, á fin de prevenir cualquier acontecimiento. Mistress Sanders, cuyos ojos se fijaban atentamente en el rostro del juez, se colocó junto á mistress Bardell, teniendo en la mano izquierda un paraguas, y apoyando su dedo pulgar en el resorte, como para hacer ver que estaba dispuesta á abrirlo á la más ligera señal.

—Mistress Cluppins, — dijo Buzfuz, — tranquilizaos, os lo suplico.

Al oír estas palabras mistress Cluppins, como es natural, se puso á sollozar con gran violencia, y dió pruebas tan alarmantes de sensibilidad, que parecía que iba á desmayarse á cada momento.

Sin embargo, después de algunas preguntas poco importantes, Mr. Buzfuz le dijo:

—¿Os acordáis, mistress Cluppins, de haberos encon-

trado en la habitación del fondo, en el primer piso de la casa de mistress Bardell, mientras ella arreglaba el cuarto de Mr. Pickwick?

—Sí, señor y señores del jurado — respondió mistress Cluppins.

—¿La habitación de Mr. Pickwick está en el primer piso hacia la calle, no es eso?

—Sí, señor.

—¿Qué haciais vos en la habitación de atrás? — preguntó el juez.

—Milord y señores! — exclamó mistress Cluppins, con una agitación interesante, — yo no puedo engañaros.

—Hacéis bien, señora — dijo el pequeño juez.

—Allí me encontraba yo sin que lo supiera mistress Bardell. Yo había salido con un pequeño cesto para comprar tres libras de legumbres, que me costaron dos peniques y medio, cuando vi entreabierta la puerta de mistress Bardell. Entré, señor, para darle los buenos días, subí las escaleras de una manera pacífica, y entré en la habitación de atrás...

—¿Y escuchasteis?... —

—Sí, señor.

Mistress Cluppins, después de haber declarado solemnemente que Mr. Pickwick se dirigía á mistress Bardell, repitió lentamente la conversación que nuestros lectores conocen ya. Mr. Buzfuz sonrió, sentándose, y los jueces tomaron un aire sospechoso.

Mistress Cluppins, habiendo perdido el miedo, creyó conveniente hacer una corta disertación sobre sus asuntos domésticos. Principió por informar al tribunal de que era madre de ocho niños, y que tenía esperanzas de dar otro á Mr. Cluppins dentro de seis meses. Desgraciadamente, en este punto la interrumpió el juez con cólera, y á consecuencia de esta interrupción, la virtuosa dama y mistress Sanders fueron sacadas de la sala, escoltadas por Mr. Jackson, sin otra fórmula de proceso.

—¡Nathaniel Winkle! — dijo Mr. Skimpin.

—Presente — respondió Mr. Winkle con voz débil; después entró en la tribuna de los testigos, y después de haber prestado juramento, saludó al juez con gran deferencia.

—No os volváis hacia mí — le dijo agriamente el juez, respondiendo á su saludo; — mirad al jurado.

Mr. Winkle obedeció al instante esta orden y se volvió hacia el punto donde suponía que debía estar el jurado, porque en el estado de confusión en que se encontraba le era imposible ver cosa alguna.

Mr. Skimpin se ocupó en examinarlo. Este era un

joven de cuarenta y dos ó cuarenta y tres años, que prometía mucho, y que estaba muy deseoso de confundir, mientras le fuera posible, á un testigo de la parte contraria.

—Ahora, caballero, ¿tendréis la bondad de decir vuestro nombre al jurado y á los jueces? — dijo mister Skimpin, inclinándose para escuchar la respuesta, y para dirigir al mismo tiempo á los jueces una mirada que parecía indicar que la afición de Mr. Winkle al perjurio, podía inducirle á declarar en nombre distinto del suyo.

—Winkle, — respondió el testigo.

—¿Cuál es vuestro nombre de bautismo, caballero? — preguntó el juez, colérico.

—Nathaniel.

—¿Daniel?

Nathaniel, señor... digo, milord.

—¿Nathaniel Daniel? ó ¿Daniel Nathaniel?

—No señor, solamente Nathaniel, no Daniel.

—Entonces, ¿por qué me habéis dicho Daniel?

—No lo he dicho, señor.

—Lo habéis dicho, — contestó el juez con un austero fruncimiento de cejas. — ¿Cómo iba yo á escribir Daniel, si vos no lo hubierais dicho?

Este argumento, evidentemente no tenía réplica.

—Mr. Winkle es flaco de memoria, milord, — interrumpió Mr. Skimpin, lanzando una ojeada al jurado; — pero espero que podremos avivársela.

—Atended, — dijo el juez al testigo, mirándole siniestramente.

El pobre Mr. Winkle saludó y fingió una tranquilidad que estaba muy lejos de tener.

—Ahora, Mr. Winkle, — dijo Mr. Skimpin, — escuchadme con atención; ¿no sois amigo íntimo de mister Pickwick?

—Conozco á Mr. Pickwick desde hace...

—Caballero, no eludáis la cuestión; ¿sois amigo de mister Pickwick, sí ó no?

—Precisamente iba á deciros...

—¿Queréis, sí ó no, responder á mi pregunta, caballero?

—Si no respondéis á la pregunta os haré prender, caballero. — exclamó el juez, mirando á mister Winkle.

—Vamos, caballero, ¿sí ó no? — repitió mister Skimpin.

—Sí lo soy, — dijo al fin mister Winkle.

—¡Ah, lo sois! ¿Y por qué no lo habéis dicho desde el principio? ¿conocéis, tal vez, á mistress Bardell?

—No señor, no la conozco, pero la he visto.

—¡Oh, no la conocéis, y la habéis visto! Ahora tened

la bondad de decir al jurado lo que entendéis por esa distinción.

—Entiendo que no tengo amistad con ella, pero que la he visto cuando he ido á casa de Mr. Pickwick, en la calle de Goswell.

—¿Cuántas veces la habéis visto?

—¿Cuántas veces?

—Sí señor, ¿cuántas veces? Os repetiré esta pregunta tantas veces como queráis.

Y el sabio jurisconsulto, después de haber fruncido severamente las cejas, puso sus manos en su cintura y sonrió con aire de sospecha.

Sobre esta pregunta se elevó la ordinaria controversia en semejantes casos. Primero, mister Winkle declaró que le era absolutamente imposible declarar cuántas veces había visto á mistress Bardell. Entonces se le preguntó si la había visto veinte veces; á lo cual respondió: «algo más». Si la había visto cien veces; si podía jurar que la había visto más de cincuenta veces; si no estaba seguro de haberla visto lo menos sesenta veces, etcétera, etcétera. Después, el interrogatorio continuó del modo siguiente:

—Mr. Winkle, ¿os acordáis de haber estado en casa de Mr. Pickwick, en el cuarto de la demandante, una mañana del mes de julio?

—Sí me acuerdo.

—¿Os acompañaba en aquella ocasión un amigo llamado Tupman y otro llamado Snodgrass?

—Sí señor.

—¿Están aquí?

—Sí señor, — respondió Mr. Winkle mirando con ansiedad al sitio en que se hallaban sus amigos.

—Os ruego, Mr. Winkle, que os ocupéis de mí más que de vuestros amigos, — respondió mister Skimpin lanzando otra mirada expresiva al jurado. — Ellos declararán sin tener consulta ninguna con vos, si no la han tenido ya (otra mirada al jurado). Ahora decid al jurado lo que vistéis al entrar en la habitación del demandado el día de la cuestión. ¡Vamos! queremos saberlo.

—Mr. Pickwick sostenía á mistres Bardell en sus brazos, — replicó Mr. Winkle, — y la demandante parecía desmayada.

—¿Habéis oído al demandado decir alguna cosa?

—Le he oído llamar á mistress Bardell buen alma, y decirle que se calmara, haciéndole ver en qué situación se encontrarían si alguien llegaba en aquel momento.

—Ahora, Mr. Winkle, no tengo más que una pregunta que haceros, y os suplico que recordéis la adver-

tencia de milord. ¿Queréis afirmar bajo juramento que Mr. Pickwick en esa ocasión no dijo: «querida mistress Bardell, sois una buena alma... habituaos á esta situación... algún día podréis hacerlo aún delante de alguno» ó cosa parecida?

—Yo... yo no lo he comprendido así, — dijo mistress Winkle, admirado de la ingeniosa explicación dada á las pocas palabras que había oído. — Yo estaba en la escalera, y no he podido oír distintamente. La impresión que he conservado es que...

—¡Ah! — interrumpió Mr. Skimpin, — los señores del jurado no tienen necesidad de vuestras impresiones, que me figuro no satisfarán á las personas honradas y francas. Vos estábais en la escalera y no visteis indistintamente; pero no queréis jurar que mister Pickwick se sirvió de las expresiones que acabo de citar. Ya os comprendo.

—No, no puedo jurarlo, — replicó Mr. Winkle.

Mr. Skimpin se sentó en ademán de triunfo.

Hasta aquí la causa de Mr. Pickwick no había marchado muy felizmente; pero como se podía desear aclararla un poco, Mr. Phunky se levantó, á fin de sacar de Mr. Winkle algo importante en un contra-exámen.

—Creo, Mr. Winkle, — dijo, — que Mr. Pickwick no es joven.

—¡Oh, no! — respondió Mr. Winkle, — tiene bastante edad para ser mi padre.

—Habéis dicho á mi sabio amigo que hacía mucho tiempo que conocíais á Mr. Pickwick; ¿habéis tenido alguna vez razones para creerle dispuesto á casarse?

—¡Oh, no! ¡ciertamente no! — replicó Mr. Winkle con tanta precipitación, que Mr. Phunky hubiera debido sacarle de la tribuna lo más pronto posible.

Los prácticos en estas cosas dicen que hay dos especies de testigos igualmente peligrosos: el testigo reacio y el testigo que tiene demasiada buena voluntad. Fué el destino de Mr. Winkle figurar de estos dos modos en la causa de su amigo.

—Iré aún más lejos, — continuó mister Phunky, en tono satisfecho y confiado; — ¿habéis visto alguna vez en las maneras de mister Pickwick con el bello sexo algo que pueda induciros á creer que es capaz de renunciar á la vida de soltero?

—¡Oh, no! ¡ciertamente no!

—En sus relaciones con las damas, ¿su conducta no ha sido siempre la de un hombre que, habiendo llegado á una edad avanzada, las trata siempre como un padre á sus hijas?

—No hay en eso la menor duda, — contestó Mr. Winkle con efusión. — Es decir... sí... ¡oh, ciertamente!

—¿No habéis advertido en su conducta para con mistress Bardell, ó para con otra mujer, nada que fuera sospechoso? — añadió Mr. Phunky, preparándose á sentarse, porque Mr. Snubbins le hacía signos.

—No, no, — respondió Mr. Winkle, — excepto una lijera circunstancia que podría ser satisfactoriamente explicada.

Esta deplorable confesión no hubiera tenido lugar si Mr. Phunky se hubiera sentado cuando Mr. Snubbins se lo indicó, ó si mister Buzfuz hubiera impedido aquel contra exámen irregular. Pero este se guardó bien de hacerlo, porque había notado la ansiedad de Mr. Winkle, y había comprendido que su cliente sacaría algún partido. Mr. Phunky se sentó al fin, y Mr. Snubbins mandó al testigo dejar la tribuna, cuando Mr. Buzfuz le detuvo.

—Esperad, Mr. Winkle, esperad, — le dijo.

Después dirigiéndose al juez, continuó:

—¿Vuestra señoría quiere tener la bondad de preguntar á Mr. Winkle en qué circunstancia se condujo Mr. Pickwick de una manera sospechosa para con las mujeres?

—Caballero, — dijo el juez, volviéndose al desdichado testigo: — ya habéis oído la pregunta del sabio letrado. Describid la circunstancia á que habéis aludido.

—Milord, — respondió Mr. Winkle, temblando de ansiedad: — yo... yo desearía guardar silencio sobre este punto.

—Es necesario hablar.

Entre el profundo silencio de la concurrencia, mister Winkle balbuceó que la circunstancia sospechosa era que Mr. Pickwick había sido encontrado en la alcoba de una dama, lo cual había terminado, según Mr. Winkle, por la ruptura del matrimonio proyectado de dicha dama y por la comparición de los pickwickianos ante Mr. Nupkins, juez de Ipswich.

—Podéis dejar la tribuna, — dijo entonces mister Snubbins.

Mr. Winkle la dejó, en efecto, y se precipitó hacia su casa, donde fué encontrado por el criado algunas horas después con la cabeza sepultada entre los cojines de su sofá, y lanzando unos gemidos que partían del corazón.

Tracy Tupman y Augusto Snodgrass fueron sucesivamente llamados á la tribuna. Uno y otro corroboraron la declaración de su desgraciado amigo, y los dos fueron reducidos á la desesperación por ruidosas preguntas.

Susana Sanders fué llamada en seguida é interrogada. Siempre había dicho y creído que Mr. Pickwick se

casaría con mistress Bardell; sabía que después de mayo ó de julio, el futuro matrimonio de mister Pickwick y de mistress Bardell era el asunto ordinario de las conversaciones de la vecindad. Había oído á mister Pickwick preguntar al chico si deseaba tener otro padre; ella pensaba que mistress Bardell se había desmayado porque Mr. Pickwick le dijo que fijara el día.

Interrogada por el juez, Mr. Stareleigh, mistress Sanders respondió que, mientras mister Sanders le hacía la corte, había recibido de él cartas amorosas como las demás señoras.

Después de esta declaración capital, Mr. Buzfuz se levantó con más aire de importancia que antes, y dijo con voz fuerte:

—Llamad á Sam Weller.

Era inútil llamar á Sam Weller, porque Sam Weller subió á la tribuna en el momento en que fué pronunciado su nombre. Puso el sombrero en el suelo, los brazos en la balaustrada, examinó la concurrencia á vista de pájaro, con ademán notablemente gracioso y jovial.

—¿Cómo os llamáis? — preguntó el juez.

—Sam Weller, milord, — respondió.

—¿Lo escribís con V ó con W?

—Eso depende del gusto y del capricho del que lo escribe, milord; yo no he tenido ocasión de escribirlo más que una vez ó dos, y entonces lo escribí con V.

Entonces se oyó en la galería una voz que gritaba:

—Bien, Samuelillo, muy bien; poned una V, caballero.

—¿Quién se permite apostrofar al tribunal, — exclamó el juez, alzando los ojos; — ¡portero!

—Milord.

—Traed aquí á esa persona, inmediatamente.

—Sí, milord.

Pero como el portero no pudo encontrar á nadie, á nadie trajo, y después de una gran conmoción, todos los concurrentes, que se habían levantado para mirar al culpable, se volvieron á sentar.

En cuanto la indignación permitió hablar al juez, se volvió hacia el testigo, y le dijo:

—¿Sabéis quien era?

—Sospecho que era mi padre.

—¿Le véis ahora?

—No señor, no le veo.

—Si hubiérais podido mostrármelo, le hubiera hecho prender inmediatamente, — respondió el irascible juez.

Sam saludó con reconocimiento y se volvió hacia mister Buzfuz, con su buen humor imperturbable.

—¿Estáis al servicio de mister Pickwick? — dijo Mr. Buzfuz; — hablad, Mr. Weller.

—Sí señor, voy á hablar; estoy al servicio de ese caballero y es un gran amo.

—Poco que hacer y mucho salario, — dijo mister Buzfuz con malignidad.

—¡Ah, sí! mucho salario, como decía el soldado cuando se le condenó á ciento cincuenta latigazos.

—No necesitamos saber lo que dijo el soldado, — interrumpió el juez.

—Muy bien, milord.

—¿Recordáis alguna cosa notable sucedida en la mañana en que entrásteis á servir con vuestro amo?

—Sí señor.

—Decid lo que fué.

—Me dieron un vestido nuevo aquella mañana, y esa es una circunstancia notable para mí.

Estas palabras excitaron una risa general; pero el juez llenándose de cólera, exclamó:

—Cuidado con lo que hacéis.

—Eso fué lo que me dijo Mr. Pickwick entonces, señores, que cuidara lo que hacía con el vestido.

Durante dos minutos, miró el juez severamente el rostro de Sam; pero viendo que sus facciones permanecían en calma, no dijo nada é hizo al abogado señal de continuar.

—¿Y pretendéis decirme, Mr. Weller, — continuó el abogado, — que no habéis visto á mistress Bardell desmayada en brazos de Mr. Pickwick, como acabáis de oír declarar á los demás testigos?

—No señor, no he visto tal cosa; yo estaba en el corredor hasta que me llamaron, y ya la vieja se había marchado.

—Ahora, atended, Mr. Weller, — continuó Mr. Buzfuz, mojando una enorme pluma en su tintero, á fin de asustar á Sam, haciéndole creer que iba á anotar su respuesta. — ¿Estábais en el corredor y no visteis nada de lo que pasaba? ¿tenéis ojos, Mr. Weller?

—Sí, ojos tengo; y por lo mismo, si fueran microscopios de gas, de esos que aumentan cien mil millones de veces, hubiera podido ver algo á través de la escalera y de las puertas de madera; pero como no tengo más que ojos, ya comprendéis, mi visión es limitada.

Al oír esta respuesta, que fué dada de la manera más sencilla y sin la más leve apariencia de irritación, los espectadores rieron y sonrió el pequeño juez. Después de una breve consulta con Dodson y Fogg, el sabio abogado se volvió de nuevo á Sam Weller, y le dijo:

—Ahora, Mr. Weller, os haré otra pregunta.

—Estoy á vuestras órdenes, — contestó Sam con admirable buen humor.

—¿Os acordáis de haber ido á casa de mistress Bar-

dell una tarde de noviembre?

—Sí, sí muy bien.

—¡Ah! ¿os acordáis de eso, Mr. Weller? — dijo el abogado, recobrando su locuacidad; — ya creí yo que llegaríamos á eso.

—Yo también, — contestó Sam; y los espectadores empezaron á reír.

—Bien, supongo que fuisteis á hablar un poco del proceso, ¿eh, Mr. Weller?

—Fui á pagar el alquiler, pero hablamos un poco del proceso.

—Ya, hablásteis, — dijo Buzfuz, muy contento; — ¿queréis tener la bondad de decirnos algo de lo que hablásteis?

—Con el mayor gusto. Después de algunas observaciones poco importantes de las dos respetables damas aquí presentes, se pasaron de admiración por la virtuosa conducta de Mr. Dodson y Mr. Fogg, esos dos caballeros que están sentados junto á vos.

Esto, como es natural, atrajo la atención de todos sobre Dodson y Fogg, que tomaron el ademán más virtuoso posible.

—¡Ah! — dij Mr. Buzfuz, — estas damas hablaron con elogio de la digna conducta de misters Dodson y Fogg, los abogados de mistress Bardell.

—Sí señor; dijeron que era una generosidad de su parte encargarse de este negocio por especulación, y no pedir nada por los gastos, si no conseguían que los pagase Mr. Pickwick.

Al oír esta réplica inesperada, los espectadores rieron de nuevo, y Dodson y Fogg, que estaban de color de púrpura, se inclinaron hacia Mr. Buzfuz, y con aire muy perentorio, cuchichearon algunas palabras á su oído.

—Tenéis mucha razón, — respondió en voz alta el abogado, afectando tranquilidad. — Es perfectamente imposible sacar la menor luz de la impenetrable estupidéz de este testigo. No abusaré de la bondad del tribunal, haciéndole más preguntas. Podéis bajar.

—¿No hay otro caballero que quiera hacerme una pregunta? — dijo Sam, tomando el sombrero, y mirando á todos lados con aire resuelto.

—No, Mr. Weller, gracias, — dijo Mr. Snubbins sonriendo.

—Podéis bajar, — repitió Mr. Buzfuz, agitando la mano con impaciencia.

Sam bajó, después de haber hecho todo el mal posible á misters Dodson y Fogg, y de haber hablado lo menos posible del asunto de Mr. Pickwick, que era el doble objeto que se había propuesto.

Mr. Snubbins se dirigió entonces al jurado en favor de Mr. Pickwick, y pronunció un largo y enfático discurso, en que prodigaba los más grandes elogios á la vida privada y á las costumbres de Mr. Pickwick; pero como nuestros lectores deben conocer á nuestro héroe mucho mejor que Mr. Snubbins, no creemos oportuno copiar su peroración. Se esforzó en probar que las cartas allí leídas se referían tan sólo á la comida de mister Pickwick y á los preparativos de su habitación para recibirle á su vuelta. En fin, habló lo mejor que pudo en favor de nuestro héroe.

El juez, Mr. Stareleigh, hizo el resúmen siguiendo las formas acostumbradas; después de su arenga, el jurado se retiró para deliberar, y el juez se retiró á su gabinete para corroborarse con una chuleta de carnero y un vaso de Jerez.

¡Un cuarto de hora de ansiedad pasó! Volvió el jurado, mandaron á buscar al juez, mister Pickwick se puso los anteojos y contempló al presidente del jurado con el corazón palpitante y mucha agitación.

—Señores, ¿estáis acordes en vuestra sentencia? — dijo el individuo vestido de negro.

—Sí; estamos acordes, — respondió el presidente del jurado.

—¿En favor de quién os decidís?

—En favor de la demandante.

—¿Y la indemnización?

—Setecientas cincuenta libras esterlinas.

Mr. Pickwick se quitó los anteojos, limpió cuidadosamente los cristales, los encerró en el estuche y se los metió en el bolsillo; después, poniéndose los guantes sin dejar de contemplar al presidente del jurado, siguió maquinalmente fuera de la sala á Mr. Perker y al saco azul.

Mr. Perker se detuvo en una sala vecina para pagar ciertos honorarios. Allí se reunieron á Mr. Pickwick sus tres amigos, y allí también encontró á mister Dodson y Fogg, frotándose las manos con todas las señales exteriores de una viva satisfacción.

—Y qué señores, — dijo Mr. Pickwick, — creéis que váis á embolsaros las costas?

Fogg respondió que lo creía muy probable, y Dodson sonrió diciendo que lo intentaría.

—Podéis intentarlo, intentarlo, intentarlo, señores Dodson y Fogg, — exclamó Mr. Pickwick con vehemencia; — pero de mí no sacaréis ni un penique, aunque debiera pasar el resto de mi vida en una prisión por deudas.

—¡Ah! ¡ah! — dijo Dodson, — ya lo pensaréis bien antes de que llegue el plazo.

—Lo veremos, Mr. Pickwick, — dijo Fogg.

Mudo de indignación, Mr. Pickwick se dejó arrastrar por su procurador y por sus amigos, que le hicieron subir en un coche que acababa de traer el solícito Sam Weller.

## CAPITULO XXXV

*En el cual Mr. Pickwick piensa que lo mejor que debe hacer es ir á Bath, y por consiguiente va.*

—Pero mi querido amigo, — dijo el pequeño Perker á Mr. Pickwick, á quien había ido á ver la mañana siguiente del juicio; — ¿decís seriamente que no pagáis las costas?

—Ni medio penique, — repitió Pickwick con firmeza.

—¡Hurra! vivan los principios, — exclamó Sam.

—Sam, — dijo Mr. Pickwick, — haz el favor de irte abajo.

—Voy, señor, — dijo Sam muy obediente.

—No, Perker, — continuó Mr. Pickwick en tono muy serio; — mis amigos aquí presentes se han esforzado en disuadirme de esta determinación; mis adversarios tienen poder para conseguir mi prisión, y si son bastante viles para encarcelarme, yo me someteré á las leyes con toda tranquilidad; ¿cuando pueden hacer esto?

—El plazo cumplirá dentro de dos meses.

—Muy bien; de aquí allá no me habléis de este asunto. Y ahora, — continuó mister Pickwick mirando á sus amigos con una sonrisa benévola y una mirada brillante que ningún antejo podía obscurecer; — ahora, ¿á dónde dirigimos nuestra próxima excursión?

Mr. Tupman y Mr. Snodgrass estaban muy afectados del heroísmo de su amigo, para poder dar una respuesta; Mr. Winkle no había perdido aún el recuerdo de su declaración, para atreverse á levantar la voz sobre ningún asunto; Mr. Pickwick esperó en vano.

—Pues bien, si me permitís elegir, yo iré á Bath. Creo que ninguno de vosotros ha estado allí.

Esta determinación fué aceptada por unanimidad, y Sam fué enviado á *El Caballo blanco* para tomar cin-

Mr. Snubbins se dirigió entonces al jurado en favor de Mr. Pickwick, y pronunció un largo y enfático discurso, en que prodigaba los más grandes elogios á la vida privada y á las costumbres de Mr. Pickwick; pero como nuestros lectores deben conocer á nuestro héroe mucho mejor que Mr. Snubbins, no creemos oportuno copiar su peroración. Se esforzó en probar que las cartas allí leídas se referían tan sólo á la comida de mister Pickwick y á los preparativos de su habitación para recibirle á su vuelta. En fin, habló lo mejor que pudo en favor de nuestro héroe.

El juez, Mr. Stareleigh, hizo el resúmen siguiendo las formas acostumbradas; después de su arenga, el jurado se retiró para deliberar, y el juez se retiró á su gabinete para corroborarse con una chuleta de carnero y un vaso de Jerez.

¡Un cuarto de hora de ansiedad pasó! Volvió el jurado, mandaron á buscar al juez, mister Pickwick se puso los anteojos y contempló al presidente del jurado con el corazón palpitante y mucha agitación.

—Señores, ¿estáis acordes en vuestra sentencia? — dijo el individuo vestido de negro.

—Sí; estamos acordes, — respondió el presidente del jurado.

—¿En favor de quién os decidís?

—En favor de la demandante.

—¿Y la indemnización?

—Setecientas cincuenta libras esterlinas.

Mr. Pickwick se quitó los anteojos, limpió cuidadosamente los cristales, los encerró en el estuche y se los metió en el bolsillo; después, poniéndose los guantes sin dejar de contemplar al presidente del jurado, siguió maquinalmente fuera de la sala á Mr. Perker y al saco azul.

Mr. Perker se detuvo en una sala vecina para pagar ciertos honorarios. Allí se reunieron á Mr. Pickwick sus tres amigos, y allí también encontró á mister Dodson y Fogg, frotándose las manos con todas las señales exteriores de una viva satisfacción.

—Y qué señores, — dijo Mr. Pickwick, — creéis que váis á embolsaros las costas?

Fogg respondió que lo creía muy probable, y Dodson sonrió diciendo que lo intentaría.

—Podéis intentarlo, intentarlo, intentarlo, señores Dodson y Fogg, — exclamó Mr. Pickwick con vehemencia; — pero de mí no sacaréis ni un penique, aunque debiera pasar el resto de mi vida en una prisión por deudas.

—¡Ah! ¡ah! — dijo Dodson, — ya lo pensaréis bien antes de que llegue el plazo.

—Lo veremos, Mr. Pickwick, — dijo Fogg.

Mudo de indignación, Mr. Pickwick se dejó arrastrar por su procurador y por sus amigos, que le hicieron subir en un coche que acababa de traer el solícito Sam Weller.

## CAPITULO XXXV

*En el cual Mr. Pickwick piensa que lo mejor que debe hacer es ir á Bath, y por consiguiente va.*

—Pero mi querido amigo, — dijo el pequeño Perker á Mr. Pickwick, á quien había ido á ver la mañana siguiente del juicio; — ¿decís seriamente que no pagáis las costas?

—Ni medio penique, — repitió Pickwick con firmeza.

—¡Hurra! vivan los principios, — exclamó Sam.

—Sam, — dijo Mr. Pickwick, — haz el favor de irte abajo.

—Voy, señor, — dijo Sam muy obediente.

—No, Perker, — continuó Mr. Pickwick en tono muy serio; — mis amigos aquí presentes se han esforzado en disuadirme de esta determinación; mis adversarios tienen poder para conseguir mi prisión, y si son bastante viles para encarcelarme, yo me someteré á las leyes con toda tranquilidad; ¿cuando pueden hacer esto?

—El plazo cumplirá dentro de dos meses.

—Muy bien; de aquí allá no me habléis de este asunto. Y ahora, — continuó mister Pickwick mirando á sus amigos con una sonrisa benévola y una mirada brillante que ningún antejo podía oscurecer; — ahora, ¿á dónde dirigimos nuestra próxima excursión?

Mr. Tupman y Mr. Snodgrass estaban muy afectados del heroísmo de su amigo, para poder dar una respuesta; Mr. Winkle no había perdido aún el recuerdo de su declaración, para atreverse á levantar la voz sobre ningún asunto; Mr. Pickwick esperó en vano.

—Pues bien, si me permitís elegir, yo iré á Bath. Creo que ninguno de vosotros ha estado allí.

Esta determinación fué aceptada por unanimidad, y Sam fué enviado á *El Caballo blanco* para tomar cin-

co asientos en el coche que salía al día siguiente á las siete y media.

Había precisamente dos asientos en el interior y tres fuera; Sam tomó los billetes y volvió á *El buitre*, ocupándose activamente hasta el momento de acostarse en comprimir la ropa blanca y los vestidos en el más breve espacio posible, y en inventar ingeniosos medios mecánicos para poner tapadera á las cajas del equipaje.

El día siguiente fué sombrío y húmedo; llovía á torrentes; la sala de viajeros de *El Caballo blanco* es, como debe creerse, muy poco cómoda. De otro modo no sería sala de viajeros; una ambiciosa chimenea se extendía en ella, ocupándola casi toda; un reloj, un espejo y un mozo completan el mueblaje. El día en cuestión, uno de los sofás de esta sala se hallaba ocupado por un hombre de cuarenta y cinco años, poco más ó menos, cuyo cráneo calvo y brillante, estaba circundado de espesos cabellos negros que se unían á unas largas patillas; su vestido obscuro estaba abotonado hasta la barba, tenía una ancha gorra de becerro, y un redingote y una capa que estaban colocados en el asiento junto á él. Cuando Mr. Pickwick entró, este hombre le miró con aire altivo y lleno de dignidad.

—Mozo, — dijo el caballero de las patillas negras.

—Señor, — dijo saliendo de un escondite un hombre de cara sucia.

—Dadme algunas tostadas más.

—Sí señor.

—Que tengan manteca, — añadió el caballero.

—En seguida, caballero, — respondió el mozo.

El caballero de las patillas negras empezó á tararear; después, esperando la llegada de las tostadas, se colocó con la espalda hacia el fuego.

—¿No sabéis donde para el coche en Bath? — preguntó Mr. Pickwick á Mr. Winkle.

—¿Eh? ¿qué? — dijo el desconocido.

—Hacia una pregunta á mi amigo, — dijo Mr. Pickwick, dispuesto siempre á entrar en conversación; — preguntaba dónde se detiene el coche en Bath; tal vez lo sepáis.

—¿Váis á Bath?

—Sí señor.

—¿Y estos caballeros?

—También.

—No, en el interior, Dios me condene si vais en el interior.

—No, no todos.

—No todos, — dijo el desconocido con energía: — yo he comprado dos asientos, y si quieren pensar diez personas en una caja infernal donde no caben sino cua-

tro, yo alquilaré una silla de posta á sus expensas; no puede ser, he dicho al empleado que no podía ser; ya sé que esto sucede todos los días; pero hoy no será, ¡vive Dios! y los que me conocen lo saben.

Aquí el feroz desconocido tiró de la campanilla con gran violencia, y declaró al mozo que si no le traían las tostadas dentro de diez segundos, iría él mismo á saber por qué.

—Amigo mío, — dijo Mr. Pickwick, — permitidme que os diga que os inquietáis sin razón; yo no he tomado en el interior más que dos asientos.

—Me alegro de saberlo, — respondió el hombre feroz; — retiro mis expresiones, os pido perdón; he aquí mi tarjeta; seamos amigos.

—Con mucho gusto, — replicó Mr. Pickwick; — debemos ser compañeros de viaje, y espero que pasaremos buenos ratos.

—Lo espero, me sois simpático; dadme vuestras manos y vuestros nombres.

Un cambio de saludos amistosos siguió á este agradable discurso. El caballero dijo á sus amigos que se llamaba Dowler, que iba á Bath por placer, que estuvo antes en el ejército, y que se había dedicado á los negocios, que vivía de sus ganancias, y que la persona que ocuparía el otro asiento interior, era otra persona no menos ilustre, su esposa.

—¡Es mujer muy linda! estoy orgulloso y con razón.

—Espero tener el placer de juzgarla, dijo Mr. Pickwick sonriendo.

—Ya juzgaréis; os conocerá, os estimará. Yo la hice la corte de una manera singular; la gané por un voto temerario, escuchad: la vi, la amé, la pedí, me rehusó.

—¿Amáis á otro? — Evitad mi pudor. — Le conozco.

—¿De veras? — Sí; le desollaré vivo.

—¡Diablo! — exclamó Pickwick involuntariamente.

—Y... ¿le habéis desollado? — preguntó Mr. Winkle palideciendo.

—Le escribí una palabra; le dije que era un asunto penoso. Era verdad.

—Ciertamente, — murmuró Mr. Winkle.

—Yo dije que había dado mi palabra de desollarle vivo; que mi honor estaba comprometido, y que, como oficial de Su Majestad, no me quedaba otro recurso. Sentía esta necesidad, pero esto era preciso; se dejó convencer; vió que las reglas del servicio eran imperativas. Huyó. Yo me casé con la joven. He aquí el coche; mirad su cabeza en la portezuela.

Concluyendo aquellas palabras, Mr. Dowler mostraba un coche que acababa de parar. Se veía efectivamente en la portezuela una cara bastante linda, con som-

brero blanco, y que, mirando entre la multitud, buscaba, sin duda, al hombre violento. Mr. Dowler pagó su gasto y salió al punto con su gorra, su redingote y su capa. Mr. Pickwick y sus amigos le siguieron para asegurarse de sus sitios.

Mr. Tupman y Mr. Snodgrass se habían puesto detrás del coche; Mr. Winkle había subido al interior, y Mr. Pickwick se preparaba á seguirle, cuando Sam Weller se acercó con ademán de profundo misterio, y cuchicheando al oído de su amo, le pidió permiso para hablarle.

—¿Qué hay, Sam? — dijo Mr. Pickwick.

—Una historia, señor. Me temo que el propietario del coche nos haga alguna impertinencia.

—¿Cómo puede ser eso? ¿no están nuestros nombres en la carta de viaje?

—Sí están, pero hay uno sobre la puerta del coche.

Hablando así, Sam mostraba á su amo aquella parte de la portezuela donde se pone ordinariamente el nombre del propietario: y allí, en efecto, se leía en letras doradas, de un razonable tamaño, el nombre mágico de Pickwick.

—¡Pues es curioso! — exclamó Mr. Pickwick, aturdido de aquella coincidencia. — ¡Qué cosa tan extraordinaria!...

—Sí, pero hay más aún, — continuó Sam, dirigiendo de nuevo la atención de su amo hacia la portezuela. — No contentos con escribir *Pickwick*, han puesto delante *Moisés*. Esto se llama añadir la injuria al insulto.

—Pues esto es cosa muy singular, Sam; pero si permanecemos en pie, perderemos nuestros asientos.

—¿Cómo, señor? ¿y permitimos eso? — exclamó Sam contrariado por la tranquilidad con la cual Mr. Pickwick se preparaba á meterse en el interior.

—¿Y qué vamos á hacer?

—¿Y no habrá que vapulear á alguien por haberse tomado esta libertad, señor? — preguntó Sam que esperaba por lo menos la comisión de desafiar al cochero y al conductor en combate singular.

—No, ciertamente, — contestó Mr. Pickwick con vivacidad; — bajo ningún pretexto. Sube á tu puesto inmediatamente.

—¡Ah! — murmuró Sam, encaramándose sobre un banco, — sin duda el amo tiene alguna cosa; sino no hubiera tomado esto con tanta tranquilidad. Espero que el juicio no le habrá afectado, pero esto va mal, muy mal.

Y es digno de ser notado, porque hace ver cuán á pecho tomaba este asunto, que no pronunció una sola palabra hasta el momento en que el coche llegó al tiquete de Kensington. Era para él un esfuerzo de taci-

turnidad tan extraordinario, que puede ser considerado como un precedente.

Nada pasó durante el viaje que merezca atención especial. Mr. Dowler contó muchas anécdotas, relativas todas á sus proezas personales, y en cada una de ellas tomaba por testigo á su mujer. Entonces aquella dama contaba, en forma de apéndice, algunas circunstancias notables que Mr. Dowler había olvidado, ú omitido por modestia; porque aquellas adiciones tendían siempre á mostrar que Mr. Dowler era un hombre aun más sorprendente de lo que él mismo decía.

Mr. Pickwick y Mr. Winkle le escuchaban con la mayor admiración; por intervalos conversaba con mistress Dowler, que era una mujer seductora. Así, gracias á las historias de Mr. Dowler y á los encantos de su mujer, gracias á la amabilidad de mister Pickwick y á la atención imperturbable de Mr. Winkle, los habitantes del interior de la diligencia realizaron su viaje en buena armonía y en perfecto humor.

Los viajeros del exterior se condujeron como sus asientos lo permitían; estaban alegres y habladores al principio del viaje, tristes y soñolientos en medio, y de nuevo despiertos y alegres al fin. Había un joven con capa de caoutchouc, que fumaba cigarros, que fumó por todo el camino; había otro cuyo redingote era la parodia de un paletot: había un tercero que la echaba de muy inteligente en caballos, y por detrás un viejo que quería entender de agricultura.

Al fin, Mr. Pickwick y sus amigos, mister Dowler y su esposa, se retiraron á las siete de la noche á un salón particular del hotel de *El Ciervo blanco*, enfrente de la gran sala de los baños de Bath; hotel ilustre, en el cual los mozos, gracias al vestido, podían pasar por estudiantes de Westminte, si no destruían la ilusión por su prudencia y su circunspección.

El día siguiente por la mañana, apenas habían concluido de almorzar los pickwickianos, entró un criado con una tarjeta de Mr. Dowler, que decía que quería presentar á un amigo; mister Dowler siguió á su tarjeta acompañando á su amigo.

Este era un encantador joven de cincuenta años, poco más ó menos; tenía una levita azul claro, con botones resplandecientes, unos pantalones negros y las botas más finas y más lustrosas que se puede imaginar; un lente de oro estaba suspendido á su cuello de una cinta negra, ancha y corta; una tabaquera negra daba vueltas elegantemente entre el índice y el pulgar de la mano derecha; innumerables anillos brillaban en sus dedos, y tenía además una cadena de oro, con enormes sellos macizos; su delgado bastón de ébano llevaba un pe-

sado puño de oro; su ropa blanca era lo más limpia y elegante posible; su falso tupé, el más engrasado y el más tieso. Su tabaco era tabaco del regente; su perfume, *ramillete del Rey*; sus facciones se embellecían con una perpétua sonrisa, y sus dientes estaban tan perfectamente arreglados, que no se distinguían los verdaderos de los falsos.

—Mr. Pickwick — dijo Dowler, — mi amigo Angelo-Cyrus Bantam, *magister ceremoniarum*. — Bantam, Mr. Pickwick, sed amigos.

—Seáis bien venido á Ba-ath. Esto ha sido una verdadera inquisición... bien venido á Ba-ath. Hace mucho tiempo, mucho tiempo, Mr. Pickwick, que no habéis tomado las aguas; hace un siglo, Mr. Pickwick.

Al decir esto, Mr. Angelo-Cyrus Bantam, maestro de ceremonias, tomó la mano de mister Pickwick y dislocando sus espaldas con una constante sucesión de saludos, guardó la mano del filósofo entre las suyas, como si no hubiera podido soltársela.

—Hace ciertamente mucho tiempo que no he bebido las aguas, — respondió Mr. Pickwick, — por qué, que yo sepa, no he venido aquí hasta ahora.

—¿No habéis venido nunca á Ba-ath, mister Pickwick? — exclamó el maestro, dejando caer con admiración la mano del sabio. — ¡Ah! Mr. Pickwick, os gustan las bromas; no es mala, no...

—Debo deciros que hablo seriamente; nunca he venido aquí.

—¡Oh! ya veo, — exclamó el maestro en tono extremadamente satisfecho; — mejor que mejor, sois el caballero de quien hemos oído hablar; os conocemos, Mr. Pickwick, os conocemos.

—Han leído en los malditos diarios los detalles de mi proceso, — pensó Mr. Pickwick; — saben toda mi historia.

—Sí, — respondió Bantam, — vos sois el caballero residente en Elapham-Green, que perdió el uso de sus miembros, por haberse imprudentemente constipado, después de haber tomado vino de Porte; que á causa de sus agudos padecimientos, no podía moverse de su sitio, y que hizo tomar botellas de los baños del Rey á 103 grados, se las hizo llevar por un cerro á su alcoba, en Londres, se bañó, estornudó y quedó restablecido el mismo día. «Muy notable.»

Mr. Pickwick conoció el cumplimiento que encerraba esta suposición, y, sin embargo, tuvo la abnegación de rechazarla; en seguida, aprovechando un momento en que el maestro de ceremonia estaba callado, pidió permiso para presentar á sus amigos Mr. Tupman, mister Winkle y Mr. Snodgrass, presentación que, como es de

suponer, llenó al maestro de ceremonias de delicias y de honor.

—Bantam, — dijo Mr. Dowler, — Mr. Pickwick y sus amigos son extranjeros: es preciso que inscriban sus nombres; ¿dónde está el libro?

—El registro de los visitantes distinguidos de Ba-ath estará en la sala de la Pompe, á dos horas de aquí. ¿Queréis guiar á nuestros amigos hacia ese espléndido edificio, y procurarme la satisfacción de obtener sus nombres?

—Yo lo haré, — respondió Dowler; — he aquí una visita larga; ya es tiempo de partir; volveré dentro de una hora; vamos.

—Esta tarde hay baile, — dijo el maestro de ceremonias tomando la mano de Mr. Pickwick en el momento de irse. — Las noches de baile en Ba-ath son instantes robados al paraíso, instantes que hacen encantadores la música, la hermosura, la moda, la etiqueta, etc... y por encima de todo, la ausencia de los tenderos, gente del todo incompatible con el paraíso. Estas gentes tienen entre ellos, todos, todos los días quince; una especie de amalgama que es, para no decir nada de más, muy notable. Adiós, adiós.

Dicho esto, y habiendo protestado á lo largo de la escalera que él estaba muy satisfecho, enteramente complacido, completamente encantado, inmensamente lisonjeado, sin que pudiera ser más honrado, Angelo-Cyrus Bantam, subió á un coche muy elegante que lo esperaba en la puerta, y desaparecieron al trote largo.

A la hora designada, Mr. Pickwick y sus amigos, acompañados de Dowler, llegaron á las salas de la asamblea, y escribieron su nombre en el libro, prueba de condescendencia, de la que Angelo Bantam se mostró todavía más confuso y encantado que antes.

Debían prepararse unos billetes de admisión para los cuatro amigos, pero como no se encontraban prontos, Mr. Pickwick se comprometió, apesar de todas las protestas de Angelo, á enviar á las cuatro á buscarlos á Sam en casa de Bantam, en la plaza de la Reina.

Después de haber dado un corto paseo por la ciudad y de haber convenido únicamente en que la calle de Park se parecía á las calles perpendiculares que se ven en los sueños, volvieron los pickwickianos á *El Cierro blanco*, y mandaron á Sam en busca de los billetes.

Sam Weller se puso el sombrero con negligencia y gracia, se metió las manos en los bolsillos del chaleco, y se dirigió con resolución á la plaza de la Reina, tarareando por el camino los aires populares de la época, arreglados á una música enteramente nueva para instrumento de viento. Llegado á la plaza, al número que

se le había designado, cesó de cantar y tocó fuertemente á la puerta que abrió inmediatamente un lacayo de cabeza empolvada, de librea magnífica, de estatura fornida.

—¿Vive aquí Mr. Bantam? — preguntó Sam, sin dejarse intimidar por el rayo de esplendor que hirió sus ojos á la aparición del lacayo empolvado.

—¿Qué buscáis? — preguntó el lacayo con altanería.

—Si es aquí, decidle que Mr. Weller espera la respuesta.

Así habló Sam, y entrando friamente en la sala se sentó.

El lacayo empolvado empujó la puerta y frunció las cejas con dignidad: pero esto no hizo impresión ninguna en Sam, que se ocupaba en mirar, con ademán de conocedor satisfecho, un elegante porta-paraguas de caoba.

La manera con que Mr. Bantam recibió la carta, predispuso al lacayo en favor de Sam; porque cuando volvió, se sonrió amablemente y le dijo que tendría pronto la respuesta.

—Muy bien, — replicó Sam; — podéis decir al caballero que no se ponga en estado de transpiración. No hay prisa ninguna. Ya he comido.

—Coméis muy temprano.

—Para cenar mejor.

—¿Hace mucho que estáis en Bath? No he tenido el gusto de oír hablar de vos.

—No he causado aquí gran sensación, — respondió Sam tranquilamente. — Yo y los demás personajes que acompaño hemos llegado ayer por la noche.

—Bonito lugar.

—Así lo parece.

—Buena sociedad. Criados muy agradables, caballero.

—Así parece. Chicos afables y sin afectación, que parecen decir: idos á paseo: no os conozco.

—¡Oh! es verdad, — contestó el lacayo empolvado, creyendo que las palabras de Sam encerraban evidentemente un cumplimiento. — ¿Queréis tabaco? — añadió alargando una tabaquera.

Al llegar aquí, un violento campanillazo redujo al lacayo empolvado á la ignominiosa necesidad de poner la tabaquera en el bolsillo, y dirigirse con mucha circunspección al cuarto de Mr. Bantam.

—He aquí la respuesta, — dijo al volver el lacayo empolvado á Sam. — No sé si incomodará á su grandeza.

—No os preocupéis, — dijo Sam, recibiendo la carta, que estaba encerrada en un pequeño cofre. — Creo que

la naturaleza puede soportar esto sin desfallecer.

—Espero que nos veremos, — dijo el lacayo empolvado, frotándose las manos y encaminando á Sam hacia la puerta.

—Sois muy amable, caballero, — contestó Sam; — pero os suplico no os molestéis. Considerad lo que debéis á la sociedad y no os dejéis destruir por el trabajo. Por amor de vuestros semejantes, vivid tranquilo como podáis. Pensad lo que el mundo perdería con vos.

Después de estas palabras patéticas, Sam se alejó. — ¡Qué joven tan singular! — dijo para sí el lacayo con fisonomía enteramente atontada.

Sam no dijo nada, pero guiñó el ojo, movió la cabeza, sonrió y se fué aprisa, con un semblante que parecía denotar que estaba muy divertido por una razón ó por otra.

La misma noche precisamente, á las ocho menos veinte, Angelo-Cyrus Bantam bajó de su coche á la puerta del salón de reunión, con el mismo tupé, los mismos dientes, el mismo lente, la misma cadena y los mismos sellos, los mismos anillos, los mismos alfileres y el mismo botón que llevaba por la mañana. El único cambio notable en su apostura era que llevaba una levita azul más clara, forrada de seda blanca, un pantalón negro, medias de seda negra, escarpines y chaleco blanco, y que estaba un poco más perfumado aún.

El maestro de ceremonias se plantó en medio de la sala para recibir á los viajeros y desempeñar los importantes deberes de su indispensable oficio.

Bath estaba lleno. La gente y las piezas de seis peñiques para el te llegaban sin cesar. En la sala de baile, en las salas de juego, en las escaleras, en los pasajes, el murmullo de las voces y el ruido de los pies aturdían. Crujían los trajes de seda, ondulaban las plumas, brillaban las luces y resplandecían las joyas. Se oía la música, no de contradanzas, porque aún no había empezado, sino la música siempre agradable de los pies diminutos que se deslizan por el tablado, de las risas claras y gozosas de las niñas, de las voces contenidas y veladas de las damas.

En la sala donde se tomaba el té, y alrededor de las mesas de juego, se reunían una multitud de viejas y de caballeros decrepitos, discutían todos los pequeños escándalos del día, con una vivacidad que mostraba su complacencia. Entre estos grupos se encontraban algunas madres de familia, absorbidas en apariencia por la conversación, en la cual tomaban parte; pero lanzando de tiempo en tiempo algunas miradas á sus hijas. Estas se hallaban en pleno ejercicio de coquetería, se ponían los guantes, dejaban las tazas de té, y así sucesivamente.

te, poniendo en juego todas las lijezas, que fútiles en apariencia, fuesen ventajosamente explotadas por personas hábiles.

Junto á las puertas y en los rincones, varios grupos de jóvenes ostentaban todas las variedades del dandismo y de la estupidez, divertían á las personas razonables con su tontería y presunción, creyéndose objetos de la admiración general. ¡Sábía y preciosa disposición de la Providencia, que un espíritu caritativo no se cansará de alabar!

En los bancos de atrás, donde ellas habían tomado asiento para la tertulia, estaban sentadas ciertas damas solteras, y que como no bailaban por no tener pareja, ni jugaban porque no las llamasen viejas, estaban en la situación favorable de poder hablar mal de todo el mundo, sin llamar la atención.

Todo el mundo efectivamente se encontraba allí; era una escena de alegría, de lujo, de tocados, de espejos magníficos, de luces y dorados, y en todos los planos de aquel cuadro, pasando de un lado á otro, saludando amablemente á un grupo, haciendo un signo á otro, y sonriendo á todos, se hacía notar la persona elegante de Angelo-Cyrus Bantam, *maestro de ceremonias*.

—Defeneos en la sala del te; tomad vuestros seis peniques; dan agua caliente por te; bebed, — dijo en voz alta Mr. Dowler á Mr. Pickwick, que avanzaba á la cabeza de los suyos, dando el brazo á mistress Dowler.

Mr. Pickwick fué á la sala del te, y Mr. Bantam, al verle, se deslizó al través de la multitud, y le saludó con éxtasis.

—Mi querido amigo, estoy prodigiosamente honrado... Ba-ath está favorecido... mistress Dowler, vos embellecéis esta sala; os felicito por vuestras plumas.

—¿Hay alguien aquí? — preguntó Mr. Dowler en tono desdenoso.

—¿Alguno? ¡lo mejor de Ba-ath! Mr. Pickwick, ¿véis aquella dama del turbante de gasa?

—¿Aquella vieja gorda? — preguntó Mr. Pickwick inocentemente.

—¡Chitón! amigo; en Bath no hay persona alguna vieja ni gorda; es la viuda Snuphanuph.

—¡De veras! — dijo Mr. Pickwick.

—Ni más ni menos. ¡Chitón! acercaos un poco por aquí, Mr. Pickwick; ¿véis aquel joven ricamente vestido que viene por ese lado?

—¿El de los cabellos largos y la frente singularmente estrecha?

—Ese mismo; es el joven más rico de Ba-ath; el joven lord Mutanped.

—¿De veras?

—Sí; oiréis su voz en este momento; me hablará. El caballero que viene á su lado y que tiene un chaleco rojo y bigotes negros, es el honorable Mr. Crushton, su amigo intimo. ¿Cómo estáis, milord?

—Mucho calor, Bantam, — respondió su señoría.

—En efecto, hace calor — respondió el maestro de ceremonias.

—De todos los demonios — añadió el honorable Crushton.

Después de una pausa, durante la cual el joven lord se había esforzado en turbar á Mr. Pickwick, mirándole con su lente, Mr. Crushton dijo:

—Bantam, ¿habéis visto el coche correo de milord?

—No, no le he visto.

—¡Oh! ¡yo creía que too el mundo le había vizto! es la coza más linda, más lizera, más grazioza que ha ezrado sobre ruelas. Pintado de encarnado, con cabayos de café con leche.

—Y con su caja para las cartas; es cosa completa — añadió Crushton.

—Y un pequeño asiento delante, rodeado de un triángulo de hierro para cochero — continuó su señoría. — Llo la yevé á Bristol el zotro día, con un traje encarnado y dos criados que corrían á un cuarto de milla detrás; todos los aldeanos zafían de sus cazas para detenerme y preguntarme si no era yo el correo. ¡Graziozo!

El joven lord se rió de buena gana de la aventura, y los circunstantes hicieron lo mismo.

—¡Un joven encantador! — dijo el maestro de ceremonias á Mr. Pickwick.

—Lo parece — replicó secamente el filósofo.

Habiendo empezado la danza, y habiéndose hecho las presentaciones necesarias, Angelo Bantam llevó á mister Pickwick á la sala de juego.

En el momento de entrar, lady Snuphanuph y otras dos ladys de antigua apariencia vagaban tristemente alrededor de una mesa desocupada. En cuanto vieron á Mr. Pickwick, guiado por Bantam, cambiaron una mirada que quería decir que aquella era precisamente la persona que necesitaban.

—Mi querido Bantam — dijo lady Enuphanuph, — buscadnos por amor de Dios una buena persona que nos falta para una partida de whist.

Y como en aquel momento Mr. Pickwick miraba para otro lado, milady hizo un expresivo signo de cabeza indicándole.

El maestro de ceremonias comprendió aquel gesto mudo.

—Milady — respondió, — mi amigo Mr. Pickwick

tendrá mucho gusto en ello; estoy seguro. Mr. Pickwick —añadió, presentando á las damas;— lady Snuphanuph, mistres la coronela Wugsby, miss Bolo.

Mr. Pickwick saludó, y viendo que era imposible escapar, se resignó; Mr. Pickwick tenía por compañera á miss Bolo, y jugaba en contra de lady Snuphanuph y de la coronela Wugsby.

A la segunda jugada dos jóvenes damas acudieron á la sala y se colocaron á cada lado de Mistress Wugsby, donde esperaron paciente y silenciosamente á que el juego concluyera.

—¿Qué hay?— dijo mistress Wugsby, volviéndose hacia una de las jóvenes.

—Mamá— respondió en voz baja la más joven y la más bonita de las dos, —venía á preguntaros si puedo bailar con el joven Mr. Crawley.

—¿Pero en qué piensas, Juana?— respondió la mamá con indignación; —¿no has oído decir cien veces que su padre no tiene más que ochocientas libras esterlinas de renta, y eso vitalicia? Niña, me haces avergonzar. No; no bales bajo ningún pretexto.

—Mamá— cuchicheó la otra señorita, que era mucho más vieja que su hermana y tenía un ademán insípido y artificial; —lord Mutanhed me ha sido presentado; he dicho que no estaba comprometida para bailar con otro.

—Eres una buena chica, y se puede una fiar de ti,— respondió mistress Wugsby, dando con su abanico un golpecito en la mejilla de su hija. —Es inmensamente rico, hija mía.

Al decir esto, mistress Wugsby besó tiernamente á su hija mayor, amonestó á la segunda con un fruncimiento de cejas, y barajó sus cartas.

¡Pobre Mr. Pickwick! Hasta entonces no había jugado nunca con tres viejas tan buenas jugadoras. Tenían una habilidad espantosa; si jugaba mal, miss Bolo le asesinaba con la mirada; si se detenía para reflexionar, lady Snuphanuph se recostaba en la silla y sonreía mirando con impaciencia á mistress Wugsby; á esto respondía la coronela alzando los hombros y tosiendo como para preguntar si acabaría Mr. Pickwick de pensar. Había además personas que venían á mirar el juego y á intimidar á Mr. Pickwick. Todo esto, combinado con el ruido y las constantes interrupciones de los que iban y venían, hizo que Mr. Pickwick jugase verdaderamente mal. Al fin, al dejar la mesa de juego á las once de la noche, miss Bolo se levantó con una agitación espantosa y se fué llorando á una silla de manos.

Mr. Pickwick encontró á sus amigos, que aseguraron haber pasado una noche muy agradable. Volvieron jun-

tos á *El ciervo blanco*, y habiéndose distraído el filósofo de sus infortunios por tomar algo caliente, se acostó y durmió inmediatamente.

## CAPITULO XXXVI

*Ocupado principalmente por una auténtica versión de la leyenda del príncipe Bladud, y por una calamidad muy extraordinaria de que fué víctima Mr. Winkle.*

Proponiéndose Mr. Pickwick estar por lo menos dos meses en Bath, creyó conveniente tomar para él y sus amigos una casa particular. Tuvo la buena fortuna de obtener por un precio moderado la parte superior de una de las casas inmediatas al Crescent, y como había allí más habitaciones de las que los pickwickianos necesitaban, mister y mistress Dowler le ofrecieron tomar para ellos una sala y una alcoba. Esta proposición fué aceptada, y desde el tercer día, los dos asociados se instalaron en su nuevo domicilio. Mr. Pickwick empezó entonces á tomar las aguas con gran asiduidad. Las tomaba sistemáticamente, bebiendo un cuarto de pinta antes del almuerzo, y subiendo después una montaña; otro cuarto de pinta después del almuerzo, y bajando después otra montaña; y después de cada pinta, mister Pickwick declaraba solemnemente que se encontraba mucho mejor. Los amigos creían esto á pies juntillas, aunque hasta entonces no sospechaban que su amigo padeciese mal alguno.

El gran salón de bebidas es un espacioso recinto, adornado con pilares corintios, con una galería para la música, un reloj de Tompion, una estatua de Nash y una inscripción en letras de oro, en la cual todos los bebedores debían fijar su atención, porque hace un cierto llamamiento á su caridad. Allí se encuentra además un jarro de mármol, donde el mozo sumerje constantemente grandes vasos que parecen tener ictericia, y es un espectáculo edificante ver con cuánta gravedad y perseverancia apuran el contenido de aquellos vasos los bebedores de agua. Cerca están los baños, en los cuales se lava una parte de los enfermos, después de lo cual toca la música para congratularlos de haber salido.

tendrá mucho gusto en ello; estoy seguro. Mr. Pickwick —añadió, presentando á las damas;— lady Snuphanuph, mistres la coronela Wugsby, miss Bolo.

Mr. Pickwick saludó, y viendo que era imposible escapar, se resignó; Mr. Pickwick tenía por compañera á miss Bolo, y jugaba en contra de lady Snuphanuph y de la coronela Wugsby.

A la segunda jugada dos jóvenes damas acudieron á la sala y se colocaron á cada lado de Mistress Wugsby, donde esperaron paciente y silenciosamente á que el juego concluyera.

—¿Qué hay? — dijo mistress Wugsby, volviéndose hacia una de las jóvenes.

—Mamá — respondió en voz baja la más joven y la más bonita de las dos, — venía á preguntaros si puedo bailar con el joven Mr. Crawley.

—¿Pero en qué piensas, Juana? — respondió la mamá con indignación; — ¿no has oído decir cien veces que su padre no tiene más que ochocientas libras esterlinas de renta, y eso vitalicia? Niña, me haces avergonzar. No; no bales bajo ningún pretexto.

—Mamá — cuchicheó la otra señorita, que era mucho más vieja que su hermana y tenía un ademán insípido y artificial; — lord Mutanhed me ha sido presentado; he dicho que no estaba comprometida para bailar con otro.

—Eres una buena chica, y se puede una fiar de ti, — respondió mistress Wugsby, dando con su abanico un golpecito en la mejilla de su hija. — Es inmensamente rico, hija mía.

Al decir esto, mistress Wugsby besó tiernamente á su hija mayor, amonestó á la segunda con un fruncimiento de cejas, y barajó sus cartas.

¡Pobre Mr. Pickwick! Hasta entonces no había jugado nunca con tres viejas tan buenas jugadoras. Tenían una habilidad espantosa; si jugaba mal, miss Bolo le asesinaba con la mirada; si se detenía para reflexionar, lady Snuphanuph se recostaba en la silla y sonreía mirando con impaciencia á mistress Wugsby; á esto respondía la coronela alzando los hombros y tosiendo como para preguntar si acabaría Mr. Pickwick de pensar. Había además personas que venían á mirar el juego y á intimidar á Mr. Pickwick. Todo esto, combinado con el ruido y las constantes interrupciones de los que iban y venían, hizo que Mr. Pickwick jugase verdaderamente mal. Al fin, al dejar la mesa de juego á las once de la noche, miss Bolo se levantó con una agitación espantosa y se fué llorando á una silla de manos.

Mr. Pickwick encontró á sus amigos, que aseguraron haber pasado una noche muy agradable. Volvieron jun-

tos á *El ciervo blanco*, y habiéndose distraído el filósofo de sus infortunios por tomar algo caliente, se acostó y durmió inmediatamente.

## CAPITULO XXXVI

*Ocupado principalmente por una auténtica versión de la leyenda del príncipe Bladud, y por una calamidad muy extraordinaria de que fué víctima Mr. Winkle.*

Proponiéndose Mr. Pickwick estar por lo menos dos meses en Bath, creyó conveniente tomar para él y sus amigos una casa particular. Tuvo la buena fortuna de obtener por un precio moderado la parte superior de una de las casas inmediatas al Crescent, y como había allí más habitaciones de las que los pickwickianos necesitaban, mister y mistress Dowler le ofrecieron tomar para ellos una sala y una alcoba. Esta proposición fué aceptada, y desde el tercer día, los dos asociados se instalaron en su nuevo domicilio. Mr. Pickwick empezó entonces á tomar las aguas con gran asiduidad. Las tomaba sistemáticamente, bebiendo un cuarto de pinta antes del almuerzo, y subiendo después una montaña; otro cuarto de pinta después del almuerzo, y bajando después otra montaña; y después de cada pinta, mister Pickwick declaraba solemnemente que se encontraba mucho mejor. Los amigos creían esto á pies juntillas, aunque hasta entonces no sospechaban que su amigo padeciese mal alguno.

El gran salón de bebidas es un espacioso recinto, adornado con pilares corintios, con una galería para la música, un reloj de Tompion, una estatua de Nash y una inscripción en letras de oro, en la cual todos los bebedores debían fijar su atención, porque hace un cierto llamamiento á su caridad. Allí se encuentra además un jarro de mármol, donde el mozo sumerje constantemente grandes vasos que parecen tener ictericia, y es un espectáculo edificante ver con cuánta gravedad y perseverancia apuran el contenido de aquellos vasos los bebedores de agua. Cerca están los baños, en los cuales se lava una parte de los enfermos, después de lo cual toca la música para congratularlos de haber salido.

Existe además un segundo bebedero, donde los galanes y damas enfermos son llevados en sillas y sillones.

En fin, hay un tercer bebedero, donde se reúnen las personas tranquilas, porque es menos ruidoso que los demás. Hay en los alrededores sitios donde se pasea con muleta ó sin ella, con bastón ó sin él, y donde se conversa con ingenio ó sin él.

Cada mañana, los bebedores concienzudos, entre los cuales se encontraba Mr. Pickwick, se reunían en el bebedero, tragaban su media pinta y caminaban después en formación. En el paseo de la tarde, lord Mutanhed y el honorable Mr. Crushton, lady Snuphanup, mistress Wugsby y toda la gente de tono, y todos los bebedores de agua de la mañana se reunían en gran asamblea. Después se paseaban á pie, en coche, en silla de manos, y seguían siempre juntos. Después iban los caballeros al gabinete de lectura, y allí encontraban una parte de la sociedad, después de lo cual se iba cada uno á su casa. En seguida, si era día de teatro, se volvían á encontrar en el teatro; si era día de reunión, se encontraban de nuevo en el salón, y si no era ni una cosa ni otra, no se encontraban hasta el día siguiente: agradable rutina, á la cual se puede tachar de excesivamente monótona.

Después de un día, gastado de este modo, mister Pickwick se ocupaba en contemplar su diario, cuando oyó tocar suavemente á la puerta.

—Os pido perdón, caballero — dijo la dueña de la casa, mistress Craddock; — ¿necesitáis alguna cosa?

—Nada, señora — respondió Mr. Pickwick.

—Mi chica se ha ido á acostar, caballero, y mister Dowler tiene la bondad de permanecer levantado para esperar á mistress Dowler, que debe entrar muy tarde. Mr. Pickwick, yo pienso que, si no se os ofrece nada, me iré á acostar también.

—Haréis muy bien, señora.

—Buenas noches, caballero.

—Buenas noches.

Mistress Graddock cerró la puerta, y Mr. Pickwick continuó escribiendo.

En media hora sus notas salieron á luz. Cuando concluyó de escribir, abrió la gabeta de la mesa para encerrar en ella el tintero. Había en aquella gabeta algunas hojas de papel escritas y liadas. Mr. Pickwick desplegó el paquete, y acercando su silla al fuego, leyó lo que sigue

### *La verdadera historia del príncipe Bladud*

No hace aun doscientos años que se veía en uno de los baños públicos de esta ciudad una inscripción en honor de su poderoso fundador, el célebre príncipe Bladud. Esta inscripción está hoy borrada; pero una vieja leyenda, transmitida de año en año, nos dice que muchos siglos hace, aquel ilustre príncipe, atacado de lepra desde su vuelta de Atenas, huía de la corte de su padre, y se reunía tan sólo con los pastores y sus cerdos. En el ganado, dice la leyenda, había un puerco de grave continente, por quien el príncipe sentía una extraña simpatía; porque aquel personaje era un sabio, una persona de maneras reservadas y prudentes, un animal superior á sus semejanes; animal cuyo gruñido era terrible, cuya mordida era fatal. El joven suspiraba profundamente al mirar la fisonomía majestuosa del cuadrúpedo. Pensaba en su real padre, y sus ojos se llenaban de lágrimas.

A aquel puerco inteligente le gustaba mucho bañarse en un fango sucio y verdoso; no en el rigor del verano, como hacen los cerdos vulgares para refrescar, sino en los días más fríos del invierno. La piel del paquidermo estaba siempre tan lisa y su complexión era tan sana, que el príncipe resolvió probar las cualidades purificantes del agua que probaba tan bien á su amigo. Bajo el fango verdoso corrían los manantiales calientes de Bath; el príncipe se lavó allí y se curó. Habiéndose dirigido á la corte del rey su padre, le ofreció sus respetos, y se apresuró á venir aquí para fundar esta ciudad y estos baños famosos.

Primero buscó al cerdo con todo el ardor de una antigua amistad; pero ¡ay! aquellas aguas famosas habían sido causa de su pérdida. Había tomado un baño á una temperatura demasiado elevada, y el filósofo, sin saberlo, había perecido. Plinio, que le sucedió en la filosofía, pereció igualmente víctima de su ardor por la ciencia.

Tal era la leyenda; escuchad la verdadera historia.

El famoso Lud Hudibras, rey de la Gran Bretaña, vivió hace muchos siglos. Era un monarca temible. La tierra temblaba bajo sus pisadas; tanta era su gordura; sus pueblos podían apenas resistir al brillo de su faz; tanto era su brillo. Era rey, desde los pies á la cabeza, y esto es mucho decir; porque si no era muy alto, era muy grueso, y su inmenso volumen compensaba la falta de talla. Si algún príncipe degenerado de los tiempos modernos podía sin duda compararsele, era sin duda el rey Cole, único que merecía esta gloria.

Este buen rey tenía una esposa, que diez años antes

había tenido un hijo, á quien puso por nombre Bladud. Le habían colocado en una escuela preparatoria de los Estados de su padre, hasta la edad de diez años; pero entonces le habían enviado con un fiel mensajero á concluir sus estudios en Atenas. Como no había que pagar suplemento para permanecer en el colegio los días de fiesta, ni se hacía salir en época determinada á los alumnos, el príncipe estuvo allí ocho años, después de los cuales, el rey su padre mandó al lord chambelan para pagar sus gastos y traerle á la casa. El lord chambelan ejecutó hábilmente aquella difícil comisión, fué recibido con aplausos y pagado sin dilación.

Quando el rey Lud vió al príncipe su hijo, y notó que estaba hecho un hombre, comprendió desde luego que convendría mucho casarle inmediatamente, á fin de que sus hijos perpetuaran la gloriosa raza de Lud hasta las últimas edades del mundo. Con este motivo arregló una embajada extraordinaria de palaciegos que no tenían nada que hacer y deseaban tener empleos lucrativos; después los envió á un rey vecino para pedirle en matrimonio á su bella hija, y para declararle al mismo tiempo que como rey cristiano deseaba vivamente conservar las relaciones más amistosas con el rey su hermano y su amigo; pero que si el matrimonio no se arreglaba, se vería en la penosa necesidad de hacerle una visita acompañado de un ejército numeroso.

El otro rey, que era menos fuerte, respondió que estaba muy agradecido al rey su hermano, por tanta generosidad y benevolencia, y que su hija estaba dispuesta á casarse tan pronto como el príncipe Bladud quisiera venir por ella para llevársela.

Desde que llegó esta respuesta á Inglaterra, toda la nación deliró de alegría; no se oía otra cosa que la algazara de las fiestas, y también el dinero que hacía el ruido en los sacos de los recaudadores encargados de cobrar al pueblo el impuesto necesario para el coste de aquellos festejos.

El rey Lud, que estaba en aquella ocasión sentado en el trono de la sala del Consejo, se levantó lleno de alegría y mandó traer los mejores vinos. La ignorancia de los autores legendarios atribuye este acto de gracia al rey Cole.

En medio de los regocijos del festín, había un invitado que no bebía cuando el vino resplandecía en los vasos, que no bailaba cuando los instrumentos músicos marcaban el compás de la danza. Era el mismo príncipe Bladud, por cuya felicidad vaciaba el pueblo sus bolsillos y llenaban los cortesanos su gacznate. ¡Ay! el príncipe, olvidando que el ministro de Negocios extranjeros tenía el derecho de enamorarse por él, lo había

hecho ya por cuenta propia, contrariando las leyes de la diplomacia, y amaba á la hija de un noble ateniense.

Aquí encontramos un palpable ejemplo de una de las numerosas ventajas de la civilización. Si el príncipe Bladud hubiera vivido en nuestros días, se hubiera casado sin escrúpulo con la princesa elegida por su padre, y hubiera procurado librarse de ella á la mejor ocasión, haciéndola morir de pena por un encadenamiento sistemático de desdenes é injurias; después, si la tranquilidad de su sexo y la conciencia de su inocencia la hubieran dado fuerzas para resistir á tan malos tratamientos, hubiera buscado alguna otra manera de matarla y librarse del escándalo. Pero ninguno de estos medios se ofreció á la imaginación del príncipe Bladud; se limitó á pedir una audiencia privada á su padre y á contárselo todo.

Es antigua prerrogativa de los soberanos gobernar todas las cosas, excepto sus pasiones. Por consiguiente, el rey Lud se llenó de violenta cólera; tiró la corona al suelo, cayó de cabeza, se dió un golpe en la frente, y preguntó al cielo ¿por qué su propia sangre se revelaba contra él? Y finalmente, llamando á sus guardas, dio orden de encerrar á su hijo en una torre; tratamiento especial que los reyes de otros tiempos empleaban con sus hijos, cuando las inclinaciones matrimoniales de éstos no se acomodaban á su voluntad.

Después de estar encerrado en la torre durante un año entero, sin que sus ojos viesen otra cosa que una muralla de piedra, el príncipe Bladud empezó á proyectar su evasión, gracias á la cual consiguió escaparse después de un mes de preparativos, dejando su cuchillo de mesa en el corazón del carcelero, porque temía que aquel pobre diablo, que tenía familia, fuese acusado de complicidad y castigado severamente.

El monarca se puso furioso cuando supo la evasión de su hijo; no sabía sobre quién descargar su cólera, cuando vió casualmente al lord chambelan que había traído al príncipe de Atenas, mandó que al momento le quitaran su sueldo y su cabeza.

El joven príncipe, hábilmente disfrazado, vagaba á pie por los dominios de su padre, sostenido y regocijado en todas sus provincias por el dulce recuerdo de la joven ateniense, causa inocente de sus desdichas. Un día se detuvo en un pueblo para descansar; bailaba la gente en la plaza, y la alegría brillaba en todos los rostros. El príncipe se aventuró á preguntar cuál era la causa de tanta alegría.

¡Oh forastero! — le dijeron: ¿no conocéis la última proclama de nuestro gracioso soberano?

—¿La proclama? no; ¿qué proclama? — contestó el príncipe, que no había viajado sino por caminos de travesía, y no sabía nada de lo que pasaba en los grandes caminos.

—Pues bien — dijo un aldeano; — la joven extranjera con quien nuestro príncipe quería casarse, se ha casado ya con un noble de su país, y el rey publica el hecho y ordena que haya grandes fiestas públicas; porque ahora, sin duda, el príncipe Bladud volverá para casarse con la princesa que su padre ha elegido, y que según dicen es tan bella como el sol. A vuestra salud, caballero. ¡Dios salve al rey!

El príncipe no quiso saber más; huyó y se ocultó en los sitios más solitarios de un bosque vecino. Vagaba sin cesar noche y día, ya al sol abrasador, ya á la luz de la luna, en el calor de medio día y en la niebla de la noche, tan desolado, tan distraído, que creyendo ir en dirección de Atenas, fué á Bath, es decir, que se encontró en el sitio en que esta ciudad se encuentra hoy; porque entonces no había aquí hombres, ni casa, ni establecimiento termal. En cambio existía el mismo paisaje encantador, la misma riqueza de valles y montes, el mismo arroyo corriendo con dulce murmullo. Conmovido por la belleza de semejante escena, el príncipe se dejó caer sobre el césped, y bañó con lágrimas sus pies hinchados por el cansancio.

—¡Oh! — exclamó retorciéndose las manos y levantando sus ojos al cielo: — ¡oh, si mi carrera fatigosa pudiera terminarse aquí! ¡Oh, si estas dulces lágrimas que me arranca un amor mal correspondido pudieran correr en paz para siempre!

Su voto fué oído. Era el tiempo de las divinidades paganas, que tomaban las cosas al pie de la letra con una solicitud muy modesta. El suelo se abrió bajo los pies del príncipe, cayó en un abismo que se cerró inmediatamente sobre su cabeza; pero sus lágrimas ardientes continuaron corriendo, y continuarán por siempre, regando abundantemente la tierra.

Es de notar que desde entonces, un gran número de damas y galanes, que llegan á cierta edad sin haber podido conseguir pareja, van anualmente á Bath á beber las aguas y pretenden adquirir con ellas mucha fuerza y consuelo. Esto hace honor á las lágrimas del príncipe Bladud, y la veracidad de esta leyenda lo confirma singularmente.

Mr. Pickwick bostezó muchas veces al llegar al final de aquel pequeño manuscrito, después lo dobló cuidadosamente y lo volvió á poner en la caja. En seguida, con

expresión de profundo fastidio, encendió una vela y subió la escalera para irse á acostar.

Se detuvo según su costumbre en la puerta de mister Dowler y llamó para darle las buenas noches.

—¡Ah! — dijo Mr. Dowler; — ¿vais á acostaros? Yo quisiera poder hacer otro tanto. ¡Qué horrible tiempo! ¿ois el viento?

—¡Terrible! — respondió Mr. Pickwick; — buenas noches.

—Buenas noches.

Mr. Pickwick subió á su alcoba, y Mr. Dowler volvió á su asiento junto al fuego, para cumplir su promesa de estar levantado hasta la vuelta de su mujer.

Hay pocas cosas que contrarian tanto como esperar á una persona, sobre todo cuando esta persona se está divirtiéndolo. No podéis menos de pensar que el tiempo que tan lentamente pasa para vos, pasa rápidamente para la persona que esperáis. El tic-tac del reloj parece más lento y más pesado, y os parece que tenéis sobre el cuerpo una túnica de telas de araña. Mr. Dowler, mientras velaba junto al fuego, sentía una violenta indignación contra los danzantes inhumanos que le obligaban á estar en vela. Por último, después de haberse dormido varias veces y haberse apoyado sobre la reja otras tantas, y después de haber retirado el rostro para no quemárselo, Mr. Dowler se decidió á irse á echar un instante en su lecho en la habitación de atrás, no para dormir, se entiende, sino para pensar.

—Tengo el sueño muy difícil — dijo para sí mister Dowler echándose sobre el lecho. — Es preciso que esté despierto; supongo que de aquí sentiré tocar la puerta; sí, siento tocar, ya oigo un coche que se va... se va alejando... ya vuelve la esquina... ¡ah!... ¡ah!

Al llegar á esta conclusión, Mr. Dowler volvió la esquina, alrededor de la cual había vacilado tanto tiempo, y se durmió profundamente.

Precisamente en el momento en que el reloj daba las tres, una silla de manos en que venía mistress Dowler apareció en la calle, balanceada por el viento y por los dos portadores, de los cuales uno era gordo y bajo, y otro alto y flaco; á los dos les costaba mucho trabajo mantenerse perpendicularmente; pero en la plaza, donde la tempestad soplabá con una furia capaz de desarraigar los adoquines, se creyeron muy felices cuando depositaron su carga en el suelo y dieron dos tremendos golpes en la puerta.

Esperaron algún tiempo, pero nadie vino.

—El criado está en los brazos de Amor feo — dijo el mozo pequeño calentándose las manos en la antorcha del galopin que les alumbraba.

—Tocad otra vez — dijo mistress Dowler dentro de la silla; — tocad dos ó tres veces.

El hombre pequeño estaba muy dispuesto á concluir, subió los escalones y dió diez ó doce golpes terribles, mientras el hombre alto se alejaba de la casa y miraba á las ventanas para ver si había luz.

Nadie pareció; todo estaba sombrío y silencioso.

—¡Ah, Dios mío! haced el favor de tocar otra vez — dijo mistress Dowler.

—¿No hay campanilla, señora? — preguntó el mozo pequeño.

—Sí, hay una — interrumpió el chico de la antorcha.

—Hace mucho tiempo que estoy tirando de ella.

—Con el puño, con el puño; el resorte está roto.

—Quisiera poder decir lo mismo de la cabeza de los criados — dijo el mozo alto.

—Hacedme el favor de tocar otra vez — dijo mistress Dowler con mucha política.

El hombre pequeño tocó otra vez sin producir ningún efecto; el hombre alto se impacientó y siguió dando golpes con mucha fuerza y sin cesar como un cartero encolerizado.

Al fin, Mr. Winkle empezó á soñar que estaba en un club y que los socios estaban muy indisciplinados, y que el presidente se vió obligado á dar muchos puñetazos sobre la mesa para restablecer el orden. En seguida tuvo idea de una pública subasta en que nadie quería comprar, y el pregonero lo compraba todo. Por último le vino á la imaginación que alguien estaba tocando á la puerta de la calle. A fin de asegurarse escuchando mejor, se estuvo tranquilo en su cama durante diez minutos, y cuando contó treinta y tantos golpes, se convenció completamente y se congratuló mucho de ser vigilante.

Mr. Winkle, saltando de su lecho, se preguntó lo que debía hacer; después, poniéndose rápidamente sus medias y sus pantuflas, se echó encima la bata, encendió la vela y bajó la escalera.

—Al fin viene gente, señora — dijo el hombre pequeño.

—Yo quisiera estar detrás de él con un pincho.

—¿Quién va? — preguntó Mr. Winkle quitando la cadena de la puerta.

—No paséis el tiempo en preguntas — respondió con desdén el hombre alto, creyendo que era un lacayo. — Abrid la puerta.

—¡Vamos, despachaos! — añadió el otro.

Mr. Winkle, que no estaba despierto sino á medias, obedeció maquinalmente á aquella invitación, abrió la puerta y miró maquinalmente á la calle. Lo primero que distinguió fué la luz roja de la antorcha. Espantado

por la idea de que estuviera ardiendo la casa, abrió de par en par la puerta, elevó la luz á la altura de su cabeza y miró con extravío delante de sí, no sabiendo á punto fijo si lo que veía era una silla de manos ó una bomba de incendios. En aquel momento se levantó una ráfaga de viento; la luz se apagó. Mr. Winkle se sintió empujado por detrás de una manera irresistible, y la puerta se cerró con un violento estampido.

—¡Bien, joven! Muy hábil — dijo el pequeño portador.

Mr. Winkle, distinguiendo un rostro de mujer en la portezuela de la silla, se volvió rápidamente y se puso á tocar con la aldaba muy fuertemente, suplicando al mismo tiempo á los mozos que trajeran la dama.

—¡Llevadla! ¡traedla! ¡gran Dios! ¡Alguien sale de otra casa! Ocultadme, ocultadme. En cualquier parte; en la silla.

Al pronunciar estas palabras incoherentes, temblaba de frío, porque cada vez que levantaba el brazo y el aldabón, el viento levantaba su bata.

—¡A buen tiempo llega esta sociedad! ¡y vienen damas! Cubridme con alguna cosa. Poneos delante de mí — exclamaba Mr. Winkle con angustia.

Pero los mozos estaban muy ocupados en reir para darle el menor auxilio; y sin embargo, las damas se acercaban más de minuto en minuto.

Mr. Winkle dió con desesperación el último aldabazo. Las damas estaban más cerca. Tiró la vela, que durante todo este tiempo había tenido á la altura de su cabeza, y se lanzó hacia la silla de manos, en la cual se encontraba todavía mistress Dowler.

Ahora bien, mistress Craddock había oído al fin las voces y los porrazos. Se puso su gorro y bajó para asegurarse de que era mistress Dowler la que tocaba; acababa precisamente de levantar la hoja de la ventana, cuando vió á Mr. Winkle que se abalanzaba hacia la silla. Al verlo, se puso á dar grandes voces diciendo á Mr. Dowler que se levantara inmediatamente para impedir que su mujer huyera con un caballero.

Al oír estos gritos, Mr. Dowler saltó de su lecho tan rápidamente como una pelota elástica y precipitándose hacia una de las ventanas, la abrió en el momento en que Mr. Pickwick abría la otra. El primer objeto sobre que se fijaron sus miradas fué Mr. Winkle, que entraba en la silla de manos.

—¡Mozo! — exclamó Dowler en tono feroz; — ¡detenedle, agarrotadle hasta que yo llegue. Voy á cortarle la cabeza. ¡Un cuchillo! ¡dadme un cuchillo! ¡Mistress Craddock! ¡dadme un cuchillo!

Aullando de este modo, el esposo indignado se arran-

có de los brazos de la huésped y de Mr. Pickwick, cogió un pequeño cuchillo de postre y se lanzó á la calle.

Pero Mr. Winkle no le esperó. Apenas oyó la horrible amenaza del valeroso Dowler, se precipitó fuera de la silla, tan rápidamente como había entrado, y tirando sus babuchas á la calle para poder correr mejor, dió vuelta á la plaza perseguido por el mozo y Mr. Dowler; pero pudo llegar á la casa sin ser alcanzado. La puerta estaba abierta, entró, atrancándola después en los hocicos de Mr. Dowler, subió á su alcoba, cerró la puerta y la resguardó por dentro con un cofre, una mesa, un lavabo y se ocupó en hacer un paquete de sus efectos indispensables para escapar al amanecer.

Sin embargo, Dowler rugía del otro lado de la puerta, del desdichado Winkle, y por el agujero de la llave le declaraba su firme intención de cortarle la cabeza al día siguiente. Al fin, después de un gran tumulto de voces, entre las cuales se oía distintamente la de Mr. Pickwick, que se esforzaba en restablecer la paz, los habitantes de la casa se tranquilizaron, dirigiéndose todos á sus alcobas respectivas, y la calma se restableció.

Y durante este tiempo, dirá tal vez algún lector sagaz, ¿dónde estaba Samuel Weller?

En el siguiente capítulo diremos dónde estaba.

### CAPITULO XXXVII

*Que explica satisfactoriamente la ausencia de Sam Weller, dando cuenta de una reunión á que fué invitado.*  
*—De cómo Sam Weller fué encargado por Mr. Pickwick de una misión muy importante.*

—Mr. Weller — dijo mistress Craddock la mañana del memorable día cuyas aventuras acabamos de bosquejar; — aquí hay una carta para vos.

—Es extraño — respondió Sam; — temo que no sea cosa ninguna, porque no tengo ningún conocido que sepa escribir cartas.

—Tal vez ocurre alguna cosa extraordinaria — dijo mistress Craddock.

—Muy extraordinario tiene que ser. Algún temblor de tierra cuando menos. No puede ser de mi papá —

continuó mirando el sobre. — ¿De quién podrá ser esta carta?

Diciendo esto, Sam hizo lo que muchas personas hacen en iguales circunstancias, que es mirar el sello, el sobre, después el revés, y al fin, como último recurso, Sam creyó conveniente abrirla y salir de dudas.

—Está escrito en papel de canto dorado — dijo Sam, desdoblado el pliego, — y está sellado en cera verde con el ojo de una llave... Veamos.

Y con grave expresión de fisonomía, empezó á leer lo que sigue:

«Una reunión escogida de criados de Bath presentan sus cumplimientos á Mr. Weller y reclaman el placer de su compañía para una merienda amistosa, compuesta de una pierna de carnero con el aliño ordinario. La merienda se servirá en mesa á las nueve y media.»

Esta invitación estaba incluida en otro billete concebido en estos términos:

«Mr. Juan Smaker, el caballero que ha tenido el placer de encontrar á Mr. Weller en casa de su mutuo conocido Mr. Bantam hace algunos días, tiene el honor de transmitir á Mr. Weller la presente invitación. Si Mr. Weller quiere pasar á casa de Mr. Juan Smaker á las nueve, Mr. Juan Smaker tendrá el placer de presentar á Mr. Weller.»

Firmado,

Juan Smaker.

El sobre decía: *Al caballero Mr. Weller, en casa de Mr. Pickwick*; y entre paréntesis, en la esquina izquierda del sobre, estaban escritas estas palabras como una instrucción al portador: *tirad de la campaniya de la caye.*

—Pues es chistoso — dijo Sam; — nunca había oído hablar de meriendas de pierna de carnero cocida. ¿Cómo lo llamarían si fuera asada?

Sin embargo, sin perder más tiempo en aclarar este punto, Sam se dirigió al instante á casa de Mr. Pickwick y le pidió permiso que le fué fácilmente concedido. Con este permiso, y la llave de la puerta de la calle en el bolsillo, Sam salió un poco antes de la hora designada, y se dirigió á la plaza de la Reina. Allí tuvo la satisfacción de encontrar á Mr. Smaker, cuya cabeza empolvada, apoyada en un poste de farol, fumaba un cigarro con boquilla de ámbar.

—¿Cómo estáis, Mr. Weller? — dijo Mr. Juan Sma-

có de los brazos de la huésped y de Mr. Pickwick, cogió un pequeño cuchillo de postre y se lanzó á la calle.

Pero Mr. Winkle no le esperó. Apenas oyó la horrible amenaza del valeroso Dowler, se precipitó fuera de la silla, tan rápidamente como había entrado, y tirando sus babuchas á la calle para poder correr mejor, dió vuelta á la plaza perseguido por el mozo y Mr. Dowler; pero pudo llegar á la casa sin ser alcanzado. La puerta estaba abierta, entró, atrancándola después en los hocicos de Mr. Dowler, subió á su alcoba, cerró la puerta y la resguardó por dentro con un cofre, una mesa, un lavabo y se ocupó en hacer un paquete de sus efectos indispensables para escapar al amanecer.

Sin embargo, Dowler rugía del otro lado de la puerta, del desdichado Winkle, y por el agujero de la llave le declaraba su firme intención de cortarle la cabeza al día siguiente. Al fin, después de un gran tumulto de voces, entre las cuales se oía distintamente la de Mr. Pickwick, que se esforzaba en restablecer la paz, los habitantes de la casa se tranquilizaron, dirigiéndose todos á sus alcobas respectivas, y la calma se restableció.

Y durante este tiempo, dirá tal vez algún lector sagaz, ¿dónde estaba Samuel Weller?

En el siguiente capítulo diremos dónde estaba.

### CAPITULO XXXVII

*Que explica satisfactoriamente la ausencia de Sam Weller, dando cuenta de una reunión á que fué invitado.*  
*—De cómo Sam Weller fué encargado por Mr. Pickwick de una misión muy importante.*

—Mr. Weller — dijo mistress Craddock la mañana del memorable día cuyas aventuras acabamos de bosquejar; — aquí hay una carta para vos.

—Es extraño — respondió Sam; — temo que no sea cosa ninguna, porque no tengo ningún conocido que sepa escribir cartas.

—Tal vez ocurre alguna cosa extraordinaria — dijo mistress Craddock.

—Muy extraordinario tiene que ser. Algún temblor de tierra cuando menos. No puede ser de mi papá —

continuó mirando el sobre. — ¿De quién podrá ser esta carta?

Diciendo esto, Sam hizo lo que muchas personas hacen en iguales circunstancias, que es mirar el sello, el sobre, después el revés, y al fin, como último recurso, Sam creyó conveniente abrirla y salir de dudas.

—Está escrito en papel de canto dorado — dijo Sam, desdoblado el pliego, — y está sellado en cera verde con el ojo de una llave... Veamos.

Y con grave expresión de fisonomía, empezó á leer lo que sigue:

«Una reunión escogida de criados de Bath presentan sus cumplimientos á Mr. Weller y reclaman el placer de su compañía para una merienda amistosa, compuesta de una pierna de carnero con el aliño ordinario. La merienda se servirá en mesa á las nueve y media.»

Esta invitación estaba incluida en otro billete concebido en estos términos:

«Mr. Juan Smaker, el caballero que ha tenido el placer de encontrar á Mr. Weller en casa de su mutuo conocido Mr. Bantam hace algunos días, tiene el honor de transmitir á Mr. Weller la presente invitación. Si Mr. Weller quiere pasar á casa de Mr. Juan Smaker á las nueve, Mr. Juan Smaker tendrá el placer de presentar á Mr. Weller.»

Firmado,

Juan Smaker.

El sobre decía: *Al caballero Mr. Weller, en casa de Mr. Pickwick*; y entre paréntesis, en la esquina izquierda del sobre, estaban escritas estas palabras como una instrucción al portador: *tirad de la campaniya de la caye.*

—Pues es chistoso — dijo Sam; — nunca había oído hablar de meriendas de pierna de carnero cocida. ¿Cómo lo llamarían si fuera asada?

Sin embargo, sin perder más tiempo en aclarar este punto, Sam se dirigió al instante á casa de Mr. Pickwick y le pidió permiso que le fué fácilmente concedido. Con este permiso, y la llave de la puerta de la calle en el bolsillo, Sam salió un poco antes de la hora designada, y se dirigió á la plaza de la Reina. Allí tuvo la satisfacción de encontrar á Mr. Smaker, cuya cabeza empolvada, apoyada en un poste de farol, fumaba un cigarro con boquilla de ámbar.

—¿Cómo estáis, Mr. Weller? — dijo Mr. Juan Sma-

ker quitándose el sombrero con una mano, mientras agitaba graciosamente la otra. — ¿Cómo estáis?

— Bien — contestó Sam, — y vos, ¿cómo estáis?

— Así, así.

— Habréis trabajado mucho; yo me lo temía; no hay que sofocarse mucho.

— No es por eso, Mr. Weller; es más bien á causa del mal vicio. Yo llevo una vida muy disipada.

— ¡Oh! mala enfermedad es esa.

— Las tentaciones, Mr. Weller...

— ¡Ah! es claro.

— Sumergido en el torbellino de la sociedad, como sabéis, Mr. Weller — añadió Mr. Smaker dando un suspiro.

— ¡Ah! es terrible, en verdad.

— Así ha de ser cuando uno entra en una carrera pública, Mr. Weller; vive uno sometido á ciertas tentaciones de que están exentos los demás individuos.

— Eso precisamente es lo que decía mi tío cuando abrió la posada — respondió Sam; — y tenía razón el pobre viejo, porque se murió en poco tiempo.

Mr. Smaker pareció profundamente indignado del paralelo establecido entre él y un posadero; pero como el rostro de Sam conservaba una calma inmutable, mister Smaker reflexionó y tomó de nuevo un ademán afable.

— Haremos bien en ponernos en camino — dijo consultando un reloj de cobre que habitaba en el fondo de un inmenso bolsillo, y que era elevado á la superficie mediante un gran cordón negro adornado con una llave.

— Me parece bien; se podía quemar la pierna de carnero.

— ¿Habéis bebido las aguas? — preguntó su compañero.

— Una sola vez.

— ¿Y qué os parecen?

— Considerablemente malas.

— ¡Oh! no os agrada el gusto ferruginoso.

— No entiendo de eso; sólo sé que me saben á herrumbre.

— Eso es lo ferruginoso — contestó Mr. Smaker con tono sentencioso.

— Palabra que no significa gran cosa; por lo demás, yo no soy gran químico.

Al decir esto, Sam, con gran horror de Mr. Smaker, empezó á silbar.

— Os pido perdón, Mr. Weller — dijo Smaker, atormentado por aquel ruido inconveniente; — ¿queréis tomar mi brazo?

— Gracias, sois muy amable; tengo la costumbre de meter las manos en los bolsillos.

Al decir esto, Sam unió el gesto á las palabras, y silbó más fuerte aun.

— Por aquí, — dijo su amigo, que parecía más aliviado al entrar en una pequeña calle. — Llegaremos pronto.

— ¡Ah! ¡ah! — dijo Sam sin conmoverse por saber que estaba tan cerca de la flor de los criados de Bath,

— Sí, — repuso Smaker; — no seáis tímido, mister Weller.

— ¡Oh, no!

— Veréis que uniformes tan brillantes; tal vez encontraréis personas que os parecerán un poco rígidas al principio; es natural, ya sabéis; pero se ablandarán después.

— Y harán bien.

— Ya sabéis — continuó Smaker en tono de alta protección, — como sois forastero, se pondrán al principio un poco cerca de vos.

— Me tendrán lástima, ¿no es verdad?

— Sí, sí — dijo Smaker sacando su caja de tabaco, que tenía figura de una cabeza de zorra, y tomando un polvo. — Hay entre nosotros algunos de muy buen humor, y les gusta divertirse... ya sabéis... pero no hay que hacer cago.

— Así lo haré — dijo Sam; — soportaré esos desahogos del ingenio.

— Bien — dijo Smaker guardando en el bolsillo la cabeza de zorra y alzando la suya; — por otra parte, yo os sostendré.

Hablando así, llegaron delante de una pequeña tienda de frutas; Mr. Smaker entró, y Sam, que le seguía, dejó escapar al entrar una sonrisa socarrona y otros síntomas enérgicos de un estado de satisfacción íntima.

Después de haber pasado por la tienda del frutero y puesto sus sombreros en la escalera que había detrás, entraron en una pequeña sala y entonces se desplegó á los ojos de Sam Weller todo el esplendor de la escena.

Dos mesas de distinta altura, reunidas en medio de la habitación, estaban cubiertas con tres ó cuatro manteles de diferente edad, arreglados lo mejor posible para hacer el efecto de uno solo; sobre estos manteles se veían cuchillos y tenedores para siete ú ocho personas; las manchas de estos cuchillos eran rojas, verdes y amarillas, mientras todas las de los tenedores eran negras, lo cual producía un efecto muy pintoresco. Igual número de platos se calentaban al rescoldo; los convidados se calentaban allí también. Entre ellos, el más notable, co-

mo el más importante, era un hombre alto y vigoroso, que tenía un chaleco y unos pantalones de vivísima escarlata; estaba en pie, la espalda hacia el fuego, y acababa de entrar al parecer, porque además de tener puesto su sombrero de alas vueltas, llevaba en la mano un grueso bastón, tal como los caballeros de su profesión acostumbran llevar cuando van en la trasera de los coches.

—Smaker, bien venido — dijo el hombre del tricornio.

Mr. Smaker dijo al del tricornio que estaba muy satisfecho de verle tan guapo.

—Es verdad: dicen que tengo un aire magnífico. A propósito, querido Smaker; vos...

El resto de la sentencia fué dicho junto á la oreja de Mr. Smaker.

—¡Ah! ¡me había olvidado! — respondió éste. — Señores, mi amigo Mr. Weller.

—Siento quitaros el fuego, Weller — dijo Mr. Tuckle en tono familiar. — Creo que no tendréis frío.

—No, flamante — dijo Sam. — Era preciso mucho hielo para tener frío junto á vos. Vos economizaríais la hulla si os pusieran en la chimenea de una sala.

Como esta réplica parecía una alusión personal á la librea escarlata de Mr. Tuckle, éste tomó una actitud majestuosa durante algunos segundos. Después se alejó gradualmente del fuego, y dijo con una sonrisa forzada:

—No es malo, no es malo.

—Gracias por vuestra buena opinión, caballero — repuso Sam.

Aquí la conversación fué interrumpida por la llegada de un caballero vestido de color de naranja. Venía acompañado por otro de color de púrpura. Habiendo sido congratulados los recién venidos por los otros, mister Tuckle propuso que se sirviera la cena, y esta proposición fué unánimemente aceptada.

El frutero y su mujer depositaron sobre la mesa un plato de carnero cocido, con una salsa caliente acompañada de nabos y patatas. Mrs Tuckle tomó el sillón y tuvo por vicepresidente al caballero de color de naranja. El frutero se puso un par de guantes de cañer para dar los platos, y se colocó detrás de la silla de Mr. Tuckle.

—¡Harris! — dijo éste en tono imperioso.

—Señor.

—¿Os habéis puesto los guantes?

—Sí, señor.

—Entonces, quitad la tapadera.

—Sí, señor.

"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El frutero, con grandes demostraciones de humildad, hizo lo que se le había mandado y alargó obsequiosamente á Mr. Tuckle el cuchillo de trinchar, pero al hacer esto, bostezó por casualidad.

—¿Qué quiere decir esto, caballero? — le dijo mister Tuckle con gran acritud.

—Perdonadme, caballero — dijo el frutero desconcertado. — No lo he hecho con intención; me he acostado tarde la noche última.

—Voy á deciros lo que pienso de vos. Harris, — continuó Mr. Tuckle con tono majestuoso, — sois un bruto mal educado.

—Espero, señores — dijo Harris, — que no seréis muy severos conmigo. Yo estoy muy agradecido, señores, por vuestra protección y vuestras recomendaciones cuando hace falta en alguna parte uno de más para servir. Espero, señores, que estaréis satisfechos de mí.

—No, señor — contestó Tuckle, — muy lejos de eso.

—Sois un bribón — gruñó el de color de naranja.

—Y un vil ganapán — añadió otro de pantalón verde.

—Y un pelele — añadió el de color de púrpura.

El pobre frutero saludaba cada vez más humildemente mientras se le gratificaba con aquellos epítetos, según las reglas de la más baja tiranía. Cuando cada cual dijo su palabra para probar su superioridad, Mr. Tuckle empezó á trinchar el carnero y á servir á los convidados.

Apenas se había principiado esta importante operación, cuando la puerta se abrió bruscamente, y apareció otro caballero vestido de azul claro con botones de estaño.

—Contra las reglas — dijo Mr. Tuckle; — muy tarde, muy tarde.

—No ha sido posible más temprano — respondió el azul. — Un asunto de galantería, una cita en el teatro.

—¡Oh! en ese caso... — exclamó el de color de naranja.

—Sí, yo había prometido conducir á la señorita más joven á las diez y media, y es tan linda, que no he tenido corazón para dejar de llevarla; no es ofensa á la sociedad que está presente, pero un cotillón realmente es irrevocable.

—Empiezo á sospechar que ahí hay gato encerrado — dijo Mr. Tuckle, mientras el recién venido se sentaba al lado de Sam. — He notado una ó dos veces que se apoya mucho en vuestro hombro cuando sale del coche.

—¡Oh! realmente, realmente, Tuckle... eso no está bien. Yo tan sólo he dicho á algunos amigos que había renunciado ya tres matrimonios sin motivo... pero realmente, Tuckle, delante de personas extrañas... Eso no

está bien... hacéis mal; la delicadeza, amigo, la delicadeza.

Y al decir esto, el hombre de la librea azul levantó su corbata, frunció las cejas como si hubiera podido decir más, aunque quería callar. Era un pequeño lacayo de á pie, de ademán desenvuelto, cabellos rubios, cuello tieso. Desde el principio había llamado la atención de Sam; pero cuando empezó á hablar de aquella manera, Mr. Weller se sintió más dispuesto que nunca á trabar relaciones con él; así es que se inmiscuyó en la conversación, con la independencia que le era habitual.

—A vuestra salud, caballero; me gusta vuestra conversación; me parece muy interesante.

Al oír esto, el lacayo azul sonrió como una persona acostumbrada á oír cumplimientos; pero al mismo tiempo miró á Sam con expresión de asentimiento, y le dijo que esperaba cultivar su amistad, porque, sin lisonja, le parecía un buen muchacho de la misma estofa que él.

—Sois muy amable — contestó Sam; — ¡qué solemne pillo!

—¿Qué queréis decir? — preguntó el azul con modesta confusión.

—Aquella señorita de que hablaban sabe bien lo que valéis; ¡ah! comprendo las cosas.

Y Sam cerró un ojo, moviendo á un lado y otro la cabeza de una manera muy satisfactoria para la vanidad del azul.

—Sois muy malicioso — dijo éste.

—No; malicioso vos.

—Pues bien, Mr. Weller; yo creo realmente, yo creo que ella se ha fijado en mi persona y en mis maneras.

—Ya me lo figuro; no podía ser otra cosa.

—¿Tenéis vos algún amorcillo de esa clase? — preguntó á Sam el azul, sacando un mondadientes del bolsillo del chaleco.

—No precisamente así — respondió Sam; — no hay señorita en la casa; si la hubiera, yo le haría la corte en seguida; porque ya sabéis, yo no me comprometería con ninguna mujer que fuera menos que marquesa; yo tomaría alguna ricacha si se enamorara de mí; pero menos, no.

—Hacéis bien, Mr. Weller; es preciso hacerse valer; nosotros los hombres de mundo sabemos que un buen uniforme cautiva siempre el corazón de una dama; y si no fuera por eso, ¿quién entraba á servir?

—Justamente — replicó Sam.

Después de este diálogo confidencial, los vasos fueron distribuidos á la redonda, y antes de que se cerrase la taberna, cada caballero pidió lo que más le gustaba.

El caballero azul y el de naranja, que eran los más elegantes de la sociedad, pidieron ponche frío; pero la bebida favorita de los otros parecía ser la ginebra y el agua con azúcar. Sam llamó al frutero *diablo*, *bribón*, y pidió ponche, dos circunstancias que parecieron elevarle mucho en la opinión de los criados escogidos.

—Caballero — dijo el hombre azul con el tono del más consumado dandy; — ¡á la salud de las damas!

—Escuchad — dijo Sam; — ¡á las jóvenes queridas!

Al oír esto, de todas partes gritaron al *orden*. Mister Smaker, que era quien había presentado á Sam en la reunión, le advirtió que aquella palabra no era parlamentaria.

—¿Qué palabra? — preguntó Sam.

—Querida — respondió Smaker con un fruncimiento de cejas espantoso; — aquí no admitimos expresiones semejantes.

—¡Oh! ¡muy bien! yo enmendaré mi observación y las llamaré queridas criaturas, si flamante quiere permitirlo.

Algunas dudas parecieron conturbar el espíritu del caballero de los calzones verdes, sobre la cuestión de si el presidente podía ser interpelado con el nombre de flamante; pero aquel incidente no tuvo más consecuencias. El hombre del tricordio tosió secamente y miró con fijeza á Sam; pero sin duda creyó conveniente callarse, no fuera que el hablar le saliese peor.

Después de un momento de silencio, un caballero, cuyo casacón bordado le llegaba hasta los talones, y cuyo chaleco, igualmente bordado, tocaba á las rodillas, mezcló su ginebra y su agua con gran energía, y poniéndose en pie con un violento esfuerzo, dijo que quería dirigir algunas observaciones á la reunión. El del tricordio se apresuró á decir que la asamblea oiría con mucho gusto sus palabras, y el orador empezó en estos términos:

—Siento una gran delicadeza al manifestarme aquí, señores; porque no soy más que un cochero, y no entro en estas asambleas sino como miembro honorario; pero siento el espólón en el vientre, si puedo emplear esta expresión, estimulándome á poner en vuestro conocimiento una triste circunstancia que ha tenido lugar, puedo decirlo, en la punta de mi látigo. Señores: nuestro amigo Mr. Whiffers (todos miraron al de color de naranja), nuestro amigo Mr. Whiffers ha presentado su dimisión.

Una admiración general se apoderó de los convidados, cada uno miraba á su vecino y miraba después al cochero, que continuaba en pie.

—Tenéis razón en sorprenderos, señores — continuó

éste; — no me detendré en enumeraros los perjuicios que este paso trae al servicio; pero suplico á Mr. Whiffers que los diga él mismo, para inteligencia é imitación de sus amigos.

Habiendo sido aplaudida esta sugestión, Mr. Whiffers se explicó; dijo que hubiera ciertamente deseado continuar desempeñando el empleo que había dimitido. El uniforme era extremadamente rico y costoso, las damas de la familia muy agradables, y los deberes de su plaza, fuerza era confesarlo, poco pesados; el principal servicio que se le ofrecía era mirar de tiempo en tiempo por una ventana, en compañía de otro caballero que había hecho también dimisión; continuó diciendo que hubiera deseado evitar á la sociedad la relación de ciertos detalles repugnantes; pero como se le había pedido una explicación, no tenía otra alternativa que declarar atrevidamente que se le había querido obligar á comer carne fría.

Es imposible consignar la repugnancia que causó esta confesión en el auditorio; durante un cuarto de hora lo menos, no se oyó más que *vergonzoso, innoble, mezclados con silbidos y gruñidos.*

Mr. Whiffers añadió entonces que creía que aquella humillación consistía en parte en su carácter acomodaticio; se acordaba perfectamente de haber consentido una vez en comer manteca salada; y en una ocasión en que había habido muchos enfermos en la casa, se había olvidado de su dignidad hasta el punto de subir él mismo un cesto de carbón hasta el segundo piso. Esperaba no desmerecer en la buena opinión de sus amigos, por aquella franca confesión de sus faltas; pero si hubiera tenido esta desgracia, esperaba rehabilitarse por la prontitud con que había rechazado el ultraje que se quería hacer experimentar á sus sentimientos de hombre y de inglés.

El discurso de Mr. Whiffers fué acogido con gritos de admiración, y se bebió á la salud del interesante mártir, de la manera más entusiasta. El mártir dió las gracias á la sociedad y propuso beber á la salud de su visitante Mr. Weller, caballero que no tenía el gusto de conocer íntimamente, pero que era amigo de Mr. Smaker, lo cual era su mejor recomendación.

Todos bebieron á la salud de Sam Weller, y éste, después de haber apurado dos vasos de ponche también á su salud, dió las gracias á la asamblea en un elegante discurso.

—Muchas gracias, señores — dijo alzando el vaso con gran desenvoltura. — Viniendo de tales personas, vuestro obsequio es muy lisonjero. Yo había oído hablar mucho de vos, pero nunca creí que fuerais tan admirables

caballeros como sois. Espero que tendréis mucho cuidado en no comprometer vuestra dignidad, que es cosa muy buena de ver, cuando se os encuentra en el paseo. Siempre ha sido ese mi mayor placer. En cuanto á la víctima de color anaranjado, todo lo que de él puedo decir es que deseo que encuentre pronto una plaza tan buena como merece.

Diciendo esto, Sam se sentó. Su discurso fué muy aplaudido y la sociedad se separó poco después.

—Vos no tenéis necesidad de iros — dijo Sam á su amigo Smaker.

—Es preciso — respondió éste. — Bantam me espera.

—Y vos, flamante, ¿os vais también?

—Sí — replicó el del tricornio.

—¡Cómo! ¿dejáis detrás tres cuartas partes de un bol de ponche? Sentaos.

Mr. Tuckle no pudo resistir á esta invitación. Puso á un lado su sombrero y su bastón, y dijo que bebería otro vaso por hacerle el gusto á Sam Weller.

Como el lacayo azul vivía hacia el mismo lado que Mr. Tuckle, consintió también en quedarse. Cuando el ponche fué bebido á medias, Sam mandó traer ostras de la tienda del frutero, y su efecto, unido al del ponche, fué tan prodigioso, que Mr. Tuckle, cubierto con su tricornio y armado con su bastón de gran puño, se puso á bailar una danza marinera sobre la mesa, mientras el lacayo azul le acompañaba con un singular instrumento, compuesto de un peine y un pedazo de papel.

Al fin, cuando se acabó el ponche y la noche, salieron los tres y trataron de irse á sus casas. Apenas mister Tuckle se encontró al aire libre, sintió violentas inclinaciones á tenderse en el suelo. Sam, creyendo que sería falta de compasión contradecirle, le dejó tender á su gusto; pero temiendo que el tricornio de flamante se cayese, lo aplastó sobre la cabeza del caballero azul, le puso el bastón en la mano, le apoyó contra la puerta de su casa, tocó por él la campanilla y se fué tranquilamente á su hotel.

La mañana siguiente, Mr. Pickwick bajó completamente vestido, mucho más pronto de lo que acostumbraba, y llamó á su fiel criado.

Sam respondió puntualmente, el filósofo le mandó cerrar cuidadosamente la puerta y dijo en seguida:

—Sam, aquí ha pasado la última noche un desgraciado accidente, que ha dado á Mr. Winkle motivos para temer la violencia de Mr. Dowler.

—Señor, lo he oído á la dueña de la casa.

—Y siento añadir — continuó en tono de contrariedad Mr. Pickwick, — siento añadir que por temor á

esta violencia, Mr. Winkle se ha marchado.

— ¡Se ha marchado!

— Ha salido de la casa esta mañana sin decirme la menor cosa, y se ha marchado no sé dónde.

— Hubiera debido quedarse aquí y batirse, — dijo Sam en tono sentencioso. — No sería preciso mucho para arreglar á ese Dowler.

— Es posible, Sam. Yo tengo muchas dudas acerca de su valor; pero de cualquier modo que sea, Mr. Winkle se ha marchado. Hay que buscarle, Sam, hasta encontrarle y traérmele.

— ¿Y si no quiere venir?

— Será preciso obligarle, Sam.

— ¿Y quién le obligará? — dijo Sam sonriendo.

— Tú.

— Muy bien, señor.

A estas palabras, Sam salió de la habitación, y poco después, Mr. Pickwick le oyó cerrar la puerta del cuarto. Dos horas después volvió con ademán tan tranquilo como si hubiera sido encargado de una misión ordinaria, y dijo que un individuo muy parecido á mister Winkle había partido aquella mañana para Bristol en el coche del Hotel real.

— Sam, — dijo Mr. Pickwick tendiéndole la mano, — eres una alhaja inestimable. Vas á ir en busca suya.

— Muy bien.

— En cuanto le descubras, escríbeme. Si trata de escapársete, préndele, enciérrale. Te doy poderes para todo, Sam.

— No lo olvidaré, señor.

— Le dirás que estoy muy incomodado, excesivamente indignado por la determinación extraordinaria que acaba de tomar.

— Sí señor.

— Dile que si no viene contigo á esta casa, vendrá conmigo, porque iré yo á buscarle.

— Le diré dos palabritas.

— ¿Piensas poder encontrarle? — continuó Mr. Pickwick, mirando á Sam con aire inquieto.

— Le encontraré si está en alguna parte.

— Muy bien. Entonces, cuanto más pronto vayas, mejor.

Mr. Pickwick añadió una suma en metálico á sus instrucciones. Sam puso los objetos necesarios en su saco de viaje y se alejó.

CAPITULO XXXVIII

*De cómo Mr. Winkle, queriendo salir de la sartén, cayó en las brasas*

El desventurado caballero, causa inocente del tumulto que alarmó á los habitantes de Royal Crescent, después de haber pasado una noche de turbación y ansiedad, dejó el techo bajo el cual dormían sus amigos, sin saber á dónde dirigía sus pasos.

— Si ese Dowler, — pensaba mister Winkle, se empeña en poner en práctica sus amenazas, me veré obligado á desafiarme. Hay una mujer: esta mujer necesita de él. ¡Cielos! Si yo le inmolará á mi rabia, ¡cuáles serían mis remordimientos!

Esta reflexión penosa afectaba tan poderosamente al excelente joven, que sus rodillas se chocaron y sus mejillas palidecieron.

Determinado por estos motivos, tomó su saco de noche, bajó la escalera á pasos precipitados, cerró con el menor ruido posible la detestable puerta de la calle, y se alejó rápidamente. Encontró en el Hotel real un coche dispuesto á partir para Bristol.

— Lo mismo da Bristol que otro punto cualquiera, — dijo.

Subió á la imperial, y llegó al término de su viaje tan pronto como podía esperarse de dos caballos, obligados á andar cuatro veces al día la distancia que separa los dos pueblos.

Mr. Winkle estableció sus reales en un hotel. Estaba resuelto á abstenerse de toda comunicación epistolar con Mr. Pickwick, hasta que se dispicara el frenesí de Mr. Dowler, y comprendió que lo mejor que podía hacer en aquellas circunstancias era visitar la ciudad.

Salió y le llamó desde luego la atención la suciedad de la población. Admiró los docks y el puerto, vió la catedral, preguntó por el camino de Clifton, y siguió la vía que se le indicaba; pero las calles de Bristol no eran las menos embrolladas ni las menos tortuosas. Mr. Winkle se encontró en el laberinto y buscó por todas partes una tienda donde pedir nuevas instrucciones.

Sus ojos cayeron sobre un piso bajo, nuevamente pintado, que había sido convertido en una cosa entre tienda y habitación. Una lámpara roja que avanzaba encima de la puerta hubiera suicientemente anunciado que aque

esta violencia, Mr. Winkle se ha marchado.

— ¡Se ha marchado!

— Ha salido de la casa esta mañana sin decirme la menor cosa, y se ha marchado no sé dónde.

— Hubiera debido quedarse aquí y batirse, — dijo Sam en tono sentencioso. — No sería preciso mucho para arreglar á ese Dowler.

— Es posible, Sam. Yo tengo muchas dudas acerca de su valor; pero de cualquier modo que sea, Mr. Winkle se ha marchado. Hay que buscarle, Sam, hasta encontrarle y traérmele.

— ¿Y si no quiere venir?

— Será preciso obligarle, Sam.

— ¿Y quién le obligará? — dijo Sam sonriendo.

— Tú.

— Muy bien, señor.

A estas palabras, Sam salió de la habitación, y poco después, Mr. Pickwick le oyó cerrar la puerta del cuarto. Dos horas después volvió con ademán tan tranquilo como si hubiera sido encargado de una misión ordinaria, y dijo que un individuo muy parecido á mister Winkle había partido aquella mañana para Bristol en el coche del Hotel real.

— Sam, — dijo Mr. Pickwick tendiéndole la mano, — eres una alhaja inestimable. Vas á ir en busca suya.

— Muy bien.

— En cuanto le descubras, escríbeme. Si trata de escapársete, préndele, enciérrale. Te doy poderes para todo, Sam.

— No lo olvidaré, señor.

— Le dirás que estoy muy incomodado, excesivamente indignado por la determinación extraordinaria que acaba de tomar.

— Sí señor.

— Dile que si no viene contigo á esta casa, vendrá conmigo, porque iré yo á buscarle.

— Le diré dos palabritas.

— ¿Piensas poder encontrarle? — continuó Mr. Pickwick, mirando á Sam con aire inquieto.

— Le encontraré si está en alguna parte.

— Muy bien. Entonces, cuanto más pronto vayas, mejor.

Mr. Pickwick añadió una suma en metálico á sus instrucciones. Sam puso los objetos necesarios en su saco de viaje y se alejó.

## CAPITULO XXXVIII

*De cómo Mr. Winkle, queriendo salir de la sartén, cayó en las brasas*

El desventurado caballero, causa inocente del tumulto que alarmó á los habitantes de Royal Crescent, después de haber pasado una noche de turbación y ansiedad, dejó el techo bajo el cual dormían sus amigos, sin saber á dónde dirigía sus pasos.

— Si ese Dowler, — pensaba mister Winkle, se empeña en poner en práctica sus amenazas, me veré obligado á desafiarme. Hay una mujer: esta mujer necesita de él. ¡Cielos! Si yo le inmolará á mi rabia, ¡cuáles serían mis remordimientos!

Esta reflexión penosa afectaba tan poderosamente al excelente joven, que sus rodillas se chocaron y sus mejillas palidieron.

Determinado por estos motivos, tomó su saco de noche, bajó la escalera á pasos precipitados, cerró con el menor ruido posible la detestable puerta de la calle, y se alejó rápidamente. Encontró en el Hotel real un coche dispuesto á partir para Bristol.

— Lo mismo da Bristol que otro punto cualquiera, — dijo.

Subió á la imperial, y llegó al término de su viaje tan pronto como podía esperarse de dos caballos, obligados á andar cuatro veces al día la distancia que separa los dos pueblos.

Mr. Winkle estableció sus reales en un hotel. Estaba resuelto á abstenerse de toda comunicación epistolar con Mr. Pickwick, hasta que se disipara el frenesí de Mr. Dowler, y comprendió que lo mejor que podía hacer en aquellas circunstancias era visitar la ciudad.

Salió y le llamó desde luego la atención la santidad de la población. Admiró los docks y el puerto, vió la catedral, preguntó por el camino de Clifton, y siguió la vía que se le indicaba; pero las calles de Bristol no eran las menos embrolladas ni las menos tortuosas. Mr. Winkle se encontró en el laberinto y buscó por todas partes una tienda donde pedir nuevas instrucciones.

Sus ojos cayeron sobre un piso bajo, nuevamente pintado, que había sido convertido en una cosa entre tienda y habitación. Una lámpara roja que avanzaba encima de la puerta hubiera suficientemente anunciado que aque

llo era una botica, si la palabra *cirujía* no hubiera estado escrita con letras doradas encima de la ventana. Pensando que era aquel el sitio conveniente para preguntar el camino, Mr. Winkle entró en la pequeña tienda, atestada de frascos y de inscripciones, y llamó tocando en el mostrador con media corona.

Al primer golpe, un ruido sensible hasta entonces y semejante á un asalto ejecutado con unas pinzas y un rodillo, cesó repentinamente. Al segundo golpe, un joven estudioso, que llevaba sobre la nariz unos grandes espejuelos verdes y en la mano un enorme libro, entró con paso grave en la tienda, y pasando detrás del mostrador, preguntó á Mr. Winkle que se le ofrecía.

—Siento mucho molestaros, — respondió éste; — ¿tenéis la bondad de indicarme?...

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! — exclamó el hombre estudioso arrojando al aire su enorme libro y atrapándole en el aire con gran destreza, en el momento en que amenazaba reducir á átomos todos los frascos que estaban sobre el mostrador.

Mr. Winkle estaba tan admirado de la conducta extraordinaria del joven doctor, que tomó la retirada hacia la puerta y parecía muy turbado de aquella recepción.

—¡Cómo! ¿no me conocéis? — exclamó el cirujano boticario.

Mr. Winkle balbuceó que no tenía el gusto de conocerle.

—¡Ah! entonces hay esperanza para mí; puedo curar á la mitad de las viejas de Bristol, si tengo suerte. Ahora, al diablo, viejo libro.

Este apóstrofe se dirigía al viejo libro, que el estudioso farmacéutico lanzó con notable vigor al otro extremo de la tienda; después, quitándose los espejuelos verdes, descubrió á las miradas de Mr. Winkle la fisonomía de Roberto Sawyer, antes estudiante en el hospital de Guy, en el *Borough*, y poseedor de una residencia privada en la calle de Lant.

—¿Veníais á verme, no es eso? No diréis lo contrario, — exclamó Rob Sawyer, estrechando amistosamente la mano de Mr. Winkle.

—¡No! — replicó este estrechando la mano de Rob.

—¿Pero no habéis notado mi nombre? — preguntó Rob llamando la atención de su amigo sobre la puerta exterior, encima de la cual estaban trazadas estas palabras: *Sawyer, sucesor de Nockemorf*.

—No me fijé, — dijo Mr. Winkle.

—Si hubiera sabido que eráis vos, me hubiera precipitado y os hubiera recibido en mis brazos; pero creí que era el recaudador de contribuciones.

—¿Es posible?

—Cierto; iba á deciros que no estaba en la casa, y que si queríais dejarme un recado, yo no dejaría de dármelo, porque el recaudador de contribuciones no me conoce, lo mismo que el del alumbrado y el de empedrados; creo que el recaudador eclesiástico sospecha que estoy aquí, y sé que el del agua lo ignora, porque le saqué un diente el día que llegué aquí; pero entrad, entrad.

Hablando de este modo, Rob llevó á mister Winkle á la trastienda, donde estaba sentado un personaje que no era otro que el mismo Benjamín Allen.

—En verdad, — dijo Mr. Winkle, — no esperaba yo tener el gusto de veros; buena casa tenéis aquí.

—No es mala, — contestó Bob; — he sido recibido poco después de aquella famosa noche, y mis amigos han hecho grandes sacrificios para comprarme este establecimiento; así es que me he puesto este traje negro y estos espejuelos, para tener el aspecto más solemne posible.

—Y tenéis sin duda una buena clientela, — dijo mister Winkle.

—Tan pequeña, que al fin del año podríais poner todas las ganancias en un vaso de licor, y cubrirlas con una hoja de grosella.

—¿Queréis burlaros? nada más que las mercancías...

—La mitad de las gabetas están vacías, y la otra mitad no puede abrirse.

—¿Os burláis?

—Es un hecho contestó Bob yendo á la tienda y demostrando la veracidad de sus asertos con violentas sacudidas dadas á los pequeños botones dorados de las gabetas imaginarias.

—El diablo me lleve si hay cosa real en la botica que no sean las sanguijuelas, y esas ya han servido.

—¡Es increíble! — exclamó sorprendido mister Winkle.

—Yo me lisonjeo de esto, — continuó Bob; — de otro modo, ¿de qué sirven las apariencias? ¿pero qué queréis tomar? ¿cómo nosotros? bien; Benjamín, meted la mano en el cajón y traed el digestivo.

Mr. Benjamín Allen sonrió para indicar su consentimiento, y sacó del cajón una botella medio llena de aguardiente.

—¿Vos no pondréis agua, es verdad? — dijo Bob á mister Winkle.

—Perdonadme; es temprano y quisiera mezclar, si no os oponéis.

—De ningún modo, si vuestra conciencia os lo permite, — replicó Bob saboreando con sensualidad un vaso

de líquido bienhechor. — Ben, alcanza el agua.

Mr. Benjamín Allen sacó del mismo sitio una pequeña cántara, la cual Mr. Bob confesó que le enorgullecía por su fisonomía medical. Cuando se hizo hervir el agua contenida en la cántara, mediante unos pedazos de carbón que Ben sacó de una caja que llevaba la inscripción de *agua de Seltz*, Mr. Winkle bautizó su aguardiente, y la conversación empezaba á ser general, cuando fué interrumpida por la entrada de un joven vestido de una severa librea gris, con un galón en el sombrero y un pequeño cesto en el brazo.

Mr. Bob le apostrofó inmediatamente de este modo: — Tom, vagabundo, venid aquí (el joven se acercó); ¿os habéis detenido en todos los puntos de Bristol? ¡bribón! ¡holgazán!

— No señor, — respondió el chico.

— Tened cuidado, — continuó Bob con rostro amenazador; — ¿creéis que habría quien ocupara á un cirujano si viera á su mozo jugar á los bolos en todas las calles? Cuidado con conservar la dignidad de vuestra profesión; ¿habéis llevado todos los medicamentos, perezoso?

— Sí señor.

— ¿Los polvos para los niños, á la gran casa habitada por la familia que llegó hace poco? ¿y las píldoras digestivas en casa del viejo gruñón y gotoso?

— Sí señor.

— Entonces cerrad la puerta y cuidad de la botica.

— Vamos, — dijo Mr. Winkle cuando el joven se hubo retirado, — las cosas no van tan mal como queríais hacerme creer; tenéis feligreses á quienes dar medicamentos.

Mr. Bob miró á la tienda para asegurarse de que no había por allí oídos extraños; después, inclinándose hacia Mr. Winkle, le dijo en voz baja:

— Siempre se equivoca de casa.

La fisonomía de Mr. Winkle expresó que no había entendido, mientras Mr. Bob y Mr. Allen reían á cual más.

— ¿No me comprendéis? — dijo Bob; — va á una casa, tira de la campanilla, entrega un paquete de medicamentos, sin dirección escrita, al criado que le abre, y se va. El criado lleva el paquete al comedor, el amo le abre y lee la inscripción: *Poción para tomar de noche; píldoras según la fórmula, loción idem. Sawyer, sucesor de Nockemorf, prepara cuidadosamente las recetas, etc., etc.* El caballero muestra el paquete á su mujer, ella lee la inscripción, lo da á los criados; estos leen también la inscripción. Al día siguiente vuelve el mozo, se ha equivocado; ¡qué contrariedad! ¡tanto que

hacer! tiene que llevar tantos paquetes, Mr. Sawyer sucesor de Nockemorf. El nombre queda en la memoria, y he aquí el negocio, amigo mío; esto vale más que todos los anuncios del mundo. Tenemos una botella de cuatro onzas, que ha corrido la mitad de las casas de Bristol, y que no ha acabado aún de dar la vuelta.

— Vamos, ya comprendo, — exclamó Winkle; — ¡famoso plan!

— ¡Oh! Ben y yo hemos inventado una docena como este, — continuó el hábil farmacéutico con gran satisfacción; — el que enciende los reverberos, recibe diez y ocho peniques por semana por tirar de la campanilla de la tienda por las noches durante diez minutos, cada vez que pasa por delante de la casa; y todos los domingos, el mozo va á la iglesia precisamente en el momento de los salmos, cuando todo el mundo no tiene más ocupación que mirar á todos lados, y me llama con ademán extraviado. «¡Buena, dice la concurrencia; alguno se ha matado de repente; mandan á buscar á Sawyer, sucesor de Nockemorf; ¡qué ocupado está ese joven!»

Después de haber divulgado así los arcanos del arte médico, Mr. Bob y su amigo se tendieron en las sillas, riendo estrepitosamente. Cuando se espaciaron lo mejor que pudieron, empezó de nuevo la conversación, y recayó sobre un asunto que interesaba inmediatamente á Mr. Winkle.

Creemos haber dicho antes que Mr. Benjamín Allen se ponía muy sentimental después de beber. En aquella época, Mr. Allen tenía más que nunca una gran propensión al sentimentalismo. Esta enfermedad provenía de que vivía hacia tres semanas con Sawyer, porque el anfitrión no era notable por la templanza, y el invitado no podía vanagloriarse de tener la cabeza fuerte. Durante todo este tiempo, Benjamín había flotado entre la embriaguez parcial y la embriaguez completa.

— ¡Eh! buen amigo, — dijo á Mr. Winkle, aprovechándose de la ausencia temporal de Mr. Bob Sawyer, que había ido á aplicar á un chalán algunas de las sanguijuelas de segunda mano. — Mi buen amigo, yo soy muy desgraciado.

Mr. Winkle expresó su sentimiento al saber aquella noticia, y preguntó si no podía ser algo para aliviar su desventura.

— Nada, mi querido amigo, nada. ¿Os acordáis de Arabella? ¿Mi hermana Arabella? Una joven de ojos negros. No sé si os habéis fijado en ella, en casa de Mr. Wardle. Una jovencita, Winkle. Tal vez mi fisonomía os recordará la suya.

Mr. Winkle no necesitaba procedimientos artificiales para acordarse la fisonomía de la encantadora Arabella,

y difícilmente las facciones de Benjamín le hubieran recordado las de su hermana. Respondió con toda la calma que le fué posible fingir que se acordaba de la joven, y que se alegraba de que estuviera buena.

Por toda respuesta Mr. Ben Allen le dijo:

—Vuestro amigo Bob, es un joven excelente, Winkle.

—Es verdad, — respondió lacónicamente mister Winkle, que no gustaba mucho de ver juntos aquellos dos nombres.

—Siempre les he destinado el uno para el otro; han sido creados el uno para el otro; han venido al mundo el uno para el otro; han sido educados el uno para el otro, — dijo Mr. Ben Allen dejando su vaso con gran énfasis. — Hay una coincidencia en este asunto, amigo. No hay entre ellos más que una diferencia de cinco años, y los dos nacieron en el mes de agosto.

Mr. Winkle estaba muy impaciente para ocuparse mucho de esta coincidencia, por maravillosa que fuera. Así, después de una lágrima ó dos, Ben continuó diciendo que apesar de su estimación y respeto por él, Arabella había mostrado siempre una gran antipatía hacia su amigo Bob.

—Y yo creo, — continuó, — que tiene algún afecto secreto por otro.

—¿Sospecháis de alguien? — preguntó temblando Mr. Winkle.

—¿Quisiera conocerle! — contestó Allen con cólera. — Yo le enseñaría quien soy.

Todo esto, como es fácil suponer, era muy consolador para Mr. Winkle. Permaneció en silencio durante algunos minutos, pero al fin reunió todo su valor, y preguntó si Arabella estaba en el condado de Kent.

—No, no, — respondió Ben con malignidad. — Yo creí que la casa de Mr. Wardle no era conveniente para una joven caprichosa. Así es que como soy su protector natural y su tutor, puesto que nuestros padres han muerto, la he llevado á pasar unos meses en casa de una vieja tía. Espero que esto la curará. Si no lo consigo, la llevaré al extranjero por unos meses, y veremos entonces.

—Y... y... ¿la tía vive en Bristol? — balbuceó mister Winkle.

—No, no, en Bristol no, — respondió Ben. — Allá, allá, pero aquí viene Bob. ¡Chitón! ni una palabra.

Aunque esta conversación fué muy corta, produjo en Mr. Winkle la ansiedad más viva. El afecto sospechado por Winkle agitaba su corazón. ¿Sería él el objeto de aquel afecto? ¿La seductora Arabella había desafiado por él al espiritual Bob? ¿ó tenían los dos un rival pre-

ferido? Se decidió á verla, cualquiera cosa que sucediera. Pero aquí se siguió una objeción insuperable, porque si la explicación dada por Ben con esta palabra *allá* quería decir tres millas, ó treinta millas, ó trescientas millas, Mr. Winkle no podía conjurarlas. Por lo demás, no tuvo tiempo de seguir pensando en su amor, porque Bob trajo un pastel, del cual se le suplicó tomase una parte. Una mujer puso el mantel. La madre del joven de la librea gris trajo un tercer cuchillo y un tercer tenedor (porque al establecimiento doméstico de Mr. Sawyer estaba montado en una escala muy limitada), y los tres amigos empezaron á comer. La cerveza estaba servida, como hizo observar Mr. Bob, en su cántaro favorito.

Después de la comida, Bob hizo traer el más grande mortero de la tienda, y puso en él una mezcla de ponche y rom, y removiendo y amalgamando los materiales con un pilón, de una manera muy conveniente para un farmacéutico. Como muchos solteros, no poseía sino un sólo vaso, que fué por honor asignado á Mr. Winkle. A Ben Allen se le dió un frasco de vidrio con tapón, y Bob se contentó con uno de esos vasos cilíndricos, incrustados de caracteres cabalísticos, y en los cuales miden los boticarios las drogas líquidas.

Después de estos preliminares, el ponche fué bebido y declarado excelente.

No se cantó, porque Bob declaró que el canto no tenía nada de profesional; pero en revancha se rió tan bien y tanto, que los transeuntes podían oír sin duda alguna el ruido confuso que salía de las oficinas del sucesor de Nockemorf.

De cualquier modo que sea, la conversación de los tres amigos entretenía aparentemente los ocios del joven criado del farmacéutico, porque en lugar de consagrar la noche, como debía hacerlo, á escribir su nombre sobre el mostrador y borrarlo en seguida, no hizo más que ponerse junto á la puerta vidriera y escuchar y ver lo que hacía su patrono.

La alegría de Mr. Bob Sawyer se convertía poco á poco en furor. Ben Allen recayó en el sentimentalismo, y el ponche había casi desaparecido, cuando el mancebo entró rápidamente para anunciar que una mujer joven acababa de preguntar por Mr. Bob Sawyer, sucesor de Nockemorf, á quien se esperaba inmediatamente. Esto terminó la fiesta. Cuando el mancebo repitió por vigésima vez su mensaje, Mr. Bob Sawyer empezó á comprenderle, se envolvió en la cabeza una servilleta mojada, á fin de despejarse, y habiéndolo conseguido en parte, se puso los espejuelos y salió.

Después de esto, Mr. Winkle, viendo que era impo-

sible entablar con Ben Allen una conversación formal sobre lo que tanto le interesaba, rehusó permanecer allí hasta la vuelta del boticario, y se volvió al hotel.

La inquietud que le agitaba y las numerosas meditaciones que había despertado en su espíritu el nombre de Arabella, impidieron al ponche que hiciera su acostumbrado efecto. Así es que, después de haber tomado en el hotel un vaso de agua de Seltz y aguardiente, entró en el café más bien abatido que animado por las aventuras de las noche.

Un caballero alto, vestido con un largo redingote, se encontraba solo en el café, sentado delante del fuego y volviendo la espalda á Mr. Winkle.

Como la noche estaba demasiado fría, el caballero apartó á un lado su silla para dejar acercar al recién venido; ¡pero cuál fué la emoción de Mr. Winkle, cuando aquel movimiento le descubrió el rostro del vengativo y sanguinario Dowler!

Su primer pensamiento fué tirar violentamente del cordón de la campanilla más cercana. Desgraciadamente, este cordón se encontraba detrás de la silla de su adversario. Maquinalmente, el bravo joven dió un paso para asir la borla; pero Mr. Dowler, retrocediendo con calma, le dijo:

—Mr. Winkle, no me peguéis; no lo soportaré. ¡Un bofetón! ¡Jamás!

Al decir esto, Mr. Dowler tenía una actitud mucho más dulce de lo que Mr. Winkle esperaba de una persona tan violenta.

—¡Un bofetón, caballero! — murmuró Mr. Winkle.

Un bofetón, caballero, — replicó Mr. Dowler. — Dominad vuestros primeros movimientos. Sentaos, escuchadme.

—Caballero, — dijo Mr. Winkle temblando de los pies á la cabeza, — antes que yo consienta en sentarme enfrente, al lado de vos sin que esté presente un mozo, es necesario que me déis otras garantías de seguridad. Me habéis amenazado la noche última, caballero; me habéis amenazado horriblemente.

Mr. Winkle se detuvo y se puso más pálido.

—Es verdad, — dijo Mr. Dowler con un rostro tan pálido como el de su antagonista; — las circunstancias eran sospechosas; ya han sido explicadas; yo respeto vuestro valor; tenéis razón; es la seguridad de la inocencia; he aquí mi mano, estrechadla.

—Realmente, caballero, realmente, — respondió mister Winkle vacilando al dar su mano, por temor á que mister Dowler le tendiera algún lazo; realmente, caballero...

—Ya sé lo que queréis decir, — interrumpió el otro;

—os sentís ofendido; es natural, yo haría lo mismo en lugar vuestro. Pero no he tenido razón, y os pido que me perdonéis; seamos amigos, perdonadme...

Y al mismo tiempo, Dowler se apoderó de la mano de Mr. Winkle, declaró que le creía un joven de gran valor y que tenía de él un concepto muy alto.

—Ahora, — continuó, — sentaos, contadme todo. ¿Cómo me habéis descubierto? ¿cuándo partisteis para seguirme? Sed franco; decidlo todo.

—Fué una casualidad, — replicó Mr. Winkle grandemente sorprendido del giro inesperado que su aventura tomaba.

—Me alegre; me desperté esta mañana; había olvidado mis amenazas. El recuerdo de nuestra aventura me hizo reír; sentí disposiciones amistosas y lo dije.

—¿A quién?

—A mistress Dowler. — ¿Habéis hecho un juramento? me dijo ella. — Sí, respondí yo. — Es un juramento temerario. — También es verdad. Me escusaré; ¿dónde está?

—¿Quién? — preguntó Mr. Winkle.

—Vos; bajé la escalera, pero no os encontré. Pickwick tenía un ademán sombrío; sacudí la cabeza y dije que esperaba que no cometería ninguna violencia. Lo comprendí todo; os sentíais insultado; habíais salido para buscar un amigo, tal vez pistolas; noble valor, dije yo; lo admiro.

Mr. Winkle tosió, y comprendiéndolo todo, tomó un ademán de importancia.

—Dejé un recado para vos, — continuó Dowler; — dije que lo sentía mucho; era verdad. Asuntos urgentes me llamaban aquí; no os habéis encontrado satisfecho; me habéis seguido; habéis pedido una explicación verbal; habéis tenido razón; todo ha concluido; mis asuntos han terminado; me vuelvo mañana; venid conmigo.

A medida que Dowler adelantaba en su relato, el aspecto de Mr. Winkle era más digno; la misteriosa índole de su conversación estaba explicada. Mr. Dowler estaba tan poco dispuesto á batirse como Mr. Winkle; en una palabra, aquel vanidoso personaje, uno de los mayores poltrones conocidos, había interpretado según su miedo la amenaza de Mr. Winkle, y tomando la misma determinación que él, se le había aumentado hasta que le pasó la irritación.

Cuando el estado real de las cosas fué comprendido claramente por Mr. Winkle, su fisonomía tomó una expresión terrible; declaró que estaba completamente satisfecho; pero lo declaró con un tono capaz de persuadir á Mr. Dowler de que si no estuviera satisfecho, se hubiera seguido una horrible destrucción.

Por fin, Mr. Dowler pareció agradecido á tanta magnanimidad, y los dos beligerantes se separaron por la noche con mil protestas de enérgica amistad.

Era la media noche, y Mr. Winkle gozaba de las dulzuras del primer sueño, cuando fué despertado por un violento golpe dado en la puerta y repetido inmediatamente después con tal vehemencia, que se estremeció en su lecho y preguntó con ansiedad quién estaba allí y qué quería.

—Un joven que desea veros, — respondió una criada.

—¿Un joven!

—No hay error, caballero, — respondió otra voz al través del agujero de la cerradura; — y si este interesante joven no entra sin dilación, derribará al puerta.

Al mismo tiempo, el desconocido dió un golpe con su pie en la puerta como para dar más fuerza á su insinuación.

—Sois vos, Sam? — preguntó Mr. Winkle saltando de su lecho.

—No es posible reconocer á una persona sin ver su cara, — respondió la voz en tono dogmático.

Mr. Winkle no teniendo duda de la identidad del joven, corrió los cerrojos y abrió.

Sam entró precipitadamente, cerró la puerta por dentro, guardó la llave en el bolsillo, y después de examinar gravemente á Mr. Winkle de los pies á la cabeza, le dijo:

—Os estáis portando bien, caballero.

—¿Qué significa esta conducta? salid inmediatamente, caballero.

—¿Que qué significa! pues es chistoso.

—Abrid la puerta y salid de aquí inmediatamente.

—Yo saldré de aquí en el momento en que vos salgáis, — dijo Sam con voz imponente y sentándose con gravedad; — permitidme esperar que me obligaréis á adoptar un partido extremo.

Al concluir estas palabras, Sam plantó sus manos en sus rodillas, y miró cara á cara á Mr. Winkle con una expresión de fisonomía, donde se podía leer fácilmente que no tenía ganas de broma.

—Sois un joven amable, — continuó; — no hay duda, habéis sabido enredar á nuestro patrono en una serie de intrigas, cuando él lo sacrifica todo á los principios. Sois peor que Dodson y peor que Fogg. Me parecen ángeles junto á vos.

—Mi buen Sam, — dijo Mr. Winkle tendiéndole la mano; — yo respeto vuestra adhesión á mi excelente amigo, y siento muchísimo haber aumentado su inquietud. Vamos, Sam, vamos.

Hablando así sus dientes chocaban de frío, porque

había permanecido en pie y con su traje de dormir.

—Buena es la enmienda al fin, — respondió Sam, sacudiendo la mano que Mr. Winkle le ofrecía.

—Ciertamente, Sam, ciertamente. Ahora, id á acostaros, y hablaremos de eso mañana.

—Lo siento mucho; pero no puedo ir á acostarme.

—¿No podéis ir á acostaros?

—No, no es posible.

—¿Os volvéis esta noche? — exclamó Winkle sorprendido.

—No señor, yo no he de salir de esta alcoba. Las órdenes del amo son terminantes.

—Vamos, Sam, vamos. Es preciso que yo esté aquí y que vos estéis también para ayudarme á emprender una aventura con cierta joven... miss Allen, Sam. ¿Os acordáis? Es preciso que yo la vea, y la veré antes de dejar á Bristol.

Pero en respuesta á estas súplicas, Sam sacudió la cabeza enérgicamente y dijo con firmeza:

—No es posible, no es posible.

Sin embargo, después de muchos argumentos y protestas por parte de Mr. Winkle, después de una exposición completa de todo lo que había pasado en su entrevista con Mr. Dowler, el fiel criado empezó á vacilar. Al fin, las dos partes hicieron un contrato, cuyas principales cláusulas son las siguientes:

Que Sam se retiraría y dejaría á Mr. Winkle la libre posesión de su cuarto, con la condición de cerrar la puerta por fuera y llevarse la llave; que Mr. Winkle escribiría al día siguiente á Mr. Pickwick una carta, que le serí entregada por Dowler, y en la cual le pediría para él y para Sam permiso para quedarse en Bristol á fin de consagrarse al objeto indicado; que si la licencia era concedida, las partes contratantes permanecerían en Bristol; que si no, volverían á Bath inmediatamente; y en fin, que Mr. Winkle se comprometía solemnemente á no procurar escaparse ni por la ventana, ni por la chimenea, ni por otra parte cualquiera.

Ratificado el contrato, Sam cerró la puerta y se fué.

### CAPITULO XXXIX

*Sam Weller, honrado por una misión de amor, se ocupa en ejecutarla*

Durante todo el día siguiente, Sam tuvo los ojos constantemente fijos en Mr. Winkle, determinado á no per-

Por fin, Mr. Dowler pareció agradecido á tanta magnanimidad, y los dos beligerantes se separaron por la noche con mil protestas de enérgica amistad.

Era la media noche, y Mr. Winkle gozaba de las dulzuras del primer sueño, cuando fué despertado por un violento golpe dado en la puerta y repetido inmediatamente después con tal vehemencia, que se estremeció en su lecho y preguntó con ansiedad quién estaba allí y qué quería.

—Un joven que desea veros, — respondió una criada.

—¿Un joven!

—No hay error, caballero, — respondió otra voz al través del agujero de la cerradura; — y si este interesante joven no entra sin dilación, derribará al puerta.

Al mismo tiempo, el desconocido dió un golpe con su pie en la puerta como para dar más fuerza á su insinuación.

—Sois vos, Sam? — preguntó Mr. Winkle saltando de su lecho.

—No es posible reconocer á una persona sin ver su cara, — respondió la voz en tono dogmático.

Mr. Winkle no teniendo duda de la identidad del joven, corrió los cerrojos y abrió.

Sam entró precipitadamente, cerró la puerta por dentro, guardó la llave en el bolsillo, y después de examinar gravemente á Mr. Winkle de los pies á la cabeza, le dijo:

—Os estáis portando bien, caballero.

—¿Qué significa esta conducta? salid inmediatamente, caballero.

—¿Que qué significa! pues es chistoso.

—Abrid la puerta y salid de aquí inmediatamente.

—Yo saldré de aquí en el momento en que vos salgáis, — dijo Sam con voz imponente y sentándose con gravedad; — permitidme esperar que me obligaréis á adoptar un partido extremo.

Al concluir estas palabras, Sam plantó sus manos en sus rodillas, y miró cara á cara á Mr. Winkle con una expresión de fisonomía, donde se podía leer fácilmente que no tenía ganas de broma.

—Sois un joven amable, — continuó; — no hay duda, habéis sabido enredar á nuestro patrono en una serie de intrigas, cuando él lo sacrifica todo á los principios. Sois peor que Dodson y peor que Fogg. Me parecen ángeles junto á vos.

—Mi buen Sam, — dijo Mr. Winkle tendiéndole la mano; — yo respeto vuestra adhesión á mi excelente amigo, y siento muchísimo haber aumentado su inquietud. Vamos, Sam, vamos.

Hablando así sus dientes chocaban de frío, porque

había permanecido en pie y con su traje de dormir.

—Buena es la enmienda al fin, — respondió Sam, sacudiendo la mano que Mr. Winkle le ofrecía.

—Ciertamente, Sam, ciertamente. Ahora, id á acostaros, y hablaremos de eso mañana.

—Lo siento mucho; pero no puedo ir á acostarme.

—¿No podéis ir á acostaros?

—No, no es posible.

—¿Os volvéis esta noche? — exclamó Winkle sorprendido.

—No señor, yo no he de salir de esta alcoba. Las órdenes del amo son terminantes.

—Vamos, Sam, vamos. Es preciso que yo esté aquí y que vos estéis también para ayudarme á emprender una aventura con cierta joven... miss Allen, Sam. ¿Os acordáis? Es preciso que yo la vea, y la veré antes de dejar á Bristol.

Pero en respuesta á estas súplicas, Sam sacudió la cabeza enérgicamente y dijo con firmeza:

—No es posible, no es posible.

Sin embargo, después de muchos argumentos y protestas por parte de Mr. Winkle, después de una exposición completa de todo lo que había pasado en su entrevista con Mr. Dowler, el fiel criado empezó á vacilar. Al fin, las dos partes hicieron un contrato, cuyas principales cláusulas son las siguientes:

Que Sam se retiraría y dejaría á Mr. Winkle la libre posesión de su cuarto, con la condición de cerrar la puerta por fuera y llevarse la llave; que Mr. Winkle escribiría al día siguiente á Mr. Pickwick una carta, que le serí entregada por Dowler, y en la cual le pediría para él y para Sam permiso para quedarse en Bristol á fin de consagrarse al objeto indicado; que si la licencia era concedida, las partes contratantes permanecerían en Bristol; que si no, volverían á Bath inmediatamente; y en fin, que Mr. Winkle se comprometía solemnemente á no procurar escaparse ni por la ventana, ni por la chimenea, ni por otra parte cualquiera.

Ratificado el contrato, Sam cerró la puerta y se fué.

### CAPITULO XXXIX

*Sam Weller, honrado por una misión de amor, se ocupa en ejecutarla*

Durante todo el día siguiente, Sam tuvo los ojos constantemente fijos en Mr. Winkle, determinado á no per-

derle de vista hasta recibir nuevas instrucciones. Por desagradable que fuera para el prisionero aquella tenaz vigilancia, se decidió á soportarla antes que esponerse á ser llevado violentamente.

Es probable que Sam hubiera aplacado sus escrúpulos, llevando á Mr. Winkle á Bath, atado codo con codo, si la pronta respuesta dada por Mr. Pickwick, billete que llevó Mr. Dowler no hubiera hecho inútil aquel modo de proceder. En una palabra, á las ocho de la noche, Mr. Pickwick mismo entró en el café Bristol y dijo á Sam sonriendo que se había portado bien, y no era preciso más.

—Yo he pensado,—continuó Mr. Pickwick dirigiéndose á Mr. Winkle, mientras Sam le quitaba su redingote y su tapabocas—yo he pensado que haría bien en venir yo mismo, á asegurarme de que vuestras intenciones respecto á esta joven son honradas y serias, antes de consentir en que Sam se ocupe en este asunto.

—Son honradas y serias,—replicó Mr. Winkle con gran energía;—yo os lo juro con toda mi alma.

—Acordaos,—dijo mister Pickwick,—de que la hemos encontrado en casa de nuestro excelente amigo Mr. Wardle. No estaría bien mostrarse desagradecidos á su hospitalidad, tratando con ligereza las afecciones de su joven amiga. Yo no lo permitiré, caballero, no lo permitiré.

—No tengo tal intención,—exclamó calmamente Mr. Winkle.—He reflexionado durante mucho tiempo, y siento que mi felicidad consiste en ella.

Mr. Winkle siguió contando lo que había pasado entre él y Mr. Benjamín Allen relativamente á Arabella. Dijo que su principal objeto era tener una entrevista con la joven y hacerle una declaración formal de afecto. Al fin dijo que creía que el lugar de su detención le parecía ser alguna parte cercana á las Dunas, lo cual parecía resaltar de ciertas confesiones oscuras del joven Ben; pero esto era todo lo que podía sospechar.

Apesar de la escasez de noticias, se decidió que Sam partiera al día siguiente para una expedición de descubrimiento. Se convino también en que Mr. Pickwick y Mr. Winkle, que tenían menos confianza en su habilidad, se pasearían entre tanto en la ciudad, y entrarían al azar en casa de Mr. Bob, con esperanza de saber algo más de la joven lady. Por consiguiente Sam empezó sus pesquisas al día siguiente, sin desanimarse por las dificultades que le esperaban; marchó de calle en calle, ó más bien de aldea en aldea. Durante todo este tiempo no vió nada, no encontró á nadie que pudiera darle la menor luz en su empresa. Tuvo algunos coloquios con los mozos que paseaban sus caballos por el camino,

con las nodrizas que hacían tomar el aire á sus niños á las entradas de las casas; pero ni de los unos ni de los otros sacó nada que tuviera relación lejana con su objeto.

Había en muchas casas muchas jóvenes, de quienes los criados de ambos sexos sospechaban que tenían afecciones secretas por alguno, ó perfectamente dispuestas á aficionarse al primero que llegara; pero como ninguna de estas jóvenes era miss Arabella Allen, las indicaciones de los criados dejaban á Sam tan á oscuras como antes.

Continuó su camino al través de las Dunas, luchando contra un fuerte viento, y por el camino se preguntaba si en aquel país era siempre necesario tener el sombrero en las dos manos. Por fin llegó á un sitio sombrío, donde se encontraban esparcidas alguna quintas de apariencia tranquila y recojida. En el fondo de un largo camino, delante de una puerta de cuadra, vió un mozo de caballos.

Sam pensó que podía hablar con este mozo lo mismo que con otro cualquiera, y tanto más cuanto estaba fatigado de andar y había una gruesa piedra en la puerta de la cuadra; se entró hasta el fondo de la calle y entabló la conversación con el desenfadado que le caracterizaba.

—Buenas noches dijo.

—Buenos días, querréis decir,—replicó el mozo dirigiendo á Sam una mirada de reojo.

—Tenéis razón, quise decir buenos días. ¿Cómo va?

—No muy bien, después que estáis aquí.

—Sin embargo, parece que tenéis muy buen humor; y tenéis una cara tan alegre, que da gusto veros.

Al oír esta broma, el mozo pareció más contrariado, pero no lo bastante para hacer efecto en Sam. Este le preguntó inmediatamente con gran interés si el nombre de su amo no era Walker.

—No,—respondió el mozo.

—¿Ni Broün?

—No.

—¿Ni Wilson?

—No.

—Pues entonces me engañé y vuestro amo no tiene el honor de conocerme, como creí al principio.

El mozo se preparaba á cerrar la puerta.

—No estéis al aire libre por mí —exclamó Sam.—Donde hay molestia, no hay placer; yo os excusaré.

—Y yo os rompería la cabeza por un cuarto —dijo el mozo cerrando á medias la puerta.

—No lo permito por tan poco dinero; mi cabeza vale lo menos todos vuestros salarios hasta el fin de vuestra

vida, y aun sería barata. Llevad mis cumplimientos á la familia; que no me esperen á comer y que no me aparten nada porque se enfriaría antes de yo volver.

En respuesta á estas palabras, el mozo, cuya bilis estaba excitada, manifestó gruñendo un deseo confuso de aplastar el cráneo de cualquiera. Sin embargo, desapareció sin ejecutar su amenaza, empujando la puerta tras sí y sin atender á las súplicas de Sam, que le pedía una mecha de sus cabellos para recuerdo.

Sam quedó sentado en la piedra, y continuaba meditando en lo que debía hacer. Ya había coordinado en su espíritu un plan, que consistía en tocar en todas las puertas, creyendo de este modo llegar hasta miss Arabella Allen, cuando de repente el azar le presentó lo que hubiera podido buscar durante un año sin encontrarlo.

En el camino donde Sam se había instalado, había dos ó tres rejas pertenecientes á otras tantas casas, que aunque separadas las unas de las otras, estaban tan sólo divididas por el jardín; como estos eran grandes y bien plantados, las casas se encontraban apartadas y ocultas por los árboles. Sam estaba sentado, con los ojos fijos en la puerta vecina á aquella por donde había desaparecido el mozo, y revolvió profundamente en su espíritu las dificultades de la empresa que se le había encomendado, cuando vió que la puerta á la cual miraba maquinalmente se abría, dejando pasar á una criada que iba á sacudir una alfombra.

Mr. Weller estaba tan preocupado, que probablemente se hubiera contentado con alzar la cabeza y advertir que la criada era muy linda, si sus sentimientos de galanteo no hubieran sido fuertemente excitados.

—Querida — dijo en tono respetuoso; — vais á molestaros si sacudís sola esa alfombra; dejadme que os ayude.

La joven, que había modestamente afectado no saber que había un hombre tan cerca de ella, se volvió al oír á Sam, con intención de rehusar la oferta del desconocido; cuando en lugar de responder, se estremeció, dando un pequeño grito; Sam se quedó también estupefacto, porque en la fisonomía de la criada reconoció las facciones de su amada la gentil doncella de mister Nupkins.

—¡Ah! ¡María, querida María!

—¡Señor! Mr. Weller, ¡cómo asaltáis á la gente!

Sam no dió respuesta verbal á esta queja, ni podemos decir qué clase de respuesta dió. Solamente sabemos que después de un corto silencio, María exclamó:

—Concluid ya, Mr. Weller.

El sombrero de Sam Weller había caído poco antes; por lo cual estamos dispuestos á creer que un beso ó

muchos fueron cambiados entre las dos partes.

—¿A qué habéis venido acá? — preguntó María cuando la conversación se entabló.

—Ya comprenderéis que he venido á buscaros — respondió Sam, permitiendo que su pasión excediera á su veracidad.

—¿Y cómo habéis sabido que estaba yo aquí? ¿quién puede haberos dicho que entré en casa de otros amos en Ipswick, y que después mis nuevos amos vinieron á este pueblo? ¿quién ha podido decirnos esto, Mr. Weller?

—¡Ah! sí — respondió Sam con una mirada maliciosa; — he aquí la cuestión; ¿quién puede habérmelo dicho?

—¿Ha sido Muzzle?

—¡Oh! no — respondió Sam con un movimiento de cabeza muy solemne; — no ha sido él.

—¿Habrá sido la cocinera?

—Necesariamente.

—¡Pues bien! ¿quién lo hubiera dudado!

—María, querida María — dijo Weller con ademanes excesivamente tiernos; — María, tengo entre manos un asunto sumamente importante. Hay un amigo de mi amo... ¡Mr. Winkle! ya te acordarás.

—¿El del vestido verde? ¡Oh! sí, ya me acuerdo.

—Bien; pues está horriblemente enamorado.

—¡Bah! — exclamó María.

—Sí — continuó Sam; — pero lo peor es que no podemos encontrar la dama.

Después de las muchas digresiones sobre la belleza de María y sobre los indescibles tormentos que había experimentado desde que dejó de verla, Sam hizo una relación fiel de la situación de Mr. Winkle.

—Pues es chistoso — dijo María.

—Pues heme aquí andando como el judío errante en busca de miss Arabella Allen.

—¿Miss qué? — preguntó María con gran admiración.

—Miss Arabella Allen.

—¡Bondad divina! — exclamó María mostrando la puerta por donde el mozo había desaparecido. — Vive en esa casa. Hace seis semanas que estaba allí. La doncella me ha contado todo.

—¿Cómo? ¿esa puerta de al lado?

—Precisamente.

Sam se sintió tan aturdido al saber esta noticia que se vió obligado á asirse al talle de la joven para sostenerse.

—¡Conque es la puerta de al lado! Y yo que traigo un mensaje y he estado todo un día buscando los medios de dar con ella.

—¡Ah! — dijo María, — no podéis darle el recado ahora. No se pasea en el jardín hasta la tarde, y no sale nunca sin la vieja.

Sam meditó durante algunos minutos, y al fin escogió el siguiente plan. Resolvió venir por la tarde, en la cual Arabella paseaba irremediamente. Siendo introducido por María en el jardín de la casa, encontraría medios de escalar el muro, valiéndose de las ramas de un inmenso peral que le impediría ser visto de lejos; después daría su recado y procuraría obtener en favor de Mr. Winkle una entrevista para el día siguiente á la misma hora.

Habiendo concluido estos arreglos muy rápidamente, ayudó á María á sacudir la alfombra, por tanto tiempo olvidada.

No es una cosa tan inocente como se cree el sacudir tapices; ó por lo menos, si no hay mal ninguno en sacudirlos, es peligroso doblarlos. Cuando no se hace más que sacudirlo, cuando las dos partes están separadas por la longitud del tapiz, es una diversión de la mayor moralidad. Pero cuando se empieza á doblarlo, y cuando la distancia disminuye en una mitad y en un cuarto, y después en una octava, y así sucesivamente, si el tapiz es largo, la cosa es sumamente peligrosa. No sabemos cuántos dobles dieron á la alfombra en aquella ocasión, pero sí podemos asegurar que á cada doblez Sam besó á la doncella.

Terminadas las despedidas, Sam fué á refrigerarse á la taberna vecina. Volvió al anoecer, fué introducido por María en el jardín, y habiendo recibido de ella muchas amonestaciones concernientes á la seguridad de sus miembros y de su cuello, subió al peral y esperó la llegada de Arabella.

Esperó tanto tiempo sin verla venir, que ya empezaba á dudar, cuando sintió un ligero ruido de pasos sobre la arena, y un momento después divisó á la misma Arabella, que paseaba por el jardín con ademán abstraído.

Cuando llegó junto al peral, Sam, que deseaba indicarle suavemente su presencia, empezó á hacer diversos rumores diabólicos, semejantes á los que serían naturales en una persona atacada de un fuerte catarro.

La joven lady miró con espanto al sitio de donde partían aquellos terribles sonidos, y no disminuyéndose sus alarmas al ver un hombre entre las ramas, hubiera huído alarmando la casa, si felizmente el miedo no la hubiera privado de todo movimiento, obligándola á sentarse en un banco que cerca había.

—Se va — dijo Sam perplejo. — Es triste que estas criaturas se desmayen cuando menos falta hace. ¡Eh!

señorita... mistress Winkle, tranquilizaos.

¿Fué el nombre mágico de Mr. Winkle, ó la frescura del aire, ó algún recuerdo de la voz de Sam lo que tranquilizó á miss Arabella? Importa poco saberlo. Alzó la cabeza y preguntó con voz débil.

—¿Quién está ahí? ¿qué me queréis?

—¡Chitón! — respondió Sam subiéndose á la pared y ocupando en ella el menor sitio posible; soy yo, señorita; soy yo.

—El criado de Mr. Pickwick — exclamó Arabella con vivacidad.

—El mismo, señorita. Sabed que Mr. Winkle, empachado de desesperación...

—¡Ah! — dijo Arabella, acercándose más al muro.

—¡Ah! sí continuó Sam. — Creímos que sería preciso ponerle camisola de fuerza la noche última. Ha estado soñando toda la noche, y juró que si no os veía pronto, iba á... Sin duda le pasará alguna cosa desagradable.

—¡Oh! no, no, Mr. Weller — exclamó Arabella uniendo las manos.

—Eso es lo que él dice, señorita — replicó Sam friamente. — Es un hombre de honor, y en mi opinión hará lo que dice. El maniquí de los espejuelos le habló de vos.

—¡Mi hermano! — exclamó Arabella, á quien las palabras de Sam recordaban asuntos de familia.

—Yo no sé cuál de los dos es vuestro hermano. ¿Es el más sucio de los dos?

—Sí, sí, Mr. Weller; continuad, daos prisa, yo os lo ruego.

—Pues bien, señorita; todo lo ha sabido por él, y según la opinión de mi amo, si no le veis pronto, el boticario recibirá en la cabeza bastante plomo para que sea preciso conservársela en espíritu de vino.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿qué puedo yo hacer para evitar esas espantosas querellas?

—La suposición de un afecto anterior es la causa de todo. Haréis bien en verle.

—¿Pero dónde? ¿cómo? — exclamó Arabella. — No puedo salir sola de la casa; ¡mi hermano es tan poco razonable, tan injusto! Sé que os parecerá extraño el que yo hable así, Mr. Weller; ¡pero soy tan desgraciada!...

La pobre Arabella se puso á llorar amargamente, y Sam tomó una actitud caballeresca.

—Es posible que esto parezca extraño — continuó con gran vehemencia; pero todo lo que puedo deciros es que estoy dispuesto á hacer imposibles para arreglar este asunto, y si es preciso para ello arrojar por la ventana á cualquiera de los dos boticarios, contad conmigo.

Por lisonjera que fuera esta promesa, Arabella rehusó obstinadamente recurrir á ella, con gran admiración del heroico criado. Durante algún tiempo se negó á conceder á Mr. Winkle la entrevista pedida para él por Sam de una manera tan patética; pero al fin, y cuando la conversación iba á ser interrumpida por la llegada intempestiva de un tercero, Arabella le dió á entender rápidamente con muchas expresiones de gratitud que estaría en el jardín el día siguiente una hora más tarde. Sam comprendió perfectamente, y Arabella, después de sonreír amablemente, se retiró de prisa, dejando á Sam Weller admirado de sus encantos corporales y morales.

Sam bajó de la pared y no se olvidó de consagrar algunos minutos á sus propios intereses en el mismo departamento; después se fué derecho al hotel, donde su ausencia prolongada había ocasionado muchas suposiciones y algunas alarmas.

—Será preciso que seamos muy prudentes — dijo Mr. Pickwick, después de haber escuchado atentamente el relato de Sam, — no por nuestro propio interés, sino por el de la joven. Será preciso que seamos muy prudentes.

—¿Nosotros? — exclamó Mr. Winkle con notorio énfasis.

El tono de esta observación arrancó á Mr. Pickwick una mirada de indignación momentánea; pero fué reemplazada por una expresión de benevolencia acostumbrada cuando respondió:

—Sí, nosotros; yo os acompañaré.

—¿Vos? — exclamó Mr. Winkle.

—Sí, yo — repuso Mr. Pickwick en tono dulce. —

Al concederos esta entrevista, Arabella ha dado un paso natural, pero muy imprudente. Si estoy presente yo, que soy amigo común y bastante viejo para ser padre de uno y otro, la voz de la calumnia no podrá nunca alzarse contra ella.

Diciendo esto, Mr. Pickwick apareció muy satisfecho de su propia previsión.

Mr. Winkle se conmovió por aquella prueba de delicadeza dada por Mr. Pickwick á su joven protegida. Estrechó la mano del filósofo con un sentimiento de veneración.

—¿Vendréis? — le dijo.

—Sí — replicó Mr. Pickwick. — Sam, prepararás mi paletot, y tendrás cuidado de traer un coche al hotel, un poco antes de la hora fijada, para que podamos llegar á tiempo.

Sam se quitó el sombrero en señal de obediencia, y se retiró para hacer los preparativos de la expedición.

El coche fué puntual á la hora designada, y después de haber instalado á Mr. Pickwick y á Mr. Winkle en el interior, Sam se colocó en el asiento junto al cochero. Bajaron, como habían convenido, á un cuarto de milla poco más ó menos del lugar de la cita, y ordenando al cochero que les esperara, anduvieron el resto del camino á pie.

En aquel período de su empresa, Mr. Pickwick, con muchas sonrisas y otros signos de contento interior, sacó de su bolsillo una linterna sorda, de la cual se había provisto para aquella ocasión. Por el camino explicaba á Mr. Winkle su gran belleza mecánica, con gran sorpresa de todos los transeuntes.

—Mejor me hubiera ido si hubiera tenido una cosa parecida en mi expedición nocturna al jardín del colegio, ¿eh? ¿Sam? — dijo volviéndose á su criado, que marchaba detrás de él.

—Cosa buena cuando se conoce el modo de usarla; pero si no se quiere ser visto, creo que son más útiles cuando están apagadas.

Mr. Pickwick comprendió la excelente observación de Sam, porque puso la linterna en el bolsillo, y continuó andando en silencio.

—Por aquí, señor — dijo Sam. — Dejadme conducir. He aquí la callejuela, señor.

Entraron en la callejuela, y como era un poco obscura, Mr. Pickwick, para ver el camino, sacó dos ó tres veces su linterna, y lanzó delante un pequeño rayo de luz muy brillante, de un pie de diámetro poco más ó menos. Era cosa muy bonita, pero sólo servía para hacer más negras las tinieblas que la rodeaban.

Al fin llegaron á la gran piedra, sobre la cual Sam hizo sentar á su amo y á Mr. Winkle, mientras iba á hacer un reconocimiento y á asegurarse de que María les esperaba.

Después de una ausencia de ocho ó diez minutos, Sam volvió á decir que la puerta estaba abierta, y que todo parecía tranquilo. Mr. Pickwick y Mr. Winkle le seguían aprisa, y pronto se encontraron en el jardín. Allí todos empezaron á decir: «¡Chitón! ¡chitón!» repetidas veces; pero una vez hecho esto, nadie pareció tener idea clara de lo que había que hacer después.

—María, ¿está miss Allen en el jardín? — preguntó Mr. Winkle muy agitado.

—No lo sé, señor — respondió la doncella. — Lo mejor que podemos hacer es que Mr. Weller os suba al árbol, y entonces Mr. Pickwick tendrá la bondad de ver si alguien viene por la callejuela, mientras que vigilo al otro extremo del jardín. ¿Señor, qué es eso?

—¡Esta maldita linterna nos va á perder! — exclamó

mó Sam agriamente. — Cuidado con lo que hacéis, caballero; enviáis un rayo de luz derecho á la ventana de la sala.

— ¡No es posible!... — dijo Mr. Pickwick, apartando bruscamente la linterna. — No lo he hecho con intención.

— Ahora estáis iluminando la casa vecina.

— ¡Bondad divina! — exclamó Mr. Pickwick apartándola más.

— Pues ahora ilumináis las cuadras, y creerán que hay fuego en ellas; cerrad la tapadera. ¿No podéis hacerlo?

— Es la linterna más extraordinaria que he visto en mi vida — exclamó Mr. Pickwick, contrariado por los efectos pirotécnicos que había producido sin querer; — nunca he visto un refractor tan poderoso.

— Será demasiado poderoso para nosotros — dijo Sam cuando Mr. Pickwick consiguió tappar al fin la linterna; — ya siento los pasos de milady; Mr. Winkle, Mr. Winkle, en guardia.

— Esperad, esperad; yo quiero hablar primero; ayúdame, Sam — dijo Mr. Pickwick.

— Con suavidad, señor — dijo Sam apoyando su cabeza en la pared, y haciendo una plataforma con su espalda; subid sobre esta maceta; vamos, ahora, aupa.

— Siento lastimarte, Sam.

— No os apuréis por eso; ayudadle á subir, mister Winkle; vamos, vamos; este es el momento.

Sam hablaba aún y Mr. Pickwick había conseguido encaramarse sobre su espalda; en seguida Sam se enderezó poco á poco, y Mr. Pickwick, agarrándose á lo alto del muro, mientras Mr. Winkle le empujaba por las piernas, consiguió al fin sentarse en la cúspide.

— Querida — dijo Mr. Pickwick mirando á la otra parte del muro y viendo á Arabella, — no tengáis miedo, soy yo.

— ¡Oh! marchaos, Mr. Pickwick, yo os lo suplico; decide que se vaya; ¡tengo tanto miedo! Mr. Pickwick, no estéis más ahí; vais á caer y á mataros.

— Vamos, querida, no os alarméis — continuó Mr. Pickwick animándola; — no hay peligro ninguno, os lo aseguro; tente firme, Sam — continuó mirando abajo.

— Todo va bien, señor — replicó Sam; — sin embargo, no estéis más de lo preciso si podéis; sois un poquillo pesado.

Al fin, el sabio dejó la pluma y empezó á indagar cuál podría ser la causa natural de aquellos fenómenos.

No eran meteoros, brillaban muy bajo; no eran gusanos de luz, brillaban muy alto; no eran fuegos fátuos, ni fuegos artificiales; ¿qué podía ser? Algún fenómeno

no admirable, desconocido, que ningún filósofo conocía; alguna cosa que á él sólo estaba reservado adivinar y que debía inmortalizar su nombre. Con estas ideas, el sabio tomó la pluma y confió al papel la descripción exacta y minuciosa de aquellas apariencias sin ejemplo, con la fecha, el día, la hora, los minutos, los segundos exactos en que habían sido observadas. Eran los primeros materiales de un voluminoso tratado lleno de grandes investigaciones y profunda ciencia, que debía admirar á todas las sociedades meteorológicas de los países civilizados.

Embriagado por la contemplación de su futura grandeza, el sabio se irguió en su sillón.

La misteriosa luz reapareció más brillante que antes, danzando en apariencia de arriba abajo, de derecha á izquierda, y moviéndose en una órbita tan excéntrica como la de un cometa.

El sabio era soltero; no pudiendo llamar á su mujer para que se admirara, tiró de la campanilla é hizo venir á un criado.

— Pruffle — le dijo; — hay esta noche en el aire una cosa muy extraordinaria; ¿la habéis visto?

Y le mostró por la ventana los rayos luminosos que habían vuelto á aparecer.

— Sí, señor.

— ¿Y qué pensáis de esto?

— ¿Que qué pienso?

— Si os habéis educado en el campo, ¿sabéis cuál es la causa de esa luz?

El sabio esperaba sonriendo una respuesta negativa.

— Señor, yo creo que son ladrones.

— Sois un torpe; podéis iros abajo.

— Gracias — respondió Pruffle.

El criado se fué.

Sin embargo, el sabio estaba cruelmente atormentado por la idea de que su profundo tratado se perdiera infaliblemente para el mundo, si no ahogaba desde su nacimiento la hipótesis del ingenioso Mr. Pruffle. Se puso el sombrero y bajó suavemente al jardín, determinado á estudiar á fondo el meteoro.

Algún tiempo antes de que el sabio bajase á su jardín, Mr. Pickwick, creyendo sentir pasos, corrió hasta el fondo de la callejuela lo más aprisa que pudo para comunicar una falsa alerta, y en su carrera abrió la tapadera de su linterna sorda para no caerse. Cuando dió la alerta, Mr. Winkle saltó al muro, Arabella corrió á su casa, fué cerrada la puerta del jardín y nuestros tres aventureros andaban juntos en retirada por la callejuela, cuando les asustó el ruido que hacía el sabio

abriendo la puerta de su jardín.

—Un instante tan sólo, Sam; quiero tan sólo deciros, señorita, que nunca hubiera permitido á mi joven amigo veros de este modo clandestino, si la situación en que os encontráis le hubiera permitido otros medios; pero por miedo á que la inconveniencia de esta determinación os cause algún disgusto, he querido haceros saber que estoy presente. Nada más, señorita.

—Mr. Pickwick, os estoy muy agradecida por vuestra bondad y previsión — respondió Arabella enjugando sus lágrimas con un pañuelo.

Más hubiera dicho si la cabeza de Mr. Pickwick no hubiera desaparecido repentinamente á consecuencia de un mal paso que había dado sobre la espalda de Sam, y gracias al cual se encontró en un momento en tierra. Sin embargo, se puso en pie al momento, y diciendo á Mr. Winkle que se apresurara á terminar su entrevista, corrió al extremo de la callejuela para montar su guardia con todo el valor y el ardimiento de un joven. Mr. Winkle, inspirado por la ocasión, saltó á lo alto del muro rápidamente y se detuvo tan sólo para decir á Sam que cuidara de su amo.

—Descuidad — respondió Sam; — yo me encargo de él.

—¿Dónde está? ¿qué hace, Sam?

—¡Dios bendiga sus alpargatas! — contestó Sam mirando á la puerta del jardín. — Monta la guardia en la callejuela con su linterna sorda, como un amable Mandrin; no he visto en mi vida una criatura como esa.

Mr. Winkle no esperó á oír el elogio de su amigo; se había precipitado del muro y se había echado á los pies de Arabella, ponderando la sinceridad de su pasión con una elocuencia digna del mismo Mr. Pickwick.

Mientras estas cosas pasaban al aire libre, un caballero de cierta edad y muy distinguido en las ciencias, estaba sentado en su biblioteca, dos ó tres casas más lejos, y se ocupaba en escribir un tratado filosófico, endulzando al mismo tiempo su trabajo con un vaso de Burdeos, que residía al lado suyo en una botella venerable.

Durante las agonías de la composición, el sabio miraba algunas veces al tapiz, algunas veces al suelo, otras á la pared, y cuando ninguna de estas tres cosas le daban el grado necesario de inspiración, miraba á la ventana.

Nuestro sabio observaba con abstracción las tinieblas exteriores, cuando se sorprendió extrañamente al ver la luz muy brillante que resplandecía en el aire á poca distancia del suelo; después desaparecía y volvía á apa-

recer repetidas veces.

—¡Ah! — murmuró Sam, que marchaba delante; — mostrad la luz un segundo nada más.

Mr. Pickwick hizo lo que se le mandaba, y Sam, viendo una cabeza de hombre que se adelantaba con precaución á dos pasos de la suya, le dió con el puño un golpecito que hizo dar al sabio de hocicos contra la reja; después, habiendo realizado esta hazaña con gran prontitud y energía, tomó á Mr. Pickwick acuestas y siguió á Mr. Winkle á lo largo de la callejuela con una rapidez admirable.

—Señor — preguntó á su amo cuando llegaron al fin, — ¿habéis recobrado la respiración?

—Ciertamente — dijo Mr. Pickwick.

—Pues vamos — dijo Sam, poniendo sobre sus pies al filósofo, — venid con nosotros; hay que correr media milla; figuraos que ganáis un premio. ¡A correr!

Animado de esta manera, hizo Mr. Pickwick el mejor uso posible de sus piernas, y se puede asegurar que jamás un par de polainas negras midió el terreno con más rapidez.

El coche esperaba, los caballos estaban frescos, el camino bueno y el cochero bien dispuesto. Todos llegaron al hotel antes de que Mr. Pickwick tuviera tiempo de recobrar el aliento.

—Entrad en seguida, señor — dijo Sam ayudando á bajar á su amo, — no estéis ni un segundo en la calle después de este ejercicio. Os pido perdón, — continuó dirigiéndose á Mr. Winkle con el sombrero en la mano; — creo que no hay afecto anterior.

Mr. Winkle estrechó la mano de su humilde amigo, y le dijo al oído:

—Todo va bien, Sam, perfectamente bien.

Al oír esto, Mr. Weller se dió tres golpes en la nariz en señal de inteligencia, sonrió, guiñó el ojo y subió la escalera con una fisonomía que expresaba la más viva satisfacción.

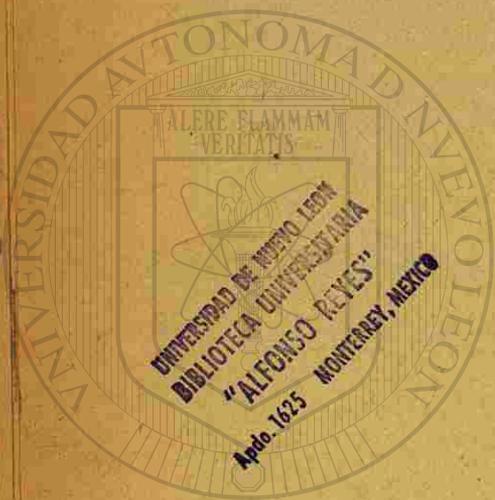
En cuanto al sabio de la callejuela, demostró en su admirable tratado que aquellas sorprendentes luces eran efectos de la electricidad, y lo probó claramente diciendo que un relámpago resplandeciente danzó ante sus ojos cuando salió y que había sentido un choque que le había aturdido por espacio de un cuarto de hora.

Gracias á esta demostración, que llenó de estupor á todas las sociedades científicas del universo, fué considerado desde entonces como una lumbrera de la ciencia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
FIN DEL TOMO SEGUNDO

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

